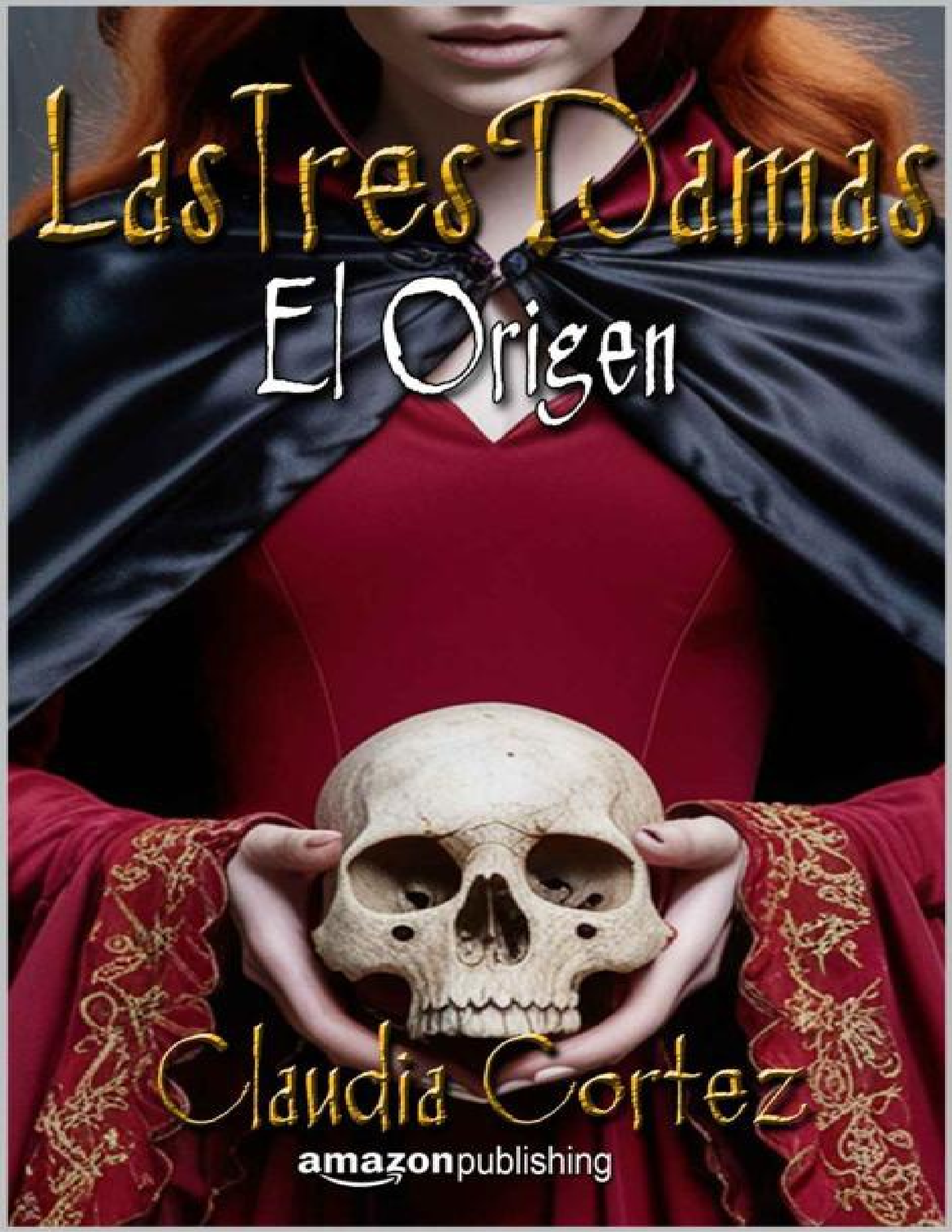




Las Tres Damas

El Origen

Claudia Cortez

amazon publishing

El Origen

El Origen

Claudia Cortez

Saga Las Tres Damas
Vol. 3

Publicado por:
Amazon Publishing, Amazon Media EU
octubre, 2024
Copyright © 2024 Claudia Cortez
Todos los derechos reservados
Primera edición en papel 2024
ISBN:

*Antes que tú me moriré: escondido
en las entrañas ya
el hierro llevo con que abrió tu mano
la ancha herida mortal.*

*Antes que tú me moriré: y mi espíritu
en su empeño tenaz,
sentándose a las puertas de la muerte,
allí te esperará.*

*Con las horas los días, con los días
los años volarán,
Y a aquella puerta llamarás al cabo...
¿Quién deja de llamar?*

*Entonces, que tu culpa y tus despojos
la tierra guardará,
lavándote en las ondas de la muerte
como en otro Jordán;*

allí, donde el murmullo de la vida

*temblando a morir va,
como la ola que a la playa viene
silenciosa a expirar;*

*allí, donde el sepulcro que se cierra
abre una eternidad...
Todo cuanto los dos hemos callado
lo tenemos que hablar.*

Gustavo Adolfo Bécquer



Stone Hall, época actual

Un suave resplandor comenzó a colarse por las finas rendijas de las ventanas. Las tinieblas retrocedieron, casi respetuosamente, hacia los rincones. Perezosa, la luz fue cubriendo los muebles más altos, tapados con sábanas blancas, revelando formas fantasmales. Finalmente, el tímido fulgor otoñal llegó al suelo, y los mosaicos del salón, desnudos y fríos, mostraron el polvo y el olvido que se había acumulado en esos pocos años.

La puerta se abrió y la fría claridad de un día gris iluminó el hall de entrada, mostrando las polvorientas baldosas blancas y negras.

Una voz juvenil rompió el silencio, profanando la quietud de los últimos meses.

—¡Esto es un desastre!

—Lo sé —dijo la mujer que venía tras ella—, necesitamos llamar a alguien para que nos ayude a limpiar.

Las dos miraron a su alrededor. La puerta del salón estaba cerrada, pero la de la cocina las invitaba a entrar, con una bienvenida brumosa, de luz y polvo, y con el recuerdo de los momentos vividos junto a seres queridos que ya no estaban. Las dos desviaron la mirada.

—Vamos arriba, aunque sea dejemos las maletas y abramos las ventanas.

—Vamos, Felipe —dijo la chica, subiendo la majestuosa escalera con lentitud con el perro a su lado que olfateaba cada rincón con curiosidad.

Su cuarto estaba igual que siempre, con los muebles tapados y las persianas cerradas. Ya casi no recordaba la última vez que había dormido allí.

Retiró la funda del sofá, que cayó a sus pies, formando un retorcido bulto blanquecino. Se sentó y levantó las piernas, apoyando la barbilla en las rodillas. ¡Tanto tiempo deseado volver y ahora casi se arrepentía! La casa se veía más triste que nunca, y la melancolía quería apoderarse de su corazón.

Miró hacia la ventana cerrada. Se puso de pie y abrió los cristales, luego empujó las pesadas persianas, y se quedó mirando el parque. Sin duda necesitaban contratar a un jardinero también.

Los setos habían perdido su forma, el césped su exuberancia y las flores crecían salvajes fuera de los canteros. Al pensar que Pedro ya no cuidaría más de sus amadas plantas, sintió un nudo en la garganta que le hizo cerrar la ventana y alejarse hacia la puerta.

—¿Hay sábanas en los armarios? —preguntó, elevando la voz.

—Creo que sí —escuchó desde lejos. En el tono de la respuesta adivinó que su tía también estaba sintiendo el dolor sofocante de las ausencias.

Sacó las fundas de los otros muebles, y las dejó a todas en una pila en el suelo. Luego caminó por el pasillo hasta el cuarto que se encontraba dos puertas más allá.

Desde el umbral la vio, sentada en la cama sobre el lienzo blanco. La ventana aún estaba cerrada y apenas podía distinguir sus hombros y la cabeza gacha. Suspiró, y ella la escuchó.

—¿Encontraste las sábanas? —preguntó.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —y la mujer se obligó a sonreír.

La joven se sentó a su lado, y cruzó las piernas. Luego dijo, con tono entusiasta.

—Vamos a pedir una pizza, y helado. Luego nos vamos al cine en el pueblo. ¿Quieres?

La mujer asintió y se puso de pie.

—Me parece una muy buena idea.

—¿Me odias por pedirte que volviéramos?

—¿Odiarte? A ver, quizás te quiero un poquito menos —respondió, bromeando.

—Va a ser bueno para las dos, ya verás. Aquí fuimos muy felices, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo, fueron los años más felices de mi vida.

La chica se acercó a abrazarla, y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Voy pidiendo la comida. Llama a la agencia, a ver si pueden venir mañana mismo. No aguanto el olor a encierro.

Y se fue corriendo escaleras abajo.

La mujer se quedó mirando la puerta, pensativa. Suspiró, tratando de retener las lágrimas. Los recuerdos la habían golpeado sin piedad desde que había traspasado la entrada. Recuerdos felices, recuerdos de seres que se habían ido. Si estaba allí era porque la niña se lo había pedido una y otra vez, hasta que ya no pudo negarse. Lo hacía por ella, solo por ella.

Sin siquiera abrir las ventanas salió al corredor. Como un autómatas caminó hasta llegar a la escalera y comenzó a subir.

La tercera planta estaba, de ser posible, más oscura y polvorienta. La luz del día apenas iluminaba las habitaciones, opaca y difusa. El silencio oprimía implacable y sus pasos resonaban desolados sobre el piso de madera.

Abrió la puerta, con temor y esperanza. Dio un paso y cruzó el umbral mirando a su alrededor. Las estanterías estaban cubiertas con largos lienzos blancos que llegaban hasta el suelo, protegiendo los valiosos volúmenes. El escritorio también parecía un fantasma rechoncho bajo la sábana nivea. El sillón de alto respaldo, sin embargo, estaba destapado, quizás por error, o quizás porque alguien lo había usado recientemente.

Se acercó y tomó asiento, relajando su espalda y el cuello sobre el suave tapizado. Cerró los ojos y aspiró profundamente, buscando ese aroma que tanto amaba y que hacía tantos años que no sentía.

Las cortinas se movieron, las sábanas temblaron con una corriente de aire misteriosa y ella abrió los ojos.

Miró hacia el rincón, hacia ese rincón, el más oscuro. Trató de penetrar las tinieblas entretejiendo los ojos y creyó ver algo, una sombra, o tal vez el reflejo de unos ojos profundos y

negros.

—Si estás aquí, si después de todos estos años aún estás aquí, no te atrevas a aparecer ahora, ya no te necesitamos. Puedes quedarte oculto en tu mezquino escondrijo, disfrutando de tu miserable soledad.

Se levantó del sillón y, sin mirar atrás, salió de la biblioteca cerrando la puerta.



Londres, época actual

El sol se escondía detrás del Regent's Park, colándose entre los árboles del zoológico. La oscuridad avanzó poco a poco, deslizándose sobre el canal. Cruzó el césped bien cortado del parque y finalmente llegó a Fitzroy Road. Allí reinaba la quietud, las luces de Candem Lock apenas eran un suave reflejo.

Cuando las tinieblas alcanzaron la ventana, ella estiró la mano y encendió la lámpara que estaba junto al sofá. Lo miró con su sonrisa profesional, esa que usaba conscientemente con sus pacientes, como una invitación a abrirse y sentirse confiados.

Pero él no era su paciente, ni ese lugar su consulta.

—Lo siento, se que he estado hablando demasiado —la miró con un dejo de vergüenza—. Nunca le había contado esto a nadie.

—Para eso están los amigos —dijo, ampliando su sonrisa, y escondiendo el dolor del primer dardo que se clavaba directo en su corazón.

Él sonrió, con esa sonrisa fresca enmarcada por dos deliciosos hoyuelos.

—Lo sé, eres mi única amiga aquí. Londres puede ser una ciudad muy solitaria.

—¿Todavía te sientes solo? —preguntó, y el segundo dardo impactó exitosamente en el centro—. ¿Cuánto hace que vives aquí? ¿Cuatro años?

—Cinco.

Asintió e hizo bailar los trozos de hielo en su vaso.

—Entonces... ¿Vuelves por ella?

—No —se apresuró a contestar y luego sonrió—, no exactamente. Me han ofrecido un puesto directivo en el hospital, en el departamento de Psiquiatría Infantil.

—Entiendo.

No agregó nada más, los dos sabían que los sueldos de Londres no se comparaban a los de Cumbria, y aunque a él no parecía interesarle demasiado el dinero, igual la razón era más que

evidente.

—¿Te parece una locura seguir amando a alguien después de más de veinte años?

—No —dijo, y era sincera, de hecho el tercer dardo había hecho estallar su corazón en mil pedazos. Ahí estaba ella, amándolo por más de tres años sin ser correspondida.

Tomó el vaso de él y se acercó al minibar para llenarlo. Trató de calmarse mientras hablaba.

—Pero lo que yo piense no importa. ¿Qué piensas tú?

Le entregó la bebida y se sentó otra vez frente a él.

El suspiro llegó hasta ella como una respuesta más clara que sus palabras.

—No puedo seguir aquí, fingiendo que voy a estar bien, que podré enamorarme otra vez... — se puso de pie y caminó hasta el gran ventanal, se apoyó en el antepecho y la miró—. Todos estos años solo he mantenido un par de relaciones, y te aseguro que traté de dar lo mejor de mí. Pero es imposible cuando amas a otro, siempre darás la mitad de lo que eres, la otra mitad se queda aferrada a ese ser. En mi caso creo que ella lo conserva todo, por eso estoy tan vacío.

Ocultó su dolor bebiendo un sorbo de su vaso, sin mirarlo.

—Solo espero que ella sea digna del amor que le profesas — dijo después.

—Lo es —respondió él, con la mirada perdida—, te aseguro que lo es.

Él se había ido, le había dado un tierno abrazo, agradecido, y habían acordado salir a tomar algo la próxima semana para despedirse.

Se quedó sentada mirando el líquido ámbar que llenaba a medias su vaso. Sonrió, melancólica, recordando esos primeros días, cuando unos pocos besos le hicieron creer que él podría amarla. Pero él era un caballero, demasiado noble como para aprovecharse de ese amor que se traslucía en sus ojos, y fue sincero, totalmente sincero. Le habló de la mujer que llenaba sus pensamientos, y ella lo escuchó, aparentando entenderlo, y se volvieron grandes amigos. Amigos... lo que fuera antes que perderlo.

Sin embargo, ahora entendía muchas cosas: entendía que él nunca podría amarla, sin importar lo que hiciera, porque no dependía de ella, sino de él y de su corazón prisionero en aquellas manos insensibles.

Entendía que ella nunca dejaría de amarlo, sin importar lo que pasara, sin importar con quien estuviera, porque él tenía su corazón prisionero, en sus gentiles y dulces manos.

Y entendía que por el egoísmo de esa mujer, eran dos los corazones enjaulados, hambrientos de amor y secándose en el olvido.



Casa Turner, verano de 1657

El sol había asomado su brillante cabellera a las cinco de la mañana en ese hermoso y despejado día de julio. Ahora, ya alto en el cielo, se extendía soberano sobre Coombsby aunque apenas eran las siete. Su radiante luz dotaba a las calles, normalmente embarradas y sinuosas, de un dorado veraniego que alegraba a los pobladores de la villa.

Los campos se veían verdes y limpios, los corderos, ya crecidos, pastaban junto a sus madres mansamente. Una brisa suave traía el aroma de las flores silvestres y las voces de los labriegos ocupados en sus tareas matutinas.

El bosque era traspasado por rayos resplandecientes, que se apresuraban a inmiscuirse en la espesura a través de los huecos que dejaban las hojas. A veces eran simples haces de luz que levantaban miles de motas de polvo, danzantes y minúsculas, etéreas y mágicas, que parecían susurrar sus secretos al atravesar el chorro de claridad. Por momentos, sin embargo, parecían cortar la oscuridad del bosque como con cuchillos, rasgando las sombras e hiriendo las tinieblas con una luminiscencia errática.

La mansión brillaba en medio del parque, a apenas unos metros de la arboleda. Los jardines resplandecían con sus caminos serpenteantes, los setos recién cortados y las fuentes decorativas. Un muro rodeaba los parques, lo suficientemente alto como para dar intimidación a las damas que solían sentarse a leer o paseaban por allí.

En la cocina, Aurora había dejado el pan leudando para ocuparse de peinar a su hija. La preciosa jovencita, de apenas diecisiete años, estaba sentada a sus pies en una caja de madera, soportando el procedimiento con aparente paciencia. Solo sus piernas inquietas, demostraban la

ansiedad que sentía.

—Déjelo suelto, no quiero parecer una niña.

—Eres una niña —dijo la cocinera en un reproche cariñoso.

—No, madre, sabe que no lo soy. A mi edad usted ya estaba casada.

—No, no todavía, estaba prometida, pero esperamos tres años para casarnos —el recuerdo de su esposo le rozó el pecho con una caricia cálida.

La chica suspiró otra vez.

—¿Por qué estás tan ansiosa? No llegarán hasta el mediodía. Además a la señorita Ellie no le importa si pareces una niña o no. Ella misma se viste y se peina como una niña.

—Eso fue el verano pasado. Ahora ya cumplió los dieciséis, quizás ya vista como una señorita.

Su madre no respondió, solo negó con la cabeza. Conocía a la señorita de la casa desde que había nacido, y conocía a su madre. Lo que menos deseaba lady Turner era que su pequeña creciera. Suspiró sabiendo por experiencia propia que eso era algo imposible.

Terminó la última trenza y la unió a las otras con una cinta, dejando el resto del cabello suelto. Las sedosas ondas llegaban casi hasta la cintura, resaltando sobre el vestido azul celeste. Peinó lentamente los largos mechones, acomodando los bucles rojizos. Miró la cabellera sonriendo, afortunadamente la joven no había heredado su cabello pelirrojo claro, casi color zanahoria. La sangre de su padre, más moreno, le había otorgado un precioso pelo rojo oscuro, elegante y llamativo. Los ojos grises, de mirada curiosa e inteligente y la piel clara, añadían belleza a su rostro perfecto.

—¿Vendrá Lord Turner también, o solo Ellie y su madre?

—La carta decía que vendrían todos a pasar el verano, aunque seguramente lord Turner solo se quedará unos días. Ya sabes que se aburre aquí y siempre vuelve a Londres después de unas semanas.

—¿Jeremy también vendrá?

—No lo llares por su nombre de pila, recuerda que es el heredero de un condado. Ya has crecido y ellos también, debes tratarlos con respeto.

—A Jeremy no le importa, y a Ellie tampoco.

—No, pero a lady Turner sí —dijo Aurora, cortante.

La niña se puso de pie, dio un rápido beso a su madre, y salió casi corriendo de la cocina.

—No corras por la casa —alcanzó a replicar, sabiendo que ya no la escuchaba.

Se quedó pensativa, con el peine en la mano.

Sí, su niña estaba creciendo, y eso la había desvelado las últimas noches. Ahora, viendo el entusiasmo que mostraba ante la llegada de la familia, sentía que sus temores se intensificaban. Ellie era su mejor amiga, habían crecido prácticamente juntas. Cada verano y a veces algunas semanas durante el invierno, la familia se instalaba en la mansión, huyendo de la tumultuosa vida londinense. Lady Turner amaba el campo, y sus hijos también, y eso había hecho que la relación entre los jóvenes fuera tan cercana que a veces los tres olvidaban que pertenecían a mundos diferentes. Y el día que lo aceptaran, el día que al fin lo entendieran, la que más sufriría sería su pequeña.

Una y mil veces había hablado de esto con ella, y parecía comprenderlo. Sin embargo, su corazón le decía que en el fondo, ella creía que esa inmensa barrera que los separaba podría sortearse de alguna manera. Y esto se debía no a su profundo amor por Ellie, sino a un naciente interés por su hermano.



Stone Hall, época actual

Las limpiadoras dejaron la mansión en condiciones en apenas dos días. La alegría que me produjo ver la casa limpia, sin polvo y con el agradable aroma a la cera del piso y el ambientador, solo se podía comparar con la de Adela.

El lunes siguiente a nuestra llegada ella debía asistir al colegio y yo a mi primer día de trabajo en la universidad. Los últimos años como profesora en una de las universidades más prestigiosas de Escocia me habían facilitado la entrada en la facultad, y aunque solo tendría a mi cargo cuatro cursos, para mí era más que suficiente.

Esa mañana, Adela tuvo un repentino ataque de timidez y me pidió que la llevara al colegio. Supongo que, aunque iba a encontrarse con antiguas amigas con las que nunca había perdido contacto, la ansiedad de empezar su último curso de secundaria en un instituto nuevo, la tenía muy nerviosa.

Luego de dejarla, me encaminé a la universidad. No esperaba ser recibida con tanta efusividad por parte del jefe de estudios, quien rápidamente me mostró las instalaciones y me presentó a alguno de mis compañeros. Las clases no empezarían hasta finales de octubre, pero los profesores tendríamos unas cuantas reuniones para hablar de metas, estrategias y otros asuntos.

Al volver a la mansión, pasadas las cuatro de la tarde, Adela ya estaba allí, instalada en la cocina frente a un tazón de cereales. Miraba videos en su teléfono y parecía no notar la oscuridad de la casa. Me dio pena verla tan sola y, aunque ya tenía quince años, me sentí culpable por no haber estado para recibirla a su llegada.

—¿El autobús te dejó en la entrada? —pregunté mientras ponía a calentar una bandeja de lasagna.

—Me dejó en la bajada de la carretera del pueblo.

—¿Caminaste hasta aquí?

—No, me salieron alas y vine volando —respondió, echándome una mirada burlona.

—Cada día más graciosa —dije, en el mismo tono—. Me habían prometido que te traerían hasta el portón de la entrada, fue una de las cosas que pedí especialmente cuando contraté el autobús escolar.

—Quizás deberías pagar un poco más para que hagan eso.

—No creo, ya es suficientemente caro.

Ella siguió comiendo, ignorándome por completo.

—¿Por qué estás comiendo cereales? En unos minutos tendré lista la cena.

—¿Cena? —murmuró entre dientes.

Me volví y la miré. Generalmente nunca se quejaba de mis escasas habilidades culinarias.

—¿Podrías decirme por qué estás de tan mal humor?

No respondió.

—¿Pasó algo en el Instituto? Estaba Sara esperándote, ¿verdad?

—Sí, todo fue bien.

Me senté frente a ella, y la miré, esperando.

—¿Qué? —preguntó sin apartar la vista de la pantalla del teléfono.

—Cuéntame —insistí.

Suspiró, y dejó el móvil a un lado.

—No pasa nada, es una tontería.

—Tengo muchas ganas de escuchar alguna tontería, estuve todo el día rodeada de gente demasiado seria.

Sonrió, a su pesar.

—Estaban Sara, Helen y Zafira. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, la morenita de ojos grandes. Vino varias veces a jugar a casa cuando eran pequeñas.

—Bueno, parece que ahora las tres son íntimas. Zafira está muy guapa, y es un poco engreída, la verdad. Y las chicas la siguen a todos lados como perritos. Durante el almuerzo ella decidió dónde nos sentaríamos, con quien, casi hasta lo que debíamos comer...

Se puso de pie y llevó el tazón al fregadero.

—Y lo peor es que es pura fachada, no tiene nada en la cabeza. No entiendo como Sara no se da cuenta, las dos parecen hechizadas por ella.

—¿Lo hablaste con Sara?

—No, no quiero que crea que estoy celosa, pero no estoy dispuesta a ser otra de las “seguidoras” de Zafira. ¿Sabes qué es lo peor? Está de novia con Maxi, ¿te acuerdas de él? Compartimos la clase de 5.

—No, no me acuerdo.

—Ha cambiado muchísimo, y en cuanto me vio vino a saludarme, me dio un abrazo y nos pusimos a charlar. Pero entonces apareció Zafira y lo tomó de la mano y yo me sentí super incómoda.

—¿Y él?

—No, él pareció no notar la cara de ella. Sé que me odia, y va a hacer que Sara y Helen se alejen de mí...

—No creo que ella pueda romper una amistad de tantos años. Espera a ver que sucede —y agregue como al pasar, para sacarla de su tristeza—. Traje tarta de chocolate.

Se levantó de un salto y vino a abrazarme.

—Lo siento por ser tan pesada, es que estoy enojada y triste —dijo ocultando su cara en mi hombro.

—Lo sé. ¿Sabes qué? Tienes derecho a estar de mal humor de vez en cuando, pero no más de una vez al mes. Y yo también —añadí.

—¡No, tú no! ¡Te pones insoportable cuando estás de mal humor!

—¡Mira quien habla! No tendrás tarta por mala...

Seguimos bromeando, hasta que noté que su natural entusiasmo y carácter alegre habían regresado.

Comimos en la cocina pero fuimos al salón a comer la tarta mientras mirábamos una serie.

—¡Me olvidé de contarte! —dijo de pronto— Tuve clase de Historia, ¿recuerdas que es una de las materias que elegimos las tres, para estar juntas?

Asentí.

—Pues bueno, la profesora es genial, me encantó. Hablamos del programa y es bastante interesante. Y tenemos que hacer varios trabajos. El primero se titula “La caza de brujas en el siglo XVI” o algo así. Estaba hablando de leyendas locales y ella mencionó a papi y a sus libros. Me sentí rara, todos me miraban.

—¡Claro! ¡Si tu padre es muy famoso! Recuerda que recibió el Premio Nacional de Literatura Fantástica —me interrumpí, al darme cuenta de lo que había dicho. Traté de que ella no lo notara, bajando la mirada a la tarta.

—Si, lo sé —dijo, pero me di cuenta que había desaparecido su sonrisa.

—¿Cuál es el tema del trabajo?

—Las leyendas en la literatura fantástica —respondió.

La miré, y le sonreí.

—Lo siento, no debí haberlo mencionado.

—No importa, está bien. Creo que ya me puso triste la profesora al hablarme de él.

Observé cómo dejaba la tarta sobre la mesita, y suspiré.

—¿Crees que si nunca hubiera recibido ese premio no habrían muerto? —se me hizo un nudo en la garganta.

—No lo sé —dije.

—¿Tenemos los días contados? Muchos dicen eso. Tal vez hubieran muerto igual, de otra forma...

Me quedé un momento en silencio, pensando en sus palabras.

—Creo que lo importante no es cuándo o cómo morimos —dije, al fin—, sino cómo vivimos. Ellos vivieron bien, Adela. Te amaron muchísimo en esos pocos años contigo, te lo aseguro.

Asintió, sin mirarme.

—La profesora me pidió que contara a la clase sobre los libros, así que mencioné que papi sacó la idea de una leyenda de esta zona. Entonces me dijo que podía hacer mi trabajo investigando sobre la caza de brujas que se llevó a cabo aquí, en Cumbria y en Lancashire. Y... —y esto es lo más interesante—, dijo que ella leyó en alguna parte que una de nuestros antepasados fue quemada en la hoguera por bruja.

Me quedé mirándola, estupefacta.

—¿Lo sabías? —preguntó. Simplemente negué con la cabeza—. Así que ya lo decidimos con las chicas, vamos a basar nuestro trabajo en su vida, y en cómo llegó a convertirse en bruja. ¿Qué te parece?



Stone Hall, la semana siguiente

Desperté cuando la puerta de mi habitación se abrió.

La luz se encendió, encandilando sin misericordia mis ojos adormilados. La voz de Adela sonó desafinada al entonar la conocida melodía.

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz! Te desea tu amada sobrina... ¡Cumpleaños feliz!

Saltó sobre mi cama como hacía cuando era pequeña, y se acostó a mi lado, tapándose hasta la barbilla.

—Gracias, hermosa —dije, recibiendo sus besos—. ¿Qué hora es?

—Las siete, no quería quedarme dormida. Estoy preparando un desayuno de los de Emilia —dijo, sonriendo.

¡Emilia! ¡Cuánto la echábamos de menos!

—Espero que te guste —añadió, extendiendo un paquete hacia mi. Lo abrí, sonriendo, pero cuando miré su contenido, no pude evitar que mis ojos se humedecieran. Dentro de un sencillo portarretrato de madera se encontraba una foto de cuando Lucía y yo éramos muy jóvenes, poco después de mudarnos a Inglaterra. La foto tenía los colores cálidos de los revelados analógicos, tomada en un raro día de sol en Londres. Recordaba ese momento, habíamos ido a un concierto con Samuel, ellos apenas llevaban unas semanas de novios, seguramente él había tomado la foto.

—¿Dónde la encontraste? —dije, secando disimuladamente mis ojos.

—Eso es un secreto —respondió, misteriosa—. ¡Están tan lindas las dos! ¡Y esa ropa! —y comenzó a reír.

—Gracias, Deli. No podrías haberme dado un regalo mejor —dije, abrazándola.

Bajamos a la cocina, y mientras charlábamos, Adela mencionó, como al pasar.

—¿Crees que le gustaría venir a vivir con nosotras?

—¿A quién?

—A Emilia...

—¿A Emilia? —inquirí, sorprendida—. No lo sé, ya está muy mayor, además vive con su sobrina.

—Podríamos preguntarle, ella no sabe que hemos vuelto a la casa.

—No creo, Deli. Querrá estar con su familia...

—Siempre decía que nosotras éramos su familia. Se fueron porque Pedro estaba muy enfermo y este clima le hacía mal, pero ahora que ella está sola no tiene sentido que viva en España. Ya sabes que no se lleva bien con la sobrina.

—¿Quién te dijo eso?

—Ella.

Seguimos comiendo en silencio, hasta que me levanté para recoger los platos.

—Tengo entradas para el cine para esta noche a las siete. Así que no llegues tarde. Nos vestimos bien guapas, y vamos a cenar también, ¿quieres? ¡No se llega a los cuarenta todos los días! —comentó Adela, sonriendo con malicia.

—¡No vuelvas a repetir eso!

—¿Qué? ¿Que cumples cuarenta? ¿Es que cuarenta te parece mucho? ¡Deberías estar orgullosa de tener cuarenta!

Me acerqué para atraparla y hacerla callar, pero ella salió corriendo de la cocina mientras seguía repitiendo, entre risas:

—¡Los cuarenta son la flor de la vida! ¡Cuarenta, cuarenta, cuarenta!

Volví a casa a las seis, con tiempo suficiente para cambiarme. Adela me había dicho que llegaría a eso de las seis y media, porque se habían quedado en el colegio con Sara y Helen para trabajar en su investigación sobre las brujas. Un escalofrío me recorrió al recordar en lo que se estaban metiendo las tres. ¿No podrían haber elegido otro tema?

Me vestí rápidamente y mientras me peinaba la escuché cantar en su cuarto.

—¿Estás lista? —dijo abriendo mi puerta sin siquiera llamar. Me miró con una mueca—. ¿Por qué no te pones tacones?

—¿Tacones? ¿Te parece?

—Sí, y el vestido negro corto. Me encanta como te queda.

—¿No es demasiado elegante para ir al cine?

—Es tu cumple, tienes que estar elegante. Te espero abajo.

Sonreí, mientras me quitaba el pantalón y la camisa y buscaba el vestido. Me puse medias negras y tacones.

Bajé la escalera rápidamente, y escuché un murmullo en el salón. Sentí un sobresalto, y el corazón comenzó a latir más deprisa. ¿Quién estaba allí? ¿Adela? ¿Por qué murmuraba?

—Deli, ¿dónde estás? —. Todo había quedado en silencio.

Me acerqué a la puerta del salón y la abrí, empujándola lentamente. La habitación parecía vacía, pero noté una sombra junto a una de las ventanas. Temblando acerqué la mano al interruptor y encendí las luces.

—¡¡Feliz cumpleaños!!

Un grito agudo escapó de mi garganta uniéndose a las felicitaciones y por un instante no

entendí qué estaba pasando, hasta que vi a Adela, sonriendo, en medio del grupo. Después, los abrazos de Marilyn y Juan me hicieron reaccionar.

“¡Felicidades!” “¡Qué elegante!” “¡Para ti no pasan los años!” “¡Cada día más guapa!”

Los demás se fueron acercando y recibí besos, abrazos, flores y regalos. Estaban todos allí: Janet y Adam, Tricia y Ángel, Victoria, Nora y Joaquín.

Me fundí en un abrazo con Janet, y entonces lo vi en el fondo del salón. Se había quedado rezagado, como esperando. No sé si había estado allí desde el principio, o si acababa de llegar aunque tampoco eran tantos los invitados como para que yo no lo hubiera visto.

Janet me soltó, y él dio unos pasos hacia mí.

—Feliz cumpleaños —dijo, y me envolvió en sus brazos por un instante.

—Gracias —sonreí y miré a Adela que me observaba con curiosidad. Se acercó a nosotros y me abrazó también.

—¿Te gustó la sorpresa?

—Casi me muero del susto —confesé.

—Lucas me ayudó a organizarlo todo —dijo ella, sin darse cuenta de mi turbación—. ¿Verdad que fue una buena idea?

Me libré de responder porque Janet y Victoria me rescataron.

Comimos, charlamos, reímos y me sentí, una vez más, feliz entre mis amigos. No echaba de menos absolutamente nada de la ciudad que habíamos abandonado, mis amigos estaban aquí, sin embargo...

Marilyn vino a sentarse con nosotras a uno de los sillones, con un plato de bocaditos. Aunque solía hablar con las tres por teléfono y había visitado la ciudad varias veces en los últimos años, igual necesitábamos ponernos al día. Victoria fue la primera en ir al grano, abordando aquello que tanta curiosidad le provocaba: Lucas.

—Tengo una pregunta intensa solo para mujeres sabias —dijo, sonriendo. Posó la vista rápidamente en Lucas que hablaba con Juan en el extremo opuesto del salón— ¿Por qué los hombres se ponen cada vez más atractivos con la edad? ¿Por qué las arrugas y las canas los hacen ver más interesantes y a nosotras nos hacen ver más viejas?

—Porque no las esconden —respondió Janet, bebiendo un sorbo de su copa—, a ellos les da igual y lo viven como algo natural. En cambio nosotras lo sufrimos.

—No todos los hombres aceptan la edad tan fácilmente. Algunos se tiñen, se matan en el gimnasio...

—Si te refieres a Lucas, es imposible que no se vea atractivo —dijo Marilyn, riendo.

Yo estaba en silencio, observándolo.

Después de la sorpresa de volver a verlo, de enterarme que había estado en contacto con Adela durante el último año y, especialmente, de que le había ayudado a preparar mi fiesta, había recordado lo que pasó la noche en que nos vimos por última vez. También había recordado el dolor que traslucían sus ojos esa noche. Fue en ese momento cuando comprendí que él se había cansado de seguir luchando por mí, por eso se había ido.

Sin embargo, había vuelto. Según escuché le habían ofrecido un puesto interesante en un hospital en la ciudad. Había comentado que vivir en Londres no había sido lo que esperaba y que estaba feliz de haber regresado.

Como decía Victoria, se veía muy atractivo, con ese aplomo que trae la madurez, con algunas nuevas arrugas y una barba corta con unas pocas canas. Sus ojos seguían siendo lo más destacado y lo más hermoso de su rostro. De pronto me buscaron, como sabiendo que estaba

pensando en él. Bajé la vista a mi copa justo a tiempo.

—¿Qué piensas, Julia?

Volví al presente, y sonreí.

—¡Que los odio! ¡A todos! —dije poniéndome de pie y haciéndolas reír—. Voy a buscar una botella. ¿Quieren algo más?



Stone Hall, cinco años antes

Salí de mi habitación, acomodándome el pelo, aún mojado. Me había demorado demasiado en la ducha y Lucas me estaba esperando para ir a cenar con Juan y Marilyn.

Al llegar al rellano de la escalera escuché voces que venían de la tercera planta. No había nadie más en la mansión, ya que Adela estaba en la casa de Emilia, jugando a las cartas con los dos ancianos. Subí los peldaños lentamente, tratando de percibir alguna palabra que me diera una idea de quienes estaban allí, pero solamente se escuchaban murmullos graves.

La puerta se abrió, y reconocí la voz de Lucas. Caminé, pegada a la pared, tratando de entender lo que decía.

“No lo olvides”, escuché claramente.

Recorrí los pasos que me faltaban hasta llegar al umbral y él me vio. Su rostro reflejó sorpresa, y algo más que no pude discernir.

—¡Julia! —dijo, empezando a cerrar la puerta—, ¿ya estás lista?

—¿Con quién hablabas? —pregunté, haciéndolo a un lado para pasar—. ¿Michael? —inquirí, incrédula.

Me miró, impasible, desde el sillón de alto respaldo.

—Buenas noches —dijo.

—¿Reunidos como viejos amigos? —pregunté—. ¿De qué hablaban?

Miré a Lucas, que me devolvió la mirada, incómodo.

—Solo pasé a saludar a Michael y a agradecerle lo que hizo por mi —desvió la vista hacia la ventana—. No había tenido oportunidad de hacerlo todavía.

—Entiendo —comenté, escudriñando sus ojos—. ¿Qué es lo que él no debe olvidar?

Lucas enarcó las cejas.

—¿Olvidar...?

—Al salir dijiste algo como “No lo olvides”. ¿Qué es lo que Michael no debe olvidar?

Me lanzó una mirada rápida, sin saber qué responder. Me giré hacia Simaco que nos observaba tranquilamente, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas.

—¿No van a contarme de qué hablaban? ¿O fue una conversación privada?

Michael se puso de pie y caminó hacia el extremo de la habitación.

—Era una conversación privada, efectivamente.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Lucas, señalando la puerta—. Nos están esperando...

—Está bien —suspiré—, los dejo con sus secretos. Vamos.

—No son secretos, hablábamos de ti —soltó Michael. Lucas lo miró con un reproche en los ojos.

—¿De mí? —me volví y agregué—. ¡Qué interesante! Cuéntenme... —y pasando delante del sillón, fui a sentarme en la butaca detrás del escritorio.

Michael miró a Lucas y luego a mí. Mi tono sarcástico lo estaba poniendo de mal humor, podía notarlo en su mandíbula tensa.

—No hay nada que contar, solo hablábamos de todo lo que pasó. No creo que sea un tema que nos alegre la noche.

Miré a Lucas mientras hablaba, y sonreí, tristemente.

—No sabes mentir, Lucas. Me gustaría saber qué los obligó a reunirse y tener una conversación civilizada. Debe ser la primera vez.

—Lucas cree que, dado que estás enamorada de los dos —y aquí Michael dirigió sus largos dedos, primero hacia sí mismo y luego hacia Lucas—, deberíamos darte la oportunidad de decidir con quien quieres pasar el resto de tu vida —concluyó, con una sonrisa burlona.

Lucas suspiró, e hizo una mueca.

—¿En serio? ¡Qué considerado de su parte! —añadí.

—No es eso lo que dije —aclaró éste.

—¿Qué dijiste exactamente? ¿Cuál fue tu idea?

Lucas se abstuvo de contestar, en cambio Michael tomó la palabra con ese tono mordaz y despectivo que empezaba a sacarme de quicio.

—Me solicitó expresamente que no desaparezca —hizo hincapié en la última palabra—, con la intención de que, al tenernos a ambos cerca, puedas tomar una decisión.

—¿Tomar una decisión? ¿Qué significa eso?

—Quiero que seas feliz, Julia. Quiero que realmente seas feliz... —explicó Lucas.

—¿Feliz? ¿Realmente te importa mi felicidad? ¿O la tuya...?

—No seas injusta —repuso Michael, cortante.

Me puse de pie.

—¿Desde cuando se creen con derecho a exigirme que elija? —pregunté—. Quizás decidí estar sola porque es la única manera de ser un poco feliz.

Caminé por la habitación, mientras ambos me miraban.

—Puedo estar sola, puedo vivir sin amor romántico. Tengo de la otra clase de amor en abundancia, que es el más importante...

—No es el más importante, Julia. Si tu felicidad está junto a Michael, yo lo entendería, podría aceptarlo.

—¿¡Junto a Michael!? ¿Te estás escuchando? ¡Esa opción no existe, Lucas! ¡No puedo estar con él!

Al encontrarme con su mirada, entendí lo que acababa de revelar y abrí la boca, sin saber qué decir.

—Entiendo —dijo, bajando la cabeza—, quizás ya habías tomado tu decisión mucho tiempo atrás. Que estúpido al no darme cuenta y guardar esperanzas.

—Es... Todo es tan... —no supe como continuar.

—Creo que me disculparé con los chicos, mejor me voy a casa —agregó, dirigiéndose hacia la salida.

—Lucas...

—Está bien —replicó sin volverse—. Te llamo mañana, buenas noches.

Salió, cerrando la puerta con suavidad. La tristeza que llenaba la habitación se hizo, de pronto, más densa y una angustia demasiado conocida comenzó a oprimir mi pecho.

—No entiendo que tratas de hacer, Julia —miré hacia donde estaba Michael de pie, confundida—. ¿Por qué lo dejas ir? Sabes que podrías ser feliz a su lado. ¿Por qué te empecinas en un sueño que es imposible? ¿Por qué no me dejaste allí, con la bruja, para que pudiera pagar por mis pecados y redimir mi alma?

—Ese lugar no era el purgatorio, Michael. Allí no ibas a pagar tus pecados para seguir luego hacia un lugar mejor. Ella nunca te iba a dejar libre.

—¡Pero estaría libre de ti! —dijo, elevando la voz.

Me miró, y por primera vez contemplé su rostro, alterado por un sufrimiento que nunca antes me había dejado ver.

—¿No entiendes que no puedo seguir así, con mi corazón encadenado a un amor imposible? ¿Sabes lo que es para mí sentirte cada día, escucharte, y saber que nunca podré tenerte, que nunca podrás ser realmente mía? —cerró los ojos, tratando de recobrar la calma—. El amor que siento por tí es la peor tortura, peor que todo lo que pudiera hacerme Sancia. Me fui una vez, y juré que sería para siempre, pero fui débil. Volví, prometiéndome a mí mismo que me mantendría lejos, pero no pude.

Volvió a mirarme, con un ruego en sus ojos negros.

—Lo intenté, pero no pude.

Me acerqué a él, tomé su mano entre las mías, y acerqué mis labios a sus dedos fríos.

—Deja de intentarlo, amor mío. No te alejes más, quédate a mi lado, quédate conmigo.

Su aliento se acercó con suavidad a mi boca, un susurro helado que anunciaba el encuentro tanto tiempo esperado. La frialdad de sus labios me hizo estremecer, sin embargo todo mi ser se vio envuelto en un fuego abrasador. Desentrelacé mis dedos de los suyos y, con un suspiro, me acerqué a su pecho. Sus brazos me oprimieron, como si quisieran fundirse con mi ser, mientras su boca devoraba la mía con pasión, creando un vínculo que trascendía las palabras.

Sus labios me abandonaron demasiado pronto, y de repente, me llenó la frialdad del cuarto y me sentí huérfana de su calor.

—Te amo, Julia —dijo, apartándose solo lo suficiente para mirarme—, no lo olvides jamás.

Depositó otro beso suave, acarició mi mejilla, y luego, alejándose un paso, besó mis manos.

—Te amo —repitió.



Stone Hall, época actual

Ese día no entendí realmente lo que había pasado. Mi furia me impidió ver con claridad lo que ellos habían querido decir, entendí sus palabras a medias. Mi estúpido orgullo de mujer independiente, ofuscó la realidad de sus intenciones. No comprendí que no querían manejar mi albedrío y obligarme a decidir en contra de mi voluntad, sino que intentaban acabar con el sufrimiento de los tres.

Lucas había sido, quizás, el más sabio y el menos egoísta. En lugar de trabajar su parcela para lograr lo que quería, cedió terreno, otorgándome el espacio necesario para que yo pudiera reflexionar y comprender mis propios sentimientos. Pero no lo vi, y destruí lo que ellos querían darme, con mis manos estúpidas y malvadas.

En unas semanas desaparecieron los dos de mi vida.

Lucas partió hacia Londres –me enteré un mes después– con una interesante propuesta de trabajo que surgió repentina y misteriosamente. Michael volvió a ese lugar secreto al que se había ido antes, o por lo menos eso fue lo que me decían las paredes vacías y la habitación oscura. Y así, después de intercambiar apenas unas pocas palabras y un beso, me quedé completamente sola.

Me llevó tiempo aceptarlo, especialmente aceptar que había sido mi culpa. También entender que la única que podía cambiar esa realidad era yo. Pero aunque lo entendí al fin, no estuve dispuesta a hacer lo que tenía que hacer. Prefería quedarme sola, y ver que los días pasaban, concentrándome en la felicidad que me daba Adela que, según yo misma había manifestado, era la más importante.

Pero Adela estaba creciendo. Día a día, se alejaba un poco más de mí, no por rebeldía ni porque dejáramos de ser buenas amigas, sino simplemente porque estaba viviendo su propio proceso de madurez y cada vez me necesitaba menos. Poco a poco, su círculo de amistades creció, sus relaciones se profundizaron, y yo pasé de ser el centro de su vida a convertirme en un pilar de apoyo.

Esa fue, quizás, la primera vez que reconocí mi error, y llegaron a mi mente, como si estuvieran escritas en un cartel de neón, las palabras de Lucas: “La otra clase de amor no es la más importante, Julia”. Una vez Janet me había advertido que un día Adela crecería y se iría, pero en ese momento, ese día parecía muy lejano. Sin embargo ahora lo tenía frente a mí.

El dolor de entender que había alejado de mi vida a dos de las personas más importantes, me llenó de desesperación. Sin embargo, mi orgullo fue más fuerte que mi necesidad de ellos, y simplemente decidí huir de la casa y de la ciudad. Así sería más fácil olvidarlos. ¡Qué ingenua al pensar eso!

Fue con la excusa de buscar un colegio mejor, que le propuse a la niña mudarnos a Escocia. Creí que no lo aceptaría, que no querría dejar a sus amigas, sin embargo recibió la idea con agrado, y con entusiasmo nos embarcamos en la tarea de encontrar un nuevo lugar donde vivir. Emilia y Pedro decidieron mudarse a España con una sobrina, ya no querían estar en la casa sin nosotras, y la salud de Pedro empeoraba cada día más, por lo que entendí que esa era la mejor decisión. Dejé mi consulta y decidí incursionar en la enseñanza, algo que siempre me había gustado. Comencé dando clases de Psicología Evolutiva en una universidad pequeña, y al año siguiente ya estaba bien posicionada en una importante facultad de medicina. Adela encontró nuevos amigos y poco a poco todo fue tomando su sitio, y la vida comenzó a ser más llevadera.

Creí que todos los fantasmas desaparecerían, reemplazados por nuevas relaciones, pero no fue así. Echaba de menos a mis amigos, a la casa y a Emilia. Todo me parecía extraño en mi nuevo hogar, como si fuera solo una casa prestada. Y aunque llamaba a las chicas cada semana, y fuimos de visita un par de veces, igual me sentía vacía.

Casi sin darme cuenta Adela se convirtió en una adolescente y comenzó a salir los fines de semana, algo que me produjo pánico, pero traté de depositar mi confianza en su buen criterio y en su sensatez. Me sorprendió gratamente ver que era más madura de lo que yo creía.

En ningún momento sospeché que ella también sufría. La veía feliz, involucrada siempre en algún proyecto nuevo, y yendo de aquí para allá, hasta había notado que estaba empezando a manifestar cierta preferencia por un muchachito flacucho de bonitos rizos rubios. No obstante, un día me sorprendió con una pregunta, que hizo tambalear todas mis teorías.

—¿Cuándo vamos a volver a casa?

Yo estaba preparando la cena, y ella estaba tirada en el suelo junto a Felipe, que dormía plácidamente.

Sin dejar de cocinar, le eché una mirada rápida.

—¿A casa? ¿A Stone Hall?

—¿Tienes otra casa? —preguntó, secamente.

No quise entrar en aclaraciones, ya que las dos sabíamos que la mansión era su casa, no la mía. Era la herencia que le habían dejado sus padres y de la que tomaría posesión a los dieciocho años.

—No pensé que quisieras volver...

—No sabía que nos iríamos para siempre, nunca hablamos de eso.

—¿Por qué lo preguntas?

Dejó de acariciar al perro, y volvió sus ojos castaños hacia mi.

—Creo que es tiempo de volver. Echo de menos Coombsby, a mis amigas, a Lucas, a Simaco, a todos —seguí revolviendo la salsa sin saber qué decir, ella añadió—: Y se que tú también...

Esa fue la primera vez. Luego vinieron otras, en las que indagó acerca de por qué nos habíamos ido y por qué yo no quería volver —algo que yo nunca había expresado con palabras, pero que, evidentemente, ella podía percibir—, y finalmente un día comenzó a pedirlo sin rodeos.

Me resistí todo lo que pude, y postergué la decisión hasta que me di cuenta que ella realmente estaba sufriendo, lejos de los suyos. Decidimos esperar a que terminara el ciclo escolar, lo que me daría tiempo a hacerme a la idea y a preparar todo para el retorno.

Ya hacía dos meses que habíamos vuelto. La fiesta de mi cumpleaños había sido como una especie de bienvenida, ahora ya todos nuestros conocidos sabían que estábamos otra vez en casa, pero eso no había cambiado una realidad: me sentía tan sola como antes.

Habíamos estado fuera casi cuatro años, muchas cosas habían cambiado. La gente había seguido con su vida y había aprendido a vivir sin nosotras, y después del entusiasmo de tenernos cerca otra vez, manifestado los primeros días, ahora habían vuelto a sus rutinas, una cotidianeidad de la que ya no formábamos parte.

Adela también estaba sufriendo lo suyo, pero se mostraba en general bastante positiva, así que decidí hacer lo mismo. Si ya no formábamos parte de la vida diaria de nuestros amigos, deberíamos volver a hacernos un lugar.



Casa Turner, 17 de julio de 1657

Sancia pasó casi todo el día sentada en el jardín, esperando la llegada del carruaje de la familia.

Aunque no sabía exactamente la hora en que llegarían —la carta que lady Turner había enviado al ama de llaves solo mencionaba que sería el martes—, ella tenía la esperanza que fuera durante la mañana.

Pero la mañana pasó, y llegó la tarde. Luego la hora de la cena, y finalmente la oscuridad cubrió el parque de la casa como un manto grisáceo. En el horizonte se percibía todavía un suave resplandor cuando ella al fin se fue a la cama, más allá de las diez de la noche.

Cuando su madre subió casi una hora después, ella aún estaba despierta. Compartían un pequeño cuarto en la tercera planta, junto a la puerta del ático, un privilegio que mostraba cuán apreciada era Aurora en esa casa, donde normalmente cuatro doncellas dormían en cada habitación.

Se acurrucó junto a su madre como hacía siempre, mientras ella la abrazaba.

—Creí que ya estarías dormida. Has estado todo el día en los jardines, dando vueltas, debes estar cansada.

—No puedo dormir. ¿Por qué no han llegado todavía? ¿Habrá sucedido algo? —y en ese momento sus temores le hicieron revolverse en la cama.

—Seguramente decidieron dejar el viaje para mañana. Son los señores de la casa, no tienen por qué dar explicaciones. Llegarán cuando a ellos les plazca.

—Lo sé, pero la señora Brown hizo preparar las habitaciones, y usted tenía la cena lista...

—Eso a ellos no les importa —si la niña notó cierto dejo de resentimiento en el comentario, no lo hizo ver—. Hija, se que crees que la señorita Ellie es tu mejor amiga, pero...

—No, no creo que sea mi mejor amiga, *es* mi mejor amiga. ¿Por qué dice eso?

—Porque ya no son niñas, ella es la hija de un lord y tú la de unos sirvientes. Debes recordar que...

—... pertenecemos a mundos diferentes. Me lo ha dicho cien veces madre, lo sé.

—Entonces deberías dejar de aferrarte a ella o...—Aurora hizo una pausa—. Quizás podría hablar con lady Turner para que te permita ser su doncella, ¿te gustaría eso? Estarían siempre juntas.

—¿Su doncella?

—O tal vez puedas empezar a trabajar en la cocina, tomarías mi puesto cuando yo me haga mayor.

—No quiero ser cocinera. Ni doncella.

Aurora la miró mientras la chica le volvía la espalda, molesta. Era su culpa, la había consentido demasiado. Desde que su padre murió siempre trató de protegerla y ahora éste era el resultado.

—Debes pensar en tu futuro.

Sancia cerró los ojos como si así pudiera alejar las palabras de su madre para que no se hicieran realidad. ¿Una doncella? Ella quería tener su propio hogar, un marido e hijos. Y aunque cuando pensaba en esto no veía si la casa era pobre o lujosa, si la rodeaban niños o niñas, siempre era el mismo rostro el que le sonreía y a quien ella besaba: Jeremy.

¿Cómo había nacido ese sentimiento? Quizás siempre había estado allí, desde que eran pequeños. Siempre lo había admirado, casi venerado: era tan grande y fuerte, tan inteligente.

Ahora sabía que eso que sentía era amor, y sabía que era correspondida. Por supuesto, no podía decírselo a su madre, no todavía. Pero lo haría en el momento oportuno y sabía que estaría tan feliz como ella.

Los señores llegaron al atardecer del siguiente día. Tal y como había vaticinado su madre, llegaron cuando les dio la gana, y la mansión estaba totalmente dispuesta para ellos.

Sancia le estaba ayudando a preparar la masa para los bollos del desayuno del día siguiente. Al escuchar los caballos y el carruaje sobre la grava de la entrada, se quitó a toda prisa el delantal y salió disparada hacia su habitación por la escalera de servicio.

—¿A dónde vas? —preguntó Aurora, pero ella ni siquiera respondió.

En el pequeño espejo que tenía frente a la cama, se miró para arreglarse la trenza. Su peinado era sencillo, no tan elegante como el del día anterior, e hizo una mueca al mirarse los cabellos sueltos que caían sobre su frente.

No tenía tiempo de arreglarse, así que solo ató una cinta azul al final de la coleta trenzada, y cambió su vestido de trabajo por el único bueno que tenía, uno azul con flores bordadas en blanco, que le había hecho su madre el verano anterior.

Se miró y suspiró. Sus ojos brillaban, expectantes. Estaba nerviosa y feliz, muy feliz.

Miró por la pequeña ventana, buscando el carruaje, pero ya los mozos lo habían movido a las caballerizas. Eso significaba que ya estaban dentro.

Corrió escaleras abajo y se detuvo frente a la puerta que daba a las cocinas, allí volvió a suspirar para tranquilizarse y se dirigió al salón.

La señora Brown hablaba con lady Turner cuando ella abrió la puerta. La señora de la casa la miró, con la frialdad de siempre y ella hizo una amplia reverencia. Se esforzó para mantener la vista en el suelo, y las manos juntas, aunque deseaba con todas sus fuerzas buscar los ojos de Jeremy, que estaba de pie junto a su padre unos pasos más atrás.

—¡Sancia! —la voz de lord Turner, estruendosa y cálida, le hizo levantar la cabeza— Ven, acércate. Déjame mirarte. ¡Cómo has crecido, niña!

Sancia caminó sonriendo hacia él, y se inclinó, respetuosa.

—Me alegro de volver a verlo, lord Turner.

—¡Qué mentirosa eres! Estás feliz de ver a Ellie, no a mi— y emitió una sonora carcajada.

La aludida llegó corriendo y se colgó del cuello de su amiga. Sancia respondió a su abrazo mientras las dos reían.

—Ellie, compórtate como una señorita —dijo su madre—, no quiero verte correr por la casa, y tampoco quiero que distraigas a Sancia de sus quehaceres.

—No lo haré, madre, lo prometo —dijo la joven mirando a su amiga con picardía—. ¿Puede ayudarme a desempacar?

Lady Turner se estaba quitando los guantes, afirmó con un gesto de la cabeza y se volvió hacia la señora Brown. Ellie tomó la mano de Sancia y la guió escaleras arriba, mientras le hablaba del viaje. Sin embargo la joven no la escuchaba, en su mente revivía otra vez el instante en que los ojos negros de Jeremy se habían anclado en los suyos, y la sonrisa suave con que había acompañado su mirada.

A la mañana siguiente se levantó temprano, desayunó rápidamente y, con la excusa de ir a juntar flores para las damas de la casa, se encaminó hacia el río.

Estaba segura que él recordaría la última vez que se habían encontrado allí, más de seis meses atrás, esa tarde en que la había besado por primera vez y le había confesado su amor.

A sus diecisiete años no pensaba en el futuro. A pesar de los consejos y preocupaciones de su madre, ella solo veía lo que tenía ahora: el amor de ese joven que se había convertido en el centro de su vida.

Caminó entre la hierba, canturreando, mientras recogía algunas flores y las acomodaba en la cesta. Cortó una rama de espuela de caballero, y tomando algunas de las flores azules las colocó entre los mechones de su trenza. Estaba tan concentrada en la tarea que no escuchó el galope del caballo, hasta que éste se detuvo a apenas unos metros. Se volvió, y la canasta cayó de su brazo. Jeremy bajó del caballo de un salto y levantó las flores, colocándolas con cuidado otra vez en la cesta.

—Aunque mi madre jamás lo confesaría, se que echa muchísimo en falta tus flores cuando estamos en Londres.

—Es que allí no hay flores como estas...

—Es que allí no estás tú para preparar estos deliciosos ramos —dijo él, acercándose.

Sancia sintió que se le aceleraba el corazón. Su respiración se agitó también y le subieron los colores. Sin saber qué hacer, bajó la cabeza y acomodó las flores. Él dio otro paso, hasta quedar a apenas unos centímetros, y apoyando un dedo debajo de su barbilla le obligó a mirarlo.

—No te escondas de mí —dijo.

—No me escondo —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Él acarició su mejilla y tomándola de los codos, la acercó hacia él. Era la segunda vez que la besaba, ella había evocado esa primera experiencia cientos de veces y ahora se dio cuenta que el

recuerdo estaba muy lejos de la realidad.

Él la rodeó con sus brazos, uniendo sus cuerpos. Pudo sentir el calor de sus manos, la dulzura de su aliento, sus corazones latiendo atropellados, tan cerca.

De pronto tomó conciencia de los labios de su amado envolviendo los suyos, y los abrió suspirando. Él no se hizo esperar y arrasó su boca, casi con crueldad, pero eso a ella no le importó.

Notó que sus manos bajaban por sus caderas y, de manera instintiva, se apartó.

Se volvió, tratando de recuperar la calma.

—¿Qué sucede? ¿Te he ofendido?

—¡No! Solo que... No deberíamos...

—¿No me amas? —preguntó él, mirándola entre sus largas pestañas negras.

—Claro que te amo...

—¿Entonces? —ella levantó la cesta y comenzó a caminar hacia la casa, pero él la detuvo tomando su mano—. Si me amas, ¿por qué actúas así?

—Porque tengo miedo de que cuando vuelvas a Londres te olvides de mí. Tengo miedo de que te enamores de una de esas hermosas señoritas, hijas de condes o duques. Yo soy solo la hija de la cocinera, Jeremy...

—Lo sé, te conozco desde que naciste. ¿Alguna vez eso ha hecho alguna diferencia para mí?

Ella dudó, mirando a su alrededor.

—No, pero solo éramos amigos. Esto es diferente.

—Te amo, y quiero pasar mi vida contigo. ¿Crees que eso alcanza?

Besó su mano y la llevó hacia su corazón.

—Mira como late por tí —añadió.

Ella sonrió, sus ojos subieron hasta los de él, tan oscuros y profundos, hasta su cabello claro, casi blanco. Se quedó extasiada, mirándolo, y él aprovechó para besarla otra vez.

Esta vez Sancia no se resistió, dejó que sus manos la acariciaran, y que sus besos recorrieran sus mejillas, sus orejas, el cuello, nublando completamente sus sentidos.

Cuando volvió a la realidad, él estaba desatando los lazos de su vestido, dejando parte de la espalda al descubierto.

—Debo volver —dijo, apartándose de él.

Y sin darle tiempo a replicar, corrió hacia el camino, alejándose del río y dejando la cesta olvidada entre la hierba.

Ellie hablaba sin parar, mientras Sancia cepillaba su largo cabello dorado. Sus ojos recorrían los mechones sedosos mientras el peine bajaba, y sus manos acomodaban los bucles con cuidado.

—¿En que piensas? —preguntó Ellie al fin—. No has escuchado nada de lo que te he dicho.

—Si, te he escuchado. Hablabas de Clementine Evans y de la recepción que dio en honor a su cumpleaños la semana pasada. Me decías que allí te encontraste otra vez con lord Sanders y que estaba más elegante que nunca.

Ellie empezó a reír.

—¿Por qué te burlas así de mis amigos?

—No son tus amigos. Yo soy tu amiga —dijo, dejando el cepillo sobre la mesa de tocador, y tirándose en la cama—. Ellos forman parte de la aburrida sociedad a la que frecuentas, pero ninguno te quiere como yo.

—Eso es verdad —respondió Ellie, acostándose a su lado—. Aunque no son tan aburridos...

—¿Seguro?

—¿Vas a decirme qué te pasa?

Sancia suspiró, y sonriendo se volvió, apoyando la barbilla entre las manos.

—¿Puedes guardar un secreto?

—Me estás ofendiendo —acotó, frunciendo el ceño.

—Es que este es un secreto de verdad.

Ellie se sentó en la cama, cruzando las piernas y acomodando su camisón a su alrededor. Levantó la mano derecha y llevó la izquierda a su corazón.

—Juro proteger este secreto con mi vida, juro no revelarlo jamás aunque caiga en manos enemigas y sea torturada.

Sancia sonrió, recordando el antiguo juramento que solían hacer de niñas.

—De acuerdo —la miró, y preguntó, indecisa—. ¿No vas a escandalizarte? ¡Oh, sí, lo harás!

—Sancia, ¿qué has hecho? —luego añadió—. No, no voy a escandalizarme. Dímelo de una vez.

—Estoy enamorada de Jeremy.

La miró a los ojos, esperando con temor su reacción.

—¿Ese es tu gran secreto?

—¿Qué?

—Ya lo sabía, es más que evidente.

Sancia se enderezó en la cama.

—¿Lo sabías? Y por qué nunca dijiste nada.

—Porque lo habrías negado.

—¿Qué piensas? ¿Te parece una locura?

—¿Qué estés enamorada de mi hermano? La verdad que sí, no entiendo que ves en él —Ellie empezó a reír al ver la cara de la jovencita—. Pero me hace feliz pensar que seremos hermanas.

Sancia se abalanzó contra ella en un abrazo, y las dos cayeron otra vez sobre la cama. Estaban así, riendo, cuando la puerta se abrió. Las dos dirigieron la mirada hacia la que acababa de entrar, y al ver a lady Turner en el umbral, mirándola con indiferencia, Sancia saltó de la cama.

—Déjanos, por favor —se limitó a decir la dama. La muchacha salió, cerrando la puerta.



Casa Turner, agosto de 1657

Los días pasaron rápidamente para Sancia. Cuando somos felices el tiempo se escurre entre los dedos.

Todas las mañanas se encontraba con Jeremy junto al río. Después de ese beso había habido otros, igual de intensos y apasionados. Habían llegado sensaciones nuevas, deseos desconocidos y la irremediable certeza de que su cuerpo dejaba de ser suyo cuando él estaba cerca. Simplemente no podía dominarlo, desobediente hacía todo aquello que ella se había prometido no hacer. Y cada día, cedía un poco más.

Le era imposible resistirse a sus caricias, al roce de su cuerpo, a los besos sembrados con dulzura en lugares que ella ni se atrevía a mencionar. Y aunque cada noche al acostarse juraba no ir más allá, al volver a encontrarse con él, todos los buenos propósitos se desvanecían. Jeremy le confirmaba su amor una y otra vez, y eso era suficiente para justificar su proceder.

Aunque Ellie era su confidente, y la única que sabía del amor que la unía a su hermano, jamás le hubiera podido confesar lo que hacían cada mañana junto al río. En el fondo sabía que eso sí la escandalizaría. Además, ese era un secreto que solo podía compartir con Jeremy.

Tres semanas después de su llegada, los Turner recibieron a los primeros invitados: lord y lady Hughes y su hija Marjorie.

No fue necesario explicarle a Sancia que no debía participar de las actividades de los jóvenes, ella lo sabía. Pero eso no significaba que estuviera feliz, especialmente cuando vio por una de las ventanas a la hija de los nobles –una elegante jovencita de aproximadamente su edad–, sonriendo a Jeremy quien le ofrecía su brazo para acompañarla al interior de la casa.

Durante toda la semana estuvo recluida en las cocinas, terriblemente preocupada, ya que los celos hacia lady Marjorie se profundizaban cada día más. El domingo decidió visitar a su amiga para confirmar algo que había escuchado sobre la recién llegada. Marjorie y Jeremy se habían ido a cabalgar y Ellie se había quedado en sus habitaciones ya que estaba un poco resfriada.

Subió por la escalera principal rumbo al cuarto de la joven. Aunque su madre le había advertido muchas veces que debía usar las escaleras de servicio, ella siempre lo olvidaba. De todas maneras, casi nunca se cruzaba con ninguno de los señores.

Ascendió velozmente, como de costumbre. Su humor había experimentado una mejoría palpable al escuchar a las doncellas comentar que Lady Marjorie se hallaba comprometida con un joven londinense. Esta revelación, junto con la noticia de que los invitados emprenderían la

partida en unos pocos días, transformó por completo su estado de ánimo.

De repente escucho pasos a sus espaldas.

—Muchacha... —se volvió y se encontró con Marjorie que venía subiendo detrás de ella. Con un andar elegante subía lentamente, escalón por escalón, y sostenía con sus delicadas manos su vestido.

—¿Puedes buscar a mi doncella, por favor?

Sancia enarcó una ceja, y sintió que le subían los colores

—Eres una de las doncellas, ¿verdad?

—No, no soy una de las doncellas.

—Ohh, ¿trabajas en las cocinas?

Unos pasos apresurados las hicieron volverse, era Ellie que venía del piso superior.

—Ella no trabaja aquí —dijo, mirando a Marjorie.

—¿No? —pregunto la chica, y Sancia vio como sus ojos la recorrían de arriba a abajo

—No, ella vive aquí con nosotros.

—¿Una protegida de lord Turner? —preguntó la otra, con cierto regocijo apenas disimulado, al vislumbrar la perspectiva de un intrigante escándalo para comentar en los círculos sociales de Londres.

—No, no... —se apresuró a aclarar Ellie.

—Soy la hija de la cocinera y del cochero.

—Ella no es una criada, es mi amiga —añadió la muchacha, rápidamente.

—¿Tu amiga? Que interesante...

—De todos modos, estoy aquí para servirle, milady —dijo Sancia haciendo una elegante reverencia— ¿En qué puedo ayudarle?

Ellie la observaba con curiosidad.

—Quiero tomar un baño caliente. No sé dónde se encuentra mi doncella. ¿Puedes decirle que la necesito inmediatamente?

—¡Por supuesto! Y no se preocupe que si no aparece, yo misma prepararé su baño.

—Perfecto —dijo Marjorie, volviéndose hacia Ellie y sin notar el sarcasmo.

En ese momento apareció Jaremy en el rellano de la escalera. Al verlas allí reunidas dudó, sin saber si debía bajar o simplemente desaparecer en alguna habitación. Sancia fue la única que notó su incomodidad. Sus ojos se cruzaron un instante, y él desvió la vista rápidamente.

Ella bajó la cabeza e hizo una reverencia.

—Milord, miladies —dijo en tono respetuoso y se giró, con las mejillas sonrosadas de indignación.

Mientras caminaba hacia las dependencias de la servidumbre sintió que su corazón hervía de furia, al mirarse en uno de los últimos espejos del salón le pareció que hasta su cabello lucía más rojo de lo habitual.



Casa Turner, semana siguiente

Lady Turner observaba por la ventana a sus hijos. Los invitados habían partido hacía unos días, y los jóvenes habían vuelto a sus actividades veraniegas. Ahora Sancia se unía a ellos en todo lo que hacían, cabalgaban juntos, daban largos paseos, y jugaban al Pall Mall en el parque.

En ese momento estaban tendidos en la hierba, Ellie y Sancia leían, aunque esta última había abandonado su libro para hablar con Jeremy que estaba recostado a su lado. Cuando el joven acomodó un mechón del cabello de Sancia que había caído de su recogido, la dama cerró las cortinas con furia.

Algo que Sancia no llegaba a vislumbrar, con sus diecisiete años, eran los sentimientos de la dueña de casa. En realidad ni siquiera le importaba porque casi nunca pensaba en ella, pero si hubiese visto la cara de la mujer al mirarla por la ventana, sin duda habría comenzado a preocuparse.

Eleanor Turner tenía solo dos amores en su vida: Jeremy y Ellie, en ese orden. Apreciaba a su esposo porque era un buen hombre que siempre había cuidado bien de su familia, pero no lo amaba. Le resultaba aburrido y demasiado bonachón, odiaba que él permitiera que la gente se aprovechara de su bondad, y de su dinero. Sin embargo, por sus hijos sentía adoración, y especialmente tenía depositadas grandes esperanzas en Jeremy.

Como mujer inteligente que era, ya había notado las miradas intercambiadas entre él y Sancia. A estas alturas ya tenía la certeza de que un amorío se estaba gestando.

Fue a sentarse al sillón de brocato y cerró los ojos para serenarse. Sin duda era el momento de tomar cartas en el asunto, no iba a permitir que esa mocosa arruinara la vida y las perspectivas de

su hijo.

Llamó a una doncella y pidió que preparara un servicio de té con unos rollos de canela, los preferidos de su esposo. Luego se acercó al estudio, donde él dormitaba detrás del escritorio.

—¿Te apetece tomar el té conmigo, querido? —preguntó, mientras la doncella acomodaba la bandeja sobre la mesa junto a la ventana.

—Me encantaría —respondió lord Turner, siempre de buen humor. Estirándose se puso de pie para cambiar de asiento—. ¡Qué bien huelen estos bollos!

—Si, no se comparan a los de la señora Davis —dijo ella, mientras alcanzaba una taza a su marido.

—Me encantaría tener a Aurora en Londres, pasamos allí más tiempo que aquí.

—Es verdad, a mi también. ¿Crees que le gustaría venir a la ciudad con nosotros? —dijo ella, mirándolo con dulzura.

—¿Por qué no? Podrías preguntárselo, eres su amiga.

Lady Turner sonrió.

—De eso ya hace mucho tiempo —dijo—. Pero, ¿qué haríamos con Sancia? No puede quedarse aquí sola...

—Podría asistir al colegio de señoritas con Ellie. Sería una gran oportunidad para Sancia y una compañía para nuestra niña, ya sabes cuánto se quieren.

—No podría estar más de acuerdo, querido. Pero ¿de qué le serviría a una joven plebeya ir a un colegio de señoritas? Sería mejor prepararla para ser institutriz, así tendría un buen futuro.

—¿Institutriz? No lo había pensado...

—Creo que es una excelente idea, como de costumbre siempre das en la tecla —comentó Lady Turner acercando un bollo a su esposo—. Hablaré con Aurora para ver que opina.

Y así, sin que su inocente esposo tuviera la menor sospecha de la manipulación, lady Turner sonrió satisfecha, viendo como su plan iba tomando forma.

Esa misma noche le pidió a Aurora que subiera a sus habitaciones. La recibió en el saloncito que solía usar para bordar y leer.

—Espero no haberte interrumpido —dijo, amablemente.

—Por supuesto que no, mi lady, estoy a su disposición.

—¡Cuanta formalidad, Aurora!. No me llames “mi lady”, por favor, y toma asiento.

Aurora sonrió, sin responder.

—Quería hablarte de Sancia.

La mujer se enderezó en la silla, temiendo que la niña hubiera hecho algo que hubiera molestado a la dama. Conocía muy bien a lady Turner y sabía que no le tenía demasiada simpatía a su hija.

—Dígame, señora.

—Lord Turner cree que es tiempo de que Sancia deje la casa —la cocinera contuvo la respiración—. Ya sabes que la quiere como a una hija, y él ha pensado que sería bueno que ella tuviera la oportunidad de formarse para el futuro. Para ser institutriz, por ejemplo.

—¿Sancia? ¿Una institutriz?

—Si, ¿no crees que sería una gran oportunidad?

—Por supuesto, mi lady, es... es algo que jamás me habría atrevido a soñar. Es tan generoso de su parte...

—No me agradezcas, Aurora. Tú haces mucho por nosotros, y te lo mereces.

—Muchas gracias, mi lady. No tengo palabras.

—Pues no se hable más —dijo la dueña de casa, poniéndose de pie—. Habla con la niña y ponla al tanto del asunto. Me ocuparé de buscar una buena institución, y de preparar el vestuario y todo lo necesario. Quizás podamos tener todo organizado para el mes próximo.

Aurora se deshizo en reverencias y agradecimientos, mientras dejaba el salón. No podía creer lo bendecida que estaban siendo. Siempre había apreciado a sus señores, pero ahora desbordaba de gratitud hacia ellos.

No obstante, Sancia no opinaba lo mismo y se lo hizo saber a su madre.

—No voy a ir a ningún colegio, madre, y es mejor que se lo haga saber a lady Turner.

—¿Qué estás diciendo? ¿No ves que jamás tendrás otra oportunidad como esta en tu vida?

—¿Una oportunidad de vivir siempre en una casa que no es la mía y de criar niños que no son mis hijos? ¡Qué gran oportunidad!

Aurora se acercó a ella, casi furiosa. La tomó por ambos brazos, y le obligó a mirarla.

—¿Qué crees que llegarás a ser si te quedas aquí? ¿La señora de la casa?

Los ojos de Sancia se agrandaron por la sorpresa, sin saberlo Aurora había dado en el blanco. Y ese gesto fue suficiente para la mujer, lo entendió todo de inmediato.

—Sancia... Por Dios... —la soltó y se alejó, sentándose en la cama—. No puedes ser tan necia —Sancia la observó en silencio—. No puedes creer realmente que...

—Lo amo, madre... —dijo en un susurro— y él me ama.

—¡No vuelvas a repetir eso! ¡Me escuchas! ¡Jamás vuelvas a decir eso!

—¡Es la verdad!

—¡No, no es la verdad! Aunque te ame jamás se casará con una sirvienta.

La chica la miró, llena de ira, y salió del cuarto dando un portazo.

Los siguientes dos días fueron de tremendo sufrimiento para Sancia, y también para Aurora, aunque por diferentes razones. Para Sancia porque no había tenido la oportunidad de encontrarse con Jeremy para contarle lo que su madre le había dicho. Para Aurora porque su mente había imaginado toda clase de finales para su hija, y ninguno era feliz.

Finalmente, en la mañana del sábado, Sancia fue hasta el río. Allí estaba su amado esperándola. Apenas la vio se acercó a ella y comenzó a besarla. Ella trató de alejarse, ya que no estaba de humor para arrumacos, pero él la oprimió entre sus brazos, mientras la besaba y empezaba a levantar la falda del vestido.

—Ahora no, Jeremy —dijo ella, apartándose—, tenemos que hablar.

Pero él, sin escucharla, la empujó contra el tronco de un árbol cercano, mientras desabrochaba los primeros botones del corsé.

—Jeremy, déjame —insistió ella—. ¡Déjame! —gritó al ver que él no se detenía. Lo empujó y se alejó hacia un costado, mirándolo como si lo viera por primera vez.

Ambos respiraban con dificultad. Sancia se acomodó la ropa y caminó unos pasos. Él la observó, tratando de serenarse.

—Lo siento —dijo al fin—, no puedo contenerme cuando te tengo cerca. Eres la mujer más hermosa que he conocido jamás.

Ella relajó su expresión, y un gesto de ternura asomó a sus ojos. Jeremy tomó una de sus manos y besó dulcemente los dedos femeninos.

—No veo la hora de que podamos estar juntos para siempre —añadió, suspirando.

—Tu madre y tu padre tienen otros planes para mí —respondió ella, y le relató todo lo que su madre le había dicho.

Jeremy la escuchó en silencio, sentado sobre la hierba y con la vista perdida en el río.

—Debes hacer lo que ellos dicen —respondió al fin.

—¿Qué? ¡No! ¿No te das cuenta que quieren separarnos? Tú estarás en Londres y yo quién sabe dónde...

—Nos volveremos a ver en Navidades. Vendrás a pasar aquí tus vacaciones, y yo hablaré con mi padre.

A ella se le iluminó el rostro.

—¿Lo harás?

—Por supuesto que lo haré —dijo él—. Te amo...

Se inclinó sobre ella y la besó. Esta vez ella se abandonó a sus besos y a sus caricias. Le dio lo que le había dado antes y mucho más, le dio todo lo que Jeremy le pidió, y todo lo que él quiso arrebatarse.

Y ese día, sin saberlo, selló su destino para siempre.



Stone Hall, época actual

Sara, Helen y Adela se encontraban sentadas sobre la alfombra de la biblioteca. Ese cuarto se había convertido en su lugar de trabajo, ya que a las tres les gustaba el aspecto siniestro de la habitación, un perfecto ambiente para sus investigaciones.

Se habían reunido después de sus clases y pensaban pasar la noche juntas. Habían decidido trabajar hasta tarde, luego mirar una película de terror, y finalmente, y solo si les daba sueño, irse a dormir. También tenían planes para salir con otros amigos el sábado y pasar el domingo en la casa de Helen.

Afortunadamente para Adela, las cosas se habían enderezado y, tal como había dicho Julia, la amistad entre las tres se había hecho aún más estrecha a pesar de Zafira. Ésta última se había apartado, no sin antes dejar bien claro a las otras dos que no podrían recuperar el lugar de privilegio que solían ocupar entre sus amistades.

Helen acomodó el viejo volumen a su lado y se puso de pie. Caminó hacia la pared de la derecha y, mientras revisaba uno de los estantes, comentó:

—No encuentro nada. ¿Estará en el otro libro? Este es el tercer tomo. ¿Tu tienes el segundo, Adela?

—Si, y Sara el primero —respondió Adela, concentrada en su lectura.

—Empezaré con el cuarto, menos mal que los libros que necesitamos están más o menos juntos, sino sería imposible encontrarlos.

—No es casualidad, Helen, alguien los organizó así —explicó Sara.

—¿Cómo sabes eso?

—Antiguamente, los grandes señores contrataban expertos para que ordenaran sus libros por temas, o por estilos.

—¿De verdad?

Sara se levantó y caminó hacia su amiga, juntas miraron las extensas colecciones de textos.

—Mira esta zona —dijo, señalando un sector de la estantería—. “La hechicería en el siglo XVII”, “Prácticas, pociones y encantamientos”, “Los aquelarres más famosos de Inglaterra”, “Investigaciones sobre las Brujas del Siglo XVIII”...

—“Cazadores de Brujas” —continuó Helen, mientras pasaba el dedo sobre los títulos de los libros reunidos un poco más allá—, “Historia de la Caza de Brujas a través del Tiempo”, “Juicios, acusaciones y condenas a hechiceras en Durham, Cumberland y Lancashire”...

Adela se había unido a ellas, y las tres observaban las estanterías con cierta aprehensión.

—¿Me parece a mí o alguien en esta casa estaba muy obsesionado con la hechicería? —bromeó Sara.

Adela siguió con la vista fija en los estantes, sin responder.

—Quizás es verdad que había una bruja entre tus antepasados —aventuró Helen.

—Yo creo que es así... Pensar que ella vivió aquí —dijo Sara, dando una vuelta sobre sí misma, mirando la biblioteca—, y leyó estos mismos libros.

Helen apartó la mano que tenía posada sobre uno de los estantes.

—No lo sabemos... —empezó a decir, pero Adela la interrumpió.

—No, aún no. Pero si es así lo descubriremos pronto.

Se quedaron las tres inmóviles, con la vista perdida entre las añejas obras.

—Me parece tan apasionante vivir en una mansión y tener antepasados nobles —añadió Sara, rompiendo el hechizo—. Supongo que es normal para ti —comentó, mirando a la dueña de la casa.

—No me di cuenta de eso hasta que fui mayor. Cuando era pequeña creía que todos los niños vivían en casas como la mía. Sabía que había otro tipo de casas, por supuesto, apartamentos como el de Julia o casas de la ciudad como la de mis tíos Marilyn y Juan, pero no era consciente de que esta casa era única, la única en muchas millas a la redonda —miró hacia el escritorio, con nostalgia—. La casa, los muebles... Ahora veo el verdadero valor que tienen, pero antes no lo sabía.

Helen se estremeció, como si un repentino escalofrío la hubiera recorrido.

—¿Por qué no seguimos mañana? Ya son más de las siete...

—Dijimos que estaríamos toda la noche si era necesario —le recordó Adela.

—Si, lo sé, pero...

Adela enarcó las cejas, y sonrió, divertida.

—Tienes miedo —dijo, con seguridad.

Helen iba a responder, seguramente para desmentir la acusación de su amiga, cuando la puerta se abrió. Las tres se giraron, sobresaltadas.

—¿Cómo van? ¿Tienen hambre? —preguntó Julia desde el umbral—. Puedo pedir unas pizzas...

—Me muero de hambre —respondió Helen, caminando con decisión hacia la salida—. Podríamos ver una película después de cenar, una comedia...

Adela y Sara se miraron, y esta última sonrió con complicidad, aunque en el fondo se sentía aliviada de abandonar esa sala fría y tenebrosa. Jamás lo admitiría delante de Adela, pero ella

también prefería continuar con la investigación a la luz del día. Estaba descubriendo que lo que antes le había parecido una fantasía divertida, quizás era más real de lo que ella pensaba.

Las chicas ya se habían dormido. Habían comido y después, siguiendo la sugerencia de Helen, habían mirado una comedia romántica. Finalmente las tres se fueron a dormir en el cuarto de Adela, donde compartieron la inmensa cama.

Mientras sus amigas dormían, Adela había empezado a pensar otra vez en su antepasado bruja, de la que la profesora le había hablado semanas atrás. La única información que tenía era un breve comentario de un blog escrito más de cinco años atrás, que mencionaba una caza de brujas que se había llevado a cabo en Cumberland, y donde había sido acusada y quemada en la hoguera una joven noble de la región. Dado que en el siglo XVII gran parte del condado de Cumberland era posesión de los Stone, era casi seguro que la bruja fuera una Stone. Eso era lo que las tres estaban investigando, debían encontrar un nombre, una fecha, y los hechos exactos, para así tener una historia que contar y sobre la cual basar su trabajo.

Se dio vuelta, tratando de recuperar algo de las mantas que Helen estaba monopolizando. Sara dormía a los pies de ambas, acompañando su respiración con algún leve ronquido. Estaba empezando a quedarse dormida también, cuando vino a su mente la imagen de uno de los libros que señalara Helen esa tarde: “Juicios, acusaciones y condenas a hechiceras en Durham, Cumberland y Lancashire”. ¿Cómo no lo habían visto antes? ¿Y por qué seguían buscando información en los 5 tomos de la colección “Las brujas más famosas de Inglaterra”, cuando tenían ese volumen que hablaba de las brujas de la región donde ellas vivían? Seguramente esta bruja no era tan famosa, por eso no la encontraban en los otros libros.

Saltó de la cama, tomó una manta y la puso sobre sus hombros, y saliendo de la habitación cerró la puerta con cuidado. Caminó por el oscuro pasillo hacia la escalera. Al pasar frente al cuarto de Julia, ningún resplandor se colaba por debajo de la puerta indicando que estuviera despierta leyendo, así que siguió de largo.

La biblioteca parecía más tenebrosa que el resto de la casa, pero ella entró sin ningún reparo, y encendió la lámpara del escritorio, prefería esa tenue luz. Para ella esa era una de sus habitaciones favoritas, lo había sido desde siempre, desde que encontrara allí la amistad de un fantasma quisquilloso y solitario cuando tenía apenas tres años.

Fue directamente hacia el grueso tomo y lo sacó del estante. Era más grande y más pesado que los otros que habían estado revisando, y parecía más antiguo. Buscó la fecha de edición: junio de 1803. A pesar de eso se veía en perfecto estado, las tapas eran de piel, de un color marrón rojizo, y las letras del título y del autor estaban repujadas en oro.

Al abrirlo se encontró con una larga introducción, donde se mencionaba a tres de los inquisidores que habían llevado a cabo la mayor caza de brujas del siglo XVI en esa región, y otros dos que habían condenado a varias hechiceras durante algunos períodos del siglo XVII.

Una ojeada rápida le hizo ver que la única manera de encontrar lo que necesitaba, sería leer todo el libro, ya que no existía ningún índice que aligerara la búsqueda. Por otro lado, los textos estaban plagados de detalles innecesarios y descripciones irrelevantes. Suspirando, cerró el libro y lo dejó sobre el escritorio. Al día siguiente le contaría a sus amigas y decidirían qué hacer.

Al girarse hacia la puerta vio un trozo de papel sobre la alfombra. Se agachó para recogerlo y lo acercó a la lámpara. Aunque se encontraba en perfecto estado, se veía muy antiguo. Escrito con tinta negra, seguramente con una auténtica pluma de ganso, se encontraba un nombre, que en ese momento no significó nada para Adela, pero que llegaría a ser para ella el principio de uno de

los descubrimientos más excitantes y más peligrosos de toda su vida.

Dejó el papel sobre el libro y apagó la lámpara.

Cuando abandonó la habitación, las letras parecieron brillar con un destello casi mágico sobre la superficie amarillenta. Solo dos palabras: ***Casa Turner.***



Stone Hall, al día siguiente

—¿Crees que debemos dedicarnos solo a este libro? —preguntó Helen con una mueca.

—No, yo me dedicaré a este libro, porque no podemos leerlo las tres a la vez. Es decir podemos pero no tiene sentido.

—Nosotras seguiremos con los tomos que faltan y después podemos empezar con algunos de los que hablan de la historia de la caza de brujas —comentó Sara, que estaba pasando las hojas de un libro angosto cuya tapa de tela una vez había sido verde. Lo devolvió al estante y tomó el siguiente. Era un grueso volúmen de color negro, muy gastado, más pequeño que los demás—. ¿Qué hace aquí una biblia? —preguntó, y llevó el ejemplar con ella hasta el escritorio, donde estaban sentadas Helen y Adela.

—¿Junto a los libros sobre brujas?

Sara asintió mientras miraba las páginas, eran de papel de arroz y algunas se hallaban pegadas, a causa de la humedad y del tiempo.

—Ten cuidado de no romperlas —dijo Helen.

—Lo sé —respondió Sara con una mueca.

—Ahí hay algo escrito —comentó Adela, con sorpresa, poniendo el dedo sobre la página.

Efectivamente, en medio de dos hojas que estaban casi unidas, se transparentaba un texto escrito con letra pequeñísima.

Con sumo cuidado Sara separó las páginas, y las tres se inclinaron sobre el libro para

descifrar las palabras. Estaba escrito en cursiva, en un trazo decididamente femenino.

—*"Entre las líneas de esta biblia sagrada, dejo registradas las lágrimas que derramo en la oscuridad, lágrimas que nadie más conoce excepto estas páginas desgastadas."* —leyó Helen lentamente.

—¡Qué triste!

—¿Quién lo habrá escrito? —preguntó Helen, mirando a Adela.

Esta se limitó a encogerse de hombros.

—Mira en la primera hoja, quizás haya algún nombre.

Helen volvió al principio. Tras un dibujo que retrataba a Adán y Eva en el Edén, en la página siguiente destacaba el título en majestuosas letras góticas: "Biblia Anglicana del Reverendo Brown". La tercera página era un folio en blanco con la etiqueta "Familias", donde, con tinta, se habían plasmado los nombres y fechas de los miembros de cada familia, liderados por el actual señor de la época.

Adela tomó la biblia en sus manos para poder leer mejor. Había todo tipo de caligrafías, como si diferentes personas hubieran agregado los nombres de los que iban naciendo o muriendo. Probablemente esa biblia había estado en la familia por varias generaciones. La joven saltó los diferentes apellidos, hasta encontrarse con los Stone. El más antiguo había nacido en 1710:

Lord Presly Saxon Stone (25 de abril de 1710 - 2 de diciembre de 1789)

Esposa: Margaret Taylor (2 de mayo de 1748 - 8 de octubre de 1798)

Hijos: Edward Stone (12 de mayo de 1765 - 29 de abril de 1823)

George Peter Stone

Michelle Stone

Lord Edward Stone (12 de mayo de 1765 - 29 de abril de 1823)

Esposa: Epiphany Hope Lowell (23 de julio de 1788 - 11 de octubre de 1834)

Hijos: Michael Oliver Stone (17 de mayo de 1805 - 22 de noviembre de 1835)

Laura Bernice Stone (9 de enero de 1814 - 4 de julio de 1831)

Lord Michael Oliver Stone (17 de mayo de 1805 - 22 de noviembre de 1835)

Esposa: Emmeline Thomas Lawrence (10 de noviembre de 1813 - 3 de noviembre de 1834)

Hijo: Joseph Michael Stone (15 de abril de 1831 - 7 de noviembre de 1835)

Lord Nathaniel Stone (21 de marzo de 1795 - 6 de abril de 1880)

Esposa: Mildred Boyle (14 de noviembre de 1813 - 21 de febrero de 1864)

Hijos: Stuart Rudolph Stone (12 de enero de 1832 - 3 de agosto de 1892)

James Nathaniel Stone

Marcia Lue Stone

Robert Stone

Lord Stuart Rudolph Stone (12 de enero de 1832- 1892)

Esposa: Lucille Mary Wright (6 de abril de 1860- 10 de agosto de 1903)

Hijos: Hope Amberjill Stone (17 de julio de 1876 -

—Los Stone comienzan en el 1700... —comentó Helen, mirando sobre el hombro de Adela.

—En la antigüedad el título y las tierras en ocasiones pasaban a primos, incluso primos lejanos con diferentes apellidos.

—¿Sí? Creí que pasaba de padres a hijos.

—Sólo podían heredar los hijos varones, y si no había varones en la familia, heredaban otros parientes —aclaró Sara.

—También heredaban otros parientes cuando no había descendientes vivos... —comentó

Adela, fijando la vista en la línea de Michael Oliver Stone— Simaco... —añadió quedamente, pasando el dedo sobre la tinta oscura.

—¿Qué dices? —preguntó Helen, acercándose a mirar lo que tenía a Adela tan ensimismada.

—El último nombre es Hope Amberjill Stone —respondió Adela, volviendo a la realidad—, no tiene fecha de defunción. Podría ser ella la que ha escrito estas notas.

—O no... —acotó Helen—. Podría ser cualquiera...



Stone Hall, esa noche

Adela y sus amigas habían pasado el viernes y parte del sábado encerradas en la biblioteca. Aunque me había asomado varias veces, no había querido averiguar demasiado sobre el progreso de sus investigaciones, en parte porque no quería alentarlas a profundizar en un tema que a mí, particularmente, me daba escalofríos, y también porque no quería dejarle ver a Adela cuánto me trastornaba escucharle hablar de “brujas”.

Hacía un par de horas que las tres se habían ido. Habían llamado un taxi para ir a la ciudad para reunirse con algunos amigos, irían al cine y después dormirían en la casa de Helen donde se quedarían hasta el domingo.

La casa estaba más silenciosa que de costumbre, aunque con Adela crecida era normal que nos acompañara el silencio. Desde que habíamos vuelto me sentía más insegura en la mansión, me decía a mí misma que se debía a que echaba de menos a Pedro y Emilia y la tranquilidad de tenerlos a apenas unos metros de nuestra propiedad, pero en el fondo sabía que era porque ese ser que tantas veces me había protegido, ya no estaba conmigo.

El teléfono sonó, Felipe ladró y me sobresalté tanto que casi dejé caer la taza de té que tenía en las manos.

La voz de Marilyn, acompañada de risas de fondo, dejaba ver cierta impaciencia.

“¿Dónde estás?”

—En casa...

“¡Julia! ¡Te olvidaste!

—¡La cena! ¡Lo siento! ¿Ya están todos?

“Sí, te estábamos esperando. ¡Vente volando!”

—Pero...

“Pero, nada, te cambias y vienes. Conduce con cuidado”

Llegué unos treinta minutos más tarde y después de abrazar a mi amiga y disculparme una vez más, la acompañé al salón donde estaban todos reunidos. Marilyn me había hablado de la cena casi dos semanas antes, quería presentarme a algunos nuevos amigos, principalmente una pareja, padres de un compañero de su hijo Mark, con los que habían desarrollado una buena amistad. Al entrar al salón, me di cuenta que quizás ese no era el único motivo, allí estaba Lucas también, instalado en una butaca con una copa en la mano.

Saludé a todos, y fui a sentarme junto a Janet y Adam, y traté de concentrarme en la conversación que se desarrollaba a mi alrededor. De pronto Lucas se acercó, sonriendo con su habitual encanto.

—¿Puedo...? —dijo, haciendo a un lado el cojín y señalando el espacio que quedaba del sofá. Sonreí también, y lo observé mientras se sentaba.

Se volvió y me encontré con sus ojos azules. Un nuevo corte de pelo despejaba su cara y la barba bien recortada, le daba cierta madurez a su rostro. Algunas canas, unas pocas, se entremezclaban con su cabello castaño en las sienes. No quise detenerme más en observarlo, y como él no hablaba, busqué algo que decir.

—¿Cómo has estado? Supe que te mudaste a Londres.

—Sí, regresé hace unos meses.

—Me lo dijo Adela, no sabía que seguían en contacto.

Asintió sonriendo, mientras daba un sorbo a su copa. No me aclaró cuándo o por qué habían empezado a mensajearse y yo no pregunté.

—¿Por qué volvieron? —dijo, mirándome otra vez—. Creí que estabas contenta en Escocia, dedicada a la enseñanza —dijo, bromeando.

—Adela echaba de menos la casa, y a sus amigas. Aunque yo creía que se había adaptado bien, me había equivocado.

—Entiendo. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Querías volver?

—No —dije, negando con la cabeza. Él frunció el ceño, como si lo que yo decía fuera una sorpresa o una mentira. Iba a responder, o a preguntar el por qué de ese gesto, cuando Marilyn nos llamó a la mesa.

La cena fue amena, la comida deliciosa y la charla interesante. Fue una noche agradable y me alegré de haber ido, aunque la presencia de Lucas me impedía estar completamente a mis anchas, y me sentí mal por eso. Antes era justamente su presencia lo que me hacía sentir feliz en ese tipo de reuniones, pero ahora...

Al final de la noche solo quedamos unos pocos, compartiendo un café. Cuando me decidí a despedirme, Marilyn me pidió que subiera a su habitación, porque quería mostrarme un vestido que había comprado para una fiesta del hospital, a la que asistirían la semana siguiente. De manera que cuando bajamos, solo habían quedado Juan y Lucas en el salón. Juan había hecho café para todos, así que nos unimos a la charla.

—Lucas me contaba que no le gustaba vivir en Londres. ¡Tenía un piso en Belgravia, por Dios!

—¡Ohhh! ¡Pobrecito! —comentó Marilyn.

Lucas reía, tratando de explicarse.

—No dije que no me gustara el departamento o el barrio —y rió ante las burlas de nuestros amigos—, pero la ciudad puede ser muy solitaria.

—¡Vamos, Lucas!, no vas a decirme que no hiciste amigos, con lo sociable que eres.

—Si, hice amigos, pero no tan entrañables como los que tengo aquí... —dijo, sonriendo.

—¡Eres un meloso! —bromeó Marilyn.

—Se echa de menos el campo y la tranquilidad, esa es la verdad —añadió, y bajando la vista llevó la taza a sus labios.

—¿Te pasaba lo mismo, Julia? —preguntó Juan.

—¡Sin dudas! Pero la diferencia con Lucas es que yo no soy ni sociable, ni melosa, así que imagínate...

Todos reímos, pero Lucas me echó una mirada cargada de curiosidad.

—Sin embargo, no querías regresar —acotó.

Lo miré, sorprendida. Marilyn y Juan me observaban.

—No, pero la razón no era que no echara de menos a mis amigos.

—¿Cuál era la razón? —insistió Lucas.

Me quedé mirándolo sin saber qué responder. Juan vino a mi rescate.

—¿Alguien quiere bombones? Tenemos unos chocolates suizos que nos regalaron, están deliciosos.

Lucas seguía mirándome, esperando una respuesta. Como no bajaba la vista, no me quedó más opción que desviar los ojos y cortar todo nexo con él.

Mientras Juan iba a buscar los bombones, Marilyn empezó a hablar, consciente del incómodo momento.

Al poco rato me despedí, y casi salí corriendo de la casa. A mitad de camino sonó el teléfono, conecté la llamada a los altavoces del coche. Era Juan.

—¿Ya llegaste?

—No, me quedan unos minutos. ¿Pasó algo?

—Me dejaste preocupado. Bueno, nos dejaste preocupados, Marilyn está aquí conmigo.

—¿Preocupados? ¿Por qué?

—Porque te fuiste de repente, y se te veía muy molesta —dijo mi amiga.

—No estaba molesta...

—Julia...

—Sí, estaba molesta —confesé—. Odio cuando Lucas quiere meterse en mi vida, tratando de analizarme —Silencio—. ¿Les dijo algo?

—No —respondieron los dos a la vez.

Juan carraspeó.

—Lucas y tú no terminaron bien, ¿verdad? Digo... hace cinco años...

Suspiré.

—No, en realidad no.

—¿Nunca lo hablaron?

—No.

—Entonces tienes una tarea pendiente.



Stone Hall, 20 de junio de 1891

Hope esperaba, escondida tras uno de los cortinados del salón. Espiaba por el angosto espacio que quedaba entre las telas, conteniendo la respiración.

—Si no viene a la clase en cinco minutos, milady, confiscaré todos sus libros por cinco días y cerraré la puerta de la biblioteca con llave.

La voz de la señorita Scott, tan aguda y desagradable que taladraba los oídos, quedó flotando en la habitación, como un eco nauseabundo. Sus pasos resonaron hasta llegar a la escalera, y luego se empezó a escuchar la trabajosa respiración, una especie de resoplido, como si se tratase de un pesado remolcador. Uno, por cada escalón.

Hope asomó la cabeza para ver como el generoso trasero de la institutriz se perdía en la curva de la escalera, desapareciendo en el segundo piso.

Apretó los puños y cerró los ojos furiosa. ¡Qué mujer tan malvada! No podría soportar cinco días sin libros... ¡Cinco días!, pero tampoco podía soportar un segundo más de su aburridísima clase de historia francesa.

Caminó suavemente, tratando de no hacer el menor ruido, y fue hasta las cocinas. Allí estaban Mary y la señora Harriet preparando la cena. Percy, uno de los mozos y Dolly hablaban sentados a la mesa. Lily, en el banco debajo de la ventana, leía. Los sirvientes se pusieron de pie inmediatamente al verla entrar, e hicieron una reverencia.

—Milady... ¿Está bien? —Lily, se acercó, presurosa—. Escuché los gritos, ¿qué pasó?

—Necesito un descanso, Lily, y ella no lo entiende, parezco una prisionera aquí. ¡Odio esta casa! En Londres podía ir a visitar a mis amigas, o salir a cabalgar por Hyde Park... Pero aquí...

—¡No diga eso! ¡Es un paraje hermoso! Ya se que echa de menos a la señorita Eunice, pero no se deje entristecer por eso.

La señora Harriet se acercó también, limpiándose las manos en su delantal.

—Venga, le prepararé un té calentito, y luego se va a terminar su clase. Solo queda una hora, después cenará y...

—¡Una hora! ¡No puedo aguantar ni un minuto!

Se sentó, abatida, en el lugar que habían dejado los sirvientes. La señora Harriet puso una taza de té delante de ella y de Lily, y un plato con un par de rollos de canela. Hope tomó un trocito y se lo llevó a la boca, pensativa.

—¿Señora Harriet, sabe cuándo volverán mis padres? ¿Habrá recibido alguna carta de ellos el señor McMaster?

Harriet echó una mirada disimulada a Lily.

—No lo sé, milady, pero seguramente será en el próximo mes. Lady Stone comentó en su última carta que su padre tenía asuntos que resolver en Londres.

—¿Por qué no me llevaron con ellos? ¡Ya soy mayor!

—Era un viaje muy largo, mi niña, por barco durante casi un mes...

La señora Harriet siguió hablando, tratando de consolar a la muchacha, aunque no encontraba nada realmente convincente para decir, ya que ella misma no entendía cómo los señores habían abandonado a la pequeña en esa casa olvidada de Dios, en medio del bosque.

Stone Hall había permanecido cerrada por más de cincuenta años. Después de la trágica muerte de lord Michael Stone —muerte de la que nadie hablaba ya que el hombre se había suicidado colgándose de una viga del techo de la biblioteca—, nadie había querido vivir allí. Parecía que una maldición había envuelto a la casa con un manto de oscuridad y superstición. Esta fue la razón por la cual el abuelo de Hope, primo segundo de Michael, se había negado terminantemente a instalarse en la casa cuando heredó el título. Lo que sintió al traspasar el umbral pudo más que la belleza de la mansión y la exquisitez de los muebles y decorados. Algo maldito habitaba en ese lugar, y sin pensarlo un segundo mandó a los sirvientes que taparan los muebles y cerraran las habitaciones. Durante todo el tiempo que la mansión estuvo deshabitada los sirvientes cuidaron de la propiedad, de los parques y de los jardines. Los arrendatarios siguieron trabajando las tierras, fieles a su nuevo señor, de modo que el nuevo lord Stone continuó percibiendo una renta de más de 5000 libras al año.

Lord Stuart Stone, padre de Hope, había heredado la propiedad, junto con las tierras y el título, al morir su padre diez años antes. Al igual que su progenitor, nunca había estado interesado en vivir en la casa, pero por otras razones. A él simplemente le disgustaba la campiña, y el clima frío y lluvioso del norte del país, menos favorable que el de la capital. Sin embargo, unos meses atrás, su esposa creyó que valdría la pena abrir la casa para acoger a su hija mientras ellos hacían el viaje que venían planeando durante años. Lady Lucille Stone, una mujer fría y egoísta, poco amante de los niños, había confiado siempre la educación de Hope a niñeras, e institutrices. Ahora, lo que más deseaba era visitar la India, y no pensaba cargar con la muchacha. De manera que a comienzos de ese año, se habían mudado los tres a la mansión con la intención de que la joven se aclimatara, para poder dejarla allí al cuidado de los sirvientes y de la señorita Scott. Pero, lamentablemente, dos meses no habían sido suficientes para que Hope se

acostumbrara a vivir en un lugar tan solitario. Ese fue el tiempo que le otorgaron sus padres, y luego la dejaron allí, deshecha en lágrimas y ruegos, con la promesa de hermosos regalos y cartas que ella aún estaba esperando.

La señorita Scott cumplió su palabra con meticulosidad. Después de esperar exactamente cinco minutos, se dirigió decidida hacia la habitación de la jovencita y acomodó todos los libros que encontró en una caja. Sin titubear, instruyó al señor McMaster para que cerrara la biblioteca con llave, una orden que fue obedecida sin objeciones ni cuestionamientos.

Acto seguido, la implacable señorita Scott solicitó que le sirvieran el té en su pequeño salón privado. Allí se instaló con un libro entre sus manos, deleitándose con el triunfo de haber despojado a Hope de sus lecturas preferidas.

En respuesta, la joven, llena de orgullo, se encerró en su habitación. Su dignidad no le permitía suplicar, y la idea de enfrentarse a la expresión de satisfacción de la mujer al doblegarla ante sus deseos resultaba insoportable. Sin siquiera tomar la cena y a pesar de los ruegos de Lily, su doncella, se retiró a su cuarto y cerró la puerta tras de sí.

A través de la ventana se filtraba un rayo de luz, iluminando el rincón donde Hope guardaba sus secretos. En el antiguo arcón, que a menudo fungía como cómodo asiento para sus lecturas preferidas, se escondían dos libros. Aunque la señorita Scott ya había registrado el lugar en busca de tesoros literarios, lo que ella desconocía era que Hope guardaba celosamente sus obras predilectas en un escondite aún más ingenioso: entre los almohadones que adornaban el asiento. Resguardados dentro de las suaves y esponjosas plumas, completamente invisibles e imperceptibles, descansaban "La pequeña Dorrit" y "Agnes Grey" —dos de los libros que más apreciaba la muchacha. No era el temor a una nueva búsqueda por parte de la señorita Scott lo que llevaba a Hope a este ingenioso escondite, sino la firme desaprobación de su madre hacia lecturas consideradas demasiado progresistas. En estas páginas se revelaban las penurias de los desfavorecidos en las calles de Londres y los ideales de mujeres independientes, temas que la señora Stone no consideraba apropiados para una joven de quince años. No obstante, para Hope, cuya mente inquisitiva y curiosa desafiaba su corta edad, sumergirse en ese aspecto desconocido de la sociedad era apasionante. A pesar de los riesgos y misterios que se ocultaban en esas páginas, la joven no podía resistirse a explorar las profundidades de un mundo lleno de peligros y fascinantes secretos.

Era más de medianoche, cuando la muchacha al fin se aventuró a salir de su cuarto. Subió las escaleras hasta la biblioteca, con sumo cuidado para no despertar a la institutriz. Comprobó que la puerta estaba cerrada, y con una mueca de fastidio se dirigió hacia la habitación de sus padres, dos puertas más allá. Sabía que allí guardaba su madre un juego de llaves de la casa, una copia de las que tenía el señor McMaster. Le había visto guardarlas una tarde en un cofrecito, después de escucharle comentar que no le gustaba dejar el control de la mansión en manos de los sirvientes.

El cuarto estaba oscuro y frío. Las persianas cerradas no habían permitido que se colaran los brillantes rayos de sol que habían alegrado alguna que otra mañana esa semana. Fue hasta uno de los estantes y rebuscó hasta que encontró la caja de madera, giró el cerrojo y la abrió. Dentro había varias cosas a las que no prestó atención, tomó el pesado manojó y fue a sentarse en la cama. No podía ver muy bien, pero no quiso encender la lámpara, de modo que finalmente, más por el tacto que por la vista, encontró la llave que le interesaba. La sopesó en sus manos y, separándola del resto, cerró el cofre. Guardó todo, y se dirigió a la biblioteca.

La llave funcionaba a la perfección, lo sabía porque ya la había usado con anterioridad durante otra de las penitencias impuestas por la señorita Scott. Una vez dentro acercó una cerilla a la lámpara de aceite y la encendió. Una vez más le impresionó el tamaño de la sala, y la cantidad de libros que contenía. Caminó despacio y admiró las costosas colecciones, la madera rojiza de las estanterías y las lámparas adosadas a las paredes que, durante las noches, deberían estar iluminadas con velas titilantes.

Sus padres no eran grandes lectores y la biblioteca de su casa de Berkerley Square, aunque era de proporciones adecuadas, tenía muchos muebles suntuosos pero pocos libros. En cambio esta le parecía maravillosa: los únicos muebles eran un elegante sillón de piel negra, de alto respaldo y molduras de madera, un escritorio con una butaca de piel también, y libros, miles de libros cuidadosamente ordenados.

Desde su traslado a la mansión, y especialmente después de que sus padres emprendieran su viaje a la India, Hope se convirtió en la única visitante regular del lugar. Aunque nadie se lo había comunicado explícitamente, todos eran conscientes de una presencia maligna en la biblioteca. Lily le había comentado que escuchó a las doncellas cuchichear al respecto, y la evidencia de que no consideraban esto simplemente un rumor residía en que sólo se aventuraban a limpiar los corredores y las habitaciones de la tercera planta durante las horas diurnas. El salón de baile permanecía cerrado, con espejos cubiertos y muebles velados, la habitación de sus padres también; y la biblioteca... bueno, la biblioteca siempre se mantenía cerrada.

Aunque las habitaciones de la servidumbre se hallaban en el ático, ellos usaban las escaleras de servicio, nunca transitaban por los corredores de la casa, salvo que estuvieran cumpliendo con alguna de sus tareas habituales. De manera que el tercer piso era la parte más silenciosa de la mansión, vacío por días enteros, con excepción de las sigilosas incursiones de Hope. Nadie prestaba atención cuando ella merodeaba por allí sola, ya que Lily no se atrevía a acompañarla, y la mayoría de las veces, ni siquiera la señorita Scott ponía objeciones.

Durante los primeros meses en la mansión devoró todos los libros del cuarto de los niños, una colección de clásicos infantiles, y libros de aventuras juveniles. Pero una fría tarde de marzo, casi unos cuatro meses atrás, cuando ya no le quedaba nada nuevo que leer, no había tenido otra opción que subir a la tercera planta en busca de un libro. Ese día nada había pasado, nadie había interrumpido su plácida lectura y, al contrario de lo que todos temían, el silencio se le había hecho acogedor en vez de inquietante. No era que ella no temiese al fantasma, si es que realmente había uno, pero su necesidad de leer superaba todos sus miedos.

Ahora ya era una visitante habitual, conocía bastante bien el lugar, de modo que, sin dudarlo, se dirigió hacia uno de los anaqueles donde siempre encontraba algún título interesante. Era como si cada día, como por arte de magia, apareciera un libro mejor que el anterior en ese rincón.

El olor a papel viejo, al cuero de las encuadernaciones y al aceite de la lámpara, le preparó el ánimo, y se sintió tan feliz que olvidó completamente al fantasma, lo que a esta altura ya le parecía una leyenda. Se acercó a la estantería y empezó a leer los títulos.

Estaba tan entretenida que ni siquiera se dio cuenta que la temperatura del cuarto había descendido algunos grados. Reprimió un escalofrío y siguió buscando. Entonces un leve sonido, parecido a un suspiro, la alertó.

Se quedó inmóvil, escuchando. No quería volverse porque tenía temor de confirmar sus sospechas. Sabía que si se giraba y había alguien allí, se espantaría y nunca más se atrevería a regresar. Y ella quería regresar.

—Milord... —dijo con las manos aún apoyadas en la estantería—. Siento muchísimo haberle

interrumpido en su... en sus ocupaciones. Solo voy a tomar un libro y me iré. Prometo traerlo muy pronto, lo cuidaré como si fuera mío.

Esperó, sin saber que esperaba.

Volvió ligeramente la cabeza, y no vio nada. Tomó el libro que tenía frente a sus ojos, y dando la espalda al rincón oscuro, desde donde estaba segura que alguien la observaba, apagó la lámpara y cerró la puerta.



Stone Hall, el desayuno del día siguiente

La señorita Scott comía en silencio, ni una palabra se había escapado de sus labios después de un frío “buenos días”, y Hope la había imitado.

Su mente divagaba, repasando la historia que había leído durante la noche. Casi hasta las dos de la madrugada había estado inmersa entre las páginas del nuevo libro descubierto en la biblioteca el día anterior. La trama le resultó apasionante, y las vicisitudes de Catherine y Heathcliff, así como el amor que los unía, la llevaron a reflexionar sobre qué haría ella en el lugar de la heroína. ¿Estaría dispuesta a defender a su amado, desafiando a sus padres y a toda su familia? ¿Se arriesgaría a abandonar todo para seguir a su lado? Mientras meditaba sobre estas cuestiones, la señorita Scott aclaró la garganta, interrumpiendo sus pensamientos, y emitió un orden mientras se ponía de pie.

—Cuando termine de desayunar suba a la biblioteca, por favor.

—¿A la biblioteca? —preguntó la muchacha, asombrada.

—Sí, hoy tendremos nuestra primera lección allí.

Y dejándola un tanto estupefacta, la institutriz se retiró con el mentón en alto como símbolo de su orgullo inquebrantable. Cada paso, medido y corto, resonaba sobre el piso de madera, su porte revelaba una dignidad estudiada, un arte que ella pretendía, sin éxito, dominar con maestría.

Hope la observó, y un ligero resquemor quiso apoderarse de su ánimo, pero desechó inmediatamente la sensación sacudiendo la cabeza. Era imposible que la señorita Scott supiera

que ella tenía una llave de la biblioteca. Sin darse prisa, terminó los huevos revueltos, bebió su té, pensativa, y luego se puso de pie con resignación.

La puerta de la habitación estaba abierta y las cortinas dejaban paso a la luz mortecina de una mañana nublada. La señorita Scott no se había sentado, la esperaba de pie, cerca de la entrada.

Hope traspasó el umbral, y se sentó en el sillón, como la institutriz le indicó.

—¿Conoce mi edad, milady?

—No... —respondió la joven, mirando a la mujer con curiosidad.

—Cuarenta y tres años. Si, es verdad, se que parecen muchos menos...

Aunque Hope no compartía su opinión, optó por guardar silencio y no contradecirla.

—Llevo más de veinte años educando a niñas de la alta sociedad. Niñas como usted, la mayoría caprichosas e insolentes.

La “niña” se limitó a mirarla, pero su corazón se aceleró, preocupado.

—En todos estos años jamás he sido relevada de mis obligaciones antes de tiempo, y jamás una de mis alumnas se ha perdido, todas han encontrado el camino hacia la sujeción y el decoro —. Una mirada rápida a la joven— Y, por supuesto, todas han hecho excelentes matrimonios, y se han convertido en lo que se esperaba de ellas: madres y esposas ejemplares.

La chica se revolvió en su asiento, incómoda, sabiendo lo que se venía.

—La clave de mi éxito es mi carácter firme, nada me doblega, milady. Solo deseo que sepa que si no lograron someterme veintenas de niñas en el pasado, no lo va conseguir una chiquilla terca y rebelde como usted.

—Señorita Scott, no es mi intención... —empezó a decir Hope. La mujer levantó una mano mostrando la palma, para hacerla callar.

—Ya que la biblioteca es uno de sus lugares preferidos, y que su único interés es la lectura, aquí permanecerá todo el día y toda la noche. No, no, no me lo agradezca —añadió al ver que la niña intentaba volver a hablar—, solo disfrute. Por cierto, espero que el desayuno haya sido abundante porque es todo lo que comerá hoy. Volveré a buscarla mañana por la mañana para nuestra próxima clase.

—¿¿Qué!?! —preguntó Hope, estupefacta. Y se acercó a la puerta. La institutriz se giró, y la miró.

—Como usted ya habrá escuchado, se comenta que un malvado fantasma merodea este lugar, el espíritu de uno de sus antepasados. Espero que goce de su compañía esta noche.

Hope se había puesto de pie, caminando hacia la salida.

—No haga esto, por favor. No puede dejarme aquí toda la noche. Le prometo que...

—Vuelva a su asiento. No ose gritar o la dejaré aquí por dos días. Nadie vendrá a ayudarla, se lo aseguro, los sirvientes no se atreverán a contradecirme, así que... —y señaló con una mano las estanterías— disfrute de sus libros.

Y salió, cerrando la puerta. Hope escuchó como la llave giraba dos veces y después los pasos amortiguados de la institutriz alejándose por el pasillo.

En un gesto que sabía inútil, fue a tantear la puerta, moviendo varias veces el picaporte. Apoyó la espalda contra la madera oscura y recorrió la habitación con la vista. Ya había estado allí durante la noche, y el cuarto no le había parecido tan escalofriante, aunque los comentarios de la señorita Scott habían desplegado una serie de imágenes en su mente que, por cierto, no le ayudarían a tranquilizarse cuando oscureciera. Afortunadamente la lámpara tenía aceite, aunque no estaba segura de que duraría hasta el día siguiente.

Suspiró y se acercó a la ventana más próxima. Había comenzado a llover y el parque parecía

cubierto de una neblina gris. Todo auguraba que sería un día muy largo.

Hope había leído, casi sin interrupción, hasta que la luz comenzó a menguar. Fue justo en el momento que levantó la vista, cuando escuchó un ruido que le hizo girar la cabeza con temor hacia las sombras.

—No se levante, milady —escuchó cuando comenzaba a ponerse de pie, y sintió que la sangre abandonaba sus facciones—. Ya que tendré el honor de compartir esta sala con usted esta noche, debería presentarme formalmente.

Los ojos parecían querer salirse de sus cuencas mientras Hope los abría más y más, estupefacta ante la inesperada aparición.

Un hombre, alto y de buen porte, caminó hacia ella, se inclinó en una respetuosa reverencia y pronunció, mirándola directamente a los ojos:

—Sir Michael Oliver Stone, para servirla.

Hope trató de hablar pero sólo emitió un suave quejido. Aclaró su garganta.

—Hope Amberjill Stone...

—Lo sé. Nunca imaginé que la nieta del detestable primo Nathaniel pudiera ser alguien —pareció buscar las palabras— ...valiente —dijo al fin.

—¿Valiente? —preguntó ella, tratando de mantener la calma.

—Aquí está usted, hablando conmigo de igual a igual. Ha pasado horas leyendo tranquilamente, sabiendo de mi presencia, y no la he escuchado gritar de pavor ni una sola vez.

—No suelo gritar de pavor.

—No creo que suela hablar con los muertos, tampoco.

Esta vez Hope sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. La mirada con la que el fantasma había acompañado sus palabras había sido intimidante.

Permaneció en silencio, quieta como una estatua mientras lo observaba.

Tenía la apariencia de un hombre, no se parecía a los fantasmas de los libros. Sus ojos negros y las cejas oscuras le daban cierta vivacidad al rostro, si eso no fuera ilógico; y la barba, que solo poblaba el labio superior y el mentón, le añadían un matiz un tanto malévolo.

Hope estaba sentada en la butaca, detrás del escritorio, con el libro apoyado sobre la mesa. Él se sentó en el sillón de alto respaldo, junto a la ventana, y la miró.

—¿Le gustaría que hablemos, o prefiere continuar con su lectura? No es mi intención molestarla.

—Yo... No... —y no supo qué decir.

—¿Tiene miedo, lady Hope?

Asintió con la cabeza.

—¿De qué?

—De... usted .

—Ya ha estado antes aquí, y nunca tuvo miedo. ¿Es por lo que dijo su institutriz?

La niña dudó.

—¿Es porque ella me llamó “malvado”?

—¿Es verdad?

Él sonrió, una sonrisa torcida que se parecía más a una mueca.

—¿Me pregunta si es verdad que soy malvado? Supongo que sí, la gente tiene diferentes opiniones...

—Pero no será malvado conmigo, ¿verdad?

Sus ojos se encontraron, y Hope contuvo la respiración.

—No tengo motivos.

—Gracias —dijo la niña.

Si esta muestra de fragilidad conmovió al fantasma, no lo dejó ver. Se puso de pie, y fue hasta una de las estanterías. Pareció buscar por unos segundos, y luego tomó un grueso libro. Volvió a su asiento y lo abrió.

—Leamos, pues. Y disfrutemos de la calma de la noche —dijo. A los pocos segundos pareció olvidar a la chica, y ella empezó a relajarse. Ni siquiera se dio cuenta cuando se quedó dormida, con la cabeza apoyada en sus brazos sobre el escritorio. Tampoco supo quién apagó la lámpara ni de dónde salió el chal que cubría sus hombros cuando se despertó. Pero cuando abrió los ojos, el sol se levantaba por el horizonte y sir Michael Oliver Stone se había ido.



Stone Hall, época actual

Adela había estado leyendo “Juicios, acusaciones y condenas a hechiceras en Durham, Cumberland y Lancashire”. Le había dedicado dos tardes enteras y no había encontrado nada que pudiera ayudarlas. La lectura había sido mucho más interesante de lo que había esperado, aunque a veces las acusaciones y los alegatos eran tan inverosímiles que parecía imposible creer que fueran historias reales. De todas maneras, los autores afirmaban haber transcrito literalmente las palabras pronunciadas y aseguraban que los hechos habían acontecido tal cual se relataban.

Aunque las páginas estaban plagadas de nombres y de fechas, no había encontrado a ninguna Stone, lo cual la tenía muy desilusionada. En esa mujer estaban puestas todas sus esperanzas.

Sara se había llevado la biblia a su casa para leer las frases escritas entre las finas páginas. Por supuesto que las niñas no habían comentado nada a Julia, quien jamás les hubiera permitido sacar un libro tan antiguo de la biblioteca. La chica sí había encontrado cosas muy interesantes y, cuando volvieron a reunirse el fin de semana siguiente, estaba ansiosa por compartir sus descubrimientos con sus amigas.

Las tres se sentaron alrededor del escritorio en la biblioteca. Como el alto sillón era muy pesado e imposible de mover, había llevado dos sillas de la habitación contigua para completar el mobiliario. Una vez que estuvieron acomodadas, Sara empezó a hablar.

—Lo primero, y lo más importante, es que lo que Hope escribió no son solo frases sueltas, es una especie de diario, aunque no hay muchas fechas.

—¡Un diario! —comentó Helen.

—Si, aunque la historia de su vida es bastante triste. Algo pasó en Londres donde vivía y tuvo que mudarse a esta casa. Aparentemente estaba sola, sin sus padres.

—¿Entonces es Hope la que escribe? —preguntó Adela.

—Varias veces encontré el nombre Hope Amberjill Stone, escrito con la misma caligrafía.

—¿Qué dice? ¿Leíste todo lo que escribió?

—Si, lo leí todo. Al principio solo habla de su soledad, de que quiere volver a su casa en Londres. Después empieza a mencionar a alguien que ha conocido, pero no dice su nombre. Y nombra cosas que esa persona le dice, o cosas de las que conversan. Por ejemplo —y aquí Sara rebuscó entre los marcadores que había puesto en la biblia—: *"En el silencio de la noche, cuando todo está en calma, es cuando hablo con él sobre mis esperanzas y mis temores. Es un gran consuelo haber encontrado a quien me entiende y comparte mis ansias de libertad."*

Las tres se miraron.

—¿Un enamorado?

—¿Te parece? Era muy joven.

—En esa época se casaban jóvenes...

—Quizás —dijo Sara, sin prestar demasiada atención, mientras seguía leyendo—, pero escuchen esto: *"He hallado un pasadizo oculto entre los muros de esta ancestral mansión. ¿Será el único? Él lo sabe, pero se niega a discutirlo, temeroso de que me atreva a explorar sus oscuros recovecos. Sin embargo, lo haré; descubriré a dónde me lleva."*

—¿Pasadizos secretos? ¿Será verdad? —preguntó Helen, bajando la voz.

—Si, hay varios —dijo Adela, impávida—. Los visitaba cuando era pequeña.

Sus amigas la miraron, no sabiendo si hablaba en serio o si estaba bromeando.

Como ella permanecía en silencio, Sara continuó hablando.

—Lo de los pasadizos me dejó intrigada, pero cuando llegué al final, en el libro de Revelaciones —y las miró con una semi sonrisa de inteligencia—: *"Observando las primeras páginas de este venerable tomo, repletas de nacidos y muertos, me pregunto qué destino tendrá mi secreto. ¿Perecerá conmigo o es mi deber **revelarlo**? Cada paso que he dado en esta antigua morada me ha guiado hacia el descubrimiento de un misterio resguardado durante incontables años, que se expuso ante mí para que tuviera las armas necesarias para ayudar a aquel que tanto me ha brindado."*

Si alguna vez alguien se topa con estas páginas y posee la paciencia necesaria para descifrar mi intrincada caligrafía, encontrará la clave, y si es uno de aquellos elegidos, maldecidos o afortunados, a quienes el secreto desea mostrarse, deberá contemplar más allá de lo tangible. Como hacen los amantes cuando el destino intenta separarlos, como debería haber hecho Catherine eligiendo a H. sin vacilar, luchando por él hasta su último aliento".

Helen y Adela permanecieron con la mirada fija en la Biblia, como si allí, de pronto, apareciera la respuesta que estaban buscando.

—¿Quién es H.?

—¿Quién es Catherine?

—No lo sé —dijo Sara moviendo la cabeza con frustración—, pero nos está invitando a descubrir el secreto que ella descubrió...

—...en uno de los pasadizos de la casa...

—...para encontrar la "clave"...

Adela se puso de pie y levantando las manos detuvo el desvarío de sus amigas.

—Un momento, un momento. Pensemos —suspiró y tomando la Biblia volvió a leer las

palabras en voz alta—. “*Encontraré la clave*”... Se puede referir a...

—A una respuesta, la clave de un misterio... —aventuró Helen.

—No, la clave para “*ayudar a aquel que tanto me ha brindado*” —explicó Sara—, lo dice aquí.

—Es verdad. Pero... ¿eso qué significa?

Durante los siguientes segundos un silencio profundo llenó la habitación.

—Esto no nos llevará a nada —dijo Adela al fin.

—Tal vez no, pero... ¿No quieren saber de qué se trata? —y los ojos de Sara brillaban con un destello de curiosidad.

—Me gustaría encontrar algo que nos ayude con nuestro trabajo, nos quedan menos de dos meses para la presentación y no tenemos nada. Quizás deberíamos cambiar el enfoque y dejar de buscar a la bruja de mi familia...

—Olvídense de las brujas y vengan a cenar —dijo Julia. Cuando se giraron la vieron apoyada en el umbral de la puerta.

—¡Ay, Julie! ¡Todo es tan complicado! —protestó Adela.

—¡Estamos igual que al principio! —refunfuñó Helen.

—Igual, igual, no... —empezó a decir Sara.

—Todo lo que hemos descubierto no nos conduce a nada que nos sea útil, o sea que estamos igual —insistió Adela.

Sara no opinaba así pero no quiso discutir. Le apasionaba la idea de develar el misterio, pero sabía que no podía hacerlo sola, aunque de haber podido se habría aventurado sin compañía por los pasadizos secretos de la casa sin dudarlo.



Stone Hall, esa noche

Sara estaba sentada en el suelo, sobre la alfombra, junto a la chimenea. Las otras dos se habían despatarrado en la cama quitándole las mantas y dejándola sin espacio. Como no podía dormir, y era muy temprano para despertarlas, se fue a sentar a mirar las llamas moribundas.

A pesar del fuego, la habitación estaba fría, de modo que tomó una manta que descansaba sobre uno de los silloncitos de pana azul celeste y la puso sobre los hombros. Mientras su mirada se perdía en las brasas rojizas, su mente repasaba todo lo que había leído en la Biblia, todo lo que había escrito Hope. Le maravillaba la conexión que sentía con esa muchacha nacida más de cien años atrás. La sentía real, y al leer sus palabras se había sentido parte de su vida y había empatizado con sus problemas.

Se moría por saber cómo había continuado su existencia: ¿se habría casado? ¿Habría tenido hijos? Pero más le intrigaba saber cuál era ese secreto que parecía dispuesta a compartir con cualquiera que leyera sus palabras. Sara era una de las personas que había leído sus revelaciones, de modo que se sentía con derecho a reclamar la “clave” que Hope ofrecía.

La Biblia había quedado sobre el escritorio. Una de las reglas de Julia era que no sacaran los libros fuera de la biblioteca, eso y que no comieran allí. Ese salón parecía un santuario; las dos, tanto Julia como Adela, lo trataban con un respeto exagerado. Ella entendía que las colecciones eran muy antiguas y muy valiosas, no solo económicamente, pero a veces le parecía que se trataba más de un cementerio que de una biblioteca. Como si los libros fueran muertos a los que se debía honrar y respetar.

El lugar era, además, sumamente tenebroso. El calor parecía nunca llegar allí, no totalmente. Aunque encendían la chimenea cuando se reunían a estudiar, el ambiente nunca estaba lo suficientemente caldeado. Además Adela se volvía misteriosa cuando hacían preguntas sobre esa sala, por ejemplo cuando a Helen se le ocurrió preguntar por el cuadro. Obviamente una pintura había colgado allí por años, o siglos, la marca en el antiguo empapelado no dejaba dudas. Una marca que revelaba la falta de un lienzo de más de un metro y medio de altura.

“¿Qué fue del cuadro que estaba allí?” había preguntado señalando la pared con el dedo. Adela ni siquiera se había girado para mirar a sus espaldas, adonde apuntaba Helen. Había respondido, con aparente indiferencia, algo cómo: “Julie lo debe haber guardado en el desván”. “¿Por qué?” “No lo sé”. Y se había quedado extrañamente callada. ¿Por qué Julia había quitado el cuadro y no lo había reemplazado por otro? Sara sabía que la tía de Adela era una persona que cuidaba cada detalle para que la mansión siempre estuviera impecable, ¿por qué había dejado esa pared vacía?. Por otro lado, si no hubiera sido por la extraña actitud de su amiga, quizás el asunto no le habría parecido tan misterioso, pero al mirarla a la cara, se dio cuenta de que estaba ocultando algo.

Sonrió al pensar en esto. La verdad era que a ella le encantaban los misterios, y tal vez por eso encontraba enigmas donde no los había. Como el secreto de Hope, por ejemplo. Necesitaba saber de qué se trataba. Se puso de pie, y envuelta en la manta, salió del dormitorio.

Caminó hasta la escalera lentamente. No quería encender las luces, pero la casa estaba tan oscura que de repente se preguntó si era una buena idea. Esa mansión era muy antigua, Adela les había contado una vez que sus antepasados la habían mandado construir a finales del 1700. Tanta gente había vivido y muerto allí que, seguramente, sus espíritus rondarían por la casa de noche. Este pensamiento la obligó a subir casi corriendo los últimos peldaños de la escalera. Entró en la biblioteca y cerró la puerta.

Encendió la luz de su teléfono móvil, y se acercó al escritorio. Tiritando tomó la biblia y fue a sentarse en el sillón junto a la ventana. Acomodó la manta alrededor de su cuerpo, envolviendo brazos y piernas, y apoyando el teléfono en uno de los apoyabrazos dirigió la luz hacia las páginas que quería leer.

Empezó por las primeras notas, escritas casi como en secreto. Frases sueltas que poco a poco se iban convirtiendo en pensamientos, sentimientos y el relato de alguna que otra corta experiencia. No sabía qué edad tenía Hope cuando escribió ese diario, pero calculaba que era adolescente, quizás apenas poco más que una niña, ya que varias veces mencionaba a su institutriz, la señorita Scott, y a su doncella, una tal Lily. Del enamorado, o lo que fuera, no encontró descripciones, ni siquiera un nombre, solo estaba ese “H”, a quien decía que hubiera entregado su último suspiro sin dudarlo. Muy romántico, sin duda.

Acomodó la cabeza en el respaldo del sillón, y levantó las rodillas para apoyar la biblia y seguir leyendo, y sin darse cuenta se quedó dormida.

Cuando la puerta se abrió, casi una hora después, pasaron dos cosas a la vez: alguien emitió un sonoro gemido de asombro, y el teléfono de Sara, ya apagado, cayó al suelo retumbando sobre las maderas de la habitación. Entonces la chica se despertó y gritó, y la que estaba en la puerta gritó también, encendiendo las luces que cegaron completamente a la niña.

—¡Por Dios, Sara! ¿Qué haces aquí? —la voz de Julia sonó aguda como una cuerda demasiado tensa.

—Yo... No podía dormir... —dijo la muchacha, incorporándose en el sillón—. ¿Qué hora es?

—No lo sé, las cinco más o menos. Vuelve a la cama.

Sara se levantó y pasó al lado de Julia, mirándola de reojo. Parecía enojada, nunca la había tratado antes con tanta frialdad. Sin decir nada volvió a la habitación y se metió en la cama. Por suerte se durmió casi al instante.

A la mañana, mientras desayunaban, ninguna de las dos mencionó el encuentro nocturno. Julia parecía estar bien otra vez, y Sara olvidó el asunto. Sin embargo no estaba dispuesta a olvidar a Hope y a su secreto.

—Creo que se adonde lleva lo que leímos ayer —dijo Helen, de pronto, interrumpiendo sus pensamientos

—¿Lo que leímos sobre las hechiceras de Durham? —preguntó Adela, cubriendo su tostada con un trozo de jamón.

—No, lo que leímos sobre Hope —Sara la miró, dejando de masticar—. ¿Qué tal si Catherine es su hermana? ¿Y “H” —y aquí Helen encomilló con los dedos el nombre de la letra—, es el novio de su hermana de quien Hope está también enamorada?

Adela frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Por qué se te ha ocurrido eso? No tiene ningún sentido... —empezó a decir.

—Si que lo tiene —dijo Helen, acomodándose en la silla—, todo cuadra. Ella dice que Catherine debería haber sido valiente, que debería haber luchado por H. hasta su último aliento. Ella la está juzgando porque, obviamente Catherine no luchó por H...

—¿Te refieres a Heathcliff? —preguntó Julia, desde la bancada. Estaba de espaldas a las chicas, sirviendo los últimos huevos revueltos en la bandeja.

Las tres se quedaron en silencio mirando la nuca de la mujer. Ésta se giró y vio que la observaban.

—Catherine no tenía hermanas, tenía un hermano... —dijo— ¿Están hablando de Cumbres Borrascosas?

—¿Cumbres... qué?

—Cumbres Borrascosas... El libro de Emily Brontë... —como ellas negaban con la cabeza agregó, sorprendida— ¿No han leído Cumbres Borrascosas? ¿De qué hablaban entonces?

—De un... acertijo —dijo Adela rápidamente.

—Ohh... —dijo Julia.

—¿De qué trata el libro? —preguntó Sara.

—Es un clásico del siglo XIX, no puedo creer que nunca hayan escuchado de él. ¿Ninguna de las tres?

Las chicas negaron, moviendo la cabeza. Julia continuó.

—Es una historia de amor, aunque muy diferente a otros clásicos románticos de esa época, como las historias de Jane Austen o de sus mismas hermanas, Charlotte y Anne... —se dio cuenta de que a ellas no les interesaba eso, así que decidió ir al grano— Básicamente es la historia de Catherine y Heathcliff: ella es la hija de una familia acomodada, él es un gitano que el padre de Catherine encontró en uno de sus viajes y trajo a la casa. El padre pretende criarlo junto a sus hijos y trata de educarlo, y aunque Catherine crea fuertes lazos con él, su hermano lo odia. Cuando mueren los padres, el hermano convierte a Heathcliff en un sirviente, lo maltrata y lo ultraja continuamente...

—Pero Catherine ama a Heathcliff... —comentó Helen.

—Si. Muchas veces él le declara su amor y ella confiesa a su doncella que lo ama, pero que no puede casarse con él por su condición social. Finalmente, ella decide casarse con un vecino

rico...

—¡Claro! Por eso dice Hope que Catherine debería haber luchado por H.!

—¿Quién es Hope? —preguntó Julia.

—Hay que encontrar el libro —comentó Adela, ignorando la pregunta de su tía.

—¡Vamos! —dijeron las tres a la vez. Julia las observó, confusa.

Las muchachas se levantaron sin dar ninguna explicación, y huyeron escaleras arriba.

—Fue un placer ayudarlas... —dijo Julia, y moviendo la cabeza, divertida, comenzó a levantar los platos de la mesa.

—Veamos —razonó Sara—, si Hope conoce la historia, es porque leyó el libro. Así que debemos encontrar todos los ejemplares de Cumbres Borrascosas que hay aquí, hasta dar con el que era de ella. Quizás escribió más pistas ahí... —se quedó pensativa un instante— ¡Claro! ¿Por qué hablar de Catherine y de H. si no? —y se giró para mirar a sus amigas que recorrían las estanterías revisando los ejemplares uno a uno.

—Tardaremos siglos —dijo Helen, después de apenas cinco minutos—. ¿Cuántos libros hay aquí?

—Quizás es casualidad —añadió Adela—. Puede que no se trate de esa Catherine. “H” puede ser... No sé... Henry..

—No, no, todo cuadra —insistió Sara—, busquemos un poco más.

Adela caminó hacia la estantería donde estaban los libros sobre brujas y hechiceros.

—Encontramos su biblia aquí, ¿recuerdan? Busquemos en esta estantería primero.

—¡Lo tengo! —dijo Helen desde el extremo opuesto de la habitación. Se acercó con un libro pequeño en las manos—. Aunque se ve muy moderno, ¿verdad? —rebuscó en la primera página—. Edición: julio 1965.

Se miraron con una mueca de desilusión.

Siguieron buscando, Adela encontró uno, pero aunque parecía lo suficientemente antiguo, no tenía ninguna inscripción.

—Aquí hay otro —dijo Sara que había estado buscando en la estantería que había sugerido Adela—. ¡Es enorme! Y muy pesado... —Extrajo el libro del anaquel y lo llevó hasta el escritorio. Efectivamente se veía de un tamaño considerable. La jovencita lo abrió en la primera página, buscando la fecha de edición—. Esto no es un libro...

Las otras dos se acercaron y se pusieron una a cada lado, para mirar.

—¿Qué es? Parece un libro —dijo Helen.

—Parece... —comentó Adela—, pero en realidad es... una caja fuerte.

Después de las primeras páginas, alguien se había tomado el trabajo de recortar el resto del libro e introducir una caja de madera dentro, de manera que al estar cerrado solo se veía el borde de las hojas amarillentas.

—Mira si hay algo dentro.

La tapa, de madera también, encajaba perfectamente, dejando la urna completamente sellada.

—Está cerrada...

—Déjame a mi.

Trataron las tres, probando de todas las maneras posibles, pero sin éxito.

—Quizás está vacía... —aventuró Sara.

—¿Qué sentido tiene guardar algo así vacío?

—Me estoy cansando de Hope y sus acertijos —refunfuñó Adela.

—¿Qué nos haría tu tía si rompemos el libro? —preguntó Sara, después de unos minutos.

Helen abrió mucho los ojos y miró a Adela. Esta al principio movió la cabeza, luego sonrió, y salió de la biblioteca. Regresó al poco tiempo con un cuchillo y un martillo.

—Están completamente locas —dijo Helen—. Julia las va a matar...

—Julia nunca va a saberlo.

Adela se acomodó frente al libro, introdujo la punta del cuchillo en uno de los extremos y dió un golpe con el martillo. la tapa permaneció igual de cerrada.

—Debe llevar siglos así.

La chica suspiró y descargó otro golpe, con más fuerza. Sacó el cuchillo y lo introdujo en el extremo opuesto y golpeó con fuerza. Ahora la tapa saltó, cayendo al suelo.

Las tres se inclinaron para observar el interior. Solo había un objeto muy antiguo, mucho más antiguo que Hope y más antiguo que la mansión.

—Una llave... —dijo Sara.

Se trataba de una pieza de una confección exquisita. Medía más de doce centímetros, era negra y la cabeza estaba formada por un óvalo, también negro. El paletón se asemejaba a un intrincado laberinto simétrico de entramado lineal. Dentro del óvalo, en letras doradas se veían dos palabras. Adela las leyó y retrocedió un paso.

—¿Qué sucede? —preguntó Sara, mirándola.

La joven abrió el cajón del escritorio y buscó entre lo que se encontraba allí guardado. Finalmente extrajo un pequeño papel, que se veía también muy antiguo.

Lo puso junto a la llave y miró a sus amigas.

—Casa Turner... —leyó Helen—. ¿Esta es la llave de una casa?



El bosque, 16 de diciembre de 1657

Sancia caminaba envuelta en su capa. La nieve caía en delicados copos, cubriendo parte de sus hombros y de su cabeza. Algunos fragmentos fríos y blancos se enredaban en los mechones que escapaban de la capucha, deslizándose luego por los rizos rojizos y descansando finalmente sobre su espalda como pequeños diamantes helados.

La mujer que iba delante llevaba un farol, iluminando la senda. Hacía tiempo que habían dejado el camino que la chica conocía tan bien y que había recorrido cientos de veces. Ahora avanzaban internándose más y más en esa parte del bosque que nadie solía visitar.

—Vamos, niña, que no tengo toda la noche —dijo la guía con rudeza.

Sancia apenas la conocía, la matrona había comenzado a trabajar en la casa como doncella unos meses atrás, mientras la chica estaba en la escuela. Aunque aparentaba más de cuarenta años le habían asignado la limpieza de los salones de la casa, junto a las más jóvenes. Se comentaba que le gustaba beber, y quizás por eso el mayordomo no le tenía mucha confianza.

—Mira bien por donde caminas —dijo, echando una ojeada rápida hacia atrás—, si te caes no voy a levantarte.

Después de otros cinco minutos de dura travesía, hundiéndose en la nieve y tropezando, al fin divisaron las tenues luces de una casucha. Ni siquiera podía calificarse de cabaña, era más bien un amasijo de troncos, algunos caídos, que otorgaban refugio de la lluvia, aunque no demasiado.

—Allí está —dijo la mujer—. Dame mi dinero, te esperaré aquí.

Sancia iba a sacar las monedas, pero al notar la avaricia con que seguía el movimiento de sus manos, se contuvo.

—Tendrás el dinero cuando volvamos a la casa.

—¡Qué me des mis monedas, ramera! —gritó la otra, tironeando del vestido de la chica. Sancia se alejó un paso, y extendió su mano. Una daga relampagueó con la luz del farol.

—Dije que te daré tu dinero en la casa —repitió.

La sirvienta la miró, entrecerrando los ojos con malicia.

—Si tardas más de cinco minutos, volverás como puedas.

La joven ignoró las amenazas, y sin darle completamente la espalda, caminó hacia la cabaña. Antes de llegar al umbral la puerta se abrió y una mujer delgada y menuda se hizo a un lado para dejarla pasar.

—¿Qué eran esos gritos? —preguntó, mientras le indicaba a Sancia una de las dos sillas que formaban el precario y escaso mobiliario de la choza.

—Mi acompañante quería abandonarme. No sabría volver sola, de modo que... discutimos —dijo, haciendo a un lado la capucha y dejando a la vista su largo cabello rojo.

—¿Qué es lo que te trae aquí en medio de la noche y con semejante compañía? —preguntó la mujer.

Sancia la miró, ahora con más atención. Aunque no era joven, tampoco tenía arrugas. Su rostro mostraba esa ambigüedad que sólo había visto en los retratos. El cabello gris caía en una trenza sobre su hombro y el vestido, de un verde oscuro, aunque era muy antiguo y pasado de moda, se veía elegante. Lo que más llamó la atención de la chica fueron sus ojos, de color avellana, que mostraban una bondad que ella no hubiera esperado encontrar en una bruja.

—Quiero saber si estoy embarazada —respondió, tratando de no hacer ver la vergüenza que sentía.

—No necesitabas venir hasta mí para eso. ¿Cuánto hace que no sangras?

—Dos meses... Tal vez tres.

—¿Has tenido náuseas? ¿Vómitos?

Sancia negó con la cabeza.

—Abre la capa, déjame verte.

La chica se puso de pie y se acercó. La curandera apoyó la mano sobre el vientre con suavidad, luego levantó la mirada y posó sus ojos en Sancia.

—Estás embarazada, el niño nacerá en primavera. ¿Qué quieres hacer?

—¿Hacer?

—¿Quieres deshacerte del crío?

—¿Qué? ¡No! ¿A qué se refiere?

La mujer suspiró, fue hasta el caldero y tomó el cazo con un trapo.

—Si estás aquí es porque estás sola y porque no hay un padre dispuesto a hacerse cargo del niño. ¿Me equivoco?

—Hay un padre —dijo Sancia, levantando el mentón.

—Pero no un esposo.

Las palabras le atravesaron el pecho.

—No, no todavía, pero cuando sepa que estoy embarazada... Hablaré con él mañana.

Mientras ponía agua en un jarro, la mujer suspiró, y una sombra de pena cruzó por su semblante. Se acercó a un estante y agarró un recipiente del que extrajo unas hierbas que echó en la taza.

—El embarazo está muy adelantado, si no tomas medidas ahora, en un mes ya no podrás ocultarlo.

—¿Se refiere a...?

—Si, me refiero a eso.

—No —dijo Sancia poniéndose de pie—, no voy a hacerlo. Es mi hijo y voy a cuidar de él, voy a darle un hogar. Solo quería estar segura, por eso vine.

Las lágrimas amenazaban con caer, y la bruja sintió compasión de la niña.

—Si las cosas no salen como esperas, vuelve.

—No voy a volver —respondió la muchacha. Sacando la bolsa tomó unas monedas y las iba a dejar sobre la mesa, pero la mujer la detuvo.

—No quiero tu dinero. Vete en paz.

Sancia frunció el ceño, mirándola. Luego colocó la capucha de la capa sobre su cabeza, y salió de la cabaña.

Pasó dos noches enteras en vela. Durante el día trataba de encontrarse con Jeremy, pero él siempre estaba cabalgando, o reunido con su padre o simplemente en lugares donde ella no podía entrar.

Ellie había contraído un resfriado y lady Turner le había prohibido visitarla, con el pretexto de que no se enfermara también, pero ella sabía que era una excusa para alejarla de su amiga.

Finalmente, en la mañana del martes se animó a seguir a Jeremy hasta las caballerizas. Entró y se acercó a él, aun cuando el mozo estaba delante ayudando a su amo a preparar el caballo.

—¡Sancia! —dijo el joven, visiblemente asombrado— ¿Qué haces aquí? —la indiferencia de su saludo, después de más de tres meses sin verse, la dejó devastada.

—Buenos días, milord, traigo un mensaje de su padre.

El mozo la miró de soslayo, y luego al joven lord.

—Retírate —dijo Jeremy, y el chico se alejó rápidamente. Cuando estuvieron solos, la tomó de un brazo, apartándola de las puertas del establo.

—¿Estás loca?! ¿Qué pretendes al presentarte de esta manera, y con esa mentira tan obvia?

Sancia lo miró, tratando de buscar al hombre que amaba en esos ojos fríos.

—Necesito hablar contigo. Hace tres días que he llegado y ni siquiera me has mirado, yo...

—No podemos vernos, ¿no has visto que mi madre está pendiente? Sospecha algo...

—Dijiste que hablarías con tu padre —respondió ella, interrumpiéndolo.

—Si, lo haré en el momento oportuno.

—¿Cuándo, Jeremy?

La miró, y trató de suavizar el gesto. Acarició la mejilla de la chica y, después de echar una rápida ojeada hacia el portal, se acercó para besarla.

—Pronto —volvió a decir, cerca de su boca—. Espérame esta noche en el salón que está junto a la biblioteca, hablaremos allí. Ve después de las once —y volvió a besarla.

Sancia acudió a la cita, por su puesto.

Esperó a que su madre se durmiera, y con mucho cuidado salió del pequeño cuarto que compartían. Fue hasta la puerta que comunicaba con la tercera planta y caminó, silenciosa como un fantasma, hasta el pequeño salón, donde se sentó a aguardar a su amado.

Jeremy llegó pasadas las doce, Sancia casi estaba dormida, pero escuchó que la puerta se abría y corrió a su encuentro. Él la envolvió entre sus brazos y sin dejar de besarla, la recostó sobre el sofá. Tres meses separados habían sido demasiado para ella, y entendió que su amor no había hecho otra cosa que crecer en ese tiempo. Sus besos confirmaron su deseo de unir su vida a la de él, pero su cuerpo reaccionó al recordar aquello de lo que necesitaban hablar. Jeremy lo

notó y se apartó.

—Llevo deseándote todo el día, desde que te besé en la caballeriza. No hagas esto, Sancia —dijo, acariciándola.

—Necesitamos hablar —respondió ella, tratando de apartarse—, Jeremy, por favor.

Pero él la tenía prisionera, y no la dejó ir.

—Por favor —dijo él, en el mismo tono—, hablemos después.

Y Sancia cedió una vez más.

Solo unos minutos después, ya saciado de su necesidad de ella, él se puso de pie y comenzó a vestirse.

—¿A dónde vas? —preguntó la muchacha, al ver que se alejaba hacia la salida.

—A dormir. Deberías hacer lo mismo —y empezó a abrir la puerta.

—Te dije que debíamos hablar, hay algo que quiero decirte.

Afortunadamente, ella no vio el gesto de fastidio que emergió de los ojos de Jeremy.

—De acuerdo —dijo, cerrando la puerta y volviendo a sentarse—, ¿De qué quieres hablar?

—De nosotros, de nuestro futuro...

—Te aseguré que conversaría con mi padre en el momento oportuno. Estamos aquí para festejar las navidades, Sancia, no puedo darle esa noticia.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Crees que será una mala noticia?

—¿Tú qué crees? —preguntó él, con sarcasmo.

—Dijiste...

—Dijiste, dijiste... ¿Qué dije?

—Has cambiado —confesó ella, sintiendo un nudo en la garganta—. ¿Me amas todavía?

—¡Sancia, por Dios! ¡Claro que te amo!

—Estoy embarazada.

La frase quedó retumbando en la habitación. A pesar de que había sido pronunciada en un susurro, flotaba como si llenara cada espacio, resonando en los oídos de Jeremy.

—¿Estás...? —preguntó.

—Estoy embarazada —repitió ella—, el niño nacerá en primavera.

Él la contempló, sin verla. Tal horror se pintó en su mirada que en ese instante el velo que nublaba los ojos de Sancia se desgarró y lo entendió todo. Pero su amor era más grande que la realidad, y decidió volverse ciega a lo que veía.

—Tu padre lo entenderá, estas cosas pasan... —empezó a decir.

El joven se puso de pie, dándole la espalda.

—Vuelve a tu cuarto. Lo resolveré mañana.

—¿No vas a decir nada más? ¡Vas a tener un hijo, Jeremy!

—Lo sé —respondió, y Sancia percibió su frustración—. Lo sé. Ve a dormir, hablaremos mañana.

Y sin siquiera volverse a mirarla, salió de la habitación.



Casa Turner, la mañana siguiente

La felicidad puede llegar en apenas un instante o puede huir aún más rápido. Solo los que de verdad han sufrido lo entienden. ¡Cuántas veces se repiten en sus mentes, una y otra vez, los sucesos que precedieron al desastre! Esa milésima de segundo en que la dicha dejó de acompañarlos para siempre. Para Sancia ese soplo breve había acaecido después del desayuno, en el momento en que lady Turner la mandó llamar.

Aún cuando había permanecido en vela toda la noche y aún cuando el futuro le atormentaba, no imaginó lo que la mujer tendría para decirle. Inocentemente creyó que la señora querría hablar sobre su experiencia en el colegio de señoritas y, efectivamente, así fue como la madre de Jeremy comenzó la conversación.

—Siéntate, Sancia —dijo, amablemente— ¿Ya has desayunado? ¿Quieres una taza de té?

—Gracias, milady, he desayunado con mi madre.

—Has cambiado en estos meses, eres toda una dama ahora —dijo la mujer, sonriendo mientras tomaba su taza.

—Gracias, milady. Es usted muy amable.

—¿Te gusta la escuela?

Sancia se enderezó en su silla, y trató de mostrarse entusiasta, aunque los nervios la consumían.

—Sí, la Academia es muy buena y las profesoras son excelentes.

—¿Ya has hecho alguna amiga?

—Sí, por supuesto... —mintió la chica.

—Una pena que tengas que abandonarlas —dijo lady Turner, dejando la taza sobre la mesita. Volvió sus ojos hacia Sancia y la miró, observando, sin duda, su reacción.

—¿Cómo dice...?

—Las señoritas embarazadas no pueden asistir a una Academia de Formación Femenina.

Sancia sintió que se le detenía el corazón.

—Pero podrás regresar, todo depende de tí.

La muchacha clavó sus ojos grises en la dama. Entendió cuáles eran sus intenciones, sin embargo permaneció en silencio.

Lady Turner acomodó sin necesidad una arruga de su falda, y siguió hablando.

—Como imagino que no deseas que tu madre se entere, mantendremos esto entre nosotras. Para todo el mundo, volverás a la escuela a continuar tu formación, pero en realidad irás al norte para dar a luz al niño, un lugar seguro donde se ocuparán de ti con total discreción. Luego, el pequeño quedará al cuidado de una buena familia, y tú podrás continuar con tu vida.

Sancia sintió que el desayuno quería salir de su estómago. Respiró profundamente, y abrió más los ojos, para evitar que las lágrimas asomaran.

—Cuando hayas terminado tu aprendizaje y estés en condiciones de trabajar, te buscaré una buena casa, con una familia honorable, donde podrás prestar tus servicios como...

—Jamás abandonaré a mi hijo —susurró la joven.

La mujer se interrumpió, y la miró. Solo una mirada de indiferencia.

—Si prefieres eso, te proporcionaré una casa lejos de aquí, donde tendrás todo lo necesario para criar y alimentar a tu hijo. Cuando llegue el momento podrás...

—¿Ha hablado de esto con Jeremy? —preguntó Sancia, interrumpiéndola una vez más.

—Por supuesto que he hablado con él.

—¿Él está de acuerdo...?

La mujer sonrió, más con pena que con regocijo.

—Él no sabe nada de lo que estamos discutiendo, por supuesto. Tampoco le he dicho absolutamente nada a lord Turner, no quiero que el dolor de conocer lo que has hecho lo lastime.

—¿Lo que yo he hecho? ¿Solo yo...?

La dama la miró, ahora sí mostrando sus verdaderos sentimientos.

—Eres una señorita, Sancia. Se espera que las damas no actúen así, echándose a los brazos del primer hombre que encuentran...

—Amo a Jeremy desde que tengo memoria, y él me ama a mí. Él se lo dijo, lo sé.

—Él vino a mi asustado, rogándome que lo ayudara para que no se enterara su padre.

—¡No es verdad! ¡Miente! ¡Usted siempre quiso separarnos!

—No te permito que me levantes la voz —dijo la mujer, poniéndose de pie—. No seas necia, Sancia. Te estoy dando una oportunidad que nadie te daría. Es por amor y respeto a tu madre que no te tiro a la calle, como haría cualquier dama en mi lugar.

—Jeremy no lo permitirá, hablaré con él —dijo la muchacha, dirigiéndose hacia la puerta.

—Jeremy volvió a Londres, partió esta madrugada —Sancia bajó la cabeza, las lágrimas ya caían sin control—. Si cruzas el umbral será para irte de esta casa para siempre. Y si dices una sola palabra sobre lo que hemos hablado, si te atreves a ensuciar el nombre de mi hijo, te prometo que olvidaré la amistad que me unía a tu madre, y las pondré a las dos de patitas en la calle.

Sancia se giró, y la miró, con la mano aún en el picaporte.

—¿Ni siquiera le importa que lleve a su nieto en mi vientre?

Lady Turner solo levantó la barbilla, pero ni un solo músculo de su cara mostró compasión.

Sancia abrió la puerta y salió al pasillo. La luz del sol se filtraba por las ventanas abiertas, era

una hermosa mañana de invierno. Bajó a las cocinas, y besó a su madre que estaba inclinada sobre la mesa de madera, con las manos llenas de harina. Aurora recibió el beso con sorpresa y con una sonrisa. Últimamente Sancia estaba algo distante, de manera que agradeció ese gesto tierno. “La amo, madre”, dijo la joven, mientras le daba un abrazo rápido. No tuvo tiempo de preguntarle adónde iba, seguramente se encontraría con Ellie para montar a caballo, o para dar un paseo, las dos adoraban jugar en la nieve.

Pero Sancia no pensaba en paseos. Al abrir la puerta la encandilaron los destellos del sol reflejados en el manto invernal, aumentado por sus lágrimas, como si se tratara de lupas diminutas. Caminó, hundiéndose en la nieve, sin saber hacia dónde ir. Un pensamiento vino a su rescate, para alejarla de los miedos y traer un rayo de esperanza: quizás lady Turner mentía, quizás Jeremy estaba en la casa, esperándola para hablar, como había prometido. Corriendo y resbalando, se dirigió al establo. Al entrar buscó con la mirada el caballo de su amado.

—Buenos días, señorita Sancia —dijo el viejo mozo—. ¿Va a salir a cabalgar? Creo que se aproxima una tormenta...

—Buenos días, Thomas. ¿Ha visto al señorito Jeremy?

El hombre la miró, mientras acomodaba el heno con el rastrillo. Luego desvió la vista.

—Se fue muy temprano, preparé su caballo a eso de las cinco de la mañana.

—¿Sabe a dónde ha ido?

—A Londres. Le pregunté si volvería para el martes, pero dijo que celebraría las navidades en la ciudad, junto a sus tíos.

El anciano continuó hablando, pero Sancia se alejó, sin prestarle más atención. Caminó por uno de los senderos del jardín, hasta perderse entre los pinos que rodeaban el invernadero. La majestuosa construcción sobresalía por detrás del verde de los árboles, reflejando el sol en la cúpula de cristal.

Hacía años que no visitaba aquel lugar, porque era uno de los sitios preferidos de lady Turner. Siendo pequeña su madre tantas veces le había advertido que no entrara allí para no molestar a la dama, que finalmente dejó de ir. Ahora, mil recuerdos de su niñez, de juegos con Ellie y con Jeremy, volvieron a la superficie, llenándola aún más de tristeza.

Abrió la puerta lentamente y cayó de rodillas, llorando. Se inclinó hasta apoyar la cabeza en el suelo, sin importarle el polvo, ni los rastros de agua que la rodeaban. Dejó escapar su dolor en angustiosos y sentidos gemidos, golpeando con la mano las baldosas blancas, hasta que le dolieron los dedos.

Se puso de pie y caminó por el centro del largo pasillo flanqueado por parterres con plantas y flores. Observó las exóticas palmeras y las plantas con hojas de colores amarillos y naranjas. De ese lugar venían las flores que siempre había en la mansión en invierno, allí trabajaban dos de los jardineros, cuidando de que el invernadero estuviera a gusto y en condiciones para la dueña de casa.

En uno de los extremos, varias mesas con macetas alineadas, mostraban flores de perfumes exquisitos, olores que llegaban hasta ella con una vaga esencia a tierra mojada. Se secó las lágrimas con la palma de la mano dejando un rastro oscuro en su mejilla. Tomó una de las palas que estaba junto a otras herramientas y, con los ojos relampagueando de odio, descargó todas sus fuerzas contra las vasijas. Los trozos de cerámica volaron por los aires, junto a terrones de tierra y hojas. Algunos la salpicaron, pero no le importó. Siguió golpeando las flores, mientras gritaba, furiosa, hasta que ya no le quedaron ni fuerzas ni voz.

Se volvió para irse, y vio la mesa, la bonita mesa con tapa de cristal pintado. Era una pieza

elegante, con una estructura de metal y patas onduladas que asemejaban ramas con hojas. La cubierta de vidrio había sido decorada por la propia lady Turner cuando era una joven recién casada. Sabía cuanto significaba ese mueble para ella, y sabía cuanto lamentaría verlo hecho añicos. Levantó la pala y la hizo caer sobre el cristal, que rápidamente colapsó, resquebrajándose por la mitad. Se acercó y descargó dos golpes más, asegurándose que no hubiera forma de reconstruirlo. Luego tiró la pala a un costado y le dio la espalda al triste escenario de plantas destrozadas y muebles rotos, caminando hacia la salida.

Mientras se alejaba notó un ardor en su mano, era sangre. La limpió en su capa y continuó caminando. No lloraba, su rostro mostraba una indiferencia espeluznante, la apatía y la frialdad de quien lo ha perdido todo. Al llegar a la puerta se giró antes de abrirla, y miró el lugar. Ya no era el refugio apacible y encantador de minutos antes, y algo parecido a una sonrisa curvó sus labios.



El bosque, esa noche

Sancia llevó la mano a su pecho y masajeó con fuerza el lado izquierdo, mientras trataba de respirar profundamente. Parecía como si sus pulmones hubieran creado una barrera que solo le permitía llenarlos hasta la mitad, sintiéndose constantemente falta de aliento.

El dolor comenzaba sobre sus costillas, entre el hombro y el pecho, y se extendía hacia arriba, oprimiendo su garganta y hacia abajo revolviendo su estómago. Sabía qué era lo que le dolía en realidad: el corazón.

Si alguien le hubiera dicho antes que el corazón podía doler solo por la pena, habría sonreído, condescendiente. Pero ahora lo sabía. Y el dolor era insoportable.

Siguió caminando, internándose más y más en el bosque. No porque quisiera perderse entre el follaje, sino para alejarse de la casa. No podía usar los caminos, de modo que esa era la única manera: atravesaría el bosque para llegar a algún pueblo más allá.

A pesar de sus diecisiete años y de no haber abandonado a su madre más que para ir unos meses a la escuela de señoritas, Sancia era una muchacha valiente y madura. Había sido demasiado inocente en cuanto al amor, pero eso no volvería a pasar. Ahora estaba devastada por el dolor al entender la traición de su amado, sin embargo todavía buscaba las fuerzas para seguir adelante y proteger a su hijo. Porque si había algo que tenía claro era que amaba a ese ser que estaba creciendo en su vientre y que lo protegería con su vida.

Después de más de una hora caminando, se sentía exhausta y desorientada. Realmente no sabía hasta dónde llegaba el bosque ni cuánto tomaba atravesarlo. Imaginó que podría hacerlo en unos minutos, pero el tiempo pasaba y la espesura era cada vez más densa, y el paisaje más

desconocido para ella.

El cielo estaba oscuro, y casi no podía ver por donde caminaba. No había tomado ni siquiera un trozo de pan o algo de agua, y empezaba a darse cuenta de su imprudencia.

Una oleada de dolor atravesó su pecho una vez más. Se sentó sobre un tronco caído, y abrazando su estómago, se dobló sobre sí misma, comenzando a llorar. Un grito profundo y desgarrador se escapó de sus labios, y algunos invisibles seres nocturnos, se alejaron de ella en rápida carrera.

Miró hacia arriba al notar que algo rozaba su mejilla. Un copo de nieve, pequeño y esponjoso se posó en su frente, como tratando de aligerar la carga insoportable que llevaba la pobre chica.

Se quedó mirando la nieve, que caía cada vez con más fuerza. La ausencia del viento, allí entre los árboles, hacía que los copos que llegaban hasta el suelo se balancearan lentamente, entrecruzando sus trayectorias en una danza apacible y sosegada. Sintió que se le cerraban los ojos, como si un agotamiento repentino la hubiera invadido. Por unos minutos se rindió al cansancio, hasta que entendió que, si se dormía, podría morir allí mismo.

Se puso de pie con gran dificultad, y comenzó a caminar. Tenía las manos congeladas, igual que los pies, calzados en esos zapatos tan inadecuados para caminar por el bosque en medio de la nieve. No había comido desde el desayuno, y quizás esa era la razón de su cansancio, pero no tenía hambre.

Tropezó con algo que no vio y trató de apoyarse en un tronco cercano, pero su mano resbaló por la superficie rugosa, y una astilla se clavó sin piedad en la palma. Cayó de costado, entre las raíces y sintió el golpe en la cabeza. No perdió la consciencia en ese momento, podía ver la creciente oscuridad que la rodeaba, podía sentir el frío en su cuerpo mojado, pero no podía moverse. Las lágrimas se abrieron paso, deslizándose por sus mejillas, mientras luchaba por respirar, aunque con cada intento se tornaba más arduo. Finalmente, hasta ese acto, el más inconsciente, le fue negado y se desvaneció.



Stone Hall, época actual

Juan había dado en la tecla, como siempre. A veces era escalofriante que me conociera tan bien.

Tenía que arreglar las cosas con Lucas, hablar claramente. En los últimos años, nuestra relación se había quedado estancada: no avanzaba hacia algo más profundo, pero tampoco lográbamos convertirnos en extraños, como ambos habíamos pretendido. Lo sabía, no solo por lo que veía en sus ojos, sino también por lo que yo sentía al tenerlo cerca. Me aterraba el hecho de haber perdido los mejores años de mi vida huyendo del amor. Suspiré y puse la luz de giro para tomar la salida hacia la mansión.

Mi existencia era miserable desde que lo había echado de mi vida, la única felicidad verdadera había tenido que ver con Adela, con verla crecer y con sus logros. Por supuesto que algunas pinceladas de gozo habían puesto color a mi oscura existencia, como el casamiento de Janet y Adam o el nacimiento de Roa, la niña de Victoria. Pero esos momentos alegres nunca habían llegado a cubrir con su brillo la gruesa pátina de tristeza que envolvía mi corazón.

Conduje despacio por el camino del bosque, recordando aquellos momentos en que había sido feliz. Y recordando al único hombre que verdaderamente se había esforzado por hacerme feliz.

Pocas veces me había permitido mirar dentro mío tan profunda y sinceramente como lo estaba haciendo ahora, siempre el miedo me lo impedía. De modo que cuando detuve el automóvil frente a la mansión, las lágrimas salieron finalmente, como impulsadas por una fuente interior inagotable. Apoyé la frente en el volante y lloré como hacía años que no lo hacía.

Las luces de otro coche me sacaron de mi profunda aflicción. Alguien atravesó las rejas de la entrada y detuvo su vehículo detrás del mío. Sequé mis lágrimas y traté de distinguir de quién se trataba. La oscuridad no ayudaba, pero vislumbré un reflejo rojizo en el capó que me confundió aún más, ya que ninguno de nuestros conocidos tenía un coche rojo.

Abrí la portezuela y bajé, esperando a que el visitante me imitara. Cuando la puerta se abrió, la sorpresa dio paso a una sonrisa: el destino jugaba conmigo, como siempre.

—No te llamé porque... —dijo, con un dejo áspero en su voz— no pensaba venir. Fue una decisión de último momento, un impulso...

Sonriendo me acerqué a él. Sin hablar apoyé mi cabeza en su pecho, como solía hacer antes cuando necesitaba uno de sus abrazos. Noté su cuerpo tenso, pero la sorpresa duró solo un instante, luego me envolvió con sus brazos y apoyó su mejilla en mi pelo.

Suspiré, y gran parte de las angustias, dudas, y pesares, parecieron desintegrarse a medida que el aire salía de mi boca. Observé el cielo, lleno de estrellas, y el vapor que se formaba al volver a suspirar.

Sosteniéndome firmemente contra su cuerpo, levantó una mano y acarició mi cabeza. Lo hizo dos, tres veces, con movimientos suaves. Luego deslizó la mano debajo de mi pelo, por mi cuello, y alejándose apenas unos centímetros, buscó mis ojos.

—Te eché muchísimo de menos... —dijo, casi susurrando.

—Yo también.

Bajó su cabeza hacia mí, y elevó las cejas, con una sonrisa deliciosa.

—No podía estar lejos...

—Lo sé...

Apoyó su frente en la mía, y cerró los ojos.

—Te amo...

Suspiré.

—Yo también —dije, y aferrándome a la solapa de su abrigo, lo besé.



Los primeros indicios de consciencia llegaron para recordarle que era domingo y que no tenía que madrugar. Se dio vuelta y acomodó la almohada. Entre las rendijas de las persianas se colaban algunos rayos de sol que le dieron de lleno en los ojos. Suspiró y un recuerdo fugaz de la noche anterior lo trajo completamente a la realidad.

Ella dormía boca abajo, igual que él, y le daba la espalda. El cabello cobrizo se esparcía, desordenado, y la curva de su espalda se perdía entre las sábanas.

Suspiró, preguntándose si ella sentiría lo mismo que él, si para ella también habría sido una experiencia nueva. Tal vez se debía a que su amor había madurado por eso la veía aun más hermosa y más deseable. Su cuerpo, sus nuevas formas, le habían mostrado un universo de placeres, que sabía que no podría abandonar jamás.

Como si a ella también le molestara el sol, se volvió y, suspirando, abrió los ojos. Por un instante, él tuvo la tentación de cerrar los suyos, para no ver en los de ella algo no deseado, quizás desilusión o sorpresa. Pero los mantuvo abiertos, sus pupilas azules brillando contra la luz dorada.

Ella sonrió, adormilada, y curvó su espalda en un gesto felino, desperezándose.

—¿Qué haces en mi cama? —preguntó mientras se acercaba a su boca, y lo envolvió con sus

brazos, haciéndole olvidar todas sus dudas.



No esperaba sentirme así.

Sin embargo, los besos, las caricias y todo lo que siguió después, despertó en mí algo que creía dormido... o muerto.

El destino lo había llevado a mi puerta una vez más. Aunque pareciera increíble, todavía había amor en su mirada y algo más, algo nuevo, que me gustó descubrir.

Al amanecer, ambos estábamos felices por lo que habíamos compartido. No hubo miradas incómodas ni preguntas, solo gestos de ternura y sonrisas sinceras. Como si todo comenzara por primera vez pero también fuera la continuación de algo hermoso que había quedado detenido en el tiempo.

Y esa mañana, después de un café y algunos besos, mientras lo miraba alzar la mano para despedirse al subir a su coche, sentí que quizás ese mismo destino que lo había puesto en mi camino la noche anterior, me estaba dando la oportunidad de ser feliz otra vez.



Stone Hall, 22 de diciembre

Las chicas estaban disfrutando de las vacaciones de navidad, aunque después tendrían tantos exámenes y trabajos que presentar, que el tiempo se les haría corto.

Se juntaron para estudiar el lunes, con la meta de terminar el trabajo de Historia en tres días, ya que debían presentarlo al volver a clases.

La investigación seguía estancada en las primeras etapas. Desde el punto de vista histórico, había avanzado pobremente, pero había sido excelente en la revelación de enigmas intrigantes. Sara era la que más se había comprometido leyendo y buscando pistas, aunque desde que encontraron la llave, las tres no paraban de conjeturar acerca de la Casa Turner: ¿Era una casa de verdad o un sitio imaginario? ¿Por qué Hope había dejado escondida la llave de esa casa en un libro en la biblioteca y cómo había llegado esta a sus manos?

Las búsquedas en internet no habían ayudado a develar el misterio, simplemente la Casa Turner no existía.

Adela cerró el portátil y se recostó, frustrada, en la butaca.

Mientras las chicas seguían buscando información en sus móviles, ella se puso de pie y fue hasta la estantería. Trajo la biblia de Hope que habían guardado allí y la colocó junto al libro de Cumbres Borrascosas que tenía la caja fuerte en su interior. Luego abrió el cajón del escritorio y sacó la llave y el papel con las palabras "Casa Turner".

Admiró todos los objetos allí reunidos tratando de entender si eran pistas que Hope había dejado, o solo elementos aleatorios.

—Vengan conmigo —dijo, de repente—, les mostraré algo.

Las tres la siguieron por el corredor, caminando hacia el lado opuesto de la escalera. Pasaron frente a las habitaciones de huéspedes que ya estaban limpias, esperando a los invitados que llegarían en unos pocos días. Al final se hallaba el salón de baile y aunque las luces estaban apagadas, pudieron ver un destello de la grandiosidad de aquella sala.

Las dos amigas dejaron escapar exclamaciones de admiración. Adela, sin embargo, ni siquiera miró dentro, tenía sus pensamientos anclados en el misterio que anhelaba desentrañar.

La última puerta de la derecha, al final del corredor, llevaba a las antiguas habitaciones de la servidumbre y al ático. Adela buscó la llave que colgaba del gancho arriba de la puerta y la abrió. Las chicas miraron hacia la oscuridad del interior con algo de aprensión.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Sara.

—El desván.

Adela se internó por el angosto pasillo y sus amigas la siguieron de cerca. Una cuerda colgaba desde el techo, jaló de ella y el foco se encendió iluminando el piso de madera, gastado, y las puertas abiertas hacia los lados.

—¿Esas son habitaciones? —preguntó Helen.

—Nadie las ha usado en siglos, pertenecían a la servidumbre. Allí hay una escalera que solían usar para bajar a los otros pisos y a la cocina.

Las chicas echaron una mirada hacia la puerta que Adela señalaba y siguieron caminando. Al final había dos escalones y otra puerta, que Adela abrió con otra llave.

Cuando la única luz se encendió, lo que se desplegó ante ellas las dejó atónitas. Parecía la bodega de un museo, donde se habían almacenado todo tipo de obras que ya no estaban en exhibición pública. Muebles, cuadros, vestidos y trajes, sillones con sus tapizados ajados y sillas de respaldos majestuosos.

Las chicas observaban todo fascinadas, aunque Helen iba casi pegada a Sara, mirando los rincones con desconfianza. De repente, la silueta de un perchero de pie, enorme, se le antojó un dantesco espectro y pegó un grito. Adela y Sara gritaron a su vez.

—¡Por Dios, Helen! ¡¿Qué sucede?!

—Lo siento —dijo la aludida—, creí que... —y señaló el colgador con manos temblorosas.

—Es solo un perchero para la ropa, uno bien antiguo, por cierto —aclaró Sara que se había acercado a mirarlo—. Esto es maravilloso —añadió—, ¿qué querías mostrarnos?

—Estaba pensando que quizás podríamos buscar entre las cosas que hay aquí. No lo sé, podemos buscar pinturas, fotos, algo debe haber sobre Hope, o sobre la Casa Turner —suspiró y puso ambas manos en la cintura—. Si hay un lugar donde podamos encontrar algo de aquella época es aquí...

Adela dejó de hablar, mirando a Helen que se había puesto pálida. Esta estiró una mano señalando hacia donde se encontraba la dueña de casa y comenzó a tartamudear.

—¡Adela! ¡Fuego! —dijo, mientras le temblaba la mano y la barbilla.

—¡¿Qué?! —gritó Adela dando un salto para mirar a sus espaldas.

Sara miraba hacia Adela también, tratando de comprender lo que Helen quería decir. De pronto dio un grito.

—¡Adela! ¡Tu pantalón! ¡Se está quemando!

La chica bajó la vista hacia su jean, que efectivamente, parecía arder bajo un brillo anaranjado.

Dio un saltó, gritando, mientras golpeaba con ambas manos el bolsillo que parecía contener

un fuego incandescente, que subía e iluminaba su pecho y su cara.

Sin pensarlo dos veces, bajando el cierre se lo quitó, mientras se miraba la pierna buscando la quemadura.

Las otras se acercaron a ayudarla, pero para el asombro de las tres la piel no estaba ni siquiera enrojecida.

—¿Te duele?

—No...

—Pero el fuego sigue allí —dijo Sara señalando el pantalón que Adela había tirado al suelo lejos de ella.

Se acercó y lo miró con curiosidad. Luego tomó un bastón que se encontraba cerca de uno de los armarios, y movió la prenda dejando el fuego hacia arriba.

—No es fuego, es una luz —dijo.

—La llave —susurró Adela.

—¿Qué llave? —preguntó Helen.

—La de la Casa Turner —respondió Sara, comprendiendo.

Las dos miraron a Adela, quien con cuidado acercó una mano al bolsillo del pantalón. Tocó la tela con un dedo, y al comprobar que no estaba caliente, metió la mano y sacó la llave. Al verla destellar como si fuera hierro candente, la dejó caer.

—¿Quema?

Adela negó con la cabeza.

Las tres se acuclillaron observando el extraño brillo que emanaba del antiguo instrumento. Para su asombro este provenía de las letras. Las dos palabras, originalmente grabadas en dorado sobre el hierro negro, habían adquirido de pronto un resplandor sobrenatural que parecía aumentar por momentos.

Adela tomó su pantalón, y mientras se lo ponía dijo, con la voz agitada.

—¿Alguien sabe qué está pasando?

—Yo... Yo creo que deberíamos dejar la llave aquí e ir a hablar con tu tía —opinó Helen.

“¡¿Qué?!” gritaron las otras dos.

Las miró, asustada.

—Esto se está volviendo peligroso... —aclaró.

—¿No eras tú la que quería un buen misterio que resolver? —preguntó Sara, mientras se ponía de pie—, pues aquí lo tienes.

—¿Yo? Tú eras la que estaba todo el tiempo hablando de las pistas que nos había dejado Hope...

—¿Y ahora quieres abandonarlo todo? Simplemente por una llave...

—¡Una llave que brilla como los benditos infiernos, Sara! ¡¿no lo ves?!

—Chicas, calmémonos —sugirió Adela.

—Esto es magia... de la buena —acotó Sara, casi sonriendo.

—Querrás decir “de la mala” —dijo Helen, con semblante sombrío.

—Eso es algo en lo que estamos de acuerdo —agregó Adela— Hay algo que no podemos explicar, obviamente esta llave está encantada o... o algo así —tragó con algo de dificultad sin poder apartar la vista de la llave que, sin hacer caso a sus temores, seguía iluminando todo a su alrededor—. Debemos decidir si vamos a seguir adelante o no, pero hablar con Julia no es una opción —agregó, mirando a Helen.

Caminó unos pasos hacia un lado y luego hacia el otro, con los brazos cruzados sobre el

pecho, volviendo la mirada al pequeño objeto una y otra vez.

—¿Y bien? —dijo al fin. Las otras la miraron— ¿Qué hacemos?

Sara se inclinó y tomó la llave en la mano. Helen gritó, tapándose la boca, y Adela la miró con los ojos muy abiertos.

—Busquemos la puerta que abre esta llave— replicó Sara, con seguridad.

—¡Estás loca! —gritó Helen— ¡Suelta eso! ¡No sabes que puede pasarte solo por tocarla!

Sara levantó una mano. “Shhhh” dijo, haciendo callar a su amiga.

—¡Por favor, Sara! ¡Vas a matarnos a todas!

—¡Shhhhhh! ¡Escucha! ¿Escuchan eso?

Helen dejó de hablar y las tres volvieron la cabeza hacia la puerta que daba al pasillo, escuchando.

—¿Qué es?

—Música... —dijo Sara, caminando hacia la puerta, con la llave en la mano, las otras la siguieron. A medida que se acercaban escuchaban el sonido de los instrumentos con mayor claridad.

—¿De dónde viene?

Bajaron los dos escalones y caminaron por el pasillo, Adela se iba asomando a las habitaciones de la servidumbre, hasta que llegó a la puerta que conducía a la antigua escalera de servicio. Apoyó la cabeza contra la vieja madera. Helen y Sara la imitaron.

—Viene de aquí... —susurró.

Se miraron: Helen con el terror pintado en sus ojos, Sara con un chispa de excitación y Adela con preocupación. Sin embargo, a pesar de las dudas que se veían en sus ojos color chocolate , apoyó la mano en el picaporte, y abrió la puerta.



Stone Hall, esa tarde

Las notas de un vals llegaron nítidos a sus oídos. Y las risas y voces de muchas personas.

—¿Adónde conduce esta escalera? —preguntó Sara mirando hacia la oscuridad que se extendía hacia abajo.

—A la segunda planta y al piso principal... Supongo, en realidad nunca la hemos usado...

La música elegante contrastaba con los peldaños polvorientos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Adela.

—Bajamos —dijo Sara, adelantándose. Pero Helen cerró la puerta de golpe, y apoyó su espalda, impidiéndoles el paso.

—Se acabó —dijo, con una autoridad en la voz que dejó a las otras dos asombradas—. Vamos a devolver esa llave adonde quiera que pertenece y nos olvidaremos de esta locura.

—¿Qué dices? Si tienes miedo puedes volver a la biblioteca y esperarnos allí —acotó Sara.

—Si, tengo miedo, y tú deberías tener aunque sea un poco, eso te haría ser más prudente. ¡Adela, por Dios! Esto es una locura, esa llave está embrujada, y probablemente esta casa también. Dejémonos de tonterías, ya hemos tenido suficiente...

—¿Y eso te asusta? Es obvio que esta casa está embrujada —dijo Sara, con seguridad.

—La casa no está embrujada... —empezó a decir Adela, frunciendo el ceño.

—Por favor, chicas... —insistió Helen.

Sara suspiró, y se apoyó en la pared opuesta.

—De acuerdo, que decida Adela, ella es la dueña de casa. Esta llave es suya —y sin darle tiempo a reaccionar, puso la llave en la palma de la mano de la joven.

Esta miró las palabras que brillaban con mayor furia, como si quisieran animarla a seguir adelante.

—Creo que no podemos dejar pasar esta oportunidad, Helen. Estaremos bien, ya verás — admitió, aunque no parecía muy convencida.

Helen se hizo a un lado.

—Yo las esperaré. No pienso bajar por esa escalera.

—No te muevas de aquí. Y por nada del mundo llames a Julia... —empezó a decir Sara.

Adela miró hacia la puerta, la música y las voces parecían estar más cerca.

—¿Qué hora es? —preguntó mientras sacaba su teléfono móvil del bolsillo del pantalón— Las once... Julia no subirá a menos que no bajemos a almorzar. Volveremos en dos horas, a la una a más tardar. ¿De acuerdo? —preguntó, mirando a Helen a los ojos.

—De acuerdo.

—De todas maneras si nos atrasamos, espéranos. No hables con Julia.

La muchacha asintió, con fastidio.

—Promételo.

—Lo prometo.

—Si no volvemos por la noche... recién entonces puedes contarle dónde estamos. Se pondrá furiosa pero sabrá qué hacer.

Y con estas palabras, atravesó la puerta seguida por Sara. Al cerrar, lo último que vio fueron los ojos preocupados de Helen.

Adela llevaba la llave en la mano, el brillo se escapaba entre sus dedos y le volvía la piel traslúcida allí donde la luz atravesaba la fina carne.

La escalera de madera estaba construida dentro de un hueco, en el ala oeste de la casa. Largas y fuertes vigas sostenían los peldaños que giraban retorcidos, toscos y gastados. Las paredes, que alguna vez habrían estado encaladas, ahora se veían oscuras y llenas de telarañas. Adela llevaba encendida la linterna de su teléfono móvil, y Sara la imitó ya que la oscuridad era absoluta.

Algo rozó el brazo de Sara, que chilló, haciéndose a un lado. Adela se volvió, y miró hacia arriba, iluminando la cara de la chica.

—¿Qué?! —preguntó en un grito.

—¡No lo sé!—respondió su amiga, mirando la pared—, sentí algo en el brazo...

—Habrá sido una araña.

—¡Gracias, Adela! Ahora me quedo más tranquila.

Mientras movía el teléfono, iluminando la pared, le pareció que ésta se movía, pero cuando volvió a mirar no vio nada.

Siguieron bajando, Sara observaba continuamente hacia los costados, y de vez en cuando, iluminaba hacia arriba, con el miedo pintado en la cara. En unos de los giros de la escalera, vio claramente como la mampostería se movía y unos dedos blancos salían de la pared, volviendo a esconderse rápidamente. Fue solo una milésima de segundo, pero ella pudo verlo con claridad.

—¡Ohhhh! —exclamó—. ¡Adela, mira! ¡Oh, Dios! —y bajó corriendo los pocos escalones que la separaban de su amiga.

—¡Vas a matarme del susto! ¡¿Puedes dejar de gritar?! —

Sara temblaba, estrujando el brazo de la chica.

—¡Hay... Hay manos en las paredes.... ¡Fue eso lo que me tocó!

Adela dirigió la luz hacia donde Sara señalaba. Solo pudo ver la suciedad y alguna araña que rápidamente escapó del resplandor.

—No veo nada —dijo, pero justo en el instante en que movió el teléfono, una mano blanca se acercó al hombro de Sara. Adela lo vio y gritó, Sara la imitó y juntas bajaron corriendo hasta

llegar al rellano de la primera planta.

—¿Qué es eso?! Helen tenía razón, esto es una locura...

Adela iluminó hacia arriba y hacia abajo. Arriba las paredes seguían moviéndose, ahora en la poca claridad que llegaba hasta allí podía ver manos, emergiendo de los muros, dedos de mampostería, blancos, ásperos e inquietos.

Las dos temblaban, mirando la espantosa escena. Mientras tanto la alegre música seguía sonando, ajena al terror que estaban viviendo las chicas.

Al mirar hacia abajo, percibieron un resplandor que antes no estaba. Adela se asomó al recodo, con Sara cogida firmemente de su brazo. La luz, dorada, venía de algún lugar en las profundidades.

—¿Qué hacemos? —susurró Sara—. No podemos subir.

Adela negó con la cabeza. De modo que empezaron a descender, escalón por escalón, unidas de las manos, lo más lejos de las paredes que les era posible.

La luminosidad se hacía más y más fuerte, hasta que ya no necesitaron más la luz de sus móviles para ver lo que tenían alrededor.

Descendieron mucho más de dos plantas, internándose en el subsuelo de la casa, en sus cimientos. Finalmente, al girar en el último recodo, se encontraron con una puerta. Estaba cerrada, pero de las rendijas que quedaban entre la hoja y el marco, se escapaba una luz que a medida que se acercaban se volvía casi incandescente.

Adela se detuvo, y la luz dejó de crecer. Caminó unos pasos y la luz se volvió más intensa.

Entonces Sara tiró gentilmente del brazo de Adela para hacerla retroceder, y la luz perdió fuerza.

—Es la llave —dijo.

Adela volvió unos pasos y dejó la llave en el penúltimo escalón. La luz de la puerta disminuyó aunque ellas se acercaron.

—Debemos entrar, para eso hemos venido. Dijiste que teníamos que encontrar la puerta que abría esta llave, pues aquí está.

Sara la miró, con su rostro iluminado por la luz que salía de la puerta. Sus ojos claros parecían los de una niña asustada.

—Es verdad, lo dije...

—¿Tienes miedo?

—¿Tú no?

—Por supuesto...

—Está bien, entremos —declaró Sara finalmente.

Volvió a por la llave y se la entregó a su amiga.

La puerta se iluminó aún más, parecía que del otro lado un sol gigantesco las estaba esperando.

Al introducir la llave en el cerrojo este comenzó a brillar, la luz se extendió por la cerradura, convirtiéndola en oro pulido; se extendió por la puerta, transformándola en un portal de elegante madera de caoba con goznes y herrajes de oro.

En la parte superior, una placa negra emergió de la madera y sobre ellas, diez caracteres de elegante caligrafía. Una a una las letras formaron esas dos palabras que hicieron retroceder a las jóvenes, admiradas y aterradas, con las bocas abiertas.

—Casa Turner —leyó Adela.

Con la mano temblando giró la llave, la cual se deslizó suavemente con un “klik” que, aunque

casi imperceptible, pareció retumbar en el hueco de la escalera. Luego empujó la puerta lentamente y ésta se abrió.

Un corredor se extendía ante ellas. Las paredes estaban cubiertas de madera lustrada, adornadas con molduras y cenefas. Pequeñas lámparas adosadas a los muros iluminaban el pasillo con una luz suave y cálida, nada del brillo excesivo que escapaba de la puerta minutos antes. Ahora todo lo que veían era acogedor y refinado.

Sara observaba lo que la rodeaba con atención, Adela en cambio, tenía fija la vista adelante, donde un hombre les sonreía detrás de un mostrador alto, que remataba en un trozo de mármol pulido.

Vestía un elegante frac y guantes blancos. Su perfecto bigote, fino y exageradamente largo, terminaba en unas graciosas puntas. Sus ojos, dorados como las letras de la llave, brillaron al hablar, casi al compás de las palabras.

—Bienvenidas a la Casa Turner.

Las chicas se habían quedado mudas, mirándolo.

El caballero, sin inmutarse aclaró su garganta, como dándoles tiempo a recuperarse del asombro.

—Siempre es un placer recibir a nuevos visitantes en nuestras instalaciones —y acercándose al borde del mostrador, se inclinó levemente, mirando la mano de Adela.

—¿Instalaciones...? —preguntó Sara con un hilo de voz.

—La Casa Turner es un lugar de retiro, de descanso y esparcimiento. Todos nuestros huéspedes encuentran aquí lo que necesitan...

Adela miró a Sara, tratando de sonreír.

—Solo estamos de paso, no creo que vayamos a hospedarnos aquí...

—Pero veo que tiene la llave...

—Es verdad —dijo Adela, apretando el objeto en su mano.

—¿Desean entrar? —preguntó el caballero.

Adela dudó, mirando a su amiga. Esta asintió.

—Si —respondió, y la palabra quedó resonando sobre sus cabezas. Las dos miraron instintivamente hacia arriba.

El hombre sonrió y chasqueó los dedos, una doncella apareció al instante.

—Acompaña a las damas a sus habitaciones —dijo y luego, dirigiéndose a ellas, agregó—. Ruth está aquí para ayudarlas en todo lo que necesiten, señoritas. Disfruten de su estancia.

Con una inclinación de cabeza, la criada las invitó a seguirla. Abrió una puerta, casi invisible entre las molduras de las paredes, y la sostuvo para que ellas entraran. Más allá el pasillo giraba, las chicas echaron una mirada escuchando la música y las voces.

Sara tomó la mano de Adela, cuando ésta la miró y negó con la cabeza, pero su amiga tiró de ella, y ambas atravesaron el umbral.

El pasillo por el que las guiaba Ruth era aún más lujoso que el anterior. Las lámparas, formadas por miles de cristales tejidos en graciosos arabescos, colgaban del techo. Una alfombra color caramelo, que contrastaba con las paredes oscuras, cubría todo lo que alcanzaban a ver sus ojos. Sus pies se hundían en la moqueta con cada paso que daban y las luces añadían un toque de sofisticación a todo el entorno, dándoles la sensación de estar en otro siglo.

—Creo que esto es demasiado —dijo Sara, susurrando—, deberíamos volver.

—No te pongas cobarde ahora.

—Es que... no esperaba encontrarme con todo esto.

—¿Y qué esperabas encontrar? —preguntó Adela, mirándola mientras caminaban detrás de Ruth.

Sara no supo qué responder. Justo en ese momento la criada se detuvo frente a una puerta.

—Vuestras habitaciones, señoritas —dijo.

Las dos entraron, y se quedaron mirando a su alrededor fascinadas.

—En los armarios encontrarán trajes y zapatos. ¿Desean que las ayude a vestirse?

Adela se giró para mirar a la chica.

—¿Necesitamos cambiarnos de ropa?

La joven sonrió, respetuosamente.

—Por supuesto, señorita. En la Casa Turner, una de las reglas es vestir siempre con elegancia.

Las chicas se miraron y luego miraron a la doncella que las observaba sonriente.

—¿Puedes decirnos dónde estamos?

—En la Casa Turner, señorita.

—¿Qué es la Casa Turner, por Dios?! —preguntó Sara, exasperada.

La muchacha la miró, un poco asustada por su reacción.

—Es un lugar de descanso y tranquilidad, aquí podrán...

—¡Tonterías! —gritó Sara, acercándose a la muchacha—. Tú sabes muy bien dónde estamos, ¡dime la verdad!

Ruth la miraba con los ojos muy abiertos.

Adela se adelantó y puso una mano sobre el hombro de Sara.

—Muchas gracias, Ruth. Te llamaremos si necesitamos algo.

—Que disfruten de su estancia, señoritas —dijo la chica, volviendo a sonreír. Luego les lanzó una extraña mirada y se fue.

Adela suspiró mientras se dejaba caer en un mullido silloncito de terciopelo color granate.

—¿Qué estamos buscando?

—No entiendo lo que quieres decir...

—Me refiero a que encontramos la llave, creíamos que Hope nos estaba guiando a algo... Pero... No sé...

—¿No se?! No te me pongas cobarde ahora...

—No es cobardía, es... instinto de supervivencia...

—A ver... Me muero de miedo, eso es verdad pero si me preguntas si quiero recorrer este lugar para ver con qué nos encontramos. ¡Sí! ¡Al cien por ciento! No podemos irnos sin tratar de entender qué es la Casa Turner —y sus ojos brillaron con peligroso entusiasmo— Esto... ¿Te das cuenta de lo que está pasando? ¡Estamos en tu casa! En la mansión... Pero no es tu casa aquí, aquí es... otro lugar. ¿No te parece una locura? —añadió fascinada.

—¿Ya has olvidado lo que vimos en la escalera?

Sara la miró.

—No, ¿cómo olvidarlo? Nunca había sentido tanto miedo en mi vida —y rió, nerviosa—. ¿Qué crees que fue? ¿Una alucinación?

—Es parte de la magia...

—Magia.... ¿No brujería? —Adela frunció el ceño, pero Sara sonrió—. Estamos buscando a una bruja en tu familia, ¿recuerdas?

—No creo que lo que ha pasado tenga nada que ver con ella.

—¿No? De todos modos, prefiero la magia a la brujería.

Adela la miró. Compartía su entusiasmo, claro, pero también sentía cierto temor que no podía

explicar a Sara. Había visto muchas cosas extraordinarias en su corta existencia, muchos sucesos inexplicables, y sabía de lugares tan o más extraños que la Casa Turner. Pero también sabía de los peligros que podían acecharlas si no eran prudentes.

Pero Adela tenía apenas quince años, su juventud nublaba todavía su entendimiento.

—Es verdad, tenemos que descubrir qué sucede aquí.

Se puso de pie y fue a abrir uno de los armarios. Los colores y las texturas de los trajes encantaron la vista de las chicas, quienes no pudieron contener una exclamación.

Sedas, tules y brocados. Elegantes malvas, burdeos y azules. Cada traje que miraban era más hermoso que el anterior. La elegancia de los vestidos parecía fuera de tiempo.

“Muy bien, Casa Turner, nos esforzaremos para que nuestra estancia sea tan placentera como memorable”, dijo Sara entusiasmada mientras elegía un traje color marfil.



Stone Hall, 17 de agosto de 1891

Hope llevaba un diario.

Como toda señorita educada completaba algunas líneas antes de dormir, y luego de asegurar el pequeño cerrojo con la llave, lo guardaba en su mesa de noche.

Su padre se lo había traído de Italia, en uno de sus numerosos viajes, era de piel color crema, con unas preciosas flores repujadas en una de las esquinas. Además del cerrojo diminuto, dentro tenía una cadena de oro que remataba en una rosa pequeña, que caía con gracia entre las páginas.

Pero no era allí donde comenzó a escribir sus más grandes secretos.

Una tarde, mientras buscaba entre las novelas de aventuras, en uno de los rincones de la biblioteca encontró la pequeña biblia. Le pareció que había pertenecido a algún antepasado, ya que dentro descubrió una extensa genealogía familiar. Le tomó algunas semanas completar el árbol genealógico hasta llegar a su propia familia y luego, con un inexplicable sentimiento de pertenencia, la hizo suya.

Su educadora le requería una lectura diaria de las sagradas escrituras, generalmente en la mañana, de modo que el libro solía acompañar a Hope a lo largo del día. Fue así que comenzó a esconder entre sus páginas pequeños trozos de papel donde a veces escribía reflexiones o historias. Un día garabateó una frase en uno de los márgenes, con letra diminuta. Ese fue el primero de muchos pensamientos, y así el pequeño libro sagrado se convirtió en su registro íntimo. Allí plasmaba sus más profundos miedos, los sentimientos dolorosos que la acompañaban muchas veces y, desde que había conocido a Sir Michael Stone, sus secretos.

Después de esa primera noche, habían seguido otros encuentros ocasionales: alguna vez en que sentía su presencia al entrar en la biblioteca, o cuando hallaba un libro, dejado allí como con descuido, solo para que ella lo encontrara.

Hasta que un día, al abrir la puerta, lo vio sentado en el sillón de alto respaldo junto a la ventana.

Aunque su corazón se paralizó por un instante, no lo dejó notar. Cerró la puerta suavemente, y saludó con tono tranquilo. Él respondió a su saludo con cortesía, y dejó el libro sobre el escritorio.

Hope caminó hasta una de las estanterías, mirándolo de reojo, acomodó el libro que ya había terminado de leer, y comenzó a buscar otro.

La lámpara se encontraba encendida, ya que la noche había llegado. La joven la tomó y alumbró los anaqueles.

—¿Aventura o romance? —preguntó él, con su voz grave.

Ella se sorprendió, pero aunque le temblaban las manos, respondió con voz firme.

—Romance. ¿Ha leído novelas románticas, milord?

—He leído todo lo que usted pueda imaginarse, lady Stone. He tenido mucho tiempo.

Ella siguió iluminando los libros, sacó uno y lo abrió.

—Quizás pueda ayudarme, entonces —dijo, atreviéndose a mirarlo—. ¿Cuál es su recomendación?

Él se puso de pie y pasó junto a ella. Sacó un libro de la estantería y se lo tendió.

—Uno de los mejores.

—“El romance del bosque” por Ann Radcliffe —leyó Hope—, parece muy prometedor.

Sir Stone hizo una mueca que podría parecer una sonrisa, algo torcida.

—Léalo y juzgue por sí misma, además de romance también encontrará misterio y algo más. Si no le agrada, leeré a cambio uno de sus preferidos.

—¿Como castigo? —preguntó ella, con una sonrisa tímida.

—Como castigo —aseguró él.

Y así, entre libros y charlas, en una sala oscura y misteriosa, comenzó esa extraña amistad. Antes, sus únicas amigas eran las de Londres y, salvo Eunice, todas las otras le aburrían sobremanera. En cambio con sir Stone las conversaciones eran tan interesantes que debía obligarse a dejarlo para irse a dormir. Porque solo se reunían en la noche, cuando la señorita Scott no podía escucharlos.

Pero lo que Hope no sabía era que su institutriz era mucho más astuta de lo que ella creía.

Una mañana, durante el desayuno, Hope bostezaba disimuladamente detrás de su taza de té. Se había quedado levantada hasta pasada la medianoche conversando con sir Michael en la biblioteca. Mientras untaba un bollo con mantequilla, la señorita Scott le dio la noticia.

—He recibido una carta de su madre, hace unas semanas que llegaron a Londres y viajarán hacia aquí el viernes.

La escueta información la dejó sin palabras. Se alegraba porque la llegada de sus padres significaba que venían a recogerla para llevarla a casa. Nada podía ponerla más feliz, sin dudas lo único que echaría de menos de Stone Hall sería a sir Michael.

Luego de sus clases fue a las cocinas para averiguar si la señora Harriet sabía algo, ya que estaba segura que la institutriz no compartiría nada más con ella sobre el viaje de sus padres.

aunque se lo rogara.

La cocinera estaba atareada preparando la cena. La recibió con su natural cariño, pero no dejó de trabajar mientras hablaban.

—Lo único que sé es que vendrán acompañados de los duques de Glassmooth, lord Reed y su familia, y otros dos invitados más. Las doncellas están preparando las habitaciones y abrirán el salón comedor grande...

—¡Vendrá Eunice! —gritó Hope, haciendo caso omiso del resto de la información—. No puedo creer que madre no me haya escrito para decírmelo...

Y salió volando de la cocina, para buscar a Lily. ¡Por fin una buena noticia!

Sus padres llegaron el viernes 25 de septiembre, según lo planeado. A pesar de que hacía más de cinco meses que no se veían, el recibimiento de su madre fue frío, solo acarició la mejilla de Hope y le dijo que se veía muy pálida.

Su padre, un poco más efusivo, besó su cabeza y mandó a los sirvientes que subieran el baúl con los regalos que habían traído para la muchacha.

El recibimiento más cariñoso fue el de su amiga, Eunice. Se abrazaron como si hiciera siglos que no se veían, y corrieron escaleras arriba para poder charlar a solas.

Mientras revolvían el baúl, curioseando entre los regalos que habían traído sus padres, Eunice la ponía al tanto de las novedades de Londres. De pronto saltó sobre la cama, haciendo a un lado la falda de su vestido para sentarse con mayor comodidad.

—Y ahora, cuéntame todo lo que sepas del fantasma —dijo.

—¿Fantasma? ¿Qué fantasma? —repitió Hope, lentamente, mientras la miraba con una expresión de incredulidad muy sincera.

—El que habita en esta casa... No puedo creer que no me hayas contado nada en tus cartas. ¡Una casa embrujada! ¡Me pone los pelos de punta!

Hope se sentó a su lado y, sin atreverse a confesarle la verdad a su amiga, trató de mantener la compostura.

—¿Quién te ha dicho que la casa está embrujada?

—Escuché a mis padres cuando hablaban la semana pasada. Por eso decidieron venir hasta aquí, tu padre los invitó... Ya sabes que mi madre adora los espíritus —dijo Eunice poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hope, sin poder creer lo que escuchaba.

—Lord Glassmooth invitó al señor Butler, el caballero alto y enjuto. Es un renombrado medium, uno de los mejores de Inglaterra, supongo que tratarán de comunicarse con el fantasma...

Hope se puso de pie, retorciéndose las manos.

—¡Ohh, Dios! —dijo caminando por la habitación.

Eunice la miró, sin entender su nerviosismo.

—No te preocupes, no creo que nos dejen estar presentes. Seguro que nos mandan a la cama temprano...

Hope se detuvo frente a ella.

—¿Lo harán esta noche?

—No lo sé... ¿Por qué?

—Porque de alguna manera, tenemos que estar presentes en esa reunión.



Stone Hall, 26 de septiembre de 1891

La señorita Scott estaba de pie frente a la ventana de su salón privado, con una taza de té en las manos. Bebía la infusión a pequeños sorbos, mientras miraba el parque con el ceño fruncido.

No podía creer que las cosas hubieran salido tan mal.

Cuando escribió a lady Stone referente al morador de la biblioteca, lo hizo con la intención de que la mujer tomara medidas urgentes para alejar a la niña de la mansión. Tenía la esperanza de que le mandaran regresar a la residencia de la familia en Londres. Eso era lo único que ella deseaba, no porque Londres le resultara atractivo, sino más bien porque allí la muchacha era más fácil de controlar.

Pero todo se había torcido.

¿Cómo podría haber imaginado que lord y lady Stone tuvieran esa morbosa inclinación hacia los muertos?! Ahora, no solo seguía atrapada allí con la niña, sino que además debía hacerse cargo de otra jovencita, ya que los señores habían decidido regresar con una multitud de invitados para celebrar una reunión de espiritismo, de esas que estaban tan de moda en Londres.

Suspiró, maldiciendo una vez más su mala suerte.

Caminó hasta uno de los sillones y tomó asiento, relajadamente. Lo que más le gustaba de estar a solas era que no había necesidad de mantener esa posición erguida tan incómoda que imponían las normas sociales para las mujeres. Bebió otro sorbo de su té con la mirada perdida en el empapelado de la pared que tenía enfrente. ¿Existiría verdaderamente el fantasma o estaría la pobre niña hablando sola en la biblioteca? La había escuchado varias veces. Quizás estaba delirando a causa del ostracismo en que se hallaba. Los sirvientes aseguraban que el espíritu vivía en la biblioteca, pero podrían ser simples chismorreos domésticos...

“Ya veremos”, dijo para sí, “lo sabremos muy pronto”, y poniéndose de pie, recompuso su aspecto alisando el vestido y acomodando algún cabello que pudiera estar fuera de lugar. Luego, levantando la barbilla se dispuso a continuar con sus obligaciones.

La reunión se llevó a cabo al día siguiente.

A las nueve de la noche, Hope y Eunice fueron enviadas a descansar, mientras los mayores, unas nueve personas en total, contando con algunos invitados que habían llegado esa tarde de un pueblo cercano, se dirigieron directamente a la biblioteca de la casa.

Las chicas estaban atentas a todos los sonidos, y cuando escucharon que se cerraba la puerta, se acercaron sigilosamente por el pasillo, para tratar de escuchar lo que sucedía allí dentro.

Eunice había comenzado a tomarse más seriamente la historia del fantasma. Caminar por aquellos pasillos oscuros, con las miradas de los allí retratados que parecían seguirla y clavarse en su nuca, le ponía los vellos de punta. Y aunque Hope parecía no saber nada al respecto, su madre se había explayado a gusto dando detalles espeluznantes a su padre esa misma mañana.

—Muchos lo han visto caminando por los pasillos de la tercera planta —había comentado apenas se sentaron a desayunar—. Dicen que es aterrador, vuela de aquí para allá y sus ojos brillan en medio de la oscuridad.

Eunice levantó la vista del libro que tenía en el regazo.

—¿Muchos lo han visto? ¿Te refieres a sirvientes o alguien más? —preguntó su esposo, escéptico.

—¿Qué más da? —respondió ella, y mirando a su hija que la observaba con los ojos muy abiertos, añadió—. Deja el libro sobre la repisa, Eunice. No es de buena educación leer en la mesa, te lo he dicho cientos de veces— Luego se volvió hacia su esposo y expresó, con entusiasmo—. No veo la hora de verlo con mis propios ojos.

—Espero que no hayamos venido en vano, ya sabes que muchas veces la gente se inventa esa clase de cosas.

—No, yo confío totalmente en sir Stone. Si él dice que hay un fantasma, es porque lo hay. Ya verás.

Y aquí terminó la conversación porque lady Stone entró en el cuarto.

Ahora, mientras Eunice se acurrucaba junto a Hope para escuchar lo que pasaba dentro de la biblioteca, las palabras de su madre llegaron a su memoria, asustándola aún más. Miró por encima del hombro hacia la densa oscuridad que las rodeaba.

—Mejor volvamos a la cama, tengo frío —dijo, intentando ser convincente.

—¡Shhh! —respondió Hope, poniendo el dedo sobre los labios—. Escucha...

Desde dentro llegaba la voz grave de un hombre, mitigada por la gruesa madera que tenían de por medio.

“Tomémonos de las manos. Nadie debe moverse hasta que el encuentro haya concluido”.

“¿Encuentro?”, susurró Hope. Eunice solo la miró, espantada.

Escucharon movimientos de alguna silla, y de la seda de los vestidos. Luego, silencio.

Las dos pegaron más la oreja a la puerta para no perderse ni el más leve murmullo.

“¡¡Revélate!!”, gritó el médium, y Eunice debió taparse la boca para ahogar el grito que estuvo a punto de escapársele. Una de las damas también reprimió un chillido de asombro.

“¡¡Revélate a nosotros, espectro!!”, repitió el hombre elevando aún más la voz, con gran dramatismo. Y entonces pronunció las palabras que hicieron que Hope también se tapara la boca con espanto.

“Michael Oliver Stone, te conjuro para que abandones tu oscuro dominio y te presentes ante mí”

—¿Sabe el nombre del fantasma? —preguntó Eunice al oído de su amiga.

—Esto no le va a gustar nada... —dijo Hope, temblando.

—¿A quién?

—A sir Michael.



Stone Hall, octubre de 1891

El señor Butler no fue el único psíquico que visitó la mansión, a él le siguieron varios más.

Lord Stone estaba empeñado en contactar al fantasma. Y aunque inicialmente solo quería impresionar a sus amigos, todo el asunto comenzó a obsesionarlo, especialmente la resistencia del espíritu a hacerse presente.

Cada semana convocaba a una nueva reunión. Al principio sus amigos de Londres recorrían más de 300 millas para ver al espectro, pero finalmente empezaron a aburrirse con las largas sesiones carentes de todo atractivo, así que dejaron de venir. Pero eso no impidió que lord Stone siguiera llamando a nuevos videntes, médiums y espiritistas con la esperanza de que alguno convenciera al muerto. Pero nada pasó. Un silencio pesado y avergonzante era lo único que obtenían todos lo que intentaban invocar al espíritu.

Así pasaron casi dos meses, el crudo invierno se había instalado en la región y ya nadie venía a acompañar a los dueños de casa en su locura. Todos los médiums conocidos habían tenido su oportunidad, y todos habían fallado.

Stuart Rudolph Stone era un hombre orgulloso, no solo por su posición social y por la forma en que había sido educado, sino por una tendencia natural de su carácter. Pero además, como toda persona no demasiado lista, se creía muy inteligente, lo cual era una combinación poco favorable.

Cuando recibió los últimos periódicos de Londres, que siempre llegaban con unas semanas de retraso hasta Cumbria, se quedó pasmado ante la noticia que ocupaba casi un cuarto de una de las páginas intermedias. No era un titular destacado, pero sí lo suficientemente llamativo como para captar la atención de cualquiera que hojease el boletín.

El texto estaba acompañado de una caricatura en la que se veía a un caballero calvo y de prominente barriga, sentado en una mesa con velas. Por debajo del mantel asomaba un fantasma que reía a carcajadas. El titular rezaba: “¿Alguien ha visto al fantasma?”

La indignación que sintió el padre de Hope ante semejante burla fue tan profunda, que en un arrebato de ira hizo trizas el periódico.

Permaneció toda la mañana en su despacho, que se encontraba en la planta baja. Ni siquiera salió de allí para almorzar. Su esposa entró a verlo antes de la cena, y lo encontró bebiendo, sentado frente a la ventana. Casi no le dirigió la palabra, por lo que la mujer, mandó que le llevaran la cena a su estudio, pero él ni siquiera probó un bocado.

Pasada la medianoche al fin abandonó la sala. Tambaleándose subió las escaleras, y llegó a la biblioteca.

Abrió la puerta con tanta brusquedad que ésta golpeó contra la pared. Entró y arrastrando los pies fue a sentarse en el sillón de alto respaldo.

—¿Dónde estás, maldito gusano? —dijo, con la lengua enredada por el alcohol—. ¡Me has convertido en el hazmerreir de la ciudad!

Un silencio burlón fue todo lo que recibió por respuesta.

—Sé que estás ahí, y que te escondes solo para molestarme —bebió otro trago de la botella y empezó a reír—. ¡Ahora entiendo! Me odias porque no te tengo miedo —su voz iba subiendo de tono, impregnada por la ira—. ¡No, no te tengo miedo! ¡Eres un espectro patético! Es más, voy a quemar este lugar, verás arder cada uno de estos libros.... ¡Voy a quemar la casa entera!

Y así siguió vociferando por unos segundos más, hasta que sintió que una mano invisible y helada oprimía su garganta.

“Lo que vas a hacer ahora mismo es cerrar la boca”, escuchó cerca de su oído.

La botella cayó al suelo, y el líquido dorado se esparció sobre la alfombra..

—Déjame... —ordenó con la voz quebrada.

“¿No deseabas que me revelara a ti? Aquí me tienes, ¿qué es lo que quieres?”

El noble sentía que se le escapaba la consciencia, a medida que el aire dejaba de llegar a sus pulmones. Ya no podía hablar, sólo pataleaba desesperado, mientras se aferraba a esas manos de hielo que oprimían su garganta.

De pronto lo vio, claramente frente a sus ojos, tan cerca que hubiera podido sentir su respiración si no se tratara de un muerto. Una mirada oscura, enmarcada por profundas y coléricas cejas, lo contempló con desprecio.

“Lo que imaginaba”, dijo el espectro desdeñosamente, “un cobarde”. Y lo soltó.

Lord Stone jadeaba, intentando atrapar todo el aire posible mientras lo veía alejarse.

—No me conoces... —replicó, con un hilo de voz.

A medida que el fantasma desaparecía en la oscuridad, escuchó su risa grave. “¡Oh, si! Te conozco muy bien, Stuart”



23 de diciembre de 1657

El olor a pino se mezclaba con el de la cebolla y la carne.

Un buen guisado cocido a fuego lento en el caldero, de esos que solo sabía hacer su madre...

Entreabrió los ojos y vio a Aurora inclinada cerca de la chimenea, el aroma delicioso de la comida volvió a apoderarse de sus sentidos, pero de pronto sintió náuseas.

Trató de sentarse, pero solo logró hacerlo a medias y cayó pesadamente otra vez sobre su espalda.

Aurora se acercó a ayudarla.

—Tranquila... Despacio —dijo la mujer con ternura.

Sancia buscó sus facciones con sus ojos nublados: esa no era su madre. Al reconocer a la mujer quiso levantarse del lecho, pero esta se lo impidió.

—Quédate quieta, estás muy débil. Hace días que no comes.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó, mientras miraba a su alrededor. Podía reconocer la vieja cabaña que había visitado unos días atrás, la morada de la bruja—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

La mujer la miró mientras iba hasta la olla y vertía guisado en un tazón.

—¿Qué es lo que quiero? Tal vez deberías preguntarme por qué no te dejé morir en la nieve.

Sancia la miró, recordando la pesadilla de los últimos días: su charla con lady Stone, la partida de Jeremy y su huída a través del bosque.

—Debo seguir mi camino —dijo, bajando los pies de la cama—, no quiero que me encuentren aquí.

—¿De quién huyes, niña? —preguntó la bruja, alcanzándole el tazón.

—No es de tu incumbencia.

A pesar de la rudeza de la respuesta, la mujer sonrió, como si la actitud de la muchacha le diera ternura en vez de ofenderla.

Sancia se puso de pie, rechazando la comida, y caminó hasta la mesa, temblorosa. Un dolor en el bajo vientre la obligó a inclinarse gimiendo.

—No puedes caminar, te desangrarás si no haces reposo.

La chica levantó la cabeza, mirándola con el semblante dolorido.

—¿Estoy herida? —preguntó, confusa.

Y entonces, lo entendió. Sus ojos se abrieron en una súplica muda y su mano se posó sobre el abdomen.

La mujer la miró en silencio.

—¿Qué le hiciste a mi hijo? ¡Bruja! ¡Te dije que deseaba conservarlo! ¡Qué le hiciste!

Y a pesar de las pocas fuerzas que la acompañaban, se puso de pie y fue enfurecida hasta la mujer que estaba junto al fogón. Cayó de rodillas abatida por el dolor y la pena, y llorando se hizo un ovillo sobre el suelo de tierra.

—Te encontré tirada junto a un tronco, ya el embarazo se había detenido, la sangre manchaba la nieve. Creí que estabas muerta o que morirías pronto, pero eres más fuerte de lo que pareces.

Sancia seguía tendida en el suelo, con el rostro bañado en lágrimas. Parecía no escuchar a la mujer, hasta que ésta se acercó para levantarla.

—¡Déjame! —replicó, furiosa—. ¡No me toques! —y a tropezones se puso de pie.

Llegó hasta la cama y se recostó, la sangre manchó su camisón y las sábanas blancas, pero ella pareció no notarlo.

Los días siguientes siempre quedarían grabados en la memoria de Sancia como un recuerdo borroso y triste.

Comía, dormía, todo lo hacía perdida en ese mundo de dolor y apatía. Ni siquiera parecía pensar o recordar o sentir.

Sin embargo, como Úrsula había dicho, ella era más fuerte de lo que parecía.

Un día, semanas o quizás meses después, emergió como una nueva mujer. Ya no era una niña, ni siquiera una muchacha, era una mujer. Una llena de odio y deseos de venganza.

Úrsula no la conocía lo suficiente como para darse cuenta del cambio, pero ya nada quedaba de la alegre jovencita enamorada, llena de ilusiones. Sus facciones podían ser las mismas, pero sus ojos grises tenían ahora un velo de rencor que antes no existía, su mandíbula se veía más tensa y su sonrisa... Su sonrisa, cuando estaba inmersa en ciertos pensamientos, era espeluznante.



23 de diciembre de 1658

—¿Puedes hacer que se enamore de mi?

—Puedo.

—Pero... Quiero que me ame para siempre, que... que nunca mire a otra mujer.

La chica se retorció las manos. Parecía más ansiosa que asustada, sin embargo su mandíbula temblaba como si fuera a llorar.

—¿Lo amas o solo buscas vengarte de tu amiga?

La pregunta la tomó por sorpresa. Y comenzó a temblar aún más.

—Ella me lo quitó, no tenía derecho —dijo, tartamudeando—. Él siempre fue mío...

La bruja se puso de pie, su hermoso semblante mostraba que ya se había aburrido de la conversación. Fue hasta el estante de madera que estaba junto a la chimenea y tomó una cazuela de barro, extrajo un puñado de hierbas que envolvió cuidadosamente. Luego volvió a la mesa y cogió un trozo de papel y pluma.

—¿Sabes escribir? —preguntó antes de entregarle el papel a la muchacha. Esta negó con la cabeza.

—Dime el nombre del afortunado galán.

—¿Cómo? —preguntó la campesina, confusa.

—El nombre de tu enamorado... o de ese al que quieres enamorar.

—Will.

—Nombre completo, no querrás que otro Will se enamore de ti, ¿verdad?

—William Builder.

La mujer escribió el nombre y le entregó el pedazo de hoja a la chica.

—Dóblalo cuatro veces y arrójalalo al fuego —dijo.

La muchacha hizo lo que le pedía y se giró.

—¿Ya está? ¿Eso es todo?

La bruja sonrió, clavando los ojos grises en la cara de la joven.

—Es todo. Pero si quieres realmente vengarte de tu amiga, ponle estas hierbas en su bebida.

La chica recibió el paquete y lo miró, asustada.

—¿Va a matarla?

—¿Es eso lo que quieres? Depende de ti...

Los ojos saltones se dirigieron hacia la bruja con horror. Se acercó a la mesa y dejó el envoltorio.

—Yo... No quiero vengarme, solo quiero a Will.

Luego sacó una pequeña bolsa de entre sus ropas y buscó unas monedas. Las dejó sobre la mesa y se giró para irse.

Caminó dos pasos y la puerta se abrió lentamente, mostrándole el bosque ya casi oscuro.

Volviéndose, miró a la bruja que la observaba desde su asiento. Ésta sonrió y a la chica se le heló la sangre.

A trompicones llegó hasta la salida y se perdió corriendo entre los árboles, mientras la bruja reía.

—No deberías hacer esto, estás jugando con tus poderes, eso nunca es bueno.

La que hablaba, que había permanecido sentada en un rincón, aparentemente concentrada en su lectura, se puso de pie.

—Mis poderes son los que nos permiten tener comida en la mesa —respondió Sancia, juntando las monedas—. Tu bondad, sin embargo, hará que muramos de hambre.

Ursula la miró al pasar junto a ella. La preocupación que mostraba su semblante, se debía solamente al amor que sentía por esa joven.

—Todo lo que te he enseñado es para hacer el bien, para cuidar de la gente que te rodea. No me llaman bruja porque haga maleficios, Sancia, la gente es ignorante y no sabe la diferencia, pero tú sí.

La joven se puso de pie, y fue hasta la repisa. Mientras hablaba guardó las monedas en un cacharro que estaba semi escondido detrás de unos libros.

—No quiero escuchar tus sermones otra vez, Úrsula. No peleemos, por favor —el tono conciliador ablandó a la mujer—. Sabes que te quiero como a una madre. Cuidaste de mí y me diste un hogar, jamás voy a dejar de agradecértelo. Por eso hago esto: es para ti y para mi, para tener una vida mejor...

—No es la manera, Sancia. Te atreves a manejar fuerzas que escapan a tu comprensión. Esos libros...

—Esos libros tienen secretos que nos podrían convertir en las mujeres más poderosas de la tierra.

Ursula negó con la cabeza.

—Son secretos demasiado oscuros, requieren actos inhumanos. Tu alma quedaría manchada para siempre, si empiezas no habrá vuelta atrás.

Sancia sonrió, con una mueca de desprecio.

—¿Crees que tengo algo por lo que ser buena? ¿Alguien a quién le importe? Me arrebataron

todo, hasta a mi hijo. No, para mí ya no queda nada por lo que valga la pena ser buena.

La mujer se acercó a Sancia y tomó su cara entre las manos. Pequeña como era, la miró con ternura levantando la cabeza.

—A mí me importa. Ya hace un año que estás aquí, ya estás lista para dejar esta casa. Vuelve a tu madre, tienes dinero suficiente para irte lejos y empezar una nueva vida con ella. Puedes ser feliz todavía...

—Mi madre me cree muerta. Es mejor así.

Y con estas palabras dio por terminada la conversación. Luego se colocó la capa sobre los hombros y abrió la puerta. El frío viento invernal entró a la humilde sala, y arrastró sobre el suelo el polvo blanco que se había acumulado contra la puerta. El cabello de Sancia se arremolinó en torno a su cabeza, los largos rizos se deslizaron hacia atrás. Ella se colocó la capucha y salió afuera.

La nieve cubría el terreno solo en algunos lugares, pero los árboles, a pesar de estar desnudos, retenían gran parte de los blancos copos entre sus ramas, por lo que caminar no era tan difícil. Sus pasos la llevaron lejos de la casa, más lejos de lo que solía ir. Quizás por el rumbo que había llevado la conversación o porque el destino quería darle otra oportunidad, de pronto se encontró en los linderos de la Casa Turner.

No había vuelto allí desde el fatídico día en que la realidad la había abofeteado, conociendo la traición de Jeremy y las intenciones de lady Turner respecto a su bebé. Sin embargo, había pensado en ellos cada día, incluso más que en su madre. Cada noche, al irse a dormir, imaginaba en su mente todas las formas en que se vengaría de ellos. En la cama, con la vista fija en el techo de madera, creía ver el sufrimiento del que una vez fue su amado, las lágrimas que derramaría, y el dolor que sentiría lady Turner al ver sufrir a su hijo.

Poco a poco las imágenes se volvían más reales, y aunque a veces el resultado final era realmente escalofriante, ella lo disfrutaba con una sonrisa.

Así fue que el deseo de venganza llegó a convertirse en el único propósito de su vida. Todo lo que hacía, todo lo que aprendía era para lograr esa meta.

Ahora, de pie frente a la casa, se dio cuenta que estaba preparada. Al fin había llegado el momento.

Caminó hasta el borde del muro y espió por un hueco de la pared. Pudo ver los jardines y las luces que iluminaban la cocina y otros cuartos de la casa. De pronto la puerta de servicio se abrió y alguien salió afuera.

—¡Cooper! ¡Daisy! —escuchó, y para su asombro se le humedecieron los ojos al reconocer la voz de su madre.

Uno de los perros, se acercó hacia donde ella se encontraba, y por el agujero la olfateó, reconociéndola.

—¡Vete, Daisy! —susurró, echando al animal.

—¡Daisy! ¡Ven aquí! Dormirás afuera si no te das prisa...

Unos minutos después la puerta se cerró. Aurora dejaría que los perros se acomodaran junto al fogón, mientras ella se preparaba un té. Luego se iría a dormir, a ese cuarto frío y pequeño que seguramente le parecía tan solitario desde que su hija se había ido.

Una lágrima rodó por su mejilla, la notó caliente sobre la piel helada.

El trote de un caballo que se acercaba la hizo volverse. Sabía que desde donde estaba nadie podía verla, la protegía el muro y la oscuridad.

El caballero que se acercaba cabalgaba con maestría, al bajar del caballo pudo notar su

elegancia, y lo reconoció inmediatamente. Un nudo cerró su garganta, y lo odió aún más por volver a despertar esos sentimientos en ella.

—Me permite felicitarlo por su compromiso, milord —dijo el mozo mientras tomaba las riendas.

—Gracias, Thomas, eres muy amable.

“Compromiso”. Jeremy estaba comprometido. ¿A quién habría elegido?, se preguntó Sancia, mirándolo mientras el joven entraba en la casa.

Pero la tristeza duró solo un instante, ella supo reemplazarla por el rencor.

“Felicidades, Jeremy”, replicó en un murmullo siniestro.

Con paso majestuoso, se internó en el bosque. Sus pies parecían no tocar el suelo, ni el más leve sonido se escuchaba mientras ella caminaba entre los árboles.

Vestía de rojo, un rojo oscuro y refinado: rojo el vestido, roja la capa, rojo el cabello que asomaba de la caperuza.



Casa Turner, 25 de diciembre de 1658

Ese año el baile de Navidad era especial por muchas razones.

La primera, y la más importante por supuesto, el compromiso de Jeremy. Ver a su hijo casado era lo que más deseaba lady Turner.

La segunda era que con esa gran fiesta ella pretendía ahuyentar las desgracias del pasado.

Hacía ya un año que Sancia había desaparecido. Nadie sabía qué había pasado, solo ella sospechaba la razón. De hecho, su madre creía que se había perdido en el bosque. Algunos de los sirvientes habían ido a buscarla a los pocos días de su partida, pero no la habían encontrado. Esto había sido un gran alivio para lady Turner: con la desaparición de Sancia habían desaparecido también sus problemas.

Por eso ese baile era tan especial, era el evento que sellaba el final de la influencia de esa chica en la vida de su hijo.

Como siempre los dueños de casa no habían escatimado gastos. Los manjares más deliciosos habían sido preparados por un afamado cocinero londinense. El salón de baile estaba decorado para la ocasión y cientos, miles de velas iluminaban toda la estancia. La gente reía, comía y bailaba, y nadie se encontraba más feliz que la propia Eleanor Turner al ver a su hijo junto a su prometida.

El baile estaba en su apogeo y todos los invitados habían sido recibidos horas atrás, de modo que los asistentes y los dueños de casa se sorprendieron cuando la puerta del salón se abrió para dar paso a un nuevo visitante.

Todos los ojos se volvieron al ver a la recién llegada, y hasta los músicos dejaron de tocar. En un acuerdo tácito, la concurrencia se detuvo para observar a la mujer que, con majestuosidad, avanzaba hacia el centro de la sala.

Vestía de rojo, un vestido granate oscuro que casi competía en luminosidad con su cabello del mismo color.

La falda se movía al compás de sus pasos, y cuando giró la cabeza para mirar a Jeremy, su cabello danzó y las ondas se deslizaron por su espalda.

Sonrió, pero sus ojos grises miraron a todos con desprecio.

—¡Qué hermosa fiesta, lord Turner! —dijo, dirigiéndose hacia el dueño de casa, quien, mirándola confundido, solo atinó a hacer una reverencia—. ¡Gracias por la invitación, lady Turner! —y luego, poniendo la mano sobre la boca, con un gesto de afectación, añadió—. ¡Oh, es verdad que no había sido invitada! —caminó hacia ella—. Pero aquí estoy.

Se detuvo a unos pasos de la mujer. Lady Turner la miraba, incapaz de creer que no pudiera recordar a esa dama tan distinguida. Hasta que al ver sus ojos la reconoció.

—Sancia... —susurró.

Esta volvió a sonreír, satisfecha. Le dio la espalda y ahora caminó hacia Jeremy. A su lado su prometida la miraba fascinada sin atreverse a hablar.

—Felicidades, lord Turner —dijo Sancia haciendo una reverencia— Lady Marjorie...

Jeremy, que no había escuchado a su madre nombrarla, la miró sonriendo.

—Muchas gracias, milady. ¿Es la primera vez que nos visita? Creo que no hemos sido presentados...

—Ohhh, Jeremy... ¿Tan pronto me has olvidado?

Quizás fue el tono, o la mirada con que acompañó la pregunta, pero al escucharla, a Jeremy se le heló la sonrisa y una repentina palidez cubrió su rostro.

—¿Sancia? Creí que...

Dejó la frase inconclusa, mirándola.

—¿Qué creíste, querido? —preguntó ella. Y como él la miraba boquiabierto, agregó—. No importa.

Caminó hasta una de las mesas y tomó una copa.

—¡Por Jeremy y Marjorie! —dijo. Algunos repitieron el brindis, algo inseguros, en tanto que otros permanecieron callados, sin saber por qué.

Mientras lo miraba a los ojos, Sancia hizo estallar la copa contra el suelo. Se escucharon murmullos y algún chillido a medida que los cristales cubrían el piso del salón.

—Te maldigo a ti, Jeremy Weston Turner y a toda tu descendencia. Maldigo al hijo que ella ya lleva en su vientre.

Esperó para que la idea tomara forma en la mente de los invitados.

—Vivirás en tinieblas, sufriendo por lo que hiciste, sabiendo que todo lo que suceda en esta casa desde este día, es a causa de tus pecados. Pagarás por tu soberbia, tu egoísmo y tu maldad.

—¡Fuera de aquí, bruja!

Las palabras, pronunciadas por lady Turner, parecieron flotar sobre la concurrencia y un gemido de horror se quedó atrapado en el pecho de los presentes. Todos miraron a Sancia esperando su reacción.

Ella dirigió la vista hacia Lady Turner, y la mujer retrocedió ante esa mirada helada.

—Bruja... —dijo, como si estuviera sopesando el adjetivo que la dama le atribuía—. Si, y como bruja que soy, maldigo a esta familia.

Se giró hacia los novios otra vez.

—Ese niño nacerá, pero su madre morirá al dar a luz —Marjorie se llevó la mano a la boca—. Pero debes saber que el niño será mío. Un año después de su nacimiento vendré a buscarlo...

—Sancia...

No se movió, sabía quién había pronunciado su nombre, conocía esa voz.

Los invitados la miraban, horrorizados por sus palabras, y casi no prestaron atención a la que había hablado.

Sancia comenzó a caminar hacia la salida. Los comensales se hacían a un lado para dejarla pasar. Algunos la miraban fascinados por su belleza, otros volvían la cabeza, casi con temor.

—Sancia... —repitió Ellie. Era un ruego, no una orden.

En la puerta la bruja se detuvo y giró la cabeza, solo un poco.

—Eres lo único bueno que tiene esta familia, Ellie. Lo mejor que puedes hacer es alejarte de ellos.

—¿Por qué? ¿Por qué dijiste eso? Sancia, tu no eres así...

—No me conoces. Ya no me conoces... —se volvió y miró hacia el bosque—. Aléjate de mí también.



Casa Turner, algún rincón en el tiempo

Sara y Adela abrieron la puerta para abandonar la habitación y allí se encontraron con un gallardo botones que al verlas hizo una reverencia encantadora.

—Buenos días, señoritas. ¿Desean que las acompañe al salón principal? ¿O quizás prefieren pasear por los jardines?

Las chicas se miraron y Adela respondió:

—Al salón principal, por favor.

—Por supuesto —dijo el muchacho—. ¿Tiene la llave?

—La dejé adentro...

—Me temo que debe llevarla siempre con usted.

Mientras Adela entraba a recuperar la llave, Sara miró al muchacho con curiosidad.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

El chico sonrió y acercándose levemente respondió:

—No se nos permite hablar de nuestra vida privada con los huéspedes.

—Ohh, lo siento —respondió Sara, incómoda.

Adela volvió y juntas siguieron al conserje por los pasillos. De una de las habitaciones salió un hombre mayor que las saludó con una inclinación de cabeza.

A Adela le costaba moverse con aquel vestido. Era el más sencillo que había encontrado: la falda se ajustaba hasta las rodillas y luego se abría en un elegante vuelo que terminaba arrastrando por el suelo en la parte de atrás. El vestido era de color morado, con un pronunciado escote que, debido a las pocas dotes femeninas de Adela, no mostraba mucho, aunque igual la

hacía parecer mayor. Sara, en cambio, había elegido un vestido color marfil con una falda amplia, bordada con diminutos cristales que brillaban mientras ella caminaba. Ambas se veían preciosas, pero se sentían un poco fuera de lugar; aunque, dadas las circunstancias, eso era lo menos importante.

Cada paso que daban les mostraba aspectos de la Casa Turner más asombrosos y perturbadores. ¿Cómo era posible que eso les estuviera pasando? ¿Cómo podía existir ese lugar dentro de la mansión? ¿De dónde salía toda esa gente y cómo habían llegado hasta allí? ¿De dónde venían los empleados? ¿Eran personas reales?

Todas estas preguntas bullían en sus mentes mientras trataban de dar una explicación lógica a lo que les estaba pasando. Pero pronto iban a descubrir que en la Casa Turner, la lógica no existía.

Llegaron frente a una enorme puerta de doble hoja, con cristales esmerilados que impedían ver totalmente lo que sucedía dentro. Siluetas de varias personas se distinguían difusamente a través de los vidrios opacos.

El conserje abrió la puerta y, inclinándose, se hizo a un lado para dejarlas pasar.

Sara no pudo contener una exclamación de asombro al ver el esplendor de aquel salón. No solo por la opulencia y el lujo, sino también por la cantidad de personas que conversaban sentadas en elegantes mesas. La luz difusa de las lámparas que las adornaban creaba un ambiente íntimo y atractivo. La música, ejecutada por un cuarteto de cuerdas era exquisita. Las conversaciones, salpicadas por algunas risas, impregnaban el aire del amplio salón con un espíritu de serenidad que invitaba a disfrutar.

Sin darse cuenta, las dos sonrieron. Sara dio un paso y traspasando el umbral, se dirigió con seguridad hacia la barra de caoba que se encontraba a la derecha.

Adela la siguió, luchando con la falda de su vestido. Estaba tan concentrada, mirando hacia atrás para no enganchar la tela en ninguna mesa, que no vio al caballero que venía de frente y lo chocó. Éste la sostuvo de los brazos, para evitar que ella se cayera, y ella lanzó una exclamación, que hizo que Sara se volviera para ver qué había pasado.

El caballero sonrió y la soltó de inmediato.

—Lo siento, señorita, lamento haberla asustado. ¿Se encuentra bien?

—Si, si... —respondió Adela, mirándolo rápidamente— Disculpe... No lo vi...

—Lo sé, venía mirando su vestido —y sonrió observando a la muchacha.

Adela compartió la sonrisa con él, y miró a Sara que la esperaba unos pasos más adelante.

—¿Puedo invitarla a una copa? —preguntó el joven.

Sara la miró, asintiendo.

—Si, gracias —dijo ésta—, he venido con mi amiga.

El muchacho apoyó delicadamente la mano en la espalda de Adela.

—Sentémonos allí —dijo, y mirando a Sara añadió— Encantado de conocerla, señorita...

—Atkins —el joven miró a Adela.

—Adela Stone.

—Señorita Stone... Qué interesante...

—¿Interesante?

—Creo haber escuchado antes ese apellido... —Sara pensó en Hope, Adela en Michael—. Pero mejor hablemos con una copa en la mano —e hizo un gesto a uno de los camareros que en un instante estuvo a su lado—. ¿Qué desean beber? ¿Vino... un refresco...?

—Vino —dijo Sara, y Adela la miró, sorprendida.

—Un refresco para mí, gracias. ¿Cual es su nombre, señor?

—Desmond Black, para servirla.

—¿Hace mucho que frecuenta la Casa Turner? —preguntó Adela, como al pasar.

El señor Black enarcó una ceja, y acompañó el gesto con una sonrisa mientras sacaba un cigarro de su tabaquera.

—Veo que es la primera vez que visitan este lugar.

—¿Cómo lo sabe? —y Adela imitó su sonrisa sarcástica.

—Querida, es la primera vez que las veo, y le aseguro que si las hubiera visto antes las recordaría —las chicas se miraron—. Además, una de las reglas de la casa que no está escrita pero...

Las miro, enarcando las cejas.

—Pero que todo el mundo conoce... —agregó Sara, completando la frase.

—...que todos los que vienen a la Casa Turner conocen, es que hay cuestiones sobre las que no se debe preguntar.

—Entiendo —dijo Adela.

—A nadie le interesa saber, por ejemplo, cuánto tiempo ha pasado desde que vine aquí por primera vez...

—O en qué año estamos... —añadió Sara.

—Exacto. En definitiva, ¿en qué año estamos?

—¿Me lo está preguntando?

—No, querida. ¿Recuerda? La regla...

Sara asintió.

—¿Eso significa que quizás usted tiene... más de cien años, por ejemplo?

—¡Cien años! —emitió una carcajada mientras tiraba la ceniza del cigarro con ademán experto en el suntuoso cenicero— Tengo 28 años, ¿y usted?

—Creí que el tiempo era una de las cuestiones sobre las que no se debe preguntar...

—Tiempo no es lo mismo que edad.

Se miraron un instante y Sara sonrió.

—Quizás yo he nacido mucho después que usted pero, por esas cosas de la Casa Turner, aquí estamos los dos, ¿verdad?

El señor Black sonrió, satisfecho.

—En la Casa Turner no existe el tiempo... Si no me creen, miren los relojes —y señaló con la mano que tenía el cigarro hacia un enorme reloj de pie que se encontraba en un rincón del salón.

Las chicas desviaron la vista al reloj, el segundero parecía enloquecido corriendo en la dirección opuesta.

—Muy interesante —dijo Adela, sin mostrarse demasiado impresionada—. Me estaba hablando de otros Stone a los que había conocido antes.

El señor Black dio una pitada a su cigarro entrecerrando los ojos mientras exhalaba.

—Lamentablemente no termino de recordar quién era, lo siento.

Adela suspiró, y se puso de pie, acomodando su falda.

—Me temo que debemos retirarnos —dijo.

—¿Tan pronto? Casi no han tocado sus bebidas...

—Probablemente volvamos mañana —acotó Sara, para asombro de Adela.

—Imagino que tiene la llave, señorita Stone, así que puede volver cuando lo desee.

—¿Cómo lo sabe? ¿Otra regla? —preguntó Adela.

—No, simple deducción —hizo una pausa, observándolas.

Sara tomó la copa y dio un enorme trago. El señor Black la miró enarcando las cejas.

—¿Está acostumbrada al vino, señorita Atkins? Debería tener cuidado.

Sara se puso de pie.

—Para ser un hombre que exige tanta privacidad es bastante curioso, señor Black.

Este comenzó a reír, mientras se levantaba de su silla.

Adela estaba mirando hacia otras puertas que se encontraban al final del salón, del que acababan de salir dos caballeros.

—¿Para que se utiliza aquella sala? —preguntó.

El señor Black ni siquiera volvió la cabeza.

—Ese es un salón privado.

—¿Privado?

—Solo puede entrar allí si ha sido invitada.

—¿Invitada por quien? —preguntó Sara.

El señor Black extendió una mano hacia la salida.

—Puedo mostrarles otros lugares muy interesantes. Si me acompañan...

—Otro día, debemos irnos —dijo Adela.

Se giró y comenzó a caminar. Mientras avanzaba, vio a un hombre que venía hacia ella. El corazón se le paralizó y se quedó clavada en su sitio.

El hombre pasó sin mirarla, iba conversando con otro caballero, un joven de cabello muy rubio que mientras hablaba gesticulaba con las manos.

Adela, petrificada, ni siquiera pudo emitir una palabra, tal era su sorpresa.

Sara llegó hasta donde ella estaba y miró al hombre que se alejaba.

—¿Quién es? ¿Lo conoces? —preguntó asombrada.

—Simaco... —dijo Adela en un susurro.

—¿Quién?

—Simaco —contestó la muchacha— y elevando la voz gritó— ¡Simaco!

El hombre se detuvo, se quedó un instante quieto en su lugar. Sara solo podía ver sus anchos hombros y su elegante figura de elevada estatura. El muchacho que lo acompañaba se giró y las miró.

—¡Sir Michael! —llamó Adela, ahora con mayor claridad.

El aludido se volvió. La miró con el ceño fruncido solo un instante y dándose la vuelta, retomó su marcha.

Adela comenzó a caminar hacia él, tratando de alcanzarlo, pero el vestido le impedía avanzar con rapidez.

En cuestión de segundos, los dos hombres llegaron a las puertas del salón. Desde el interior, alguien las abrió, y el joven rubio se adentró en la sala. Antes de seguirlo, el hombre de cabello negro lanzó una mirada furtiva a Adela, que avanzaba con determinación hacia él. Una vez dentro, la puerta se cerró tras ellos.

Cuando al fin llegó, al ver que la puerta no se abría, la jovencita golpeó enérgicamente.

Un anciano, vestido con la librea de los empleados de la casa, abrió y la miró sonriente.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—¿Me permite entrar? Tengo la llave.

—Por supuesto —dijo el hombre, haciéndose a un lado.

Cuando Adela iba a traspasar el umbral, una mano agarró su brazo con fuerza, tirando de ella.

—La señorita ha cambiado de opinión, gracias —dijo.

El anciano cerró la puerta y Adela miró a Black que aún la tenía tomada del brazo.

—¿Qué hace? —dijo, molesta.

—Impedir que cometa una locura —respondió el hombre, mientras la arrastraba hacia donde estaba Sara.

—¿Qué está diciendo? —y Adela se soltó de un tirón.

—Vuelva a casa, señorita Stone, este lugar no es para usted.

Sara lo miró sin entender, pero tomó a Adela de la mano.

—Él tiene razón, volvamos.

—No, necesito hablar con sir Michael.

Sara la tomó de los hombros y la obligó a mirarla.

—Ya ha pasado más de una hora. Debemos regresar —dijo.

Adela echó una última mirada al señor Black que había ocupado un lugar en la barra. Éste inclinó la cabeza, pero ella no respondió al saludo. Se volvió hacia la puerta y siguió a Sara hacia las habitaciones para quitarse el vestido.

Simaco estaba allí. Quizás había estado en la Casa Turner durante los últimos años, escondiéndose de ella y de Julia. Pero... ¿por qué?

No lo sabía aún, pero iba a averiguarlo.



Casa Turner, antes... o después

—¿Primera vez por aquí? —preguntó el barman mientras ponía un posavasos frente a Michael.

—No, no exactamente. Un borbón, por favor.

—Ya mismo, señor. Así que ya nos ha visitado antes...

—Sí, muchos años atrás.

—¡Ohhh, el tiempo! Qué cosa tan curiosa ¿verdad? Muchos años atrás pudo haber sido ayer o podría ser mañana. ¿Quién sabe? Todo depende...

—¿Depende de que?

—De lo que usted quiera. ¿Ha venido con amigos?

—No, estoy solo.

—¿Quien lo invitó?, si me permite preguntarlo.

—Nadie, vine por mi cuenta.

El barman lo observó un instante, sin borrar de sus ojos ese brillo amable.

—Solo puede alojarse en la Casa Turner por invitación. Ya sabe... Debe tener la llave... — Michael lo miró por encima de su bebida— No es su caso, según veo.

—No.

El barman comenzó a pulir las copas, sin abandonar su sonrisa.

—Puede explicarme qué es exactamente este lugar —preguntó el fantasma dejando el vaso sobre el mostrador.

—Lo siento. No tengo esa información.

—¿Conoce a alguien que la tenga?

—¿No se lo explicaron la primera vez que estuvo aquí?

—No, esa primera vez fui... traído a la fuerza, en contra de mi voluntad, por decirlo de alguna manera.

—Que curioso, no había escuchado de nadie que llegue aquí contra su voluntad.

—¿Quién tiene la información que necesito?

El barman señaló con la cabeza hacia el centro del salón.

—El señor que se encuentra en aquella mesa, es uno de los socios más antiguos, seguramente él pueda ayudarlo.

Michael miró al hombre que el otro señalaba, no parecía tener más de veinte años, era muy rubio, con el cabello casi blanco. Sus ojos, muy oscuros y su cejas definidas contrastaban con la piel blanca. El aspecto era, en conjunto, muy extraño.

—Envíe una botella de su mejor whisky a la mesa, por favor.

Se puso de pie, cerró los botones de la chaqueta y, con paso elegante, se aproximó a la mesa.

Los que estaban allí sentados lo miraron con curiosidad, sin embargo, una sonrisa iluminó sus rostros casi instantáneamente. El muchacho rubio se puso de pie.

—Bienvenido, señor, un placer conocerlo. Imagino que es la primera vez que nos visita.

—Así es —mintió Michael—. El placer es mío.

—Siéntese, por favor, compartamos esta buena botella que tan amablemente ha enviado a nuestra mesa. Le presento a mis amigos, los señores Adam MacKenzie, Roger Keller y Brian Doodle.

Michael estrechó las manos que le tendían, un saludo al que estaba poco acostumbrado. Se sentó y cruzó las piernas, observando abiertamente a los otros hombres.

—¿Cual es su nombre, caballero? —preguntó el rubio.

—Stone, Michael Stone. ¿Y el suyo?

—Stone... Creo haber conocido a otro Stone, ¿verdad Roger?

—Quizás... Mi memoria falla bastante últimamente.

—¿O era una señorita Stone? —Michael se puso tenso—. Lo siento, lo he olvidado.

Mientras hablaba, el hombre había servido los cuatro vasos y le estaba acercando uno a Michael.

—Veo que son invitados frecuentes de esta casa —empezó a decir Michael, los otros sonrieron, Adam emitió una carcajada—. ¿Me equivoco?

—En realidad se podría decir que somos parte de esta casa —dijo Adam riendo.

—¿Parte de la casa? ¿Se alojan aquí?

El rubio dejó el vaso, asintiendo.

—Vivimos aquí.

Michael buscó las palabras adecuadas, tratando de no mostrar la ansiedad que sentía.

—¿De verdad? Tenía entendido que la Casa Turner era una casa de reposo...

—Si, así es —respondió Adam, mientras los otros dos miraban al nuevo invitado intensamente—. Algunos vienen aquí para evadirse de su vida diaria, otros para olvidar... o para recordar, depende —y volvió a emitir otra carcajada vibrante, demostrando lo borracho que estaba—. Aquí puede satisfacer sus deseos más profundos, sean buenos o malos. Nadie es juzgado, hay total discreción en este lugar...

—Pero, no es un lugar real...

—¿Real? ¿Qué es real para usted? —levantó la copa—. ¿Esto es real? ¿Puede sentir el sabor

de este excelente whisky, puede sentir como se calienta su cuerpo y se nubla su mente al beberlo?

—Me refiero a la vida real.

El rubio se puso de pie, echando atrás su silla.

—Discúlpenme caballeros, me necesitan en el salón de juegos. Encantado de haberlo conocido, señor Stone, espero que volvamos a coincidir.

Michael se puso de pie para despedirse, e hizo una inclinación de cabeza. Cuando volvió a sentarse, los otros dos no parecían asombrados de la repentina partida del joven.

—Espero no haber incomodado a su amigo.

—No, no se preocupe —aclaró Roger—. Es solo que algunos temas lo ponen un poco sensible, no le haga caso. Volverá en unos minutos tan feliz como antes.

—Entiendo. ¿Le disgusta hablar de esta casa?

—Yo no diría eso, es que a veces se dicen tantas cosas sobre este lugar. Ya sabe, cosas oscuras, la gente tiene mucha imaginación.

—No he escuchado nada...

—¿No? Que raro... —comentó Roger, sin intención de brindar más información.

Michael bebió otro trago, y dirigió la mirada hacia Adam.

—¿Usted también ha escuchado rumores sobre la casa, señor MacKenzie?

El joven, que parecía a punto de quedarse dormido, se enderezó en la silla, y se sirvió otro generoso vaso de whisky.

—La verdad es que nadie sabe qué es la Casa Turner. Aunque hay algunas teorías al respecto, pero nada verdaderamente confiable... Son, sobre todo, habladurías...

—Compártalas conmigo, la curiosidad me está matando —dijo Michael, mientras movía el vaso entre sus largos dedos.

—Algunos creen que este es el lugar donde van los muertos, un lugar de eterno reposo, donde no hay penas ni preocupaciones y que alguien creó una puerta para poder entrar aquí, antes de morir. Eso nos haría preguntarnos a todos si estamos muertos o no. Yo, verdaderamente, no lo sé —y rió, con esa risa beoda que a Michael ya le estaba empezando a fastidiar.

—No creo que sea la teoría correcta —apuntó haciendo una mueca.

—Otros hablan de magia, magia oscura o magia blanca, o las dos...

—Continue...

—Según alguien me dijo una vez, un mago poderoso creó este lugar para reencontrarse con alguien amado, a quien había perdido. Por eso al principio solo había una llave, luego se crearon otras.

—¿Quién las creó?

—Otros hechiceros, u hombres de ciencia. Imposible saberlo. Pero son solo teorías, quizás algún día sepamos la verdad.

Michael miró su copa, pensativo.

—¿Le gustaría acompañarme a una partida de billar, señor Stone?

—¿Billar? Me temo que no soy muy bueno.

—Ohh, no importa, es solo por diversión. Le presentaré a un grupo de lo más interesante y variopinto.

—De acuerdo.

Mientras caminaban hacia el salón de juegos, el señor McKenzie continuaba con la conversación.

Michael preguntó, como al pasar.

—¿Podremos hablar con...? Lo siento, he olvidado su nombre. El caballero rubio...

—¿Jeremy? Si, seguro que está entretenido en una nueva partida. Aunque siempre pierde. De hecho el mejor jugador es un francés, un poeta. Solo viene a la Casa Turner a escribir y a jugar al billar.

—Qué interesante —acotó Michael.

—Es bastante famoso, tengo entendido. Quizás haya oído hablar de él: Paul Verlaine.

—No, no he tenido el gusto.



Stone Hall, 25 de diciembre, época actual

Nos levantamos tarde, nos habíamos quedado con Adela y sus amigas mirando una película, una de esas comedias románticas navideñas sin demasiado contenido. Desayunamos juntas, y luego ellas se fueron a la ciudad a encontrarse con algunas amigas.

Yo empecé a prepararme con tiempo, me di un baño de inmersión, mientras una mascarilla de pepino convertía mi cara en una masa verdosa. Después, me sequé el cabello y lo alisé. Pensaba dejarlo suelto, ya que el vestido tenía un pronunciado escote que mostraba demasiado.

Cuando abrí el armario, lo primero que llamó mi atención fue un traje rojo que colgaba en una de las perchas del centro. Lo tomé y mientras admiraba la belleza de la tela y el diseño, recordé las palabras de Adela cuando le mostré el vestido que usaría para el baile: “Muy soso, voy a encontrar el vestido perfecto para ti”. Sonreí preguntándome de dónde habría sacado el dinero para comprarlo, estaba segura que le había costado una fortuna.

Cuando me lo puse y me miré al espejo, no pude contener una exclamación. ¡Era tan hermoso y tan fuera de época! Parecía haber sido diseñado en el siglo XIX, pero a la vez tenía toques modernos que lo hacían ver elegante y único. Además me sentaba como un guante, como si estuviera hecho a medida.

Cambiando de opinión, recogí mi cabello en un moño alto que dejaba ver mi cuello, y me puse aros y un collar de oro. Hacía mucho tiempo que no me sentía hermosa. Por distintas circunstancias cada vez que me miraba al espejo me veía cansada y desgastada, pero esta vez pude vislumbrar en mi reflejo algo de esa belleza que muchas veces me habían atribuido, y me

gustó.

Ya habíamos recibido a todos los invitados.

Esa noche el protagonista sería el baile, no la cena. A un lado del enorme salón, habíamos preparado las mesas para que los invitados pudieran comer y beber cuanto quisieran: carnes frías, ensaladas, pequeños aperitivos y bocaditos, champagne, vinos y refrescos. También mince pies, crumble de manzana, los infaltables budines navideños y galletas de jengibre.

Eran cerca de las once, el baile estaba en pleno auge, la gente charlaba, danzaba, comía y bebía. Yo miraba sonriente a Adela que bailaba con Maxi junto a Sara y a otro chico. Reían mientras seguían los pasos de Helen, en una coreografía bastante extraña.

De pronto, la música cambió, y las encantadoras notas de un vals se deslizaron como un susurro, llegando a cada rincón del salón. Fruncí el ceño, tratando de recordar cómo ese tema había terminado en la lista de reproducción que Adela y yo habíamos preparado. Miré a Lucas, que me observaba desde el otro extremo del salón. Sonrió y comenzó a acercarse hacia mí. Algunos de los invitados empezaron a bailar, siguiendo los conocidos pasos, y en ese instante las puertas se abrieron.

Un hombre alto, con un impecable frac negro, atravesó el umbral, mientras las puertas se cerraban teatralmente a sus espaldas. Lo miré y me llevó solo un segundo reconocerlo.

Una mano invisible oprimió mi garganta, quitándome el aliento, y mi corazón se saltó un par de latidos.

Lucas, al ver el asombro en mi semblante, volvió la cabeza, y se detuvo a unos metros de donde yo estaba. Todos los presentes se giraron, era imposible no quedarse mirándolo.

Pero él parecía no notarlo, tenía fijos en mí sus ojos negros. Al llegar a mi lado, hizo una elegante reverencia, luego extendió una mano, esperando la mía.

—¿Bailamos?

No pude responder, solo tomé su mano y me dejé llevar.

La música pareció envolvernos y transportarnos al pasado. La gente, las luces, las caras que nos miraban con curiosidad, desaparecieron, y solo quedamos él y yo en aquel salón refinado, en aquella casa misteriosa.

Sus ojos penetraron los míos como si quisiera llegar al fondo de mi alma. No pude hacer nada más que sostener esa mirada intensa, dejándolo abrir todas las puertas de mi corazón hasta encontrar lo que estaba buscando.

—¿Te gustó el vestido? —dijo y, una vez más, me quedé boquiabierta por la sorpresa.

¡Había sido él, no Adela! Las casualidades no existían desde que lo había conocido. Sonreí, y él acercó su boca a mi oído.

—El rojo te sienta maravillosamente bien —susurró, acariciando mi cuello con su aliento, y haciendo que me estremeciera.

Lo notó, y afirmó su mano en mi espalda, acercándome más a él. Me arrastró en un giro de la música, mientras yo perdía el aliento.

Con mano experta me condujo hasta el lado opuesto del salón, y en dos rápidas vueltas, desaparecimos detrás de los cortinados. Bailábamos en el balcón que rodeaba el salón de baile, al pasar junto a cada ventana la música nos acompañaba por unos segundos y luego volvía a alejarse, tenue, perdida detrás de las gruesas paredes. Finalmente nos detuvimos junto a una de las últimas habitaciones, y con gentileza, abrió la puerta invitándome a entrar.

La chimenea estaba encendida, y el cuarto solo estaba iluminado por las llamas rojizas. Cerró

la puerta-ventana y yo me volví, para mirarlo. Entonces se aproximó en dos largos pasos y me tomó en sus brazos. Su boca se acercó a la mía y sus labios me acariciaron con dulzura, despacio. Se apartó para mirarme, recorrió mi mejilla con sus dedos, y sentí cómo un suspiro, casi un gemido, escapaba de su garganta.

—Te he echado tanto de menos —dije, y rodeé su cuello con mis brazos.

No hablábamos. No había lugar para palabras, preguntas o reproches. Solo nos besábamos, mientras nuestros cuerpos trataban de ganar el tiempo perdido. Creo que ni siquiera podía pensar con claridad, solo disfrutaba la felicidad de tenerlo conmigo otra vez, de sentirlo otra vez.

Su cuerpo fuerte, tenso, tan cerca de mí; su aliento frío y sus manos, que tanto había añorado. Cada sensación me hacía volver atrás en el tiempo, recordando con exactitud esos pocos besos y caricias que me había regalado años antes.

—Deberíamos volver —dijo, trayéndome de vuelta a la realidad—, eres la anfitriona, ¿recuerdas?

Caminamos de la mano por el balcón, de regreso al salón de baile. Me detuve un momento para mirar la luna, que asomaba asombrosamente grande detrás de una nube.

—¿Es real? —pregunté. Sonrió.

—¿Crees que estás en un sueño?

—No lo sé —dije.

Volvió a besarme, rápidamente, y abrió la puerta del balcón haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Caminé unos pasos, vi que algunos me miraban, pero nadie pareció sorprendido de verme aparecer así, de pronto.

Me giré al darme cuenta que había soltado mi mano.

—¿Michael?

Volví sobre mis pasos, buscándolo. Al verme sola, salí al frío de la noche. El viento helado me hizo tiritar al golpear mis brazos desnudos.

—¿Michael...?

Caminé por el balcón hacia la habitación donde me había besado. Abrí la puerta, justo para ver como la otra puerta, la que conducía al pasillo de la tercera planta, se cerraba.

—¡Michael! —grité.

Atravesé el cuarto corriendo, me asomé y miré hacia ambos lados. Un fulgor se perdió al final del corredor, justo donde estaba la entrada que conducía al ático.

La música del salón de baile retumbaba como si viniera desde muy lejos. Tomé la falda del vestido y corrí hasta llegar frente a la puerta que conducía a las habitaciones de la servidumbre y al ático. Estaba cerrada, por supuesto, hacía años que permanecía así. La llave colgaba, junto a otras dos, de un pequeño gancho sobre el dintel de madera.

De puntillas, la busqué en medio de la oscuridad. Al fin di con ella, y abrí la pesada puerta.

Traté de encender la única luz que se encontraba en el pasillo, era apenas un foco que colgaba del techo, con una cuerda. La luz iluminó el corredor precariamente. Caminé, mirando hacia las habitaciones vacías. Subí los escalones que conducían al ático y esperé. Escuché una banda de instrumentos de viento que parecía sonar a mis espaldas, volví sobre mis pasos para ver que la puerta que conducía a las escaleras de servicio estaba entreabierta.

—¿Michael...? —susurré, con la esperanza de recibir una respuesta, de escuchar su voz grave, invitándome a reunirme con él.

Apoyé la mano temblorosa en la madera y la empujé.

La escalera, polvorienta y oscura, bajaba en una curva pronunciada. La luz del pasillo apenas alumbraba más allá de un metro.

Busqué el teléfono y, encendiéndolo, comencé a iluminar los escalones mientras descendía.

La música vibraba más abajo, pero a los pocos segundos escuché una puerta que se cerraba y todo sonido cesó.

Seguí descendiendo, pasé el rellano que daba a la segunda planta, una puerta de poco más de un metro y medio comunicaba con algún lugar de la casa, no me detuve a averiguar de qué habitación se trataba, solo seguí bajando. Los escalones se encontraban cada vez más polvorientos, y las telarañas poblaban las paredes, a veces sentía que se enredaban en mi pelo y en el vestido.

Después de unos cinco minutos llegué a una puerta de madera que me cerraba el paso. Era una puerta maciza, no pequeña como las de las otras plantas que seguramente se escondían en el artesonado, haciéndose casi invisibles. Esta era una puerta diferente, muy antigua y deteriorada como el resto de la escalera, pero marcadamente diferente de las otras.

La alumbré buscando algún pasador, pero solo vi una cerradura debajo del picaporte. Traté de abrirla pero estaba cerrada. Frustrada moví la luz, buscando alguna otra salida, pero el brillo del teléfono me mostró solo las paredes sucias y el suelo cubierto de polvo. Para mi asombro junto a mis pies ví un par de huellas mucho más grandes que las mías. Iluminé los escalones y noté algunas otras huellas.

Definitivamente por ahí alguien había caminado no mucho antes que yo.

Miré la puerta una vez más y bajé la luz hacia la cerradura. Aunque me di cuenta que las tres llaves que tenía en la mano no pertenecían a ese cerrojo, igual las probé. Una era del ático, y no sabía de dónde eran las otras dos, estaban en la misma argolla, las había puesto allí Emilia años atrás.

Me mordí el labio, no había nada que pudiera hacer ahora, además debía volver al baile, pero buscaría esa llave y traspasaría esa puerta.

Michael no iba a librarse de mí tan fácilmente.



Stone Hall, 12 de enero de 1892

Ese año, la navidad había pasado casi inadvertida.

Para Hope que estaba acostumbrada a asistir a algunos de los muchos bailes que se hacían en la ciudad, a fiestas de familiares o de amigos, esta celebración se le antojó anodina y solitaria.

Eunice había regresado a Londres y hacía semanas que no entraba en la biblioteca ya que su padre mantenía la puerta cerrada. Por eso, había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hablado con sir Michael, pues, a pesar de que todos creían que el fantasma se había ido, ella sabía que no era así.

La señorita Scott era prácticamente la única persona con la que se cruzaba. Su padre se encerraba temprano en el despacho y apenas salía de allí, mientras que su madre pasaba la mayor parte del día en sus habitaciones. Era evidente que ambos odiaban la casa, y a ella le costaba entender por qué no se decidían a regresar a la ciudad. Sin embargo, esa tarde de enero, todo cobró sentido.

Hope estaba sentada en el banco de la ventana de su cuarto, cómodamente rodeada de almohadones, con un libro en sus manos y una manta sobre sus piernas. Había encendido una vela, ya que, aunque apenas eran las cinco de la tarde, estaba oscureciendo.

El sonido de la aldaba de la puerta de entrada de la casa, la sobresaltó. Retumbó en la quietud de la noche. Ella se asomó a la ventana, para tratar de ver el carruaje del visitante, pero no había ninguno.

No era común recibir visitas en esa época del año en Stone Hall, lo sabía porque muchas veces la señora Harriet se había quejado de lo solitaria que podía ser esa casa en invierno.

Además, después de las numerosas reuniones de espiritismo fallidas, ya ninguno de los conocidos de su padre venía a verlos.

Se asomó al rellano para tratar de escuchar.

“Lo vi por última vez en la biblioteca” decía su padre.

Hope puso los ojos en blanco. El hombre no se daba por vencido; era asombroso cómo persistía en su obsesión de contactar al fantasma. Obviamente sir Michael no tenía intención de hablar con él y, por lo poco que conocía al espíritu, sospechaba que era bastante testarudo, casi tanto como su padre.

Sin embargo, la voz del visitante la sorprendió: era una mujer.

“¿Podemos hablar en algún lugar privado?”, escuchó. Hope tuvo la sensación de que algo no iba bien. Sin hacer ruido empezó a bajar la escalera para ver mejor. Pero solo alcanzó a divisar el ruedo de un vestido y a su padre que entraba a su despacho y cerraba la puerta.

Terminó de bajar las escaleras y apoyó el oído en la puerta.

“Existe otra manera”, decía la mujer, “pero es más...”

“Costosa...” inquirió su padre.

“Oscura”

“¿Oscura?”

“...y peligrosa”.

Un silencio que a Hope se le antojó eterno.

“Continúe”. La voz de su padre era un murmullo tenebroso.

“Podemos encerrarlo para siempre”.

La frase resonó en la estancia, y a Hope se le paralizó el corazón. De todas las cosas que había escuchado en los últimos meses, nada le había parecido tan siniestro.

“¿Qué quiere decir?”

“Tengo entendido que usted odia a ese espíritu. ¿No le gustaría tenerlo a su merced?”.

“¿Qué propone?”

“Convertirlo a usted, lord Stone, en su carcelero”.

Hope se aferraba al picaporte con tanta fuerza que tenía muy blancos los nudillos de la mano.

“¿Cómo puede garantizarme que va a lograrlo. Muchos lo han intentado...”

“Déjeme por una hora en la biblioteca, cuando vuelva le daré la llave de la celda y podrá hacer con su prisionero lo que desee”.

El padre de Hope pareció pensárselo, pero a los pocos instantes lo escuchó caminar hasta la salida y abrir la puerta. Apenas tuvo tiempo suficiente para esconderse detrás de uno de los sillones. Cuando escuchó a la mujer caminar hasta las escaleras, se asomó para verla; en la penumbra de la primera planta ascendía con elegancia. La seda de su vestido reflejaba la luz de los candelabros y se ajustaba perfectamente a su figura, fluyendo con cada paso como un río escarlata. El cabello, de un tono cobrizo intenso, caía en cascada hasta su cintura, enmarcando su rostro con suaves ondas. Dos peinetas de perlas brillaban discretamente, recogiendo los mechones a los costados, añadiendo un toque de distinción a su porte. Con la mirada fija hacia lo alto, sus ojos reflejaban una mezcla de crueldad y satisfacción, iluminados por la tenue luz que se filtraba desde el piso superior. Cada escalón parecía un paso hacia su objetivo y el eco de sus pisadas resonaba suavemente en el vasto silencio del lugar.

Hope esperó que llegara al segundo piso para ir tras ella. Realmente se encontraba angustiada, ninguno de los otros médiums la habían preocupado antes, pero las palabras de esta mujer le hacían temer por sir Michael, y sabía que no tenía forma de advertirle de sus intenciones.

Llegó segundos después de que la dama cerrara la puerta de la biblioteca. Volvió a apoyar la oreja, tratando de percibir cualquier sonido, o quizás las conocidas palabras que habían usado antes los otros espiritistas para llamar a su amigo. Pero del otro lado del portal el silencio era total y absoluto.

La puerta se abrió tan de repente que la niña cayó hacia adelante, de rodillas. Ante sus ojos la seda costosa del vestido cubría unos finos zapatos color carmesí.

Levantó la vista cuando vio la mano femenina tendida. La tomó y se puso de pie.

—¿Cuántas veces te han dicho que no debes escuchar detrás de las puertas?

—No estaba escuchando.

—¿No?

La muchacha carraspeó y, armándose de valor, caminó hacia el centro de la sala.

—Venía a buscar un libro. ¿Quién es usted? —y apoyó su declaración con una mirada que pretendió ser intimidatoria.

La mujer sonrió.

—Ya sabes quién soy, Hope. Y sabes también que no deberías estar aquí.

Las palabras eran amables, pero el tono, amenazador.

—Él no vendrá, no pierda su tiempo...

—¡Ohh, sí! Te aseguro que vendrá —se volvió y miró hacia uno de los rincones de la sala, que ya estaba completamente oscura—. Es más, ya está aquí.

Hope dirigió la vista hacia donde miraba la mujer y vio emerger a lord Michael. Se quedó boquiabierta, contemplándolo. La mujer se movió y ella reaccionó.

—¡Escóndase, sir Michael, ella quiere hacerle daño! —gritó, acercándose al fantasma.

La mujer comenzó a reír, como si la actitud de la chica le hiciera gracia.

—¡Qué tierna! —dijo, y Michael avanzó un paso hacia Hope.

—Váyase, señorita Stone. Vuelva a su habitación, no se preocupe por mí.

—Pero...

—Haga lo que le digo —insistió el espíritu, mirando a la mujer.

Ésta abandonó la inercia tan rápido que tomó a los dos por sorpresa. En un instante estaba junto a la chica.

—Muy valiente... —susurró, acariciando el pelo de Hope. La niña se alejó rápidamente y Michael se interpuso entre las dos.

—No la toque.

Se miraron a los ojos: los de Michael, negros y amenazadores, los de la dama, grises y helados. Ella al fin, como aburrida, desvió la vista y fue a sentarse en el sillón de elegante respaldo de madera repujada. Recostó su cabeza y lo miró.

—¿Cómo se encuentra, lord Stone? Tengo entendido que ha estado buscándome.

La mandíbula de Michael se tensó y sus puños se cerraron.

En un tono helado dijo:

—Déjenos solos, lady Stone.

Hope no pudo sino obedecer. Al dirigirse hacia la puerta miró a la mujer. Ésta le devolvió la mirada, mientras jugaba con un gran anillo que destacaba en su mano blanca.

—Buenas noches, cariño —replicó, burlona.

Había pasado más de media hora desde que Hope había dejado la biblioteca cuando escuchó que la puerta se abría otra vez. Un frufrú de seda se perdía por el pasillo, rumbo a la escalera,

cuando asomó la cabeza. Esperó, y luego salió de la habitación.

Fue bajando lentamente, dejando la suficiente distancia como para no ser descubierta por la mujer. El vestido arrastraba por los peldaños, y la chica podía ver la seda roja en cada giro.

Al llegar abajo, la mujer se dirigió directamente al despacho de lord Stone. Hope corrió y se escondió en un rincón, entre una estatua de mármol y una planta desde donde podía ver la puerta entreabierta. Se le hacía difícil escuchar, ya que hablaban en voz baja, pero vio que la mujer entregaba una llave negra a su padre.

Este buscó en uno de los cajones del escritorio, sacó una bolsa de dinero y se la alargó, pero la mujer le dio la espalda y se acercó hacia la puerta. Al llegar se volvió, con el picaporte aun en su mano.

—No faltará ocasión en la que pueda pagarme este favor, lord Stone —dijo, amablemente, y salió del despacho. La sonrisa siniestra que deformaba su rostro al pasar junto a Hope helaba la sangre.

Cuando la mujer abandonó la casa, la chica subió corriendo otra vez hasta la biblioteca. Abrió la puerta y se encerró dentro, no quería que su padre la sorprendiera allí, pero no podía esperar para verificar que sir Michael estaba bien.

—Lord Stone... —susurró. Caminó hasta el lugar donde el fantasma solía ocultarse—. Sir Michael...

El silencio sepulcral le erizó la piel.

—Sir Michael, por favor, dígame que está bien...

Pero aunque se quedó allí por varias horas, llamando a su amigo, este no apareció. Y Hope empezó a temer que todo lo que había prometido la mujer a su padre, se estuviera cumpliendo.



Stone Hall, febrero de 1892

Hope empezó a vigilar a su padre.

Si sir Michael había desaparecido, y su progenitor era el carcelero, seguramente no pasaría mucho tiempo antes de que fuera a visitarlo.

Sabía que en esa antigua mansión podría haber mazmorras en el subsuelo, o algunos pasajes secretos que se podían usar para tal fin. Como no existía ninguna posibilidad de preguntar acerca de la ubicación exacta de ninguno de esos sitios, se dedicó a investigar por su cuenta.

Hasta ese momento, nunca había confiado plenamente en su doncella, pero comprendió que era una empresa demasiado difícil para llevarla a cabo sin ayuda. Además, Lily tenía acceso a una parte de la casa que ella desconocía: las habitaciones de la servidumbre y todos los pasillos del ala oeste.

Le relató a la muchacha una historia sobre un libro que había leído, y la convenció para que la ayudara a buscar pasadizos secretos en la casa. Si había alguno, las sirvientas más antiguas los conocerían, y quizás aun los usaban para ir de un lugar a otro dentro de la propiedad.

Así fue como se puso en marcha la misión de rescate de sir Michael Stone, llevada a cabo por dos jovencitas, sin más armas que su imaginación y su buena voluntad.

Pasaron dos semanas. Afortunadamente el clima no le permitía salir afuera, por lo que la señorita Scott no sospechaba al ver a la muchacha ir de aquí para allá con su doncella. Ella cumplía con las tareas que le imponía, y se comportaba más dócilmente que de costumbre, por lo cual la mujer se sentía, en cierto modo, aliviada.

Una mañana, Lily vino a despertar a Hope muy temprano. La noche cubría totalmente el cielo cuando la muchacha abrió los ojos. Lily dejó la lámpara en la mesa y se acercó a encender la vela

que estaba junto a la cama de Hope.

—Tiene que levantarse ya mismo, milady, quiero mostrarle algo.

—¿Ahora? —protestó Hope, sin querer sacar la cabeza de debajo de las mantas.

—Ahora, antes de que la servidumbre se levante. —Mientras hablaba la doncella había comenzado a encender la chimenea para que la habitación se caldeara.

—¿Qué hora es? —preguntó Hope, sabiendo que los sirvientes aun en invierno, comenzaban sus tareas muy temprano.

—Las cuatro —respondió la doncella, moviendo el atizador.

—¿De la mañana?!

Lily se acercó, y apartó las mantas.

—Vamos, no sea remolona, le hará bien levantarse temprano por una vez.

Hope salió de la cama, y se acercó a la chimenea.

—¿Temprano? ¡Es media noche! —y levantó los brazos para que Lily le ayudara a quitarse el camisón, luego la criada la cubrió con una manta mientras iba a buscar un vestido —¿Qué encontraste?

—Quiero que lo vea usted misma, creo que puede ser el lugar del que habla su libro.

A los pocos minutos estaban saliendo las dos de la habitación, alumbrando el corredor con la lámpara de aceite.

Lily caminó hacia la biblioteca y abrió la puerta, luego dejó pasar a Hope y cerró. Con seguridad, se dirigió hasta la estantería de la derecha, sacó hacia afuera uno de los libros y volvió a colocarlo en su lugar. Un ruido seco, como de un madero al quebrarse, retumbó dentro de la pared y, lentamente, toda la estantería comenzó a moverse dejando al descubierto un angosto pasillo.

Hope dio un paso atrás, sorprendida y Lily la miró con una sonrisa.

—¿Qué me dice?

—Eres magnífica —respondió Hope, adentrándose en el pasadizo—. ¿Cómo lo encontraste?

—Le pregunté a Molly, una de las criadas más viejas. Ella se ha encariñado conmigo así que me habló de todos los pasadizos que conoce. Dice que puede que haya más, pero que nadie los usa.

Mientras caminaba, Hope despejaba el paso de telarañas con golpes rápidos.

—¿Dónde están los otros?

—Hay uno en el despacho de su padre, se abre desde la chimenea, y otro en la última habitación de la segunda planta, lleva a la escalera de servicio.

—Tenemos que recorrerlos todos.

—¿Todos? —preguntó Lily, lastimosamente—. ¿No le inquieta la idea de meterse por ahí?

—Un poco —dijo, y sus pensamientos volaron hacia sir Michael.

Efectivamente, recorrieron todos los pasadizos. El de la biblioteca llegaba hasta una de las habitaciones de invitados, era solo un largo y estrecho corredor.

Al de la planta baja, decidieron recorrerlo al día siguiente a las cuatro de la mañana. Era la mejor hora, no porque su padre madrugara demasiado, sino porque los sirvientes limpiaban esa habitación y encendían la chimenea muy temprano. Y una vez que él entraba allí, no solía salir hasta pasada la medianoche, de modo que resultaba imposible visitar el corredor durante el día. Les sorprendió la extensión, llegaba hasta el bosque, cerca del Erial de las Brujas, bastante lejos de la casa. Aunque fueron muy concienzudas observando cada rincón, no encontraron nada

parecido a una celda.

Para el de la segunda planta, se tomaron dos días, porque la señorita Scott no dejaba de vigilar a Hope, como si sospechara algo.

Finalmente, cuando Lily la acompañó para prepararse para dormir, las dos salieron a hurtadillas y bajaron a la segunda planta. Allí estaban las habitaciones de su padre, al principio del corredor, y las de su madre luego, con un saloncito en medio que esta última usaba para bordar. El siguiente era un cuarto que se usaba como salón de té cuando llegaban invitados importantes, y luego estaba el salón desde donde partía el pasadizo.

Lily no había entrado allí todavía, así que las dos empezaron a buscar, siguiendo las indicaciones de Molly.

—¿Dónde está la entrada?

—En la pared de la derecha, la que linda con las escaleras de servicio.

—¿Aquí? —preguntó Hope señalando la pared, cubierta por un gran tapiz.

Lily asintió.

—Debajo del tapiz.

Hope se acercó al extremo de la pared y trató de levantar la tela, pero estaba firmemente clavada a la pared de madera.

Lily, por su parte, fue al otro extremo, y caminó pasando la mano por el precioso tapete. Cubría desde el suelo hasta el techo, y estaba bordado con colores brillantes que representaban a una dama en un jardín con flores y pájaros.

Después de unos diez pasos, Lily se detuvo.

—Aquí hay algo —dijo. La tela también estaba clavada a la pared, pero hábilmente recortada ocultando una puerta pequeña. Solo se apreciaba la abertura a muy poca distancia.

Hope se acercó con la lámpara.

—¡Increíble! No hubiéramos dado con ella ni en mil años.

Lily buscó un pestillo, y encontró solo un agujero que a simple vista parecía el ojo de uno de los pájaros. Metió dos dedos y tiró hacia afuera.

—Está atascada.

—Quizás haya un pasador...

—No veo nada.

Hope pasó la mano sobre los bordes de la puerta.

—No hay nada... ¡Espera! Mira esto...

Sobre uno de los extremos se veía una “hoja” dentro de un grupo de plantas, pero era en realidad una pequeña traba. La levantaron y la puerta se abrió.

Al entrar Hope observó el orificio con curiosidad.

—Es para espiar desde dentro del pasadizo —aclaró Lily, y Hope abrió la boca, un poco escandalizada.

—¿Eso hacen los sirvientes?

—No es solo para los sirvientes, señorita —y aunque Hope la miraba con el ceño fruncido, dejando a la vista que no entendía de qué estaba hablando, Lily decidió no darle más explicaciones. En cierto modo se sentía responsable por su ama, no solo porque era su doncella sino también porque era cuatro años mayor que ella. Había cosas que la jovencita no debía conocer aún—. Como dijo Molly, aquí está la escalera de servicio. ¿Subimos o bajamos?

—¿Has usado esta escalera?

Lily asintió.

—¿Notas algo extraño?

—No... —respondió Lily.

—¿No hueles a humo?

Lily levantó la cabeza para olfatear el aire.

—Parece tabaco —dijo. Ambas se miraron abriendo los ojos.

—¡Mi padre! —susurró Hope e inmediatamente apagó la lámpara. Las dos se quedaron a oscuras, pero vieron claramente un suave resplandor más abajo.

Se tomaron de las manos, asustadas. Si su padre las encontraba allí, las castigaría de por vida. Esperaron unos segundos, con los oídos atentos. Algún quejido de la madera les advirtió que él estaba ascendiendo.

Intentando no hacer el más mínimo sonido, trataron de abrir la portezuela, pero esta estaba cerrada a cal y canto. Hope buscaba el pestillo del lado de adentro con manos temblorosas, pero no podía encontrarlo.

El resplandor se estaba convirtiendo ya en una luz que las había empezado a iluminar. Fue gracias a esa luminosidad que Lily vio el pasador y con cuidado lo movió. La puerta se abrió y ellas escaparon, teniendo mucho cuidado de volver a cerrarla.

Lily se dirigió corriendo hacia la salida de la habitación, pero Hope la tomó del brazo y la llevó con ella hasta detrás de uno de los sillones. Allí se acucillaron, quedando totalmente invisibles para cualquiera que entrara.

Lily estaba pálida, y su corazón latía desenfrenado. Para Hope el ser descubiertas solo significaba una reprimenda de su padre, quizás algún castigo irrisorio como no permitirle cabalgar por una semana, pero para ella... Para ella, las consecuencias podían ser mucho más graves: quedarse sin hogar, desprotegida y sin el respaldo que le ofrecía trabajar para una familia como los Stone.

La puerita se abrió y alguien entró en la sala. Hope se asomó para ver, efectivamente era su padre. Lo observó un instante mientras este cerraba el pestillo, Lily tironeó de ella justo cuando el hombre se volvía. Pasó junto a ellas, iluminando su cara ojerosa con una vela y salió al corredor. Lo escucharon caminar hasta sus habitaciones, y luego el silencio las envolvió.

Ninguna de las dos hizo ademán de levantarse, se miraron mientras sus corazones recuperaban su ritmo normal.

—Vamos a la cama, milady —dijo Lily, finalmente—. Es muy tarde.

Hope no respondió, solo se puso de pie y la siguió por el pasillo sin hacer ruido.

No sabía qué estaría pensando Lily. Obviamente para ella, que lord Stone anduviera deambulando a media noche por los pasadizos de la casa, no tenía explicación. Pero Hope sabía de dónde venía su padre. Encontrarlo allí era una confirmación de que esa escalera conducía a la prisión de sir Michael.

Mientras Lily la ayudaba a acostarse, observó a la muchacha. Su madre había considerado que necesitaba una doncella al mismo tiempo que una institutriz, de modo que las dos habían comenzado a servir a Hope al mismo tiempo. Al contrario de la señorita Scott, Lily le había parecido encantadora desde el primer momento, y aunque nunca habían hablado demasiado, siempre la había apreciado.

Durante los acontecimientos de los días anteriores le había demostrado que podía confiar en ella, así que ahora, al verla salir de la habitación con la lámpara, después de desearle buenas noches, se preguntó si no merecería saber toda la verdad acerca de sir Michael.



Stone Hall, 26 de diciembre

Las chicas le habían contado todo a Helen.

A pesar del miedo por el que habían pasado en la escalera, y la constante sensación de peligro, luego en la Casa Turner, la experiencia había sido excitante por demás.

Adela no había explicado su obstinación por hablar con uno de los visitantes, pero con tantas emociones, Sara parecía haberlo olvidado. Por eso, cuando ambas, interrumpiéndose una a la otra, le contaron todo lo que había sucedido desde que bajaron por la escalera de servicio, Helen no pudo evitar arrepentirse de no haberlas acompañado. Cuando sus amigas le dijeron que regresarían lo antes posible, se sintió ansiosa por unirse a ellas.

Habían pasado juntas el 25, disfrutando del baile con algunos amigos, y esa mañana habían dormido hasta tarde. Ahora, después de cenar estaban las tres sentadas en la biblioteca, conjeturando acerca de cuál sería el mejor momento para bajar hasta la Casa Turner, sin despertar las sospechas de Julia.

—Podemos ir después que ella se duerma —aventuró Sara.

—Se acuesta tarde y siempre se queda leyendo, va a ser difícil que no nos escuche.

Sara hizo una mueca.

—¿Y si le decimos que vamos a escuchar música en tu cuarto? No creo que venga a vigilarnos...

Adela asintió, mirando a Helen.

—Me parece una buena idea —acordó Sara.

De modo que las dos se fueron a la habitación, mientras Adela bajaba a buscar algo de comer e informaba a Julia lo que iban a hacer.

La encontró en el salón, mirando una película.

—Hola, preciosa. ¿Quieren mirar algo conmigo? —preguntó, sonriendo.

—Vamos a charlar y escuchar música en mi habitación.

—Ahh, está bien, que disfruten.

—Hasta mañana —agregó Adela, para asegurarse que Julia no tenía ningún motivo como para subir a su habitación—, que descanses.

—Tú también, buenas noches.

Adela cerró la puerta del salón y subió corriendo las escaleras, con una bolsa de patatas y tres latas de Coca Cola.

Las chicas ya estaban listas, habían puesto música, no muy alto, pero lo suficiente como para que no se notara si no hablaban. También se habían calzado las dos con deportivos, porque Sara no quería caminar descalza en la escalera polvorienta.

Con mucho cuidado subieron a la tercera planta, espiondo para asegurarse que Julia no estaba por ahí, y luego se dirigieron sigilosamente hasta la puerta del ala de servicio.

Adela se puso de puntillas, buscando las llaves, pero no había ninguna en el clavo sobre el dintel. Miró a sus amigas con asombro y preocupación.

—La llave no está.

—¿Cómo que no está?

—No está... —susurró Adela, mirando a Sara con impaciencia.

—Déjame ver —dijo Helen, pero era demasiado baja para alcanzar el dintel. Sara se acercó y tampoco pudo encontrar nada.

—¿Piensas que alguien la tomó?

—Quizás Julia, para ir al ático... —dijo Adela.

Helen emitió un bufido.

—¿Qué hacemos?

Sara se inclinó para mirar la cerradura.

—Parece una llave bastante común, de esas antiguas, ¿no tendrás otra por ahí?

—No lo sé —dijo Adela, inclinándose para mirar.

—Prueba con la llave de la Casa Turner.

Adela negó con la cabeza.

—No, es más grande. Mira....

Había sacado la llave del bolsillo. Las letras ya habían comenzado a brillar, pero eso ya no les asombraba. Lo que sí las dejó estupefactas fue ver como el paletón se alargaba y cambiaba de forma ante sus ojos.

La reacción de Adela fue tirar la llave al suelo, pero ninguna apartó los ojos del objeto durante todo el proceso.

Finalmente el paletón con forma de laberinto se había convertido en uno sencillo, con dos dientes.

Helen estaba paralizada, mirando la llave, blanca como un papel. Sara, solo mantenía la boca abierta con la vista fija en el pequeño objeto brillante. Fue Adela, la única que, reaccionando, la tomó y abrió la puerta.

—Creo... No se si fue tan buena idea acompañarlas... —dijo Helen, desde el umbral.

—Te lo pasarás genial, ya verás —la animó Sara, tomándola de la mano.

La puerta de la escalera de servicio no tenía llave, de modo que entraron y sin pensárselo demasiado, comenzaron a bajar.

—No toques las paredes —indicó Sara a Helen.

—¿Por qué? —preguntó esta última, con desconfianza.

—Hay arañas —aclaró Adela, mirando a Sara con el ceño fruncido.

Si las paredes se movieron, si los mismos dedos blancos y ásperos se arrastraron para tocarlas, nunca lo supieron. Las tres iban muy concentradas en los escalones torcidos que parecían más flojos que la última vez que habían bajado por allí.

Cuando Sara, quien iba delante, bajó un peldaño y su pierna se hundió en el lugar donde había estado antes el escalón, las tres gritaron, mientras las otras dos tiraban de la chica para que no cayera.

—¡Los peldaños se están moviendo!

Efectivamente, parecía que la escalera se había convertido en un piano, donde alguien ejecutaba una pieza de Liszt. Los escalones subían y bajaban cada vez a mayor velocidad.

Mientras la escalera saltaba y Sara colgaba del poste, algo allá abajo parecía bullir. Nadie lo vio, salvo Helen, pero hubiera jurado que unos dientes enormes se abrían para recibir a su amiga.

—¡¡No me suelten!! —gritó Sara— ¡Por favor! ¡No quiero morir!

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, lograron levantar a la jovencita, hasta que pudo apoyarse nuevamente en el rellano, la única parte de la escalera que permanecía en su lugar.

—¡Volvamos! —gritó Helen, resonando su voz sobre la cacofonía de las maderas.

—¡No! —dijo Sara, negando con la cabeza— ¡No podemos darnos por vencidas!

—¡Bajemos corriendo! ¡Agárrense del travesaño! —sugirió Adela.

—¡Están locas! —replicó Helen, pero más por miedo a quedarse sola que por otra cosa, las siguió.

En medio de sus propios gritos y del estruendo de los escalones, bajaron los tres tramos que les quedaban hasta que llegaron a la puerta que daba paso a la Casa Turner. En ese momento un silencio repentino se adueñó del lugar.

Las tres miraron hacia arriba, buscando algún indicio de que lo que habían visto había sido real, y no solo su imaginación.

Los tres corazones latían desbocados, y aunque la razón era la misma, los sentimientos eran muy distintos. Porque a pesar de conocerse por casi trece años y haber compartido tantas cosas juntas, las tres eran muy diferentes.

Helen, aferrada al brazo de Adela, se preguntaba una vez más si no hubiese sido mejor quedarse en casa en vez de acompañar a sus amigas en esa locura. El miedo nublaba sus sentidos y tenía ganas de ponerse a llorar, como una niña.

Sara en cambio, aunque estaba aterrorizada también, miraba la escalera con una curiosidad peligrosa, como algo a lo que se teme, pero se admira a la vez. Sentía un subidón de adrenalina que le hacía desear más emociones que le aceleraran el corazón nuevamente.

Adela, quizás más madura o más reflexiva, además de asustada observaba todo con preocupación, preguntándose si no había llegado el momento de dejar a un lado su obstinación por aquel lugar y sus moradores. Algo le decía que todo aquello era aún más peligroso de lo que parecía. Algo muy en el fondo de su mente, detrás de los razonamientos y los sentimientos le pedía a gritos que se alejara y no volviera nunca más allí.

Con la mirada fija en la negrura de más arriba, un pensamiento vino a su mente: “¿Y si en realidad todo aquello era una advertencia? ¿Y si Stone Hall conocía lo que habitaba debajo de

sus muros y quería prevenirlas para que no cayeran en las garras de aquel lugar?”. Movi6 la cabeza sinti6ndose tonta por albergar semejante pensamiento.

Sac6 la llave del bolsillo, y vio que hab6a vuelto a ser la misma de siempre: grande, con el intrincado palet6n, y brillando con furia.

—Creo que ha llegado el momento de decidir —dijo, con la vista fija en la llave—. Quiz6s estamos siendo demasiado ingenuas al creer que todo esto ser6 solo divertido.

—Se que van a re6rse de m6, pero yo tengo mucho miedo —dijo Helen, con ojos asustados.

—La 6ltima vez tambi6n nos llevamos un susto en la escalera, pero despu6s todo fue bien. Estamos a punto de descubrir algo grandioso, estoy segura.

La que hablaba era Sara, y aunque era la que hab6a estado cerca de caer minutos atr6s, parec6a dispuesta a seguir adelante a toda costa.

—Creo que la Casa Turner es mucho m6s que un lugar de retiro y descanso. 6No notaste algo raro? —insisti6 Adela.

—Es obvio que hay algo raro, Adela, eso lo sab6amos desde que encontramos la llave y esta puerta. Aqu6 todo es magia, la gente, las cosas... Quiz6s es solo un hechizo y ni siquiera son reales...

—Son reales —dijo Adela, pensativa—, por eso me preocupa...

Las otras dos la miraron mientras ella giraba la llave en su mano.

—Volvamos... —gimi6 Helen.

—6No! —dijo Sara.

Adela suspir6.

—Entraremos una vez m6s, ser6 la 6ltima vez. Si no encontramos lo que estamos buscando hoy, esconderemos la llave y nos olvidaremos de la Casa Turner para siempre —Sara asinti6—. Helen, si quieres, puedes esperarnos arriba.

La chica mir6 hacia la escalera, casi temblando.

—No, no quiero subir sola.

—Esp6ranos aqu6...

—No, est6 bien, vamos —y aunque no parec6a muy segura, igual trat6 de sonre6r.

Adela volvi6 a mirar a ambas, y luego introdujo la llave en la cerradura. Otra vez la puerta se transform6, dejando a la vista la elegante entrada que ya conoc6an.

Helen, a pesar del asombro, no pronunci6 ni una palabra.

Entraron y se dirigieron hacia el mostrador, donde el mismo conserje de gracioso bigotillo, las recib6 con una sonrisa.

—Bienvenida, se6orita Stone —dijo con una inclinaci6n de cabeza—. Se6orita Atkins, se6orita Brown.

Helen abri6 los ojos y la boca. Sara y Adela, ya m6s expertas, solo sonrieron.

—6Podr6amos ir a nuestras habitaciones? —pregunt6 Adela.

—Por supuesto.

Ruth apareci6 junto a ellas como si se hubiera materializado a su lado de repente.

—Qu6 disfruten de su estancia —dijo el conserje.

Ruth abri6 la puerta y las invit6 a seguirla. Sara y Helen empezaron a caminar, pero Adela se volvi6 hacia el mostrador.

—Disculpe... Necesito su ayuda.

El hombre sonri6, anim6ndola a hablar.

—6Podr6a decirle al se6or Stone que lo invitamos a tomar una copa con nosotras? Nos

reuniremos con él en el salón principal en media hora.

—¿Señor Stone? ¿Stuart Stone?

—No, Michael Stone —aclaró Adela.

—Veré que puedo hacer, señorita —dijo el hombre, inclinando la cabeza.

Adela se internó en el corredor y al poco rato estaban las tres en sus habitaciones poniéndose los vestidos; esta vez dejaron que Ruth las peinara. Helen parecía haber olvidado sus miedos ante tanta magnificencia, constantemente lanzaba exclamaciones de asombro, todo lo que veía le hacía suspirar.

Mientras Sara se peinaba, Adela le mostró el resto de las habitaciones que consistían en una salita, un cambiador, con tres espejos de pie, tres tocadores y tres armarios con vestidos, y otra habitación enorme donde había tres camas.

—Aunque estoy casi segura que la última vez estuvimos en esta misma habitación y había solo dos camas... —comentó, pensativa.

Junto a la ventana había un escritorio. Helen se acercó a mirar los objetos allí reunidos, una lámpara que parecía de oro, las cuartillas de papel en una pila perfecta, las plumas de marfil y plata.

Al girarse hacia la ventana vio su propio reflejo, acentuado por la oscuridad de la noche, como si fuera en un espejo. Levantó la mano para acomodarse un mechón de pelo que caía de su coleta, pero para su asombro el reflejo permaneció con ambas manos sobre el escritorio. Volvió a levantar la mano, y acercó la cabeza, para ver mejor, pero la imagen se mantenía quieta en el mismo lugar. Asustada dio un paso atrás, y vio con espanto que la imagen de la ventana sonreía en una mueca maligna.

Pegó un grito y se alejó acercándose hacia Adela.

—¿Qué sucede? —dijo esta, mirando lo que Helen señalaba con el dedo.

—¡¿Lo viste?! ¡Mi reflejo me sonríe!

Adela miró una vez más hacia la ventana, donde una Helen difusa hacía gestos y se movía exactamente igual que la original.

—Es posible —dijo, restándole importancia—. Vamos a peinarnos.

Helen la siguió, sin dejar de mirar hacia la ventana con ojos asustados.

Una vez que estuvieron arregladas, un botones las acompañó al salón. Las tres se sentaron en una de las mesas que estaba en un rincón tranquilo, y pidieron una botella de champán. Helen observó la bebida y luego a sus amigas, obviamente la Casa Turner las volvía muy osadas.

Adela buscó con la vista a Michael y Sara al señor Black. Ninguno de los dos parecía estar por allí, aunque era difícil distinguir a los invitados de las mesas más alejadas a causa de la penumbra en la que se encontraba el salón.

—¿Vinimos hasta aquí para beber? —preguntó Helen—. Creí que íbamos a investigar sobre Hope...

—Y eso haremos, estamos esperando al señor Black, seguramente él tendrá alguna información —replicó Sara, bebiendo un sorbo de su copa.

Uno de los camareros se acercó y dejó delicadamente una tarjeta frente a Adela.

La chica la tomó, y luego de leerla se puso de pie.

—Ya vuelvo —dijo, acomodándose la falda—, no se muevan de aquí.

—¿A dónde vas? —preguntó Sara.

—Busca al señor Black.

—¡¿Qué?! —exclamó Sara, alarmada—. ¡Adela, no nos dejes solas!

Pero nuestra amiga ya se alejaba con paso decidido detrás del sirviente. La vieron caminar hasta una mesa, en el extremo opuesto del salón y tomar asiento frente a un hombre de cabello negro y barba. Sara entrecerró los ojos para tratar de ver mejor, pero no pudo reconocer al individuo.

Mientras tanto, Adela se servía un vaso de lo que fuera que había en la botella. Estaba tan impresionada que no podía hablar.

El caballero la observaba con el ceño fruncido. Tenía las piernas cruzadas y las manos apoyadas con elegancia sobre la rodilla.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó la muchacha, apenas susurrando.

—¿Cómo es que te has convertido en una jovencita tan mal hablada, Adela? —respondió él, sin inmutarse.

—Hace años que no sabemos nada de tí. Te fuiste y nos abandonaste, Julia ha sufrido lo indecible.

Al escuchar ese nombre, una leve mueca de dolor cruzó el rostro del caballero, esculpiendo una nueva arruga en su ceño.

—¿Qué estás haciendo aquí, Adela? —preguntó, haciendo caso omiso al comentario.

—Yo pregunté primero.

Él suspiró, y bebió un sorbo de vino. Luego dejó la copa otra vez sobre la mesa y respondió:

—Este es mi lugar de descanso.

Adela lo miró, primero sorprendida, luego emitió una carcajada burlona.

—¡Por supuesto!

—Debes irte, es peligroso que estés aquí. Además he visto que has arrastrado a tus amigas contigo. No puedo creer que seas tan imprudente.

—¡Y yo no puedo creer que seas tan insensible, Simaco! ¡Ni siquiera te alegras de verme, después de más de cinco años!

Los ojos de Adela se habían humedecido, los escondió detrás de su bebida. Michael alejó con delicadeza la copa cuando ella dejó de beber.

—No pretendo que entiendas lo que pasó o porqué decidí alejarme. Solo puedo decirte que fue lo mejor para todos.

—¿Lo mejor? Quizás para ti, pero no para mí. Y decididamente no para Julia. Le debes una explicación.

Sir Michael volvió la cabeza hacia donde estaban las chicas, que no apartaban la vista de ellos dos. Casi con indiferencia, preguntó:

—¿Cómo está Julia?

Adela lo miró, indignada.

—Si quieres saberlo, pregúntaselo a ella.

—¿Está aquí?

Aun Adela, que era muy joven y no tenía idea de lo que había pasado entre Michael y Julia, pudo notar el dejo de esperanza en la voz del fantasma.

—¿Qué estás intentando hacer? ¡Explícamelo, porque no lo entiendo! —preguntó.

Por supuesto, él no respondió. Solo volvió la mirada hacia ella, con la mandíbula tensa.

—De acuerdo, supongo que prefieres estar aquí engañado, rodeado de esta falsa felicidad, en vez de vivir en tu casa cerca de los que te quieren —se puso de pie, y lo miró con tristeza—. Buenas noches, sir Michael, que disfrute de su estancia en la Casa Turner —dijo, y se alejó hacia

donde estaban las chicas.

Mientras caminaba trató de recomponerse. Sus amigas no debían verla llorar, le pedirían explicaciones que ella no podía dar.

Se sentó, y las otras dos inmediatamente comenzaron con las preguntas: “¿Quién es?” “¿Qué quería?” “¿Qué te dijo?”

Abrió la boca para responder, pero en ese momento un caballero rubio se acercó a ellas. Haciendo una reverencia les sonrió, mientras las observaba con sus ojos oscuros.

—Permítame darle la bienvenida personalmente, señorita Stone —dijo, dirigiéndose a Adela—, y a sus encantadoras amigas.

Las chicas hicieron cada una lo que les pareció más adecuado: Sara inclinó la cabeza levemente hacia el costado, sonriendo, Helen se inclinó hacia adelante, torpemente, y Adela extendió su mano.

El joven la tomó y la besó, apenas rozando los guantes de la chica.

—Un gusto conocerlo, señor...

—Turner —dijo el hombre, mirándola intensamente—, Jeremy Turner.



Stone Hall, esa noche

Subí las escaleras y me dirigí a la habitación de Adela.

Desde el pasillo llegaban los sonidos de la música que habían puesto horas atrás. Me acerqué a la puerta para escuchar mejor con la esperanza que estuvieran dormidas. No se oían voces. ¡Perfecto!

Desde la mañana había esperado que salieran las tres a pasar el día con amigos, como solían hacer todos los adolescentes en Boxing Day, pero las tres habían estado metidas en la biblioteca o deambulando por la casa. Por eso se me había hecho imposible ir a investigar la puerta de la escalera de servicio.

Había buscado entre las llaves que me había dejado Emilia años atrás, las que estaban en los cajones y otras que encontré por ahí, pero ninguna me parecía lo suficientemente grande y antigua como para abrir esa puerta. Sin embargo había puesto todas en una bolsa y pensaba probar una a una si era necesario.

Con la bolsa en la mano fui hasta el ático. Al pasar frente al salón de baile, abrí el cajón de una de las cómodas que estaban en el pasillo y tomé las llaves que había guardado allí la noche anterior. Llegué hasta la entrada que conducía a las habitaciones de servicio e introduje la adecuada para abrir la puerta, pero esta estaba sin cerrojo. Me sorprendí, pero como no podía recordar si había vuelto a cerrar la puerta o no la noche anterior, después de perseguir a Michael, no le di demasiada importancia.

Cuando me encontré frente a la escalera de servicio, suspiré, luego abrí la puerta y empecé a bajar.

Me tomó solo unos minutos alcanzar el último escalón, donde sí me sorprendió ver muchas

pisadas en el rellano. Allí el polvo casi había sido removido por las huellas de diferentes tipos de zapatos.

Mientras trataba de entender cómo había sucedido eso y quién más, además de Michael, había llegado hasta allí, empecé a probar las llaves más grandes. Había seleccionado todas las posibles, que eran unas doce en total.

Después de probar las dos primeras, noté que la tercera ni siquiera entraba y la cuarta se quedó atascada.

Estaba luchando por sacarla, cuando vi un brillo extraño que salía de la cerradura. Di un paso atrás mirando la puerta y vi que por los bordes asomaba una repentina claridad que iba creciendo poco a poco. Mientras miraba la puerta con la boca abierta, la llave salió volando, golpeándome en el estómago.

Me incliné para recogerla, sin salir de mi asombro al observar como la puerta pasaba de ser una insignificante entrada vieja y polvorienta, a convertirse en un lujoso portal de madera lustrada con cerradura y goznes de oro.

Las voces hicieron que me quedara inmóvil, escuchando. Me tomó solo un segundo reaccionar, y comencé a subir la escalera corriendo. Al llegar a uno de los rellanos, vi la portezuela que estaba en la pared, y sin pensarlo la empujé para salir del camino de quienes fueran que estaban por abrir la lujosa puerta. Pero estaba cerrada. Con desesperación moví la luz del teléfono, buscando un cerrojo, hasta que encontré un pasador, lo levanté y la puerta se abrió. No tenía más de un metro y medio de altura, así que tuve que agacharme para entrar, pero justo mientras volvía a cerrarla, vi que la luz iluminaba la escalera.

Me quedé muy quieta, escuchando.

Mi corazón galopaba y todos los temores, tan lejanos, que me habían acompañado por años en esa casa, volvieron en tropel.

Brujas, monstruos y fantasmas. Maleficios, conjuros. Promesas y mentiras. Recuerdos que me golpearon el pecho, pero sobre todo el temor a que todo comenzara otra vez.

“No se quien es, pero no puedes negar que está para comérselo”

¿Sara? ¿La que hablaba era Sara?

“Todos son guapos, ¿no te diste cuenta?”

¿Helen?! ¡Oh, Dios!

“Chicas, por favor, centrémonos en lo más importante”

Y Adela, por supuesto...

Reprimí un impulso de abrir la puerta y exigirles que me dijeran de dónde venían. Me di cuenta que si lo hacía iba a tener que dar explicaciones acerca de mi presencia allí, lo cual significaba hablar de Michael y de lo que había pasado la noche anterior en el baile.

De manera que esperé a que se alejaran.

Oí que abrían una puerta –la de la escalera de servicio– y luego dejé de escucharlas.

Me apoyé en la pared y observé el lugar donde me encontraba. Era la última habitación de la segunda planta, una que nunca usábamos. Estaba junto a la de Adela, y recordé que Emilia la había preparado para mí muchos años atrás, cuando volvimos a la casa después de la muerte de Lucia y Samuel. Pero yo me había negado a usarla. Había vuelto al cuarto que Lucia tenía siempre preparado para mí, que aunque era más pequeño, lo sentía mío, el cuarto que aun seguía usando hoy después de tanto tiempo.

Escuché a las chicas cuchichear junto a la puerta de la habitación de Adela, finalmente entraron y se encerraron allí. Un momento después dejó de sonar la música y pude oír que

hablaban, pero aunque me acerqué a la pared para tratar de escuchar, solo percibí unos murmullos ahogados.

Volví al centro de la habitación y observé la puertecita que se perdía en el empapelado de la pared de la izquierda. Alumbré el lugar con mi teléfono y reconocí que habían hecho un gran trabajo disimulando esa entrada. Me alegré de haberla encontrado, especialmente porque ese cuarto estaba entre la habitación de Adela y la escalera de servicio. Evidentemente ellas no sabían de su existencia y eso me daba cierta ventaja.

Abrí la puertecita, y volví a bajar la escalera, con la ridícula esperanza de que quizás las chicas hubieran dejado la puerta abierta. Pero no solo estaba cerrada, sino que había vuelto a transformarse en la antigua entrada de madera gastada.

Me entretuve probando las ocho llaves que me quedaban, aunque sabía que esa puerta no se abría con una llave común. La pregunta era cómo había entrado Adela. ¿Tenía una llave? Y entonces un pensamiento hizo que se me acelerara la respiración: ¿se la había dado Michael?

Regresé a mi habitación y me desplomé en la cama.

No había nada que pudiera hacer ahora, salvo vigilar a Adela o tratar de encontrar la llave. Mientras ella estuviera de vacaciones solo podía ocuparme de lo primero. Cuando volviera a clases, ya tendría la oportunidad de buscar esa llave que, si existía, seguramente ella ocultaba muy bien.



Stone Hall, al día siguiente

Adela tenía una semana más de vacaciones. Sara y Helen pensaban quedarse con ella en la mansión por otros tres días, lo cual no me sorprendió dado la misteriosa empresa en la que estaban involucradas.

Por un lado, comprendía que, a su edad, disfrutaran de esa aventura, sin ser conscientes del peligro al que se exponían. Sin embargo, me dolía que Adela no hubiera confiado en mí, contándome lo que habían descubierto o lo que estaban haciendo. Nunca antes había actuado de esa manera, o al menos era la primera vez que yo me daba cuenta.

El teléfono sonó sobre las ocho de la noche.

Yo me había dedicado a ordenar los cuartos de la segunda planta para justificar mi presencia allí. Las chicas habían estado en la biblioteca, en los jardines, y ahora veían una película en el salón. Estaba segura que, si volvían a ese lugar detrás de la misteriosa puerta, lo harían en la noche, cuando yo estuviera durmiendo.

Sentada ahora en el salón con un libro y una taza de té, mire la pantalla del teléfono y, al reconocer el número, sonreí.

“¿Cómo estás?” escuché.

—Muy bien, y tú.

"Aquí, con una tarrina de helado que se empieza a derretir" dijo.

—¿Helado?

"Abre, es de chocolate con cerezas".

Riendo fui hasta la entrada para dejarlo pasar.

Su beso me hizo olvidar todas mis preocupaciones. Por un instante hasta Michael se evaporó en la inconsciencia del presente.

Preparamos chocolate caliente y comimos el helado acompañado de galletas, uno de los placeres que compartíamos cuando éramos unos jóvenes estudiantes.

Me sentía feliz, tan cómoda a su lado, en una charla distendida de bromas y recuerdos, hasta que él hizo la pregunta que, instantáneamente, cambió mi humor y amenazó con convertir esa noche en un mal recuerdo.

—¿Cómo está Michael?

Lo miré, pensando que había escuchado mal.

—¿Michael? —él asintió—. Ni idea —dije, levantándome de la silla con la excusa de llevar las tazas al fregadero.

—Creí que seguía viviendo aquí.

—No, hace años que se fue.

—¿Se fue? ¿O se escondió otra vez?

Me volví, y lo miré.

—¿Hay alguna diferencia?

Se quedó en silencio, pero solo por unos segundos.

—¿Por eso dejaste la casa?

—No, Lucas, no fue por eso. Además, ¿qué importancia tiene lo que pasó hace ya tanto tiempo?

—Tiene importancia para mí.

—¿Por qué? —pregunté, volviéndome para mirarlo a los ojos.

—Porque tuviste la oportunidad de elegir y no la aprovechaste.

—Oh, es eso...

—Si. Si tanto lo amabas ¿por qué no decidiste vivir a su lado?

—Porque eso era imposible, quizás Michael era el único que lo entendía, por eso se fue.

—¡Oh, por supuesto! —y noté el sarcasmo en su voz.

—Tú también te fuiste, sin siquiera despedirte. Otra vez huiste, parece que es la única manera que tienes de resolver los conflictos.

Obviamente lo que estaba diciendo era totalmente injusto, pero no me importó.

—Tú sí que eres experta en resolver conflictos, Julia. ¡Mírate! Lo único que haces es apartar a la gente.

—Yo no te aparté, te fuiste.

—Es verdad, pero volví.

—Yo también...

—¿Volviste por él?

Mi paciencia llegó a su fin.

—¡Por Dios, Lucas! ¿No puedes dejar de competir con Michael por un segundo? Ya me tienes, soy tuya, estamos juntos... ¿Qué más quieres?

—¿Eres mía, Julia? ¿De verdad?

Lo miré con tristeza, ni yo misma conocía la respuesta a esa pregunta.

—¿Para esto volviste, Lucas? Él está tratando de irse desde hace años, pero tú no lo dejas. Lo traes a nuestras vidas una y otra vez.

La conversación con Lucas me dejó agotada y de muy mal humor, siempre volvíamos a lo mismo. Tarde o temprano, Michael era el protagonista de nuestras conversaciones. ¡Maldito

Michael!

Al día siguiente decidí ir a visitar a Zareb, a quien hacía ya más de un mes que no veía. Al llegar, me recibió con su habitual cariño. Lo miré, asombrada una vez más de lo bien que se manejaba desde su silla de ruedas.

Durante los últimos años nuestra amistad había crecido hasta hacerse entrañable, pero la salud del anciano había empeorado mucho, y a los problemas del corazón se habían agregado otros en los huesos, por lo que prácticamente no caminaba.

Sin embargo era totalmente independiente, y todos sus amigos estábamos siempre atentos a sus necesidades.

Preparó el té y trajo la bandeja hasta la mesita de centro, pero dejó que yo me ocupara de servir.

Concentrada en mi tarea no presté atención a lo que estaba diciendo hasta que la palabra "Michael" escapó de sus labios.

—¿Michael? —pregunté, alcanzándole la tasa, sorprendida de que alguien lo mencionara por segunda vez en menos de veinticuatro horas.

—Sí, fue un sueño bastante raro. Aunque, claro, había estado pensando en él antes de dormir.

Hacía mucho tiempo que no hablábamos de Michael, en parte porque él prácticamente me había obligado a no mencionar su nombre, una forma poco sutil de ayudarme a olvidarlo.

Cuando Michael había decidido irse, abandonándome sin siquiera una palabra de despedida, una de las primeras cosas que hice fue correr al apartamento de Zareb.

Al contarle lo que había pasado él categóricamente había afirmado: “No volví al Orun Ayé, lo sé”.

“¿Cómo lo sabes?”, había reclamado yo, entre lágrimas.

“Porque no es tan estúpido como tú. Nunca volvería a ese lugar para ser torturado”.

“Entonces ¿dónde está...?”

Pero Zareb no tenía una respuesta para esa pregunta, nadie la tenía.

Ahora, después de tantos años, él volvía a traerlo a nuestra conversación. Traté de mostrarme indiferente, mientras revolvía mi té.

—¿Qué soñaste? —pregunté

—Que era feliz. Tal vez fue una especie de revelación, porque antes de dormir me había estado preguntando dónde estaba.

Asentí, sin agregar nada.

—Adela te manda un abrazo, dijo que vendrá a verte el viernes.

—¿Qué piensas tú? —inquirió, obviando mi comentario.

—¿Sobre qué?

—¿Estás tratando de hacerme creer que ya Michael te es totalmente indiferente, Julia? Estoy más viejo, pero no más ingenuo.

—No, no es eso, solo que normalmente no quieres hablar de él, además siempre terminamos discutiendo —pero como me miraba, con una ceja enarcada, me atreví a decir—. Michael está bien, quizás mejor que nunca.

—¿Qué quieres decir?

Podría haberme quedado callada, pero quizás necesitaba compartir con alguien lo que había pasado en la noche de navidad. Y no había nadie en quien yo confiara más que en Zareb.

De modo que le conté todo, con lujo de detalles, aunque obviando los besos y mi persecución

escaleras abajo.

—¿Qué piensas? —pregunté cuando terminé con mi relato.

—No lo sé... Tal vez está en la casa, pero ya no vive en la Biblioteca...

—¿Eso crees?

—¿Qué crees tú?

Lo miré sin saber si debía contarle que había visto a Adela entrar y salir de “ese” lugar.

—Creo que se había ido, pero volvió.

Zareb solo mantuvo su mirada en mis ojos, hizo una mueca indescifrable y volvió a su taza de té.

Cuando volví, recorrí la casa buscando a Adela. Ella y sus amigas, estaban otra vez en la biblioteca. Tenían todos los libros desparramados sobre el escritorio y en el suelo. Entré para ver si necesitaban algo y les pregunté acerca de su investigación.

Mientras Sara me leía algunos párrafos interesantes que iban a utilizar en su trabajo, aproveché para curiosear, sentada en la butaca. Sobre el escritorio había mil cosas, pero llamó mi atención un libro abierto, que tenía una caja en su interior. Alargué la mano y miré la portada del libro: “Cumbres Borrascosas”. Empecé a levantar la tapa de la caja, cuando Adela me vio. Se puso de pie rápidamente y vino casi corriendo hacia mí.

—¡Cuidado! —dijo, apartando el libro de mis manos—, es muy antiguo.

—¡Lo siento! ¡No voy a romperlo! —dije—. Nunca había visto uno, aunque escuché que solían usarlo para guardar dinero, joyas o incluso armas. ¿Lo encontraste aquí? ¿Qué hay dentro?

—Nada, estaba vacío —se apresuró a responder, pero vi la mirada que intercambiaron con Helen.

—Bueno, las dejo. Cuando quieran comer me avisan —comenté, dirigiéndome hacia la puerta.

Bajé la escalera sonriendo. Adela había sido muy rápida para apartar el libro de mis manos, pero no lo suficiente. Había alcanzado a ver algo muy interesante dentro de la caja: una llave.



Stone Hall, 23 de febrero de 1892

Lily abrió la puerta, y Hope apartó las mantas de la cama. La doncella vio que estaba completamente vestida.

—¿Ya está lista? ¿Tiene todo? —Hope sacó una llave de su bolsillo y se la mostró a Lily, esta la miró con atención—. Casa Turner... —leyó.

—Vamos —dijo Hope, guardándola en el bolsillo otra vez.

—¿Está segura? ¿Y si su padre la busca para volver a ese lugar?

—No lo creo, estaba completamente dormido. Ha bebido lo suficiente como para no despertarse hasta el mediodía... —el tono era triste, aunque quizás Lily no lo notó.

Bajaron al segundo piso y pasaron con cuidado frente a la habitación de lord Stone. Siguieron caminando y entraron en el último cuarto. Fue recién ahí que Lily se atrevió a encender una de las lámparas que estaba sobre la mesa.

Mientras, Hope fue hasta la pequeña puerta y la abrió.

Se internaron y empezaron a bajar la escalera. No sabían hasta dónde debían llegar, pero continuaron hasta que se toparon con una pesada puerta de madera, mucho más grande que las otras que usaba la servidumbre para acceder a los corredores de la mansión.

Cuando Hope sacó la llave del bolsillo, esta brillaba, iluminando el rellano. Sin saber que hacer, se la entregó a Lily, que la pasó de una mano a la otra, como si no quisiera tocarla.

Hope señaló el reflejo que salía por la cerradura, y Lily susurró: “¡Dios bendito!” haciendo rápidamente la señal de la cruz. Introdujo la llave en el cerrojo y la brillante luz anaranjada se esparció por toda la puerta, dejándola nueva y reluciente, como si estuviera recién lustrada.

Las dos dieron un paso atrás, y Lily apretó la mano de su señorita, un gesto que jamás se hubiese permitido en otras circunstancias.

Con manos temblorosas Hope abrió la puerta.

De repente se encontraron en otro lugar: un pasillo aún más lujoso que los de Stone Hall, aunque esto pareciera imposible. Las paredes estaban cubiertas de caoba y una increíble alfombra y candelabros de oro adornaban el corredor hasta donde ellas alcanzaban a ver.

Tras pasaron el umbral, y Lily, empezó a cerrar la puerta, sin mirar hacia atrás, cuando notó que algo se lo impedía.

Volvió la cabeza y emitió una exclamación que hizo que Hope también se girase.

Allí, en camión, con una bata y una cofia espantosas, estaba la señorita Scott.

Las dos abrieron la boca en un gesto de desconcierto. La primera en hablar fue Hope.

—Señorita Scott... ¿Qué hace aquí?

—Eso mismo me pregunto yo, milady. ¿A dónde van ustedes? ¿Qué es este lugar?

—Lo siento, pero no puede entrar... —dijo Lily, y empezó a cerrar la puerta.

—¡No se atreva a cerrarme la puerta en las narices, niña! —dijo, y apartando a la doncella, dio dos pasos mirando hacia los lados—. ¿Qué es esto?

Hope se apresuró a cerrar la puerta, por miedo a que algún otro sirviente las viera.

—No puedo explicárselo, debe irse...

—¡Por supuesto que no me iré! ¿Cree que voy a dejarla aquí sola?

Hope dudó, sin saber qué decir.

—Señorita Scott —dijo Lily, con tono conciliador—, lady Hope necesita ver a alguien... Es muy importante, es... Es un asunto de vida o muerte.

—Pues si es un asunto tan importante, es más que evidente que debo acompañarla. La que debería volver a sus habitaciones es usted, Lily.

La señorita Scott avanzaba con su bata y su cofia con la misma elegancia que si estuviera llevando el más majestuoso de los trajes de fiesta. Las otras dos no pudieron hacer nada más que seguirla.

En un giro del corredor se encontraron con un conserje de impecable traje negro que les sonreía detrás de un mostrador de caoba.

—Bienvenidas a la Casa Turner, señoritas. Señora —dijo inclinando la cabeza hacia la señorita Scott.

—Señorita —aclaró esta, acomodando su cofia.

El hombre sonrió y miró a Hope.

—Señorita Stone, veo que tiene la llave.

Hope todavía miraba al hombre con los ojos desorbitados, y el desconcierto le impedía hablar. Inclino la cabeza observando el bolsillo de su vestido, a través de la gruesa tela, se podía ver un brillo revelador allí donde se encontraba la llave.

Cuando escuchó a la espiritista decirle a su padre que lo convertiría en el carcelero de sir Michael, ella esperaba encontrarlo en una celda, en alguna mazmorra en el subsuelo de la mansión, pero este lugar distaba mucho de ser una cárcel. ¿Se habrían equivocado? Quizás sir Stone no estaba allí, tal vez este era otro lugar que frecuentaba su padre por las noches por diferentes razones.

—Caballero, ¿podría decirme qué clase de establecimiento es este? Me temo que es la primera vez que visitamos sus instalaciones... —preguntó la señorita Scott, mirando a las chicas para que se mantuvieran en silencio.

—La Casa Turner es un establecimiento de descanso y bienestar, señorita.

—Ohhh... —solo atinó a responder la institutriz, no muy segura de lo que eso significaba.

El conserje chasqueó los dedos e inmediatamente apareció una doncella, de impecable uniforme.

—Ruth las llevará a sus habitaciones. Disfruten de su estadía.

La doncella las invitó a seguirlas, y abrió una puerta conduciéndolas por otro corredor aún más lujoso que el anterior.

—¿Qué es lo que viene a hacer aquí? —preguntó la señorita Scott en voz baja para que no la escuchara la doncella—. ¿Se da cuenta de lo peligroso que puede ser este lugar? ¡Ohh, Dios mío! Su madre me despedirá y mi reputación quedará por los suelos.

—Puede irse. Vuelva a su habitación, lo único que le pido es que no cuente nada a mis padres...

—No diga tonterías, jamás la dejaría sola en un lugar como este. Ya estamos aquí, pues sigamos. ¿A qué ha venido?

Lily negó con la cabeza cuando Hope la miró.

—A buscar a alguien...

—Eso es lo que dijeron antes. ¿A quién?

—A... Sir Michael Stone...

—¿¡El fantasma!? —la doncella se volvió al escuchar gritar a la señorita Scott.

—¿Lo conoce? —preguntó Hope, sorprendida.

—Solo de nombre... Esto es peor de lo que esperaba —murmuró para sí.

Ruth se detuvo frente a una puerta, y la abrió dando paso a una lujosa sala de estar.

Las tres miraron el lugar sin atreverse a entrar. Hope con curiosidad, Lily y la señorita Scott con angustia pensando en sus empleos.

Entraron, y la doncella les mostró el resto de las habitaciones.

La señorita Scott caminaba detrás de Ruth, quien llevaba una lámpara en sus manos. Al abrir la puerta que daba acceso a los dormitorios, la sombra de la doncella se movió ligeramente hacia la derecha, pasando por delante de la muchacha. Esta pareció mirarla por un instante y, mientras la institutriz las observaba a ambas anonadada, la sombra volvió a su sitio.

Ruth se volvió para mirar a la mujer, quizás para asegurarse que no había visto nada, y la señorita Scott giró la cabeza justo a tiempo.

—Sus habitaciones. Encontrarán atuendos apropiados en los arcones del vestidor. Si necesitan algo, solo hagan sonar la campanilla —y con una inclinación de cabeza, las dejó solas.

Apenas la muchacha cerró la puerta, la señorita Scott, encaró a Hope.

—Debemos irnos ya mismo, no toquen nada —dijo tomando del brazo a su pupila y asomándose al pasillo.

—No podemos irnos ahora —replicó Hope—. Necesito saber si... Si este es el lugar...

—¡Este lugar está embrujado! —susurró la institutriz—. ¡¿Es que no se han dado cuenta, todavía?!

—¿Embrujado? No, quizás encantado pero... —empezó a decir Lily.

—No parece un sitio encantado —comentó Hope.

—Ese es el propósito de los encantamientos... —Hope la miró sin entender—. No deben parecer encantamientos, de lo contrario no cumplirían su función, ¿verdad?

Hope asintió. Puede que ella tuviera más conocimientos de francés y arte, pero su doncella le ganaba en sentido común.

—No, Lily —insistió la institutriz—. Los encantamientos pueden ser interesantes, hasta divertidos, esto es brujería...

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Hope.

—Lo sé —su rostro se había tornado más serio que de costumbre, y Hope vio algo en los ojos de la mujer que no había visto antes—. ¿Puede decirme para qué quiere ver al espíritu?

—Se que usted no cree que exista, pero...

—Ya lo sé, va a decirme que es alguien bueno, que está atrapado en esta casa y usted necesita ayudarlo a liberarse.

—Algo así —dijo la chica—, ¿cómo lo sabe?

La mujer se fue a sentar pesadamente en una de las camas. Había perdido toda su elegancia.

—¡No puedo creer que sea tan inocente y haya creído sus mentiras! ¿Qué le prometió?

—¿Quién?

—¡El fantasma! ¡¿De quién estamos hablando?!

—Nada —respondió Hope, confusa—. ¿Qué quiere decir?

—Los espíritus que han permanecido en la tierra, están siempre furiosos. Lo único que buscan es lastimar a los mortales, vengarse o simplemente divertirse haciéndoles algún mal. Por eso no se debe hablar con ellos, eso siempre los fortalece. Lo que hizo su padre fue la mayor imprudencia del mundo...

—Sir Michael no es así —dijo Hope—, usted no lo conoce.

—No, pero conozco a otros.

Hope la miró, pensativa. De pronto vio a la señorita Scott como a alguien diferente. Ya no era solo la institutriz, esa gobernanta que lo único que buscaba era fastidiarla y castigarla. Era también una mujer, que alguna vez había sido joven y que, tal vez, había vivido cosas que Hope ni siquiera podía imaginar.

Entonces, sin saber muy bien por qué, le contó lo que había hecho la médium que había visitado la casa días atrás.

La señorita Scott se puso pálida.

—¡Oh, Dios! Eso no es el trabajo de un medium sino de... de una bruja. Lo que sospechaba, hechicería pura.

Hope la miró, estupefacta, y Lily comenzó a temblar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Qué si una bruja envió al espíritu aquí...

No pudo agregar nada más. Miró a las dos niñas que la observaban con ojos atónitos y asustados. Maldijo el no haberles impedido entrar, en vez de seguirlas. Pero ahora era demasiado tarde, debían actuar con astucia o la Casa Turner y sus moradores jamás las dejarían libres.



La Casa Turner, más tarde

Un conserje las guiaba hacia el salón, donde les dijo que podrían tomar un refrigerio.

Las chicas iban detrás de la señorita Scott, que había rejuvenecido diez años con su vestido de fiesta.

La mujer les había dejado claro algunas cosas: primero, no debían hablar, ella se ocuparía de eso. Segundo, en cuanto encontraran al fantasma —si es que estaba allí— saldrían volando de esa casa maldita. Y tercero, aunque pedirían unas copas, no debían comer o beber absolutamente nada.

Aunque las muchachas no entendían el porqué de esas reglas, estaban tan asustadas después de lo que la mujer les había dicho, que no pusieron ninguna objeción.

La señorita Scott, por su parte, estaba aterrorizada aunque no lo demostraba. Años atrás, cuando era una joven institutriz de apenas veinte años, había entendido el poder de la brujería y la fragilidad de la voluntad humana ante tan increíbles facultades. Ahora, ya no temía por su empleo, sino por esas niñas que debía cuidar y defender con todas sus fuerzas.

A cada paso que daban podía ver con más claridad cuán oscuro y siniestro era ese lugar. El lujo, la calma y el ambiente relajado, incluso las sonrisas de los empleados era solo una máscara para ocultar lo que verdaderamente se escondía allí.

Llegaron al salón. El esplendor las dejó a las tres, momentáneamente boquiabiertas. Se sentaron y un camarero les trajo una botella de champán y tres copas.

—Aún no hemos decidido qué beberemos —dijo la señorita Scott, mirando con el ceño fruncido la botella de alcohol.

—Lo sé, señora. Es una invitación de aquel caballero —y señaló con la cabeza a un hombre

que se encontraba dos mesas más allá.

—¿Es el fantasma, milady? —preguntó Lily a Hope. Esta negó con la cabeza mientras observaba al hombre que le sonreía.

—Viene hacia aquí —las alertó la señorita Scott.

El joven caballero llegó hasta ellas con paso elegante. Hizo una reverencia y se dirigió directamente a Hope.

—¡Qué alegría recibirla en nuestra casa, lady Stone! —dijo, y sin esperar una invitación, se sentó a la mesa.

—¿Es esta su casa, señor? —preguntó Hope, a pesar de la mirada reprobatoria de la institutriz.

—Es como si lo fuera... — Hope miró a Lily, y carraspeando se atrevió a continuar.

—Hemos venido a ver a lord Michael Stone. ¿Podría indicarme donde puedo encontrarlo?

El caballero enarcó una ceja, y fingió pensar al respecto.

—Michael Stone, me temo que no lo conozco. ¿Es un familiar?

—Sí —respondió la jovencita, sin dudar.

—Lamentablemente no conozco a todos los invitados.

—Debería haber llegado hace unas semanas...

El hombre negó, haciendo una mueca de disculpa.

—Pero puedo llevarla al salón de juegos, quizás lo encuentre allí.

La señorita Scott se acomodó en su silla.

—Lo siento, caballero, pero no podemos quedarnos mucho tiempo, le agradezco sus atenciones, pero...

—Me temo que la invitación es solo para lady Stone, señora.

El tono cortante contrastaba con la sonrisa melosa del hombre.

—Disculpe, pero la señorita Stone no irá con usted a ninguna parte, señor —y poniéndose de pie, añadió—. Nos vamos. Milady...

Hope miró alternativamente al hombre y a la institutriz.

—Quizás pueda ir solo a echar un vistazo...

—No, milady, de ninguna manera.

El caballero se puso de pie y tendió una mano a Hope.

—La acompaño —dijo. Sus ojos oscuros destellaron un instante con un extraño brillo dorado.

La señorita Scott se adelantó, pero el hombre giró la cabeza y la miró. La furia que vio en esos ojos la dejaron paralizada.

Cuando el caballero volvió la vista hacia la chica esta solo pudo ver amabilidad.

—Vamos —insistió—, solo eche un vistazo para comprobar si su familiar está allí.

Hope extendió la mano, pero cuando iba a tomar la del joven, Lily la agarró y la atrajo hacia sí.

—Nos vamos ahora mismo —dijo, y tomando también a la señorita Scott por un brazo, empezó a caminar tirando de las dos.

Las otras parecieron reaccionar cuando la vieron tan decidida y se apresuraron a salir del salón a toda prisa. Se cambiaron de ropa y en apenas unos minutos estaban abandonando la Casa Turner.

Al traspasar la puerta de la escalera de servicio y encontrarse otra vez en el segundo piso, las tres se dejaron caer en los sofás.

En las escaleras no habían pronunciado ni una sola palabra, tampoco mientras cambiaban los

lujosos vestidos por su propia ropa. Ahora aún continuaban silenciosas, con las respiraciones agitadas y las miradas perdidas en el vacío.

—¿Qué lugar es ese? No volveremos allí jamás, milady. Debería cubrir esa entrada con ladrillos y enterrar la llave para que nadie la encuentre...

—Esa es la prisión... —dijo Hope, sin hacer caso a las palabras de Lily—. Lo tienen allí encerrado... —y mirando a su doncella, añadió—. Por supuesto que volveremos, Lily. Ahora estoy segura que nadie puede ayudarlo salvo nosotras.

La señorita Scott se levantó de un salto al escuchar esas palabras.

—No volverá allí, ¡se lo prohíbo! —y acercándose a ella, ablandó su mirada, Hope nunca había visto tanta preocupación en sus ojos—. Prométame que no volverá, se lo ruego, milady.

Hope no supo qué decir, pero tampoco quería mentirle.

—Debo volver, usted no lo entiende. Él no merece estar allí...

—Él está muerto, sabe cuidar de sí mismo. No debe preocuparse por él.



El bosque, una noche de 1817

El hombre que caminaba delante de ellos no parecía un caballero, más bien todo lo contrario. Con esa capa, la cabeza cubierta con la capucha y el rostro en sombras, se asemejaba más a un bandolero de los que solían atacar a los carruajes en los caminos.

George estaba convencido de que en cualquier momento iban a aparecer los compañeros de su guía. Los golpearían hasta dejarlos malheridos —o muertos— y los despojarían de todos sus bienes. Sin embargo, no se atrevía a mencionarlo, en cambio, caminaba dócilmente detrás de Ronald, esforzándose por no mirar hacia atrás a cada instante.

Peter iba detrás del hombre. De él había sido la idea y, como siempre, los había convencido para acompañarlo en lo que describió como “la experiencia más excitante que vivirían en toda su vida”. Un amigo de un amigo se lo había recomendado y George estaba seguro que había pagado una fortuna por una única noche de diversión. ¿De qué experiencia se trataba? Ninguno de los otros dos lo sabía, pero confiaban en Peter ciegamente, él nunca los había decepcionado en cuanto a noches memorables.

Habían dejado el carruaje junto al camino, para encontrarse con el misterioso personaje. Se habían internado en el bosque y llevaban caminando alrededor de treinta minutos. Todo se veía cada vez más oscuro, los árboles parecían más salvajes y George más nervioso.

De pronto el hombre se volvió y habló en voz baja. Algo se deslizó desde la mano enguantada hasta la de Peter, y el hombre abrió una cancela de hierro que estaba oculta entre las plantas. Al acercarse, George apreció una especie de cueva, escondida tras los arbustos y las raíces de árboles añejos, junto a un río que serpenteaba en la espesura.

El hombre se internó en el oscuro pasadizo y los tres lo siguieron. Una vieja antorcha parecía estar a la espera de nuevos visitantes, el guía la encendió y comenzaron a caminar.

George había sentido renacer sus esperanzas al ver que, por lo menos, habían llegado a algún lugar. Mientras observaba a su alrededor se dio cuenta que estaban caminando por un pasadizo excavado en la misma tierra, probablemente debajo del bosque. Después de unos minutos, las paredes se transformaron en muros de piedra. Aunque el corredor continuaba, el guía se detuvo frente a una puerta angosta y polvorienta, y la abrió. Una escalera de caracol descendía en tortuosos peldaños. Sosteniéndose de las paredes, los tres comenzaron a bajar.

Finalmente llegaron a lo que parecía el final de la escalera. George no había visto la puerta desde donde estaba, hasta que esta comenzó a brillar, y con un sonido semejante al de cientos de abejas, la vieja madera se transformó en una reluciente y exquisita entrada.

—Los esperaré solo hasta que amanezca, señor Dempster, si no vuelven para entonces, deberán encontrar por sí mismos el camino hasta su carruaje. Pero recuerde que ese será el menor de sus problemas si no devuelven la llave a tiempo a quién se la haya prestado.

—¡Ja! ¿Prestado? ¡He pagado una fortuna por unas pocas horas!

—Alquilado, entonces —dijo el hombre—. Estaré aquí hasta el amanecer, no se retrasen —y pasando junto a los otros dos, se alejó escaleras arriba.

Peter abrió la puerta, y entonces se sumergieron en las maravillas de ese misterioso lugar.

A pesar del esplendor y el lujo, George no se sentía tan impresionado. Haber recorrido tantas millas, en carruaje y a pie, para encontrarse con una simple casa de descanso, no era lo que esperaba. Los salones eran majestuosos, las bebidas incomparables, pero no había nada que le sorprendiera, salvo la interesante transformación de la puerta de la entrada.

—¿Cuánto pagaste por esto? —se atrevió a preguntar al fin.

—Tres mil libras —respondió Peter mirando su copa.

Aunque sabía que su amigo era ridículamente rico e increíblemente excéntrico, igual se sorprendió.

—Has desperdiciado tu dinero, amigo. Siento decírtelo —replicó Ronald, poniendo en palabras los pensamientos de George.

—Todavía no hemos visto nada —dijo Peter, sonriendo.

—¿Hay algo más?

—Ya lo verás.

Cuando el camarero se acercó con una nueva botella, Peter preguntó:

—¿Podría informarle al señor Turner que lo invitamos a una copa? —y discretamente deslizó un billete en la mano del sirviente. Este miró el dinero y lo colocó con delicadeza sobre la mesa.

—Con mucho gusto, señor.

—¿Quién es el señor Turner? ¿El dueño de casa? —preguntó Ronald.

—Algo así.

Unos cinco minutos después vieron a un caballero que se acercaba. Los saludó amablemente y se sentó en la silla que Peter le ofrecía.

—Es un placer que nos visiten, señores. ¿En qué puedo ayudarlos?

—El amigo que me habló de este lugar, me dijo que aquí podría ver cosas extraordinarias —se acercó al señor Turner y murmuró—. Me habló de magia. ¿Es eso verdad?

—Depende de lo que usted quiera ver, y hasta dónde esté dispuesto a llegar —dijo el hombre. Peter miró a sus amigos y sonrió.

—Queremos divertirnos, señor. ¿Es eso lo que me está ofreciendo?

—¿Diversión? Si, podría llamarse así.

Ronald asintió, y George también, aunque con menos entusiasmo.

—Acompáñenme, por favor —pidió el caballero, poniéndose de pie—. Los llevaré a uno de los lugares más emblemáticos de la casa, un lugar muy exclusivo, que pocos visitantes conocen.

Mientras salían del salón, George tuvo la extraña sensación de que se estaban arriesgando demasiado. Algo en la mirada del señor Turner le daba escalofríos: parecía vacía, carente de vida, a pesar de que su sonrisa era amable y sus modales impecables.

Caminaron por unos elegantes corredores y llegaron a una sala central en la que se encontraba una escalera de caracol deslumbrante.

—El Salón de los Espejos, se encuentra en el corazón de la Casa Turner, en el aposento alto. Lo que verán allí los dejará sin habla.

Comenzaron a subir por las majestuosas gradas. Los primeros diez escalones tenían unos cuatro metros de ancho, luego los peldaños se dividían hacia derecha e izquierda y giraban, uniéndose otra vez en un rellano amplio rodeado de ventanas arqueadas con vidrieras. Allí se cruzaban y continuaban subiendo hacia ambos lados para juntarse otra vez frente a una puerta de roble de doble hoja.

El señor Turner la abrió y se hizo a un lado. Al traspasar el umbral se encontraron en un inmenso salón octogonal, cuyas paredes oscuras estaban cubiertas de enormes espejos con marcos de madera de ébano. En el centro se elevaba un pedestal de la misma madera sobre el que se veía una caja de exquisito diseño.

Peter caminó con seguridad hacia el centro del salón, mientras los otros miraban desde la puerta.

—Bonita sala —dijo girando sobre sí mismo—. Debo reconocer que el efecto en los espejos es interesante. ¿Algo más? —preguntó, volviéndose hacia el señor Turner.

Este solo sonrió, y desvió la vista hacia algo que estaba más allá de Peter. El joven se volvió y vio que alguien se acercaba desde uno de los lados del salón. Era una mujer que caminó hacia él con paso elegante.

“Mucho mejor”, susurró el muchacho haciendo un guiño a sus amigos.

Al llegar, la dama extendió una mano, a modo de saludo.

—Encantada de conocerlo, señor Dempster.

—El placer es todo mío, milady —dijo, acercando sus labios a la mano desnuda de la mujer.

—No me llame así, no soy una dama —y mientras hablaba clavó sus ojos en los de Peter. Este le devolvió la mirada, y parte de su inalterable confianza, pareció disminuir.

—Solo una dama puede ser tan elegante y tan hermosa —insistió él.

—No se engañe, señor, no todo es lo que parece —y mientras hablaba, dio una vuelta lentamente alrededor de Peter, observándolo—. Tengo entendido que desea ver algo de magia.

Y sonrió, y a Peter un nudo le cerró la garganta al ver esa sonrisa.

—¿Magia blanca o magia negra? —preguntó, acercándose más a él.

—Cualquiera... —tartamudeó el muchacho.

—De acuerdo, veré que puedo hacer para complacerlo. Muchas gracias, señor Turner —dijo, mirando hacia la entrada.

El aludido cerró la puerta suavemente y los otros dos miraron hacia atrás.

—Acérquense, por favor —dijo la mujer—, su amigo quiere “magia” —y remarcó la palabra con una ligera carcajada.

Los tres estaban mudos, observándola sin poder apartar los ojos. Era más hermosa que

cualquiera de las damas que habían conocido antes, refinada y perfecta. Su cabello sedoso, de un color rojo caoba, caía ondulado hasta sus caderas y se movía acompañando cada uno de sus gestos. Su rostro pálido y armonioso, parecía no tener imperfecciones, y sus ojos, grises como un cielo tormentoso, eran igual de inquietantes que su sonrisa.

George estaba como atrapado, la contemplaba fascinado, y aunque quería salir de allí corriendo, no podía apartar los ojos de ella.

—¿A qué se dedican, caballeros? —preguntó, mientras se acercaba al pedestal.

—Estudiamos en Oxford —respondió Ronald con voz débil.

—Lo que me imaginaba, niños ricos que han venido a divertirse. ¿Me equivoco?

Ninguno de los tres respondió.

—¡Divirtámonos, entonces! —dijo la mujer con voz aterciopelada.

En ese instante empezaron a escuchar una oscura melodía. La música llegaba desde las alturas, donde un órgano de tubos era ejecutado por algún ser oculto.

—Venga aquí conmigo, señor Cooper, su amigo desea ver magia, y usted será mi ayudante. Ustedes dos pueden tomar asiento.

Al pronunciar estas palabras, George y Peter se vieron de repente sentados en dos sillas de terciopelo negro con labrados apoyabrazos, que parecieron atraparlos. Una fuerza oscura e intangible los envolvió dejándolos inmóviles. George quiso ponerse de pie pero parecía tener correas invisibles alrededor de sus manos y de sus pies. Abrió la boca para prevenir a sus amigos, pero las palabras se le atoraron en la garganta, solo pudo emitir un sonido gutural.

—¿Cómo dice? —preguntó la dama, fingiendo interés— No le entiendo, lo siento.

Ronald, de pie a su lado, parecía igual de paralizado. Observaba cada movimiento de la mujer con los ojos agrandados por el miedo.

Con gestos fluidos, ella abrió la caja. Levantó levemente las anchas mangas de su vestido, dejando a la vista unas muñecas blancas y finas y, para sorpresa de los tres hombres, sacó un pequeño plato de oro, que colocó con cuidado sobre el pedestal.

Después se volvió y caminó hacia Ronald. Acercó una mano al rostro petrificado del muchacho y acarició su mejilla. Luego apoyó la palma sobre el pecho y sonrió, y allí mismo, con un movimiento rápido y preciso, atravesó la tela de la camisa y la piel del joven, hasta introducir los dedos en el tórax.

La sangre manaba mientras Ronald miraba su pecho abierto. Quizás se preguntaba, igual que George, cómo era posible que siguiera consciente, como podía estar contemplando su propia muerte. La bruja no le dio tiempo a preguntar, ni siquiera a reflexionar. Presionó la carne y llegó al corazón, lo miró a los ojos un instante y luego con un pequeño tirón, lo sacó fuera.

Ronald cayó pesadamente, como un títere sin mano, como un cuerpo sin alma.

George abrió la boca, pero no pudo gritar, solo podía mirar como la bruja estrujaba el corazón aún caliente de su amigo, y vertía la sangre sobre el suelo de mármol.

Una red de hilos rojos se dibujó en el piso, un trazado geométrico que cubrió todo el salón. Por unos segundos la sangre fluyó velozmente por los delgados cauces hasta que con un sonido burbujeante, desapareció, absorbida por un ente incorpóreo y sediento.

Peter lloraba, con lágrimas mudas, George casi no podía respirar, pero ninguno de los dos podía hacer nada, salvo mirar.

—Su turno, señor Dempster —Peter comenzó a temblar, mientras su cabeza se movía negando con pánico al comprender cuál sería su destino—. ¿Ya no desea ver magia? ¿Ha tenido suficiente?

Mientras la mujer se acercaba, George miró sus largas uñas, cubiertas de sangre, esas que habían arrancado el corazón a su amigo.

—Voy a decirle algo, milord —dijo la bruja, y se inclinó hacia Peter—. No se debe jugar si no se conocen las reglas del juego.

Esta vez sus ojos mostraron toda la ira, toda la maldad y el placer que le provocaba hacer lo que iba a hacer.

—Espero que se divierta —replicó y clavó sus uñas en el torso de Peter mientras éste la miraba aterrorizado. El corazón aún latía en la mano de la mujer, dejó que él lo contemplara, y luego lo arrancó. Sin prestar atención al cuerpo inerte, se dirigió al centro del salón y apretó el corazón liberando la fuente de vida del muchacho. Otra vez el suelo recibió el líquido vital y saboreó cada gota.

George parecía haberse tranquilizado, como si saber cuál sería su destino lo hubiera calmado. Ya no sentía miedo, solo tristeza por haber tomado tan malas decisiones en su corta vida, una vida desperdiciada en el juego y la lujuria. Todas las decisiones lo habían conducido hasta donde se encontraba ahora, malas decisiones o decisiones no tomadas, el simple dejarse llevar por sus amigos.

“Oh, si pudiera volver el tiempo atrás” pensaba, mientras la bruja se acercaba hacia él. “¡Cuántas cosas diferentes haría! Cosas de las que mi padre pudiera estar orgulloso, cosas que alegraran la vida de mi madre y mi propia vida. Alegría verdadera, no placer momentáneo. Me esforzaría por ser verdaderamente feliz y haría feliz a otros”

Sus pensamientos volvieron a la realidad cuando la bruja le habló.

—¿Se está divirtiendo, señor Pratt?

—No —respondió, asombrado de escuchar su propia voz.

—¿Por qué no? ¿No quería ver la verdadera magia?

—¿Es esto magia? ¿Quiere decir que mis amigos no están muertos?

—¡Por supuesto que no! ¿Quién cree que soy?

Se giró apenas y extendió una mano hacia Ronald, este se enderezó y George vio, horrorizado, cómo abría los ojos.

—Estamos aquí para divertirnos, así que... ¡Bailemos!

La música elevó su tono, y un vals de notas graves llenó la sala. Ronald comenzó a moverse, arrastrando los pies como un muñeco roto.

—Venga aquí, querido —ordenó la mujer, el muchacho avanzó hacia ella—. Sonría, ¿qué pensará su amigo si lo ve tan triste? —una sonrisa amplia, de marioneta, se reflejó en el rostro de Ronald. La bruja acomodó la expresión del chico con sus dedos—. Ahí lo tiene —dijo, mirando a George—, le cambiaremos la ropa y volverá a ser el mismo de siempre.

George miró a Ronald con los ojos anegados por las lágrimas. A los pocos segundos Peter estaba también a su lado, sonriente y con la camisa y la chaqueta cubiertas de sangre. Ambos bailaban, con aquellos movimientos torpes y las sonrisas rígidas.

—Es suficiente —dijo la dama y, como si se les hubiese acabado la cuerda, los dos se detuvieron a unos pasos de George, con las cabezas caídas y los brazos lánguidos—. Pueden volver al salón. —Y girándose hacia George añadió—. Espero que disfrute de su estancia en la Casa Turner.

Los otros dos comenzaron a caminar hacia la puerta.

—¿Y yo? —preguntó George, con una ira desconocida naciendo en su pecho—. ¿No va a quitarme el corazón a mi también?

La mujer se volvió y lo miró. Los ojos grises parecieron atravesarlo y él pudo ver parte, solo una parte, del oscuro corazón de la bruja.

—No, señor Pratt, ya la casa ha sido alimentada, no debemos fomentar la glotonería.

—Entonces, ¿podemos irnos? —trató de que no le temblara la voz.

—Me temo que ellos no querrán irse —sus amigos lo esperaban en la puerta, con sus inalterables sonrisas—. Vaya, acompáñelos a cambiarse y beban una copa a mi salud.

Le volvió la espalda y George, sin saber qué hacer, caminó hacia la salida.

No se iba a dar por vencido, en cuanto pudiera se irían de ese lugar, y si Peter y Ronald aún estaban bajo el hechizo de la bruja, los llevaría a rastras.

Lo que el pobre muchacho no sabía era que sus amigos no estaban hechizados, sus amigos habían desaparecido para siempre. Su sangre había alimentado los muros de la Casa Turner y ahora eran parte de ella.

Sancia escuchó que George cerraba la puerta y sonrió.

Siempre era bueno dejar a un testigo, era una forma sutil de perpetuar su poder.

Con sumo cuidado colocó en el plato de oro los corazones de los muchachos, estaban pequeños, y empezaban a perder el tono rojizo natural.

Caminó hasta una de las paredes del fondo, donde un suntuoso armario de ébano ocupaba gran parte del muro. Tenía más de diez puertas labradas con incrustaciones de ónice y manillas de oro. Abrió una y admiró los objetos allí reunidos. Aunque no eran precisamente objetos, sino más bien trofeos de una vida de diligencia; por lo menos eso era lo que ella pensaba.

Tomó el corazón de Peter, hizo un pequeño orificio con la uña, y lo colgó de uno de los ganchos que había en el armario, luego colgó el de Ronald y admiró sus tesoros. Unos cincuenta corazones, negros y secos, colgaban de la pared del armario, organizados impecablemente. Acarició algunos, recordando quizás a sus dueños, luego cerró la puerta y se perdió entre las sombras.



Casa Turner, otro rincón en el tiempo

Las tres estaban sentadas a la mesa esperando a Jeremy Turner.

Sara había elegido un vestido ajustado de gran escote en color negro, seguramente para parecer mayor. Esto pensaba Adela al mirarla; conociéndola como la conocía, sabía que quería impresionar a su anfitrión.

Las había invitado a cenar a las tres la noche anterior y aunque ella no se había sentido tan emocionada como su amiga, sí que veía esto como una oportunidad para saber por qué Michael se escondía allí.

Helen, sin embargo, solo quería recabar información sobre Hope.

Por un breve instante, Adela pudo evaluar la realidad de la situación: las tres estaban completamente locas. Helen, obsesionada por encontrar a una chica que probablemente había fallecido más de cien años antes; ella misma, empeñada en seguir buscando a un muerto que, finalmente, había decidido partir; y Sara... Bueno, Sara quizás era la más desquiciada al intentar coquetear con alguien que vivía en un lugar como la Casa Turner.

Pero, allí estaban las tres.

El señor Turner no aparecía, aunque había mandado una botella de Château Latour a su mesa. Adela tamborileaba con los dedos sobre el mantel blanco, impaciente.

—No vamos a quedarnos más de una hora, cada vez este lugar me da más escalofríos.

—Nos quedaremos el tiempo necesario, Helen —dijo Sara

—Helen tiene razón, una hora y nos vamos.

Sara hizo una mueca e iba a hablar cuando vieron a una mujer que se encaminaba hacia ellas.

Adela la observó, parecía tener unos cuarenta años, su vestido era elegante y las joyas deslumbrantes

—Si todavía tiene interés en encontrarse con el señor Michael Stone, sígame, milady.

Se dirigía, por supuesto, a Adela, ignorando a las otras dos.

—¿Quién le ha dicho que quiero encontrarme con él? —respondió, evaluando a la mujer.

—Lo ha proclamado a los cuatro vientos usted misma —dijo esta sin desviar la mirada.

—Ya hablé con él, gracias

—¿Sí? Sin embargo, aseguraría que tiene más preguntas que antes, ¿me equivoco?

—¿Quién es Michael Stone? —preguntó Helen en voz baja, sin recibir respuesta.

—Estamos esperando al señor Turner, cenaremos con él.

Adela observó el imperceptible cambio en los ojos de la mujer.

—Será solo un momento. Acompáñeme

Con elegancia comenzó a caminar hacia la puerta. No miró hacia atrás para ver si las chicas la seguían.

—¿Vas a ir con ella? —preguntó Helen al ver que Adela se ponía de pie.

—No sabemos quién es... —empezó a decir Sara.

—No sabemos nada de ninguna de estas personas. Vamos a ver que tiene para decirnos.

Cuando el sirviente cerró la puerta del pequeño salón donde la mujer las había llevado, esta se acercó a los sofás y se sentó.

—Voy a decirles todo lo que quieran saber si me prometen que luego regresarán a sus casas y nunca más volverán aquí.

—¿¡Cómo...?! —preguntaron las tres a la vez.

—Me han oído muy bien. Siéntense —ordenó.

—No sé quién es usted, señora, pero...

—Señorita.

—Señorita... pero me temo que no tiene idea de porqué estamos aquí.

—Sí, lo sé muy bien. Están aquí porque son unas niñas demasiado curiosas y demasiado tontas que creen que esto es un juego.

—¿Cómo dice? —preguntó Sara ofendida, más por el hecho de que la llamara niña que por ser calificada de tonta.

—Señorita Stone —dijo la mujer—, este lugar no es lo que parece, usted y sus amigas están en peligro. Si se quedan aquí, llegará un momento en que ya no podrán irse.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé.

—¿Es eso lo que le pasó a Michael?

—No, él está muerto, él puede ir y venir a su antojo.

—Entonces... ¿Usted no está muerta? —preguntó Helen con voz débil.

—Estaba viva cuando vine aquí por primera vez, tan viva como lo están ustedes ahora.

Helen tragó saliva, con algo de dificultad. Sara, por una vez, se quedó callada, mirando a la mujer. Esta continuó hablando.

—Es verdad que una vez sir Stone estuvo atrapado aquí, pero eso fue hace mucho tiempo.

—Explíquese —pidió Adela, tomando asiento.

—¿Cuando conocieron a lady Hope? —preguntó la mujer, dejándolas atónitas.

—¿Hope? —preguntó Helen— ¿Está aquí también?

La mujer las miró sin responder.

—No la conocemos, solo... Encontramos pistas que ella dejó para poder acceder a la Casa Turner —explicó Adela.

—¿Pistas?

—La llave, su diario...

La mujer suspiró.

—Entiendo, aunque creo que no eran pistas.

—¿Conoció a Hope antes de venir aquí? —insistió Helen.

—Fui su institutriz en Stone Hall.

Sara se sentó pesadamente en el sillón junto a Adela, con el rostro transformado por la sorpresa.

—¡Oh Dios! —dijo, en un murmullo que más pareció un quejido.

—¿Hope conoció a sir Michael en la mansión? —preguntó Adela, sin dar muestras de gran sorpresa al saber que estaba hablando con una mujer que había vivido en Stone Hall un siglo atrás. La señorita Scott asintió.

—¿Quién es sir Michael? —inquirió Helen al oído de Sara. Esta solo se encogió de hombros sin apartar la vista de la institutriz.

—Su padre quería deshacerse de él y mandó a una bruja para que hiciera un maleficio.

—¡Una bruja! —dijo Sara.

—Una bruja... —dijo Adela.

—¿Una bruja? —preguntó Helen.

—Sir Michael era un fantasma muy molesto en aquella época. Y la bruja lo trajo hasta aquí, engañado supongo, y... bueno, Hope creyó que él necesitaba su ayuda.

Mientras la señorita Scott hablaba, las piezas se iban uniendo en la cabeza de Adela.

—¿Por qué lo trajo aquí? ¿Usted sabe dónde estamos?

—Claro, que lo se, señorita Stone, estamos en los subsuelos de Stone Hall, la mansión fue construida sobre las ruinas de la Casa Turner.

—¿Sobre sus ruinas?! —exclamó Sara.

—Alguien me dijo que la Casa Turner existió una vez como una lujosa mansión, habitada por damas y caballeros de alta alcurnia —continuó la institutriz—. ¿Cómo se convirtió en esto? —e hizo un gesto con las manos mientras miraba a su alrededor—, es lo que nadie sabe con certeza. Magia y brujería, eso sin duda, pero ¿por qué o para qué?, es un misterio.

Adela se quedó pensativa, mirando a la señorita Scott a los ojos. No sabía cuál era la razón pero sentía que podía confiar en ella.

—¿Por qué vuelve Michael aquí? Usted dijo que fue traído como prisionero de una bruja... Si ésta casa fue una vez una cárcel para él, ¿por qué vuelve?

La señorita Scott miró a Adela, no terminaba de entender el vínculo que la unía al fantasma, aunque vislumbraba que era muy profundo. Quizás tanto o más que el que tenía su alumna.

—Él cree que este es su purgatorio, viene aquí para castigarse.

Adela sintió que las lágrimas subían a sus ojos. Castigarse... En el fondo era la respuesta que esperaba, de alguna manera sabía por qué Michael se negaba a regresar a Stone Hall.

—¿Está Hope aquí con usted? —preguntó Helen una vez más.

Los ojos de la señorita Scott se nublaron un instante, pero ella no dejó que las lágrimas aparecieran. Se puso de pie con decisión.

—Vengan conmigo, les mostraré algo.



El bosque, 28 de enero de 1659

Úrsula miraba a Sancia que leía, inclinada sobre el gran libro que tenía en la mesa. Sus manos acariciaban las hojas a medida que observaba los dibujos y descifraba los extraños signos que algún mago poderoso había grabado siglos atrás.

Cada día que pasaba sumergida en esas páginas se alejaba más y más de todo lo que la rodeaba. Apenas comía, casi no hablaba y solo dejaba el arcano manuscrito para salir de la casa, y perderse en los bosques por días enteros.

Úrsula sabía cuál era la causa del inmenso dolor que había cambiado el destino de la muchacha. Había tratado de ayudarla, no solo salvando su vida sino brindándole un hogar, su humilde hogar, para que pudiera recuperarse. Pero nunca habría imaginado que esa niña inocente iba a transformarse en aquella mujer tan oscura, alguien que a veces le daba miedo.

De pronto Sancia levantó la cabeza y miró hacia la ventana, como si hubiera escuchado algo o a alguien. Se puso de pie y abrió la puerta, un viento helado penetró en la austera sala, haciendo que Úrsula se arropara con su chal. A lo lejos, sobre los árboles más cercanos a la villa, se veía un extraño fulgor.

—¿Qué crees que es? ¿Un incendio? —preguntó la vieja, acercándose al umbral.

Sancia entrecerró los ojos, fijándolos en el brillo anaranjado que rodeaba los árboles.

—Están quemando a una bruja —dijo, y la alarmante declaración sonó aún más perturbadora por el tono impasible de su voz.

Úrsula sabía de la cacería de brujas, de hecho hacía meses que no se alejaba de la casa más

que lo necesario para juntar bayas o frutas. Una de las pocas mujeres que se había atrevido a superar sus temores de ser asociada con las brujas del bosque, y había ido a solicitar sus servicios, les había contado de los magistrados que habían llegado durante el verano para investigar algunas acusaciones de hechicería en esa región. Pero habían pasado más de seis meses y ella pensaba que ya todo estaba olvidado.

Ahora, al escuchar a Sancia responder con tanta calma y seguridad, sintió en su corazón un temor muy profundo. No por ella misma, ya estaba vieja, y aunque pensar en morir quemada en la hoguera le provocaba escalofríos, sin embargo no temía a la muerte. Había dedicado su vida a servir a sus semejantes, aunque no muchos lo entendían. Jamás había usado una de sus hierbas o brebajes para hacer el mal, al contrario. Si tenía que presentarse ante Dios, sabía que Él la comprendería mejor que todos aquellos que la habían conocido.

Ella temía por Sancia, su niña, esa hija que nunca había concebido. Temía que, con su osadía, se enfrentara a los sacerdotes y terminaran atrapándola. Las acusaciones de las que se hablaba no iban dirigidas a ellas, estaba segura. Ninguna de las mujeres —y hombres— que habían tenido tratos con ellas se atreverían a confesar que las conocían. En ese sentido estaban protegidas, aunque todo era posible.

—¿Una bruja? —preguntó.

—Una mujer, una pobre mujer inocente —aclaró Sancia.

Tomó la capa que colgaba detrás de la puerta y la colocó sobre sus hombros. Mientras ajustaba el lazo alrededor del cuello miró a Úrsula.

—Cierra con la tranca, no dejes entrar a nadie.

—¿Adónde vas?

—Volveré pronto.

Cubrió sus cabellos con la capucha y salió afuera cerrando la puerta. Úrsula la miró por el ventanuco mientras se internaba entre los árboles, perdiéndose en el bosque oscuro.

El olor era más y más intenso a medida que se acercaba, le hacía escocer los ojos y quemaba su garganta.

Se había propuesto mirar desde los linderos del pueblo, tratar de escuchar las conversaciones para enterarse quién era la pobre infeliz, sin embargo algo la empujó a seguir caminando, hasta que cuando se dio cuenta se encontraba detrás del grupo de aldeanos que miraban el horrendo espectáculo.

La mujer se retorció entre las llamas; el pelo, las ropas, la piel habían desaparecido engullidos por el fuego, dejando el cuerpo desnudo y rosado. Desde donde estaba podía ver la boca abierta y escuchar los gemidos, implorando ayuda, como si alguien fuera a hacer oído a sus ruegos.

Junto a la hoguera, dejando la suficiente distancia como para que el fuego no les molestara, estaban los magistrados. Dos hombres corpulentos, vestidos con túnicas negras y gruesas cadenas de oro rematadas en una cruz.

“¡Hoy la justicia de Dios ha vencido una vez más al diablo!” dijo uno, señalando a la condenada que, finalmente, había dejado de moverse. “Aquí quedarán las cenizas de esta bruja hasta que el viento las esparza. Si alguien se atreve a tocar sus restos, será condenado a la misma suerte”

—La vi una vez —dijo la mujer que estaba delante de Sancia en un susurro—, tan joven y tan hermosa, jamás hubiera pensado que era una bruja.

—¡Qué estúpida eres! ¿Crees que esa niña, criada entre algodones, era una bruja? Alguien

quería que los Turner pagaran por su arrogancia, por eso la denunciaron.

Sancia sintió que su corazón se detenía. Un dolor, que ya había sentido antes, le atravesó el pecho.

—¿Turner? —dijo, haciendo que el hombre y la mujer se volvieran para mirarla— ¿A quién han quemado?

—A Eleanor Turner, la hija de lord Turner. ¿No sabías que la enjuiciaron la semana pasada?

No podía respirar, el corazón latía en agonía, haciendo que el sufrimiento fuera insoportable.

—¡Mientes! —gritó tomando al hombre por la garganta, la mujer se apartó, asustada—. ¡Dime la verdad! ¿Quién era la bruja?.

—Lo juro —respondió el hombre con un hilo de voz y las manos aferradas a las de Sancia—. La vi con mis propios ojos.

—Todos la vimos —dijo su compañera—. Era la niña Turner.

Sancia soltó al hombre y, haciéndolo a un lado, comenzó a caminar hacia el frente apartando a los que se interponían en su camino.

El dolor se estaba mezclando con la furia, sus ojos brillaban pero no por las lágrimas, sino por el odio que había llenado su alma.

Se detuvo frente a la hoguera. Ya poco quedaba de lo que una vez había sido esa preciosa jovencita. La más dulce que Sancia había conocido y a quien había amado como a una hermana.

Metió las manos entre las llamas y tocó los pies descarnados que aún permanecían atados a la estaca. Se escucharon exclamaciones de asombro al ver como las manos de la bruja eran rodeadas por el fuego sin recibir ningún daño.

Se alejó unos pasos y dirigió sus ojos grises hacia los sacerdotes. Pero ya no eran grises, estaban llenos del mismo fuego que había destruido a su amiga.

—¿De qué la acusábais? —preguntó. El tono helado de su voz hizo que los dos hombres dieran un paso hacia atrás.

—Practicaba la brujería y la magia negra.

—¿Qué fue lo que hizo?

Los hombres se miraron, la gente observaba la escena en un silencio sobrecogedor.

—Adoraba al diablo... —dijo uno de los magistrados.

—¿Estáis diciendo que Ellie, esa niña a la que solo le gustaban los vestidos de fiesta y dar paseos a caballo era una adoradora del diablo?

—Ha sido hallada culpable por un jurado de ciudadanos respetables.

Sancia caminó hacia ellos, el viento movía su capa y liberó su cabello, que se arremolinó enfurecido como el fuego.

—¡Habéis quemado a una criatura inocente! —gritó, mientras su cara se transformaba en una máscara de dolor. —¡Yo soy la bruja a la que buscábais!

Extendió su mano hacia los dos hombres y estos cayeron de rodillas.

—¿La habéis condenado al infierno? —los hombres gemían, aterrorizados—. ¡Respondedme!

Uno de ellos asintió, temblando.

—¡¿Cómo os habéis atrevido?! ¡¿Cómo?! —gritó, llorando, y dirigiendo su mano hacia la tierra, añadió—. ¡Ardereís en ese Infierno que inventasteis para aterrorizar a los hombres, pero os aseguro que ella no estará allí!

El suelo comenzó a temblar. Los murmullos asustados de la gente se fueron convirtiendo en gritos mientras huían de la plaza, dejando a los dos jueces de rodillas, inmóviles, gimiendo frente a Sancia.

Una grieta se abrió en la tierra reptando alrededor de los hombres. Sancia no se movía, solo mantenía sus ojos fijos en ellos. De la hendidura subieron llamas y las llamas se acercaron a los magistrados lentamente, como serpenteantes reptiles, hasta que los devoraron por completo.

Sancia les dio la espalda, y caminó hacia la pira.

Cayó de rodillas mirando los restos de su amiga, las lágrimas brotaban de sus ojos cerrados. Así se quedó, inmóvil por tanto tiempo que el fuego comenzó a apagarse, y las ascuas se convirtieron en frías cenizas.

Estaba casi amaneciendo cuando al fin se puso de pie.

Tomó el cráneo de la niña, que aún humeaba y, caminando lentamente, se alejó del lugar sin volver la vista atrás.



Amanecer del 29 de enero de 1659

Atravesaba el bosque, dejando a su paso un rastro de cenizas. Caían de sus manos, esparciéndose sobre la nieve como diminutos copos grises que se disolvían rápidamente sobre el manto blanco.

Llegó al lindero de los jardines y se detuvo, mirando la casa.

Sus ojos estaban secos; su mirada, fría como siempre, ahora mostraba una chispa de odio, un diminuto reflejo rojo cerca de la pupila.

Se internó en los jardines. El único que estaba por allí era Thomas, pasaba llevando una montura hacia las caballerizas y al verla se detuvo. La miró con curiosidad, y como ella permanecía de pie, observándolo, el buen hombre hizo una reverencia.

—Buenas noches, milady. ¿Puedo ayudarla? —preguntó, solícito.

—Ven aquí, Thomas —respondió ella. El hombre no reconoció aquella voz aterciopelada y grave, pero obedeció.

—¿Qué puedo hacer por usted, milady?

—No me llames así. Soy Sancia.

Thomas la miró sorprendido, y algo que vio en esos ojos le hizo dar un paso hacia atrás.

—¿Señorita Sancia...?

Ella sacó una bolsa de entre sus ropas y se la tendió.

—Eres un buen hombre, Thomas, siempre lo has sido, y sé que aprecias a mi madre. Este dinero es para que la saques de esta casa y la lleves lejos. Hay suficiente para los dos, para comenzar de nuevo. Recoge tus cosas ahora mismo y abandonen este lugar.

El hombre miró la bolsa y luego a Sancia.

—No puedo hacerlo, señorita. Su madre nunca dejará la casa, ella sigue esperándola a usted, esperando que regrese...

—Vas a hacer lo que te pido, Thomas, y vas a hacerlo ahora.

El tono de voz, la mirada y todo lo que el hombre pudo sentir en ese instante, le obligaron a agachar la cabeza. Dejando la montura abandonada en el suelo, se fue corriendo hacia las cocinas.

Poco más de media hora después los vio partir, los dos en el mismo caballo. Thomas cuidaría bien de su madre, estaba segura de eso.

La reserva de compasión de Sancia era escasa, y ya se había terminado. Cada gota había sido destinada a su madre y aquel buen hombre; ahora ya no le quedaba nada.

Miró hacia la casa y el odio que antes había llenado su corazón, retornó con una fuerza arrolladora.

Levantó la cabeza hacia el cielo y cerró los ojos. Sus manos, cubiertas por las largas mangas de su vestido, se abrieron, elevándose también, mientras un susurro lento y profundo escapaba de sus labios. Palabras indescifrables, un idioma extraño, sonidos desconocidos, que se fueron convirtiendo en una letanía oscura.

La nieve, como fino polvo de marfil, empezó a levantarse del suelo, girando en voluptuosos remolinos como si fueran parte de una danza caótica. Primero cerca de la mujer, luego alejándose cada vez más en círculos amplios.

Repentinamente el viento comenzó a danzar moviendo los árboles. Las ramas desnudas, desesperadas, buscaban apoyo tratando de sostenerse unas con otras, hasta que las más débiles comenzaron a quebrarse y a caer.

Los primeros en percatarse de lo que estaba sucediendo fueron los sirvientes que, abriendo las ventanas, trataron de cerrar las persianas de madera. Pero la fuerza del huracán se los impedía, y ellos corrían, alarmados, alejándose mientras los cristales estallaban en pedazos.

Luego los señores percibieron que algo pasaba, y comenzaron los gritos, los pasos alborotados, las órdenes dadas con desesperación.

Sancia parecía ajena a todo dolor y a tanta desolación. Su voz se alzaba sobre el ruido del viento, del crujido de los árboles y de los gritos de la gente.

Como si subiera desde el mismo infierno, un fuego furioso rodeó la casa, derritiendo la nieve a su paso. Subió por las paredes y llegó a las ventanas del primer piso. No tardó más de un minuto en apoderarse de los cortinados, de los muebles y los tapices. Ascendió serpenteando por las escaleras, como si alguna inteligencia superior lo guiase, arrasando todo a su paso: alfombras, espejos, cuadros y a sus habitantes.

Solo cuando cada habitación ardía en llamas, Sancia volvió la cabeza hacia el frente y abrió los ojos. Una mueca de maldad curvó sus labios, mientras continuaba con su salmodia infernal. Su mirada brillaba iluminada por el fuego.

Detuvo su recitación y bajó las manos. Abrió su capa y dejó al descubierto una bolsa de cuero que colgaba de su cuello. Desató los tientos y extrajo un pesado libro con la tapa repujada en piel.

Se puso de rodillas y colocó el libro sobre una piedra. A su lado, lentamente y casi con reverencia, depositó el cráneo de Ellie. Acarició con ternura el lugar donde una vez habían estado los ojos celestes de su amiga y los suyos se humedecieron.

Volvió su atención al libro y comenzó a pasar las páginas, hasta que llegó a la que buscaba.

Mirando hacia la casa replicó, con una voz que no parecía la suya:

“Casa Turner, a ti te hablo”

Las palabras resonaron y cada piedra susurró la frase como un eco.

“Escucha y obedece”

Un silencio profundo y ensordecedor se apoderó de los jardines, de las paredes y los techos, ni siquiera se oía el crepitar de las llamas contra los muros.

“Te ordeno que te hundas en las profundidades del abismo, arrastrando contigo a estas almas condenadas, y te ordeno que renazcas en el infierno para servirme.”

La tierra abrió sus fauces con premura, obediente a la maldición que salía de los labios de la bruja. Primero devoró al fuego, las paredes poco antes impregnadas de cálidos rojos y naranjas, se volvieron negras de repente, con agujeros en lugar de ventanas, como cuencas vacías y ciegas.

Luego, la casa fue engullida de un solo bocado, los dientes polvorientos se cerraron y el suelo quedó liso y limpio, sin el más mínimo rastro de lo que una vez había sido la magnífica Casa Turner.



Stone Hall, 12 de enero de 1892

Apenas Hope cerró la puerta, Michael se enfrentó a la bruja.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo en tono frío.

—Tantos años buscándome, lord Stone... Soy yo la que debería hacerle esa pregunta.

Michael la miró, con la mandíbula tensa.

—¿Qué quiero? Quiero a mi hijo.

—Venga conmigo y se lo entregaré.

Sin duda él esperaba cualquier respuesta, menos esa y no pudo evitar mostrar parte de su desconcierto en la mirada.

—¿Quiere hacerme creer que Joseph está vivo? —preguntó, tratando de no dejar ver la chispa de esperanza que ardió en su corazón.

—Compruébelo usted mismo —dijo la mujer, y poniéndose de pie se acercó a la estantería de la pared de la derecha, movió uno de los libros y el anaquel se hizo a un lado dando paso a un corredor—. ¿Me acompaña? —y sin esperar respuesta se perdió en la oscuridad del pasadizo.

Michel no dudó y la siguió, ¿cómo podía dudar ante una perspectiva tan alentadora? Se internó en el pasillo sin pensar en las consecuencias, aun sabiendo que los planes de la bruja eran destruirlo. Pero no podía pensar en su propia seguridad si existía la más mínima posibilidad de que Joseph estuviera vivo en algún lugar.

La mujer llegó hasta una puerta y comenzó a bajar por una escalera de caracol. Parecieron descender hasta los mismos infiernos, al fin una cancela les cerró el paso.

—Detrás de esa puerta encontrará a su hijo. Pero debo ser sincera con usted: si decide entrar allí, ya no podrá regresar.

Michael la miró, tratando de adivinar que pretendía, ya que era obvio que aquello era una trampa.

—¿O sea que va a encerrarme ahí? Muy conveniente para usted, ¿verdad?

—Conveniente para los dos, milord. Usted tendrá lo que ha estado esperando por tantos años, y yo me veré libre de su incansable persecución.

—¿Qué sucederá si no acepto su oferta?

La bruja fingió pensarlo.

—Entonces me llevaré conmigo a su querida lady Hope.

Los ojos de Michael se abrieron por el asombro. Y su odio hacia la mujer creció un poco más.

—De acuerdo, abra la puerta —dijo—. Pero si esto es un engaño, ruegue a todos los infiernos que yo nunca pueda escapar de ese lugar.

Ella ni siquiera se inmutó por la amenaza, sonrió mientras sacaba una llave oscura de su bolsillo, y abrió la puerta.

—Disfrute de su estancia, lord Stone —dijo.

Michael miró la sala que se extendía al otro lado, un lugar que no pertenecía a Stone Hall ni a este mundo.

Se volvió para responder, pero la mujer y la puerta habían desaparecido, en su lugar se encontró con su propia imagen reflejada en un espejo.

Recorrió con la vista el amplio salón de techos altos, iluminado por candelabros antiguos que proyectaban sombras danzantes sobre las paredes tapizadas con terciopelo oscuro.

Sobre los muros había decenas de espejos, cada uno con su marco adornado con motivos góticos tallados en madera negra. Caminó hasta el centro de la habitación y vio su reflejo distorsionado, su imagen temblorosa y difusa que parecía moverse por su cuenta. En uno de ellos, en vez de las paredes oscuras, a sus espaldas se desplegaba un siniestro bosque. Parecía el bosque que rodeaba Stone Hall, pero no fue eso lo que llamó su atención, sino al pequeño niño que estaba sentado junto a unos arbustos.

“Joseph...”

Caminó hacia el espejo y trató de distinguir el rostro del niño, que este ocultaba entre sus brazos cruzados. Los tenía sobre las piernas y entre ellos escondía la cabeza. Los sollozos llegaron lejanos a los oídos de Michael, pero igual le desgarraron el corazón.

—¡Joseph! —llamó y el pequeño levantó la cabeza. Los ojos negros que tanto amaba lo miraron, inundados por el llanto.

—¡Padre! —gritó, y poniéndose de pie, empezó a correr hacia él.

Michael no supo cómo, pero de pronto estaba acariciando la cabeza de su hijo, de rodillas en medio del bosque, con los bracitos alrededor de su cuello.

Lágrimas de alegría y alivio se mezclaron con la clara sensación de que algo no estaba bien, pero no se detuvo a analizar esos pensamientos. Solo quería sentir a su hijo cerca de su corazón, eso superaba cualquier felicidad con la que hubiera soñado en todos los años que llevaba muerto.

Joseph había dejado de llorar, el aroma infantil que nunca había olvidado, penetraba sus sentidos activando miles de recuerdos.

De pronto sintió que el niño se relajaba, como si se hubiera dormido. Lo apartó suavemente, para mirarlo a los ojos. Efectivamente parecía dormido.

Se puso de pie y llevándolo en andas empezó a caminar, buscando una senda que lo sacara del bosque y que lo llevara a Stone Hall.

Miró al pequeño y lo notó demasiado pálido. Su labios, casi grises, parecían los de un... ¡Oh,

Dios, no!

—Joseph... —susurró con el temor lacerando la garganta—. Hijito, despierta... —rogó.

Pero su pequeño se volvió más y más pálido, hasta que finalmente cada trozo de piel estaba completamente gris.

Comenzó a correr, desesperado por llegar a algún lugar donde pudieran ayudarlo. Y lo sintió más liviano, como si ya no tuviera carne y huesos. No quería mirar, no quería verlo desvanecerse ante sus ojos, de modo que siguió corriendo hasta que el polvo tocó su rostro, hasta que sus manos estaban vacías. Entonces se detuvo y miró.

A sus pies, un montoncito de cenizas, demasiado pequeño, era todo lo que quedaba de Joseph. Se arrodilló y mojó el polvo con sus lágrimas, tomó un puñado y lo llevó a su pecho, como si quisiera guardarlo, como si así pudiera conservar algo de su amado niño.

En medio de su desesperación y su dolor recordó a la bruja y la promesa con que lo engañó para llevarlo hasta allí. Y supo que nada podría haber sido un castigo peor que haberle concedido la felicidad de unos segundos atrás, para luego arrebatarla de aquella manera.

Y recordó por qué la odiaba. Y la odió aún más.

Gritos desgarradores comenzaron a brotar de lo más profundo de su ser, y el tiempo pasó sin que él se diera cuenta, hasta que se encontró de rodillas en el mismo salón cubierto de espejos.

Se sentía agotado, confuso, mirando a su alrededor tratando de entender si lo que había vivido había sido real.

Y volvió a verse en uno de los espejos con el bosque a sus espaldas, y vio al niño llorando a lo lejos. Y se acercó, y de pronto lo tenía en sus brazos, y corría, y el niño se volvía cenizas. Y así una y otra vez, hasta que creyó que había perdido totalmente la razón.

¿Cuántas veces volvió a vivir aquello? ¿Cuántas veces sintió a su hijo deshacerse entre sus manos? Decenas o tal vez cientos...

Pero no quería parar, la necesidad de volver a ver su carita de felicidad lo impulsaba a correr nuevamente hacia él, aun sabiendo que lo iba a perder.

Y entonces algo cambió, justo en el momento en que su pequeño acababa de desaparecer, y él se deshacía en lágrimas, la vio. Tan cerca que el asombro le hizo caer hacia atrás.

—No tenga miedo, milord, no voy a hacerle daño —dijo, extendiendo su mano.

—¿Eres un ángel? ¿Estoy en el cielo? —preguntó Michael, mirando a su alrededor.

—Me temo que no —dijo la jovencita—. Póngase de pie y lo sacaré de aquí.

La muchacha, que no parecía tener más de quince o dieciséis años, tenía el cabello dorado, con reflejos casi blancos en las sienes. Sus ojos, lo más hermoso y expresivo de su rostro, estaba rodeado de largas pestañas rubias que le daban un aspecto de pureza e inocencia que parecían fuera de lugar en ese infierno.

—No, no puedo irme, no puedo dejarlo...

—¿A quién, milord?

—A mi hijo.

—Venga conmigo —insistió la chica, inclinándose hacia él.

—Usted no lo entiende. Si me voy, lo perderé para siempre. Hace siglos que estoy esperando por este momento, siglos deseando acariciarlo, escuchar su voz... Si me voy...

—Milord, hay muchos otros atrapados aquí, igual que usted, prisioneros de una quimera. Todo lo que ve es una mentira, nada de esto existe. Ese no es su hijo, y aunque parezca real, no lo es. Si se queda aquí, llegará un momento en que ya no podrá salir porque habrá perdido la razón.

La miró, la bondad de su rostro le hizo dudar.

—Lo sé, no me importa. No se preocupe por mí.

—Debo hacerlo. Esta es mi casa y debo proteger a los que la visitan. No puedo soportar que este lugar que trae tanto gozo a mi vida sea la causa del sufrimiento de otros.

—Somos muy diferentes, milady. Seguramente usted merece su felicidad y, sin dudas, yo merezco mis desdichas. No pierda su tiempo conmigo.

—Su hijo está en un lugar mejor. Los niños nunca son castigados de esta manera, son almas inocentes, el Hacedor no lo permite.

—¿Eso cree? —mientras hacía la pregunta los ojos de Michael buscaron a Joseph.

—Lo sé. Y por respeto a su memoria, no debe abandonarse a su destrucción. Luche por ser digno de poder estar donde él está...

—Eso es imposible...

—Es posible. Luche para volver a estar a su lado.

Algo en esas palabras tocaron su corazón. Una esperanza que hacía siglos que no sentía hinchó su pecho.

—¿De verdad lo cree? —dijo, mientras sus ojos se humedecían—. ¿Cree que Dios permitiría que un ser tan malvado como yo pueda estar con mi niño otra vez?

—Sí, milord, lo creo —y sonriendo añadió—. Usted no es malvado, solo tiene el alma atormentada.

—No me conoce —dijo Michael—. No sabe las cosas horribles que he hecho.

—No, pero seguramente también habrá hecho muchas cosas buenas.

Extendió la mano y Michael la tomó.

Se giró y miró al niño que estaba más allá. Joseph le devolvió la mirada y, para sorpresa de Michael, levantó una mano en señal de despedida, como autorizándolo a marcharse.

Michael lo imitó y vio una sonrisa en el rostro del pequeño. Luego le dio la espalda y, corriendo, se perdió entre los árboles.

Sintió deseos de ir tras él, pero la muchacha apretó su mano.

—Vamos señor, lo ayudaré a salir de aquí.

Michael la siguió, mirando de vez en cuando hacia atrás.

—¿Cual es su nombre, milord?

—Michael Stone. ¿Y el suyo? Dijo que esta era su casa...

—Soy Eleanor Turner.

—Lady Turner —replicó Michael, tratando de recuperar su compostura—, le agradezco que haya venido a rescatarme, pero no sé si podré librarme de este castigo...

—Llameme Ellie. No se preocupe, milord, le aseguro que ya nadie más volverá a atormentarlo.



Stone Hall, 25 de febrero de 1892

Hope esperó dos días, era todo el tiempo que podía permitirse. Rogaba que fuera suficiente para que la señorita Scott dejara de vigilarla.

Decidió que volvería sola, la institutriz tenía razón, no podía involucrar a Lily en una empresa tan peligrosa. De modo que dos noches después, asegurándose que la mujer estaba profundamente dormida, se encaminó hacia la Casa Turner con la llave, una lámpara de aceite y mucho, mucho temor.

Sin ningún contratiempo llegó al salón principal, ataviada con un hermoso vestido y largos guantes que apenas ocultaban el temblor de sus manos.

Tomó asiento en una mesa, a la espera de que el caballero que habían conocido días atrás, apareciera otra vez. Y en efecto, así fue.

—¡Lady Stone! ¡Qué alegría volver a verla! —dijo, mientras hacía una profunda reverencia—. Y que felicidad que no la acompañe esa horrorosa dama.

Hope sonrió ante la broma, realmente el joven era muy agradable, y pareció que parte de sus temores se disipaban mientras él la miraba.

—Me alegro de volver a verlo, señor.

—¿Dónde habíamos quedado? —dijo él, fingiendo recordar—. ¡Ah, si! Usted estaba buscando a un familiar, un tal...

—Sir Michael Stone —respondió Hope, con presteza.

—Eso mismo. ¿Todavía necesita verlo?

—Así es. ¿Dispone de nueva información?

—Esta mañana estuve desayunando con él, y le hablé de usted —dijo el hombre—. Ahora mismo la está esperando. ¿La acompaño?

Se puso de pie ofreciéndole el brazo, y a pesar de su asombro Hope se apresuró a tomarlo dejándose guiar hacia el lugar que él había mencionado.

Atravesaron las puertas del salón, y el caballero apoyó su mano sobre la de Hope, en un gesto de protección. La niña, inconsciente del peligro que la acechaba, se sintió segura bajo aquel contacto cálido.

Caminaron por un corredor, y Hope se dio cuenta que iban alejándose de los lugares que conocía.

Las luces, cada vez más tenues, hacían difícil ver por dónde iban, sin embargo el joven parecía conocer perfectamente el camino. Un recuerdo llegó a Hope con tanta brusquedad que pareció golpearla en el pecho, era la señorita Scott, mirándola con ojos llenos de preocupación: “Los encantamientos pueden ser interesantes, hasta divertidos, esto es brujería...”

Miró a su acompañante, con un repentino temor. Él sonreía, con su mirada fija al frente, sus ojos oscuros parecían brillar con un destello dorado.

—Señor... —dijo con voz temblorosa—. Quizás debería volver, se está haciendo tarde.

Él giró la cabeza hacia ella y pareció traspasarla con la mirada.

—Ya hemos llegado —respondió, con su inalterable sonrisa.

Giraron y el pasillo dio paso a una sala central cuyos techos se perdían dos o tres pisos más arriba. La única decoración era una magnífica escalera que ascendía en curvas elegantes, con pasamanos de madera. La sala tenía altas ventanas de arcos ojivales que, en aquel momento del día, solo daban paso a la luz de la luna. Hope vaciló, mirando la majestuosidad del lugar, pero al ver que el caballero empezaba a ascender, lo siguió. Después de dos largos tramos, se hallaron frente a una puerta de roble tallado, con intrincados diseños cincelados profundamente, como si las mismas sombras del pasado se hubieran solidificado en la madera.

El caballero abrió la puerta y cuando Hope entró se vio reflejada en las paredes. Decenas de espejos duplicaban su imagen, bañada por la luz cálida de antiguos candelabros que proyectaban sombras fantasmales a su alrededor. Las paredes estaban cubiertas de terciopelo, tan oscuro que creaban la extraña sensación de encontrarse en una caverna.

La chica caminó hacia el muro de la derecha y observó su reflejo en el cristal, parecía el de otra persona. Miró hacia el alto cielorraso que se perdía en la oscuridad y vio las sombras reptando entre los candelabros, y sintió escalofríos.

—¿Dónde está sir Michael? —preguntó, volviéndose hacia el caballero. Pero éste había desaparecido, y se dio cuenta que estaba completamente sola en ese extraño lugar.

Se volvió rápidamente al escuchar susurros a sus espaldas. Podía sentir una presencia en el aire, como si la oscuridad misma estuviera murmurando. El suelo de mármol frío resonó con sus pasos, cuando se dirigió rápidamente hasta la puerta.

—¡Milord! —llamó, moviendo el picaporte con insistencia y al ver que estaba cerrada, un gemido acompañó su ruego—. ¡No me deje aquí, por favor!

Trató de no llorar y mantenerse calmada, necesitaba encontrar la manera de salir de allí. Nunca había tenido dudas de la magia de aquella casa, pero después de conocer a sir Michael había dejado de temer a lo sobrenatural. Ahora veía cuán imprudente había sido. Estaba atrapada allí, completamente sola y sin saber qué hacer o cómo liberarse.

—¡Que placer encontrarla aquí, querida lady Hope!

Se giró al escuchar aquella voz que no reconoció, hasta ver a la mujer de largo cabello y

vestido rojo que había visitado su casa semanas atrás.

—Usted... —susurró, y se le cortó el habla.

—Está esperando a sir Michael, según veo.

Hope la miró, y recordó las palabras de la señorita Scott.

—Usted lo trajo aquí, lo tiene prisionero... Es.. Es una bruja no una medium...

—¡Es verdad! ¿Lo descubrió usted solita?

—¿Qué le ha hecho? ¿Dónde está?

—No debería preocuparse por él, como ya le han advertido, él sabe cuidar de sí mismo.

El rostro de Hope se demudó al entender que todo lo que habían hablado en la Casa Turner y todo lo que habían hecho era del conocimiento de la bruja.

—¿Quién es usted?

—Tú lo has dicho, soy una bruja, y ahora mismo solo quiero tu corazón.

Hope se quedó mirándola, fosilizada y con los ojos como platos.

—Acércate, por favor.

—No —respondió la niña, temblando.

La mujer la miró y la chica empezó a caminar hacia ella, como una autómatas. Al llegar la bruja levantó la mano y acarició la mejilla de la muchacha, observándola de cerca.

—Eres especial, Hope. ¿Lo sabes?

La niña la miraba con ojos llorosos, sin hablar. No podía, no podía moverse ni emitir ningún sonido. Todo su cuerpo estaba paralizado y no era el temor que sentía lo que provocaba tal reacción, era el poder de la bruja.

Sin dejar de mirarla, posó su mano delicada sobre el pecho de Hope, la chica gimió y la bruja apartó la mano.

Frunció el ceño, sorprendida, y volvió a poner la palma sobre el corazón de la muchacha. Por unos segundos sus ojos mostraron desconcierto, luego bajó el brazo y dio un paso atrás, observándola con recelo.

—¿Quién eres? —se alejó otro paso.

De pronto Hope pudo moverse, con la respiración acelerada corrió hacia una de las paredes, lejos de la bruja.

—La casa no quiere tu sangre —dijo la mujer, hablando casi para sí misma—. De todos modos, no te alejes demasiado... —replicó mientras caminaba hacia un lado de la sala. Su voz pareció susurrar desde las sombras—. No hoy, pero quizás mañana...

Hope trató de ahogar el llanto. De pronto sintió una mano en el hombro. Espantada se alejó de la pared, gritando.

“Por aquí, milady” escuchó y vio a la señorita Scott que le hacía señas desde el otro lado de uno de los espejos.

—¡Señorita Scott! —replicó, con una alegría que jamás habría imaginado sentir al ver a su institutriz. Agradeció internamente que la mujer la hubiera seguido y se aproximó al cristal—. ¿Cómo puedo llegar hasta allí?

“Solo necesita caminar, no tenga miedo”

Efectivamente, apenas Hope dio un paso, el espejo desapareció y se encontró en medio del bosque que rodeaba la mansión. En un impulso infantil, corrió a colgarse del cuello de la dama, que la recibió casi con la misma efusividad.

—Vamos, deme la mano, no debemos perder tiempo.

La niña tomó la mano de la señorita Scott y se dejó guiar.

El bosque estaba oscuro, como si todavía fuera plena noche. Hope había perdido la noción del tiempo dentro de la Casa Turner y, aunque temía mucho encontrarse en un paraje tan siniestro en semejante oscuridad, la compañía de su institutriz la hacía sentir protegida.

—Aún lleva uno de los vestidos de la Casa Turner —mencionó, observando como la seda se había hecho jirones en el dobladillo. La tela no solo estaba rota, sino cubierta de barro y hojas.

—No tuve tiempo de cambiarlo, vine a buscarla inmediatamente.

—¡He sido una tonta! ¡Lo siento, tanto! Usted tenía razón, le agradezco que viniera por mí...

—Ha sido un placer —respondió la dama, con una voz profunda que no parecía la suya.

Camaron unos segundos más, y Hope trató de distinguir la mansión, pero solo había árboles a su alrededor: altos pinos, oscuros como la noche, inmensas hayas, retorcidas y tenebrosas. De pronto la invadió un nuevo temor: quizás la señorita Scott se había perdido. Después de todo, ella casi nunca salía de la casa, por lo que no debería conocer el bosque demasiado bien. Y todos sabían que no había nada más fácil que perderse en un bosque de noche.

—¿Está segura que este es el camino? —preguntó, mirando a su alrededor. Cuando volvió la vista hacia adelante, observó la espalda de la mujer, el vestido estaba realmente deteriorado, parecía no solo sucio, sino desgastado, con largas rasgaduras que llegaban hasta la falda. Llevaba la mano extendida hacia atrás, tomando la de Hope, y la chica vio que la mano también parecía la de una vieja—. Señorita Scott... ¿me escucha?

El temor hizo temblar su voz. La mujer no respondió ni se detuvo. Hope intentó soltar su mano, pero esta se aferró a su muñeca con fuerza implacable, enroscando sus dedos como una serpiente venenosa.

—¡Espere! —dijo Hope, forcejeando—. ¡Deténgase! —ordenó.

La institutriz se volvió, sin dejar de arrastrarla.

—¿Qué es lo que quiere, niña? —preguntó.

Hope lanzó un chillido de pavor. Esa no era la señorita Scott, y si lo era, se había convertido en un ser horrible. Sus manos, tan delgadas que parecían ser solo piel y huesos, terminaban en afiladas uñas que empezaban a lastimar la muñeca de la chica. La expresión de su boca, con dientes amarillos y demasiado pequeños, era la de una bruja de esas historias que a Hope no le gustaba leer. Y sus ojos... Sus ojos eran lo más aterrador: hundidos y oscuros, parecían dos agujeros sobre la piel grisácea, cubierta de arrugas.

Luchó para liberarse de la mano de la mujer, mientras gritaba de miedo.

—¡¿Quién es usted!?! ¡¿Qué es lo que quiere?!

La vieja empezó a reír, con una carcajada profunda y áspera que parecía hacer temblar la tierra.

—¿Quién quiere que sea? ¿Su madre? —preguntó, y el rostro se transformó instantáneamente en el de su progenitora, pero con una sonrisa espeluznante—. ¿Su padre? —Un lord Stone siniestro la miró pero con aquellos ojos negros, llenos de maldad.

Hope tironeó con más fuerza, y cayó de espaldas sobre la tierra húmeda. Gateó hacia atrás y luego, tropezando, se puso de pie y comenzó a correr.

La risa de la mujer perseguía. Continuó corriendo, brincando sobre los troncos tumbados, chocando con las raíces, cayendo y levantándose, hasta que, finalmente, dejó de oírla. Exhausta, se desplomó en el suelo, tratando de recuperar el aliento. Su cabeza se movía de un lado a otro, percibiendo cada ínfimo sonido como una amenaza.

“Señorita Hope”, escuchó cerca de su oído, “¿Dónde está?”

Volvió la cabeza temblando, mientras lágrimas de pánico cubrían sus ojos, pero no vio a

nadie.

Se obligó a levantarse del suelo, y continuó caminando. Llegó hasta un paraje donde el bosque parecía más antiguo, robles añejos, de gruesísimos troncos, entrelazaban sus ramas en las alturas. Escondida detrás de uno de esos árboles asomó la cabeza para saber si la bruja la seguía. Aliviada vio que el bosque parecía estar totalmente desierto. Con los ojos agrandados por el miedo y la oscuridad, trató de distinguir algún camino que la pudiera llevar hasta su casa. Estaba tan aterrada que le costaba pensar y decidir.

“Señorita Hope, ¿está ahí?” escuchó otra vez. Con una mano cubierta de barro tapó su boca para que no se escucharan sus gemidos.

Una caricia suave la hizo dar un salto y correr, enloquecida, hacia el lado opuesto. Las ramas de los árboles rasparon sus brazos, y la cegaron momentáneamente, mientras, presa del pánico se alejaba sin saber adónde ir.

“Milady... venga conmigo, deme la mano”

—¡¡No!! —gritó sin dejar de huir—. ¡Déjeme! ¡No me toque!

Unas manos invisibles tomaron sus muñecas y la obligaron a detenerse.

“Milady, soy yo, ¡tranquílcese!” La voz parecía sonar dentro de su cabeza, Hope miraba la oscuridad con los ojos desorbitados, mientras trataba de librarse.

—¡No me toque! ¡Déjeme!

Hasta que finalmente vio el rostro de la señorita Scott frente a ella.

—Soy yo, milady. No tenga miedo...

Pero Hope no iba a dejar que la engañara otra vez.

—¡Aléjese de mí! —exclamó, mientras daba un paso atrás. Entonces escuchó su voz.

—Lady Hope, míreme, soy yo.

El rostro de sir Michael emergió de las tinieblas, y pudo ver sus ojos oscuros mirándola con preocupación.

—¿Sir Michael? ¿Es realmente usted? —preguntó, casi sollozando.

—Si, soy yo —respondió el fantasma, extendiendo su mano—. Venga conmigo, está atrapada en este horrible lugar, la sacaremos de aquí.

Cuando Hope tomó la mano de sir Michael pudo ver a su lado a una señorita Scott con lágrimas en los ojos.

—¡Oh, mi niña! —fue lo único que pudo decir al ver el aspecto de su pupila. Además de la ropa sucia y el cabello enmarañado, fue su rostro lo que más impresionó a la institutriz. El pánico que se veía en sus ojos era sobrecogedor.

Michael ayudó a Hope a caminar por el bosque, llevaba un brazo alrededor de los hombros de la muchacha y la mano entre las suyas. Hope no podía dejar de temblar y miraba constantemente hacia atrás.

—Ya está bien, está a salvo —decía el fantasma con voz profunda.

Llegaron hasta un sendero y al atravesarlo, se hallaron de pronto en el salón de los espejos otra vez. Hope miró a su alrededor y recordó cómo había llegado hasta allí.

—Debemos darnos prisa —dijo la señorita Scott.

Abrió la puerta y caminó rápidamente por el corredor. Pasaron frente al salón principal y sin detenerse, siguieron hasta llegar al mostrador.

—Milady, ¿tiene la llave?

Hope asintió, y frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Cómo entró usted?

—Tengo mis métodos —respondió la mujer, sonriendo. Acarició la mejilla de la niña—. Debe ser buena, y prometerme que no volverá jamás aquí. Esconda esa llave donde nadie pueda encontrarla y compórtese como una niña obediente con su próxima institutriz.

Hope la miró, sin terminar de entender.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Michael—. ¿Piensa quedarse aquí?

—Es la única manera, lord Stone. Cuide bien de ella.

La señorita Scott levantó su mano para secar una lágrima que, rebelde, escapaba de sus ojos. Hope pudo ver un extraño brazalete negro con letras doradas, le recordó a la llave que tenía en el bolsillo.

Tomó la mano de la institutriz y, levantando la manga del vestido, observó la pulsera. Las letras brillaron aún más, como desafiándola.

—¿Casa Turner? ¿Qué es esto? —la mujer retiró la mano, ocultando la joya.

—Mi niña —dijo la mujer, abandonando toda formalidad—, tomé una decisión que aunque pueda parecer difícil, no lo fue. Debía sacarla de este lugar y afortunadamente lord Stone me ayudó a encontrarla...

—¿Qué quiere decir? ¡No puede quedarse aquí para siempre! —Hope sintió una oleada de pesar tan grande que empezó a llorar.

—No se preocupe por mí, estaré bien. Disfrutaré de hermosos vestidos y me tratarán como a una dama.

—Pero... Este lugar es horrible. Por favor, señorita, no quiero que me deje.

—Vamos, debe irse, le espera una hermosa vida, se convertirá en la señorita más distinguida y elegante de todos los tiempos —añadió la mujer sin hacer caso a las lágrimas de Hope—. Irá a Londres y los caballeros se disputarán su mano. Se casará, tendrá hijos y será feliz lejos de esa horrible mansión —apartó un mechón de la cara de Hope, y levantó la barbilla de la niña con sus dedos—. Prométame que será feliz.

Hope se acercó y se fundió en un abrazo con la mujer que ya no trataba de ocultar sus lágrimas.

—Lo prometo. Prométame que nunca me olvidará.

—Lo prometo —dijo la señorita Scott, y mirando a Michael susurró—. Gracias...

—No, gracias a usted, mi querida señorita —replicó él.

Tomó a Hope de la mano y se alejaron por el pasillo hacia la puerta de salida. Antes de girar la pequeña se volvió para mirar una vez más a quien había sido su amiga y protectora en los últimos días. Pero la señorita Scott ya no estaba.



Stone Hall, 27 de diciembre

Había estado todo el día controlando los movimientos de Adela y sus amigas, tenía la certeza de que volverían a ese lugar muy pronto. Se las veía ansiosas, y cuchicheando cuando estábamos en la misma habitación. A veces sorprendía a alguna mirándome y luego sonreía disimuladamente. Sí, sin duda lo harían esa misma noche.

Como no había podido hacerme con la llave, consideré la posibilidad de seguirlas, quizás no fuera tan difícil entrar sin que ellas me vieran.

Me fui a dormir temprano, alegando un gran dolor de cabeza. “Voy a tomar algo para dormir, así que no creo que vuelva a verlas hasta bien entrada la mañana”, dije sonriendo, y me fui hasta mi cuarto. Les estaba allanando el terreno para que hicieran lo que tenían planeado.

Encerrada en mi habitación estaba atenta a cada sonido, pero no fue hasta la medianoche que las escuché caminar por el pasillo rumbo a la tercera planta. Por mi parte me dirigí al último cuarto, y junto a la puertita que daba al rellano de la escalera de servicio, las esperé.

Las escuché bajar, hablando en voz baja, pero igual pude distinguir algunas frases sueltas que hicieron que se tensara aún más mi espalda: “Podríamos probar el whisky” decía una de ellas, “No creo que te guste”, respondió Adela. “¿Lo has probado?”, inquirió Helen y, lamentablemente, no pude escuchar la respuesta de mi sobrina.

Apenas se alejaron lo suficiente, abrí la portezuela y salí a la escalera de servicio. Comencé a bajar, con mucho cuidado para no alertarlas con mis pasos, hasta que, a través de los escalones, vi el brillo dorado en la puerta antigua y cómo se convertía en una preciosa y elegante entrada.

Unas letras aparecieron debajo del dintel, pero no alcancé a leer lo que decía desde donde me encontraba.

Corrí rápidamente hacia la puerta, saltando los pocos escalones que me separaban de ella y con un esfuerzo desesperado, logré alcanzarla justo a tiempo para evitar que se cerrara por completo. Mantuve abierta apenas una pequeña rendija durante unos segundos, asegurándome de que ellas se alejaran lo suficiente. Levanté la vista y leí, en letras doradas: *Casa Turner*.

Esperé unos minutos, y luego abrí solo un poco como para asomar la cabeza. El corredor se veía desierto y no se escuchaban voces, de manera que entré.

Ante mis ojos, se extendía un pasillo, uno que no se parecía a ninguno de los que había recorrido cientos de veces en la mansión. Avancé unos metros mirando hacia adelante, maravillándome de ese lugar y del lujo que me rodeaba. Al girar en una curva del corredor, me topé con una jovencita, vestida con un antiguo uniforme de doncella.

Las dos nos detuvimos en seco, mirándonos. Ella fue la primera en reaccionar, inclinó la cabeza e hizo una graciosa reverencia.

—Señorita... —dijo, y rápidamente continuó su camino. Miré cómo se perdía por el pasillo, mientras trataba de entender dónde me encontraba. No sabía si ese lugar pertenecía a Stone Hall o era un lugar mágico, lo que sí sabía era que allí podría encontrar a Michael... Y a Adela, a Helen y a Sara también.

En otro giro del corredor, apareció ante mí un espléndido mostrador de madera.

—Bienvenida, señorita —dijo el hombre que estaba detrás, sonriendo.

Parecía la clase de mostrador que se encontraban en las recepciones de los hoteles de lujo, o en los antiguos salones de juego de los caballeros del siglo XIX.

Traté de no mostrar mi asombro.

—Buenas noches —respondí.

La música venía de una habitación que estaba más adelante, detrás de una puerta con cristales esmerilados. Podía ver a la gente caminando, difusa, con las siluetas desdibujadas.

Vacilé un instante, y luego, decidida, di dos pasos hacia la cristalera. El caballero del mostrador carraspeó.

—Señorita, ¿desea pasar al salón?

—Sí —dije sin detenerme.

—Me temo que debo pedirle que se acerque al mostrador, debo hacerle unas preguntas.

Caminé hacia el hombre, y lo miré.

—Dígame.

—Veo que no tiene la llave.

—No... —dije, empezando a perder mi aparente seguridad.

—Y veo que ha venido sola.

—Así es.

—Si no tiene la llave no puede entrar, lo lamento mucho —y sonrió con una amabilidad aparentemente sincera. Me acerqué más al mostrador y dije, en tono conciliador:

—La olvidé en mi casa, pero seguramente habrá algo que usted pueda hacer. Necesito hablar con alguien allí dentro...

El hombre cerró los ojos un momento, mostrándose verdaderamente apenado.

—Cuanto lo siento, señorita. Como usted sabe es imposible entrar sin la llave. O sin alguien que tenga una llave.

—Tengo la llave... —dije, recordando que tenía la llave del ático. La busqué en el bolsillo de

mi pijama—. ¡Aquí está!

El hombre se inclinó, mirando la antigua llave que yo tenía sobre la palma.

—Debo decirle que esa no es la llave...

Suspiré, impaciente.

—Necesito entrar para hablar un momento con una persona, será solo un momentito...

Ahora el caballero solo negó con la cabeza.

—¿Me haría el favor de ir a buscarlo? Se que está allí dentro...

Volvió a sonreír amablemente. Parecía que ese hombre tenía una paciencia infinita.

—Me temo que no puedo molestar a los huéspedes, señorita.

Tamborileé con dos dedos sobre el mostrador, pensando qué hacer.

—Soy amiga de sir Michael Stone. Estoy segura que él querría que usted me dejara entrar.

—El señor Stone conoce las reglas, si quisiera que usted le acompañara dentro, le debería haber dejado la llave o debería haberla acompañado él mismo.

—Quizás lo olvidó.... ¿Podría ir a preguntarle?

El hombre suspiró, luego miró hacia ambos lados, y se inclinó sobre el mostrador.

—Si usted realmente necesita ver al señor Stone, puedo hacer una excepción —dijo, bajando la voz.

—¡Perfecto! —exclamé, feliz de que el conserje hubiera entrado en razón.

—La dejaré pasar pero debo pedirle que firme este documento. Es un simple consentimiento.

—¿Consentimiento? —pregunté, inclinándome sobre el pergamino que el hombre había colocado sobre el mostrador. Parecía escrito con pluma y con una letra diminuta.

—No veo lo que dice...

—Una simple formalidad, señorita, no se preocupe —dijo el conserje, entregándome una pluma—. Firme y podrá entrar.

Vacilé, algo en la ansiosa mirada del empleado me hizo dudar. Sin embargo, iba a firmar a pesar de mis dudas. Al final del documento una cruz dorada resplandecía invitándome a escribir mi nombre.

Cuando apoyé la pluma en el papel, vi que algo aparecía en mi muñeca derecha, fue solo un destello breve, pero me quedé con la vista fija.

—¿A qué me compromete este documento?

—Como dije, señorita, es una simple formalidad...

—¿Está tratando de engañarme?

La impecable sonrisa del conserje desapareció instantáneamente.

—¡Milady! ¿Cómo puede pensar eso? ¡En la Casa Turner jamás...!

—Gracias —dije dejando la pluma sobre el pergamino—. Volveré con la llave, no se preocupe.

—Señorita, me temo que no ha entendido...

—He entendido perfectamente —dije mientras frotaba el lugar donde había visto la extraña pulsera negra con el nombre "Casa Turner" grabadas en letras de oro.

Mientras regresaba hasta la puerta de salida sentí una alivio tan intenso que me pregunté de qué me había librado. La magia de ese lugar era peligrosa, mucho más de lo que había pensado antes.



Entré rápidamente y cerré la puerta frustrada, ¿por qué era todo tan complicado?

Fui hasta la mesita de noche y antes de encender la luz vi la silueta que se recortaba contra la ventana. Di un respingo, y estuve a punto de gritar.

—¿Dónde estabas? —preguntó y suspiré aliviada al reconocer su voz.

—¡Lucas! ¡Casi me matas del susto! ¿Cuándo llegaste?

—Hace más de una hora. Pensé en darte una sorpresa.

—Pues lo has logrado —respondí, molesta.

— Te busqué por toda la casa.

—Estaba en el ático, Adela necesitaba algunos libros...

—Estuve en el ático.

—¿Subiste al ático?

—¿Estabas con Michael?

—¿Qué? —pregunté, y supongo que en el tono de mi voz, o en mi mirada de sorpresa, él pudo adivinar que había dado en el blanco.

—Lo has vuelto a ver, ¿verdad? —no respondí. Se puso de pie, cuando me acerqué, pero él se alejó un paso.

—Escúchame, Lucas, no es lo que piensas...

Suspiró, moviendo la cabeza, y me esquivó alejándose hacia la puerta, al llegar se volvió.

—No te entiendo, Julia. ¿Por qué mientes? ¿Por qué no dices, simplemente, la verdad? Se que soy un estúpido por volver una y otra vez, pero... Necesito escuchar la verdad para poder seguir adelante. Estoy atascado sin poder avanzar porque todavía tengo esperanzas. Y tú, en vez de matarlas, las sigues alimentando...

Estaba petrificada, sin saber qué decir.

—Lo vi hace días, en el baile de Navidad —repliqué al fin, y entonces, recordé que él también había estado allí—. Tú también lo viste, bailó conmigo...

—¿De qué estás hablando?

—Del baile... Él vino y... Necesito volver a verlo, sé que es difícil de entender, pero...

—Despierta, Julia, ya no eres una niña. Deja de una vez por todas de jugar con tu vida y con los que te rodean.

—Tú te metiste en este juego. Sabías bien de qué iba.

Me miró y agregó, con una inmensa decepción reflejada en su semblante.

—Tienes razón, gracias por recordármelo.

Salió, dejando la puerta de la habitación abierta. No lo seguí, me sentía demasiado confundida como para continuar discutiendo con él.



Casa Turner

La señorita Scott caminaba junto a Adela, las seguían Helen y Sara.

—Voy a mostrarles algo que muy pocos conocen. Quizás porque se encuentra en un lugar de la casa que no se debe visitar —mientras hablaba, giró hacia la derecha tomando un largo corredor.

El lugar al que se dirigían se encontraba en el corazón de la Casa Turner. Para llegar allí, tuvieron que ascender por unas majestuosas escaleras flanqueadas por ventanales que permitían que la luz de la luna se filtrara suavemente.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó Sara, con desconfianza.

La señorita Scott dijo, sin volverse.

—No se preocupe, conmigo están seguras, no permitiré que nada malo les suceda. Pero deben hacer exactamente lo que les diga.

Llegaron a una puerta de doble hoja, de roble, con intrincados diseños de espirales y figuras extrañas talladas en la madera.

Al abrir la puerta, se encontraron en un amplio salón de techos altos, iluminado por candelabros dorados y paredes tapizadas en terciopelo negro. Desde el techo, de un órgano antiguo y majestuoso, emanaba una melodía que parecía escapar del tiempo. En el centro del salón, sobre un pedestal, se encontraba una caja de madera, adornada con incrustaciones de oro.

El cuarto tenía forma octogonal, y en cada pared se veían varios espejos, en marcos negros, que reflejaban una y otra vez a las cuatro mujeres. Helen se acercó a uno de ellos para observar cómo su imagen parecía danzar en un bosque oscuro.

—No miren los espejos —dijo la señorita Scott, sacándola de su ensoñación—, están

embruados. Todo lo que vean allí es un engaño y si se dejan llevar por su hechizo serán destruidas.

Helen dio la espalda al cristal, corriendo hacia Sara.

La mujer se aproximó al pedestal y abrió la caja. Las chicas se acercaron y vieron con asombro lo que allí se ocultaba.

—¿Qué es? —preguntó Adela, adelantando la mano para tocar el objeto. La señorita Scott le dio un golpecito, apartándola.

—¡Estése quieta! ¿No le he dicho ya que aquí todo está embrujado?

Dentro de la caja, una esfera de cristal translúcido, del tamaño de un puño, parecía palpar con una luz intensa. En su interior, si uno se detenía lo suficiente, podían vislumbrar imágenes que aparecían y desaparecían: destellos de dos jovencitas compartiendo momentos de complicidad y amor fraternal, escenas de fuego y lágrimas, música y risas, todo entrelazado de una manera confusa. Alrededor de la esfera, inscripciones antiguas y símbolos arcanos brillaban débilmente en la penumbra del salón.

—¿Qué es? —volvió a preguntar Adela.

—Es El Corazón de la Bruja —dijo la institutriz.

—¿De qué bruja? —preguntó Helen.

—De *esa* bruja.

—La que construyó la Casa Turner... —añadió Adela.

—La que quemaron en la hoguera —replicó Sara, mirando la esfera.

—¿Por qué lo dices?

—Mira, no ves a una joven entre las llamas.

Las otras dos se acercaron a mirar, las imágenes parecían tan reales que a Helen se le revolvió el estómago.

—¿Quiénes son? —preguntó Sara, mirando a la institutriz.

—Si observan con atención, podrán entender la historia de esta casa, ¿no es eso lo que querían?

Cuando Adela concentró la vista en el cristal, la esfera cobró vida.

La historia comenzaba con dos jovencitas, dos niñas que podrían haber sido hermanas si no hubiese sido porque habían nacido de diferentes padres y en diferentes mundos. Una era la hija de humildes sirvientes, la otra, la hija de los señores. Sin embargo, el amor que las unía pretendía traspasar todas las barreras, como si sus mundos pudieran ser compartidos, a pesar de las diferencias.

Luego vieron cuando llegó la desgracia... de la mano del amor, de un amor traicionado. Vieron el dolor al que sucumbió la niña pobre y vieron la tristeza de su amiga al perderla.

La esfera les mostró el rostro hermoso de la traicionada, el odio en sus ojos grises, la decepción que dio paso a una maldad insospechada.

Y vieron a los magistrados llegar, en busca de las brujas, y vieron que tomaban a la niña rica y la llevaban a rastras. Contemplaron el juicio, las acusaciones, las mentiras, el llanto de la inocente, y, finalmente, la esfera se volvió roja por el fuego. Y la vieron morir.

Las lágrimas cubrían las mejillas de las tres mientras miraban a la niña retorcerse en la hoguera, y a su amiga gritar de dolor. Y vieron la furia que desató el desastre. La casa en llamas, la casa hundiéndose en las profundidades de la tierra. Y la desolación.

Pero de pronto estaban las dos juntas otra vez, en una nueva casa, riendo en los jardines, tomadas de la mano, leyendo en los salones.

Y aunque la mayor no vivía allí, la pequeña nunca estaba sola, tenía sirvientes y nuevos amigos que la acompañaban.

Adela se volvió hacia la señorita Scott, que desde debajo del pedestal las observaba.

—¿Por qué nos muestra esto?

—Para que entiendan que este lugar fue creado por una bruja, no solo poderosa sino malvada también. Puede que una vez fue una niña inocente, pero se convirtió en un ser cuya maldad no conoce límites.

—Se volvió malvada porque la traicionaron. Mataron a su mejor amiga...

—Eso no justifica lo que ella hizo. Miles de inocentes han muerto y otros tantos han sido torturados bajo su mano. Muchas personas sufren cosas aún peores que las que ella sufrió, sin embargo, devuelven bondad a cambio de la injusticia.

—Entonces, ¿quién fue la inocente que murió en la hoguera?

Como si la casa deseara responder a la pregunta de Adela, las puertas se abrieron, y la misma chica de largos rizos dorados que habían visto en la esfera, apareció ante sus ojos.

Las tres se quedaron mirándola, mudas, al entender el destino que había corrido la preciosa jovencita.

—Lady Turner, no imaginé encontrarla aquí —dijo la señorita Scott, tratando de sonreír..

“Turner...” murmuró Helen.

—Yo tampoco a usted —dijo la jovencita con frialdad—, me temo que ha traicionado mi confianza, señorita Scott. ¿Qué hacen aquí?

—Lo siento por haber traído a mis amigas al Salón de los Espejos, sé que es un lugar privado...

—Es un lugar peligroso, señorita, lo sabe muy bien. Han ocurrido muchas desgracias en esta sala —dijo, mirando hacia los espejos fugazmente.

—Tiene usted toda la razón, lo siento mucho. Pero permítame presentarle a mis amigas: la señorita Stone, la señorita Atkins y la señorita Brown— luego mirando a las tres amigas, anunció —. Lady Eleonor Turner.

—Ellie— aclaró la joven mientras hacía una elegante reverencia inclinándose justo lo necesario. Las chicas trataron de imitarla, aunque el resultado fue bastante desastroso.

—Milady, ¿por qué no invita a las señoritas a tomar el té?, así podrá conocerlas mejor...

Mientras la dama hablaba, se acercó a Ellie, la tomó de la cintura y las guió a las cuatro hacia la salida.

Adela se volvió a mirar la esfera, con un dejo de melancolía en sus ojos.

Ahora lo entendía, comprendía todo, como si al conocer a la muchacha hubiera recibido también una profunda revelación.

La Casa Turner era un refugio, pero no para los invitados. Había sido construido para que la pequeña Ellie pudiera vivir allí para siempre, lejos de la condenación del mundo, de ese mundo que la llamó bruja y le dio la muerte más horrible, condenándola al infierno.

Para ella creó su amiga un lugar de paz, de felicidad, un lugar donde todos la amaban y la servían. Y usó su magia, sí, quizás de la manera más horrible, despiadada y cruel, pero lo hizo para protegerla.

Aunque no conocía a la bruja, no podía estar de acuerdo con la señorita Scott. Después de haber visto su sonrisa, la manera en que abrazaba a Ellie, y cómo lloró por ella, enloquecida de furia al verla morir, supo que había algo de bondad en su corazón. Pero el mundo se la había quitado. Ese mundo puritano y despiadado, la había rechazado, sacando lo más oscuro de su

espíritu. Y ella se había protegido, rechazándolo a su vez y haciéndole pagar por su maldad. Y guardó la bondad que le quedaba para quien había sabido apreciarla desde un principio.

Si esa bola de cristal era el Corazón de la Bruja, entonces claramente aún conservaba lo mejor de la hechicera: su amor por Ellie.

—Venga señorita Stone —escuchó llamar a la anfitriona—, tomaremos el té en los jardines. Ya verán qué lugar más hermoso...

Cerró la puerta con cuidado y se apresuró a alcanzar a las otras que se alejaban por el pasillo.

Las velas de los candelabros se reflejaban en los espejos, creando figuras fantásticas entre los cristales.

Lo que la esfera no les había mostrado —y pocos sabían— era que la creadora de esa casa, la que la alimentaba y le daba vida, había sido destruída. Casi seis años atrás, Lucía, la madre de Adela, se había unido a Julia para confrontar a la bruja con sus propias maldades, y Sancia había sido destruída.

¿Había quedado algo de ese espíritu perverso? Eso era lo que a veces se preguntaba Julia, especialmente en las noches tormentosas en que escuchaba sonidos extraños en la casa, o cuando un nuevo bebé llegaba al hogar de sus amigos. ¿Quedaba algo, todavía de aquella hechicera que una vez quiso apoderarse de su niña? Eso era algo que nadie sabía.

La Casa Turner guardaba muchas cosas, como todo viejo avaro y malicioso, tenía sus tesoros bien escondidos. Guardaba la sangre de cientos de incautos que alguna vez habían creído encontrar entre sus muros diversión, poder o placer. Guardaba sus corazones, negros y secos, en un armario de ébano. También guardaba los espíritus sin voluntad de los sirvientes y de los seres que Sancia había confinado allí: Jeremy, lady Turner, Marjorie y muchos más.

Pero su mayor tesoro, aquel por el que verdaderamente tenía una debilidad especial, era Ellie. Ellie era la reina y la señora de aquel lugar, y aunque ya no estaba Sancia para cuidar de ella, la casa la cuidaba. Y sin saberlo, Ellie la alimentaba con su espíritu puro, con su inocencia. La casa ya no necesitaba la sangre de sus invitados, ahora vivía más luminosa y bella que nunca, porque la belleza y dulzura de Ellie se reflejaba en cada rincón.

Al fin las velas se fueron apagando y el Salón de los Espejos quedó en penumbras. Solo se veía el reflejo de la esfera de cristal, y en el centro a las dos amigas riendo mientras tomaban el té. Y la casa rió también haciendo titilar los cristales de las arañas y las hojas de los árboles.



Stone Hall, 12 de enero

“La trágica historia de Eleanor Turner, injustamente quemada en la hoguera, nos recuerda la cruel realidad de las cacerías de brujas. Miles de mujeres inocentes, muchas de ellas nobles, fueron perseguidas y ejecutadas bajo falsas acusaciones. Esta oscura época nos enseña la importancia de la justicia y la razón, y nos insta a reflexionar sobre las consecuencias de la ignorancia y el fanatismo. Que nunca olvidemos las vidas inocentes perdidas en nombre del miedo y la superstición” .

Las tres me miraron, expectantes.

Comencé a aplaudir efusivamente, no podía sentirme más orgullosa de ellas. Habían hecho una investigación excelente y, no solo habían encontrado a la “bruja de la familia”, sino que además habían descubierto que, como tantas otras, había sido condenada injustamente.

—Está perfecto —dije.

—¿No le falta un poco de dramatismo? —preguntó Helen.

—No es una novela, es una investigación histórica —comentó Sara, guardando el trabajo en una carpeta.

—Creo que tiene dramatismo, y me encanta la conclusión, ayuda a que reflexionemos sobre el miedo y las supersticiones modernas —dije, pensativa.

Mientras hablábamos ellas juntaban todos los papeles y ordenaban los libros que habían estado desparramados por semanas en esa sala.

—Gracias por dejarnos trabajar aquí, Julia —dijo Sara—. Sabemos que este es un lugar muy

especial...

La miré, algo sorprendida. Luego miré a Adela que desvió la vista.

—Si, estos libros son muy valiosos. Creo que es lo más valioso de la casa.

—Supongo que no volveremos más aquí —añadió Helen, mirando a su alrededor casi con melancolía.

—¿No? ¿Por qué? —pregunté.

—Podemos estudiar en mi habitación, no creo que tengamos que hacer una investigación similar nunca más.

—Nunca más... —subrayó Sara.

Las tres intercambiaron una mirada y comenzaron a reír. Las observé, sonriendo también, simulando no entender lo que decían. Me alegraba que hubieran tomado esa decisión, era un alivio saber todo lo que eso implicaba.

Sin embargo, mi “investigación” apenas comenzaba.

Ellas habían vuelto a clases, así que disponía de toda la mañana y parte de la tarde para buscar la llave, que estaba segura que Adela había escondido muy bien.

Después de revisar por dos días seguidos todos los lugares que se me ocurrieron, empecé a temer que la hubiera destruido, o que la hubiera enterrado en los jardines o en el bosque.

Sin resignarme a perder la única posibilidad de volver a ver a Michael, continué con la búsqueda. Volví a la Biblioteca, tenía un presentimiento de que la llave estaba allí.

Había revisado el gran libro de Cumbres Borrascosas que contenía la caja fuerte dos veces. Cuando volví a buscarlo con la mirada, me di cuenta que no estaba en el lugar donde lo había visto la última vez. Eso me dio esperanzas, obviamente Adela lo había cambiado de lugar.

Me tomó casi una hora inspeccionar cada estantería, al fin hube de darme por vencida, el libro no estaba.

Si no estaba allí, ¿donde lo habían ocultado?

Busqué en su habitación, luego subí al ático y miré en cada rincón. Me sentía tan frustrada que tenía ganas de gritar.

Al salir del ático, pasé frente al despacho de Samuel, que había estado cerrado por los últimos años, y lo supe.

Abrí la puerta, y fui hacia la estantería que estaba frente al escritorio. Aunque tenía una décima parte del tamaño de las de la biblioteca, igual contenía muchos libros, los más queridos para Samuel.

En el estante de abajo, el que estaba casi sobre el suelo, Adela había escondido el libro de Cumbres Borrascosas, y allí dentro, negra como la noche, estaba la llave. La tomé y dejé todo exactamente en las mismas condiciones.



Adela y Julia siempre tendrían secretos.

Aun cuando las unía el amor más profundo, había cosas que nunca se contarían, y la única razón era justamente que se amaban.

Julia jamás le había hablado de lo que había pasado cuando era pequeña, no le había hablado de las brujas, ni de los monstruos del Orun Aye. Jamás le había dicho en lo que se habían convertido Lucas o ella en aquel lugar.

Y jamás le hablaría de la Casa Turner, ni le diría que sabía que ella y sus amigas habían estado allí, solo se aseguraría de que nunca más volviera a ese lugar.

Y Adela...

Adela no podía hablarle de la Casa Turner porque eso significaba hablar de Michael. Después de verlo allí, y saber que lo que hacía en ese lugar era castigarse, había entendido que la causa de su martirio era Julia. Ellos se amaban y no importaba que él estuviera muerto, lo entendía ya que ella también quería a Simaco aunque estaba muerto.

Pero él, aparentemente no quería volver, por eso lo único que podía hacer era asegurarse de que la puerta de la Casa Turner quedara cerrada para siempre.

Y eso trataron de hacer las dos.

Pero cuando Adela fue a buscar la llave para destruirla, esta había desaparecido. La buscó en el estudio de su padre, donde la había dejado, y luego por toda la casa. Como no sospechaba ni por asomo que Julia podía tenerla, terminó creyendo que la llave, con su magia, se había ocultado hasta que llegara el momento de salir a la luz una vez más.

Y así la vida continuó para ambas, con sus secretos, esa forma tan peculiar de protegerse la una a la otra. Porque así es el amor, no siempre nos decimos todo, a veces mentimos o dejamos de decir la verdad, que es casi lo mismo.



Stone Hall, 17 de enero

La noche había llegado.

Había estado todo el día con un nudo en el estómago, ansiosa ante la idea de que, al fin, entraría en la Casa Turner y podría ver qué había más allá de esos cristales esmerilados.

Cada día, desde que había descubierto la existencia de ese lugar, me había preguntado por qué Michael había elegido ese sitio mágico que se escondía en las profundidades de nuestra mansión. Si quería irse realmente y alejarse de mí, ¿por qué no buscar un lugar más apartado, donde nunca pudiera encontrarlo?

Esa era una de las tantas preguntas que le haría cuando lo viera... O quizás solo me limitaría a abrazarlo y besarlo.

Pero eso era algo que decidiría cuando llegara el momento, por ahora, debía aprovechar que Adela al fin se había ido a dormir. Fui hasta su habitación y abrí la puerta suavemente. Estaba profundamente dormida, boca abajo y abrazando su almohada.

Caminé tratando de pisar donde no crujieran los maderos del suelo y fui directamente al último cuarto. Desde allí accedí a la escalera de servicio y empecé a bajar.

Llevaba la llave, y el teléfono móvil en la mano con la linterna encendida. Al llegar a la susodicha puerta, saqué la llave del bolsillo de atrás del pantalón, y casi me da un infarto al ver como brillaban las letras doradas. Literalmente iluminaban todo a su alrededor. Vi que la cerradura comenzaba a brillar también, como si estuviera deseosa de recibir la llave. Dándome prisa la introduje y abrí la puerta.

Caminé hasta el mostrador, donde el mismo hombre de uniforme me estaba esperando con

una sonrisa, como si lo único que hubiera hecho desde la última vez hubiera sido estar esperando por mí.

—Un gusto verla nuevamente, señorita Vivanko. Veo que tiene la llave.

—Sí —dije, mostrándosela— ¿Me permitirá entrar, entonces?

—¡Por supuesto! Será un placer —con un chasquido de sus dedos llamó a una doncella que se acercó de inmediato—. Ruth la guiará a sus habitaciones. Disfrute de su estancia en la Casa Turner.

La muchacha, que vestía un uniforme negro con cuello y puños blancos, empezó a caminar hacia el lado opuesto del salón que tanto habían llamado mi atención.

Al llegar me mostró las estancias: un salón, un cambiador y un dormitorio. Se fue y me dijo que podía encontrar vestidos adecuados en los armarios.

Sin perder tiempo, comencé a mirar los trajes, y no supe cual elegir, cada uno que veía era más hermoso que el anterior. Los nervios volvían mis manos torpes, Michael me esperaba en algún lugar de ese salón, aunque aún no lo sabía.

Me decanté por uno rojo, sabía que era el color que él había elegido para mi la noche del baile de navidad. Recogí mi cabello, y salí.

Un botones me guió hasta el salón principal, y al atravesar sus puertas pude ver todo el esplendor que se escondía en ese sitio prohibido.

Ubicados en mesas redondas, para cuatro o cinco invitados, estaban sentadas unas cincuenta personas y algunas otras conversaban de pie. Lámparas de aceite doradas, flores blancas y manteles de hilo engalanaban cada mesa. Las paredes, blancas también, con molduras que encerraban un delicado empapelado de flores doradas, estaban alumbradas por candelabros con velas.

El techo, cubierto de cristales, dejaba ver el cielo salpicado de estrellas.

Traté de reprimir una exclamación y caminé hacia una de las mesas. Apenas me había sentado, cuando un camarero se acercó para ofrecerme una copa.

Mis ojos pasearon por la estancia, buscando a Michael. Aunque el grupo era numeroso, tenía la seguridad de que lo distinguiría a pesar de la penumbra del lugar.

De pronto lo vi, estaba de pie, junto a un par de damas y otro caballero.

Iba a levantarme cuando un hombre se acercó a la mesa.

—Buenas noches, señorita, creo que no he tenido el placer de verla antes por aquí. ¿Es la primera vez que viene?

—Exactamente. ¿Y usted?

—No, yo soy un cliente habitual —Hizo un gesto al camarero y pidió un whisky—. ¿Me permite acompañarla?

Asentí, mientras miraba de reojo a Michael.

—Además de beber, ¿qué otras cosas se pueden hacer en este lugar? —pregunté mientras jugaba con el pie de la copa.

—Depende de sus gustos —y me miró—. Hay un salón de juego, tiene la sala de billar, salones de té para las damas, salas de lectura. También puede pasear por los jardines, tomar baños termales...

—Ya veo. ¿Tienen una biblioteca?

—Por supuesto, una muy bien surtida.

Bebí un sorbo de vino y miré hacia donde se encontraba Michael.

—¿Ese caballero es Michael Stone?

El joven siguió la dirección de mi mirada.

—Si, ¿lo conoce?

—Un poco.

Miré hacia el grupo que había tomado asiento en una mesa, todos reían mientras el otro hombre hablaba.

—¿Le gustaría acompañarme al salón de juegos? Podría presentarle a algunos amigos...

—No, gracias, quizás más tarde.

El caballero se puso de pie e hizo una reverencia.

—La esperaré ansioso —dijo, depositando un beso en mi mano, y se alejó.

Busqué a Michael otra vez con la mirada. Desde donde estaba podía ver su rostro, sus ojos negros brillando, sus cejas distendidas sin ese gesto huraño tan común en él, y la boca curvada en una sonrisa fresca. Se veía feliz, feliz como nunca lo había visto antes. Parecía más joven, y entendí que quizás ese era su lugar, que tal vez allí había encontrado la paz, lejos de mi.

Una lágrima desbordó de uno de mis ojos al darme cuenta que Michael me había quitado el peso de decidir. Él había decidido por los dos.

—¿Le sirvo algo más, señorita? —preguntó el camarero, acercándose, y al ver mis ojos llorosos agregó—. ¿Se encuentra bien?

—Si, solo que.. Creo que debo irme.

Me puse de pie, sin dejar de mirar a Michael.

"Si me mira, si vuelve sus ojos hacia mí..." pensé. Esa sería la señal de que no debía abandonarlo, que debía ir hacia él.

"Por favor, mi amor, ¡mírame!"

De pie, con el corazón rogando por ese simple gesto, esperé un minuto. Conté los sesenta segundos lentamente.

Michael permanecía sentado, ajeno a mi presencia, con la copa en sus manos y sus ojos posados en su amigo. Casi podía escuchar su voz profunda, cada vez que hablaba, o imaginar esa risa que nunca había oído.

Sesenta y uno.

Me giré y empecé a caminar hacia la salida. No podía ver por donde iba, las lágrimas nublaban mis ojos.

Atravesé la puerta de doble hoja, y mientras me dirigía al cuarto para cambiarme, di rienda suelta a mi llanto.

Fue cuando salí de la Casa Turner, mientras echaba dos vueltas a la llave, cuando supe lo que tenía que hacer.

A medida que me alejaba la puerta perdía su brillo, como si mi dolor hubiera derretido el barniz de la madera y el baño de oro de la cerradura.

Mientras subía despacio por la quejumbrosa escalera, suspiré al darme cuenta de que había tomado la decisión más difícil de mi vida, una en la que no quedaba espacio para ambigüedades.



Epílogo

Sentía sus ojos posados en mí, el calor de su mirada penetrando cada fibra de mi ser. Sin embargo, me obligaba a mirar al señor Black, a fingir que escuchaba sus tontas anécdotas y que reía de sus bromas.

Sin mirarla, supe que se ponía de pie y esperaba. Si volvía mis ojos hacia ella, vendría hasta mí. Adiviné que eso era lo que estaba esperando, ver en mis ojos el amor que una vez yo le había mostrado.

Pero no desvié la mirada de Black, bebí un sorbo de mi copa, sonreí otra vez, y la dejé ir.

Sólo cuando empezó a caminar, dándome la espalda, me atreví a mirarla. Había recogido su vestido rojo con ambas manos y caminaba de prisa con la cabeza baja.

Estaba llorando, una vez más yo la había hecho llorar.

Nadie podría comprender por qué me empeñaba en hacerla sufrir, ni siquiera yo mismo. ¿Por qué no desaparecía de su vida de una vez por todas, para que ella al fin pudiera vivir, vivir de verdad? ¿Por qué volvía una y otra vez?

Solo aquellos que aman lo imposible podrían entenderme.

El roce de sus labios, un suspiro ahogado, su mirada cargada de ternura, gestos tan pequeños pero que para mí significaban todo, y a los que no podía renunciar, por más que lo intentaba.

Se había ido y no volvería.

Lo sabía y me dolió en lo más profundo de mi alma condenada al infierno.

Bebí el último sorbo de mi copa, y con mi falsa sonrisa me dirigí al señor Black.

—Se atreve a una partida de póker, Desmond.

Fin



Para ti...

Querido lector,

Quiero dedicar mis últimas líneas a darte las gracias por la elección de mi libro. También, porque has llegado hasta el final de su lectura, lo que espero que signifique que te ha gustado.

Si es así, dedica un minuto a valorarlo en Amazon, para ayudar a otros lectores a encontrar lo que buscan.

También me encantaría que me escribas y me cuentes que te ha parecido esta historia.

Gracias, y espero que coincidamos de nuevo en mi próxima obra.

Otras Obras

SOL DE PLATA

¿Qué harías por amor? ¿Hasta dónde llegarías?

¿Cuándo dejamos de ser cobardes y nos embarcamos en la locura de seguir nuestros impulsos y arriesgar todo lo que tenemos por ser felices?

Ella era cobarde y jamás se había arriesgado, pero un día llegó él en medio de la lluvia.

Pronunció su nombre y le hizo una pregunta, una pregunta que cambió su vida para siempre.

Una historia de incertidumbres y esperas, de aventuras y sobresaltos.

En un tiempo distinto, en un lugar diferente.

Una historia que todos querríamos vivir.

Una historia de amor.

Léela en AMAZON

<https://amzn.to/3Qoaus6>

AQUÍ TE ESPERARÉ POR SIEMPRE

Después del accidente que le robara parte de sus recuerdos, Marianne decidió alejarse de todo y de todos.

No podía soportar la mirada suplicante de su prometido rogando por un amor que ella ya no tenía, ni esperar con desesperación memorias que no llegaban.

Porqué ella, arquitecta de profesión, se sintió impulsada a escribir una novela sobre caballeros feudales, o qué la llevó a trasladarse a ese pueblito perdido en medio de la nada cerca del fascinante castillo medieval, eran solo otros de los tantos misterios sin respuesta que había en su vida. Pero fue en ese paraje solitario donde al fin comenzó a encontrar algo de paz.

Lo que no sabía era que esa calma aparente iba a desaparecer en un instante, y que pronto se vería sumergida en una vorágine de sucesos que la llevarían a dudar, una vez más, de su cordura.

“Una y otra vez volvían a encontrarse, a enamorarse, a sufrir y a perderse. Una fascinante historia de amor que te hará entender por qué hay vínculos que nunca se rompen y pasiones que jamás se olvidan”.

Léela en AMAZON

<https://amzn.to/45WZGHa>

REFLEJOS

Alicia nunca se había preguntado qué había del otro lado del espejo. Para ella esos cristales solo le ayudaban en su estudio sobre el comportamiento de las ondas de luz, y ni siquiera prestaba atención al reflejo que veía cada día mientras estaba trabajando en el laboratorio.

Hasta que un día algo sucedió y las preguntas comenzaron a acumularse, esperando respuestas...

¿Qué había allí?

¿Lo que veía en el espejo era simplemente su propio reflejo?

¿O existía algo más, desconocido, oculto, esperando ser descubierto?

Léela en AMAZON

<https://amzn.to/45QpWTK>

Saga Las Tres Damas

Las Tres Damas Vol.1

Un bosque.

Niños que desaparecen.

Una búsqueda desesperada que abrirá las puertas del mismo infierno.

Y un amor imposible e inesperado.

Julia no cree en el "más allá".

Damian sí, y le promete que si muere, volverá para decirle que existe otra vida.

Sin embargo, no es él el que regresa. Y los peligros comienzan a acechar a Julia conjurándose para quitarle lo único que le queda, su sobrina.

Misterio y terror en esta novela gótica, con el romance necesario para hacerte vibrar en cada página.

Léela en AMAZON

<https://amzn.to/3shhmj6>

El Reino de las Almas Errantes Vol.2

El bosque.

La mansión Stone Hall.

Un viaje al abismo más espantoso sin esperanza ni retorno.

Seis años han pasado desde que Julia se enfrentó a lo que decenas de generaciones han temido o han pretendido ignorar.

Perdió mucho en esa batalla y su alma quedó herida para siempre. Cuando al fin su vida parece estar en calma, un inesperado accidente la obliga a mirar a la muerte a la cara una vez más.

Pero aún tiene fuerzas para luchar por lo que ama, y está dispuesta a hacer cualquier cosa por recuperar lo que quieren arrebatarse, aun adentrarse en el mismo infierno.

Léela en AMAZON

<https://amzn.to/3Y3kV8t>

Redes Sociales

SITIO WEB OFICIAL

<http://claudiacortezautora.com/>

AMAZON

<http://goo.gl/FGaV9x>

YOUTUBE

<https://goo.gl/6IWMCe>

INSTAGRAM

[@claudiacortez_autora](#)

FACEBOOK

<https://www.facebook.com/claudia.cortez.la.escribiente/>

TWITTER

<https://twitter.com/CEscribiente>

E-MAIL

claudialaescribiente@gmail.com

